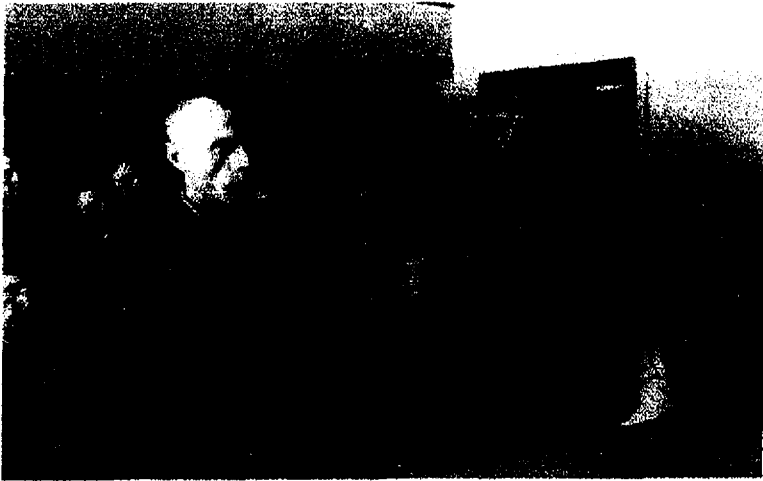


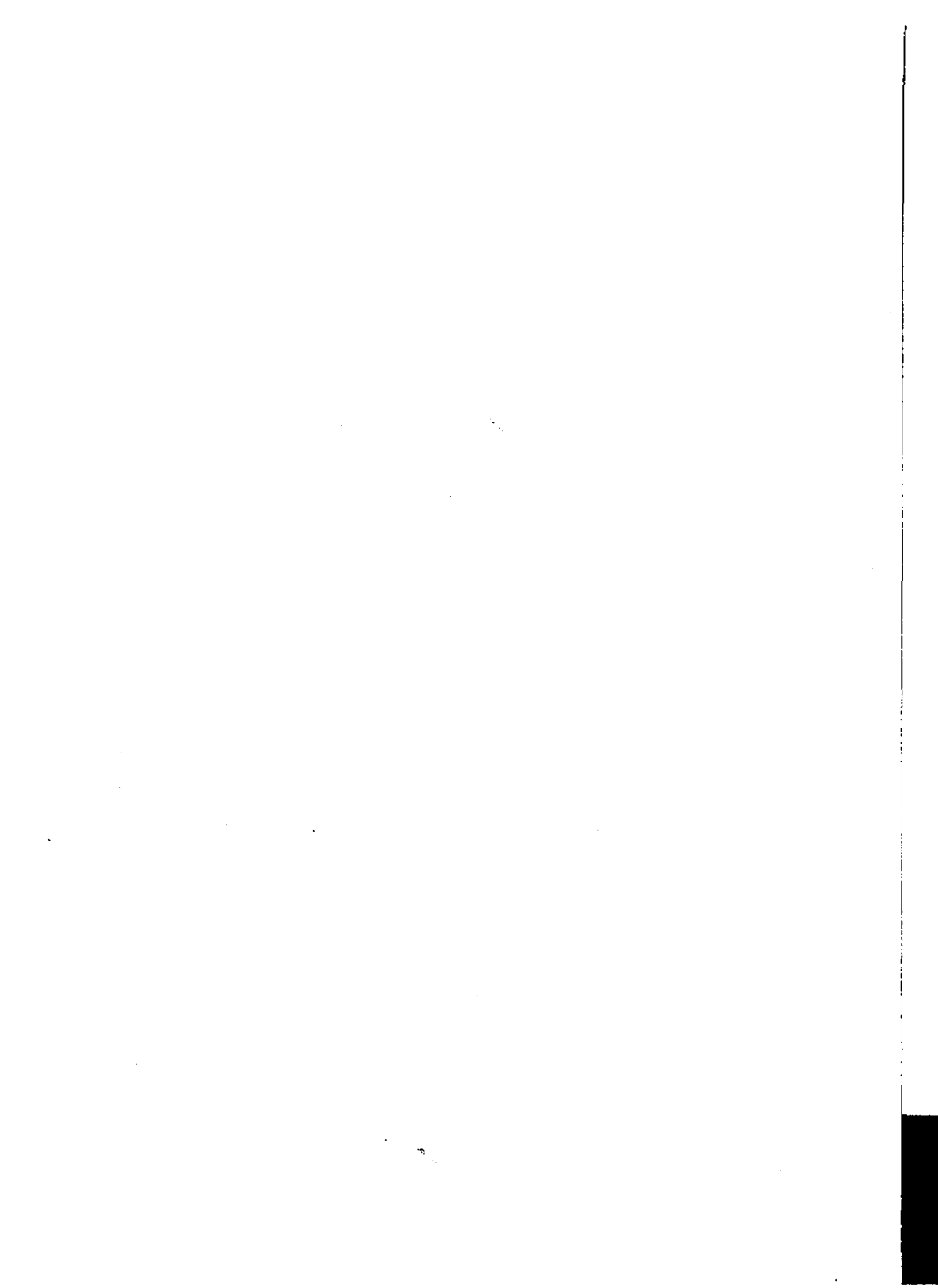


PIERRE BROUÉ

Comunistas contra Stalin

Masacre de una generación.





Numerosos militantes comunistas se unieron en los años veinte, a la Oposición de Izquierda y a otras corrientes antiestalinistas en la URSS. Se les llamó *oposicionistas* o *trotskistas*. Miles de ellos serán fusilados en 1937 y 1938 en las prisiones o en los campos de Vorkuta y Kolyma.

Su exterminio es el resultado final de una lucha que dura algo más de quince años. Comienza con las expulsiones de militantes del Partido Comunista, sigue con el exilio y las deportaciones. Luego llegan las prisiones, los aislamientos, los campos, el Gulag: los defensores de un socialismo democrático son víctimas de la brutalidad del sistema.

Este libro cuenta la historia de la lucha, de la persecución y del asesinato de esos miles de luchadores revolucionarios. Stalin consolidó su poder mediante la masacre de una generación que se podía rebelar contra su tiranía y que había empezado a hacerlo.

Es una historia celosamente ocultada durante más de medio siglo.



ISBN 9788496764224

90000 >



9 788496 764224

sepha

Libros Abiertos

Comunistas contra Stalin

Masacre de una generación

PIERRE BROUÉ



sepha

Primera edición en español, marzo de 2008
Primera edición en francés, septiembre de 2003

© Editions Fayard
13, rue du Montparnasse
75006 Paris
www.editions-fayard.fr

© Herederos de Pierre Broué y Fundación Andreu Nin, 2007
Traducción de Andreu Coll, Margarita Díaz y Juan A. Herrero
Revisión de textos: Andreu Coll y Carlos Artola

© De la edición en castellano
SEPHA Edición y Diseño, S.L., 2007
Biedmas, 4
29008 Málaga
www.editorialsepha.com
pedidos@editorialsepha.com

Diseño de portada: Editions Fayard
Diseño de colección: Julián Moreno Hidalgo

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

ISBN: 978-84-96764-22-4
Depósito legal: M-10845-2008

Imprime Publidisa
Printed in Spain - Impreso en España

*El presente libro, que siempre soñé con escribir,
lo dedico
con toda mi ternura y mi admiración
a Carolina*

La descubrí cuando vino a visitarme porque había leído mis libros sobre las revoluciones del siglo y le habían gustado. Esta *hija*, cuyos padres fueron cruelmente asesinados por la dictadura argentina cuando ella tenía un año, ha sabido dar al historiador y al militante, padre y abuelo feliz que soy, una dimensión pasional, necesaria incluso para una vida que se acerca al ocaso.

Siendo un poco grandilocuente, Carolina encarna -y con qué encanto- a una juventud por la que me esfuerzo desde hace tiempo en esclarecer las aspiraciones, los sufrimientos y el amor por la vida (una juventud que tiene razón a escala mundial). Ella vive en un país donde la revolución se está llevando a cabo, y dice que mis libros iluminan su vida. Yo digo que su vida y la de sus camaradas llenan con su aliento los espacios de éste.

*Lo dedico también a Marisol
de México
mi Sol*

Ella me tomó del brazo para evitar que me cayera sobre el empedrado desigual del pasillo de la casa de Trotsky convertida en Museo del Exilio en Coyoacán -y todavía lo mantiene en su firme y pequeña mano-.

Deseo guardar no lejos de mí, para el final del viaje, este pequeño *sol*, tan luminoso en todos los aspectos.



ÍNDICE

Glosario	21
Presentación	23
1. Las fuentes	24
2. Pero sobre todo los hombres y las mujeres	25
3. La cuestión de las referencias	27
4. Un índice desnaturalizado	28
5. La Historia general	29
6. Revolucionarios	31
CAPÍTULO I	
Los primeros orígenes de la Oposición	35
1. Los amigos de Trotsky	36
2. Los fieles a Christian Georgievich	38
3. El primer trabajo de Rakovsky	40
4. Préobrajensky y los Cuarenta y seis	42
5. La intervención de Trotsky	44
6. Policía contra política	46

CAPÍTULO II

Las células durmientes, 1924-1925	49
1. La Oposición de Izquierda en Leningrado	50
2. La Oposición de izquierda en Moscú	52
3. La Oposición de Izquierda en Ucrania	54
4. El caso de Georgia	55
5. Posiciones en los sindicatos	56
6. Revolucionarios y hombres de Estado	57

CAPÍTULO III

Brutal despertar y breve reencuentro, 1925-1926	61
1. La fase oculta del conflicto en la cúpula	62
2. La Oposición de 1923 en la encrucijada	64
3. El análisis de Trotsky en diciembre de 1925	65
4. Depuración en Leningrado	69

CAPÍTULO IV

Oposición unificada y desgarrada	71
1. Leningrado aborda la cuestión	72
2. El camino hacia la unificación	74
3. Primeros pasos de una grave represión	78
4. Importantes exclusiones	80
5. Las tentativas de «salida»	84
6. La Oposición «declara la paz»	85

CAPÍTULO V

La primavera china, 1927	89
1. Algunos cambios discretos	89
2. ¿La Oposición arrodillada?	91
3. El despertar chino	93
4. La represión hasta el final	95
5. Crisis en el campo estaliniano	98
6. La Oposición se recupera	99

CAPÍTULO VI

El otoño de la Revolución	101
1. La plataforma	101
2. La provocación	104
3. Victoria parcial en los Urales	106
4. Furiosa batalla por el Partido en la calle	106
5. El estado de ánimo de los trabajadores	109
6. Los jóvenes y la Oposición	110
7. El desastre de los Urales	112
8. Amenazas e intimidaciones contra los obreros	113
9. La Oposición en la calle	119
10. Comienza el largo invierno	120

CAPÍTULO VII

Los nuevos colonos	125
1. El exilio de Trotsky	126
2. Un Gotha del bolchevismo	127
3. Nuevas oleadas de colonos	134
4. La población de los nuevos colonos	136
5. Alcance político de los nuevos colonos	139
6. Colonias homogéneas por niveles	140
7. Fenómenos nuevos	140
8. El sueño de un conciliador	141

CAPÍTULO VIII

Los del otro lado	145
1. El trabajo del Centro	146
2. La Oposición resucita en las luchas obreras	147
3. La huelga en el textil de Leningrado	148
4. Oleada de huelgas	149
5. La represión se agrava	152
6. La bomba Bujarin y Kamenev	157
7. La expulsión de Trotsky de la URSS	158
8. ¿Están los «del otro lado» galvanizados? Las octavillas de Moscú	159
9. El asunto Futlik	162

CAPÍTULO IX

La crisis de la Oposición	165
1. Primeras escaramuzas	165
2. En la Internacional todo se envenena	169
3. Las líneas de separación	171
4. La Oposición y el VI Congreso de la Comintern	173

CAPÍTULO X

Crisis cruzadas	175
1. Stalin contra la derecha	176
2. La Conferencia de Omsk: la historia en suspenso	177
3. La declaración de Radek, Préobrajensky y Smilga	179
4. Los días siguientes a la declaración de los Tres	180
5. ¿Marejada?	182
6. Pánico ante el abandono de Iván Nikitich	183
7. El largo retiro de Iván Nikitich	185

CAPÍTULO XI

El espacio infinito, ¿tumba o prisión?.....	189
1. Los tres «viejos»	189
2. La red de Biisk o “centro Rakovsky-Volfson”	191
3. Fin de la red	193
4. Los bolcheviques-leninistas después del ciclón de 1929 ..	194
5. Los decistas	197
6. Los cadáveres se acumulan	198

CAPÍTULO XII

¿Hay un «centro» después de Rakovsky?	201
1. Liova y el <i>BO</i> en Berlín	202
2. El <i>BO</i> en Berlín	202
3. Los viajes a la URSS	203
4. Wetter (Vetter).....	205
5. Fugitivos o refugiados	207

CAPÍTULO XIII

En los <i>isolatori</i> hablan los jóvenes	213
1. Campos y prisiones	213
2. Las grandes huelgas de hambre históricas en las prisiones ..	216
3. La voz de los jóvenes	218
4. Las posiciones de la joven guardia: método de análisis ..	221
5. Cómo se fue a la colectivización forzosa	223
6. El debilitamiento del partido	224
7. El partido, el Estado, la reforma	226

CAPÍTULO XIV

Correspondencia del país, 1930-1932	229
1. «El obrero desamparado»	229
2. La evolución del régimen	230
3. Noticias humorísticas de la política	231
4. Correspondencia cruzada	232
5. El asunto Syrsov-Sten-Lomadze	233
6. Los capituladores	237

7. Los <i>oposicioneri</i>	238
8. Viaje por el país	239
9. Una situación grave en la URSS	240
10. El silencio de los viejos	243

CAPÍTULO XV

Iván Nikitich ha vuelto	247
1. La personalidad de Iván Nikitich	248
2. El grupo de Iván Nikitich	250
3. Un primer éxito significativo	251
4. El grupo Riutin	253
5. La represión	254
6. Los ochenta y nueve	256
7. El alcance del regreso de Iván Nikitich	259

CAPÍTULO XVI

«De entre dos cosas, una» (Stalín)	263
1. Unas contradicciones violentas	263
2. Las huelgas de Ivanovo-Voznesensk	265
3. Una Oposición que renace como la hiedra	267
4. El cementerio de la memoria	268
5. Un fuerte olor a podrido	270
6. Hambre en el campo	271
7. «De entre dos cosas, una».	272

CAPÍTULO XVII

De la aurora a la pesadilla, 1934-1938	273
1. ¿Para qué servía el Frente Popular?	274
2. La tragedia aún por venir. 1934 marca, sin embargo, un verdadero giro	275
3. ¿Giro objetivo y giro político de la Oposición?	276
4. ¿Crimen de los <i>opositsioneri</i> ?	278
5. La preparación del primer proceso de Moscú	283
6. Algunos fracasos de los investigadores	287
7. Veredicto de muerte de todos modos.	287
8. Ejov y Beria terminan la limpieza.	288
9. En todo el país: resistencia y represión en la base. ...	291
10. Un asunto asombroso	292

CAPÍTULO XVIII

El proceso de los Dieciséis y el terror	295
1. Una acusación que se ha vuelto insostenible	295
2. Los verdugos no se detienen	296
3. ¿Dónde está lo real tras los estereotipos?	298
4. El «crimen» de familia	301
5. ¿Aclamaron los soviéticos este terror?	302
6. El grupo de ayuda	303
7. ¿Una nueva guerra civil?	304

CAPÍTULO XIX

Magadan: hacia la huelga de hambre	305
1. Kolyma antes de 1937	306
2. La <i>Babuchka</i>	307
3. Hacia la tragedia	308
4. Un ambiente combativo	308
5. El gran viaje	309
6. La fusión de los recién llegados y de los antiguos	312

CAPÍTULO XX

Preparación de la huelga en Vorkuta	319
1. Un testigo precioso en Vorkuta	319
2. El campo de Vorkuta antes de la llegada de los desterrados ..	320
3. Los que llegan	321
4. ¿Quiénes son?	323
5. María Mijailova «Mussia» Joffe	325
6. El estado de ánimo de los prisioneros	326
7. Una preparación minuciosa.	328
8. Hacia la huelga de hambre.	331
9. Dos movimientos complementarios, pero separados.	332

CAPÍTULO XXI

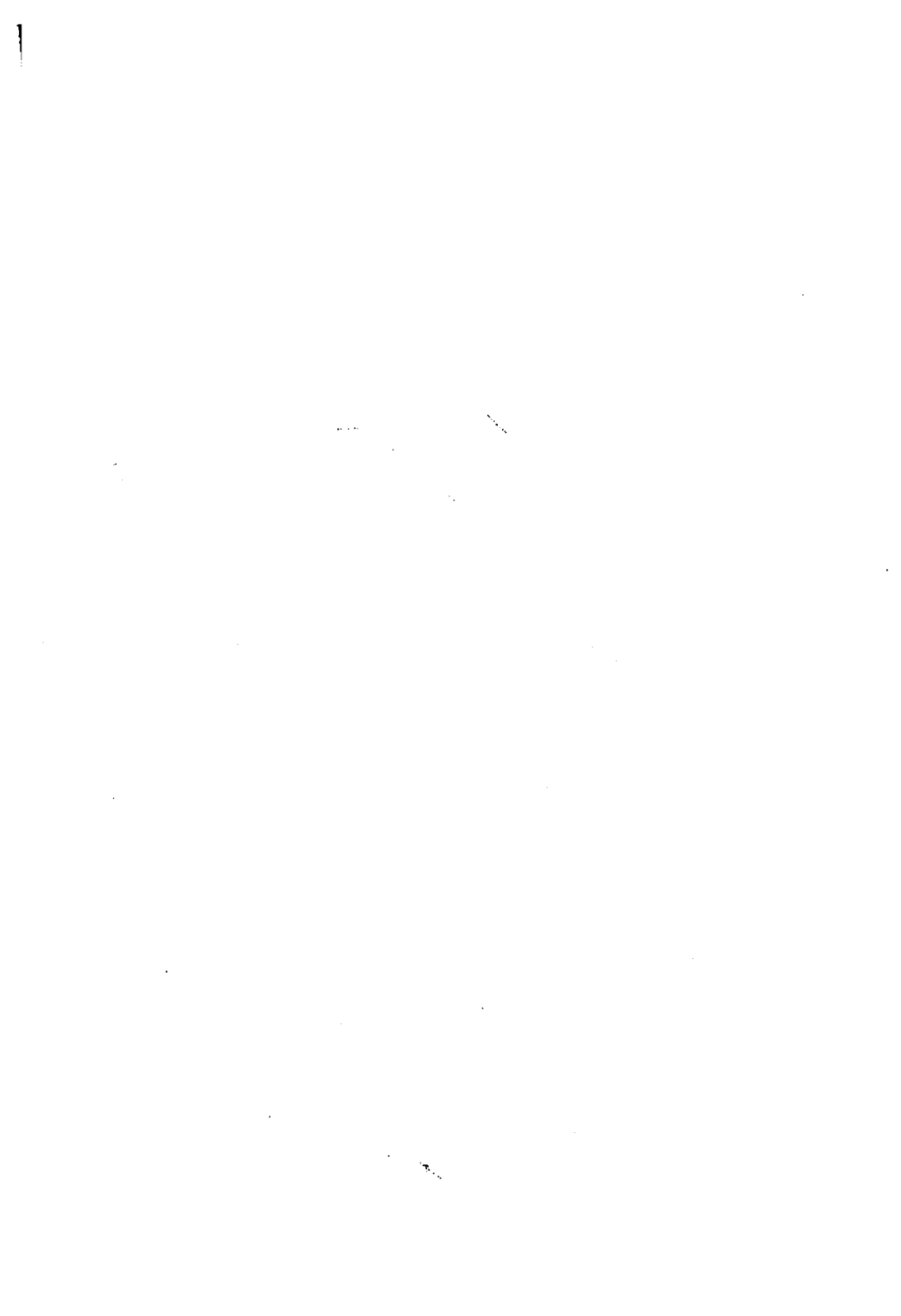
La huelga traicionada en Kolyma	335
1. Llegada de los nuevos a Kolima	336
2. La huelga anunciada	337
3. La huelga	338
4. El relato de Nina Gagen-Torn	340
5. Algunos aspectos concretos	341
6. La traición de Volchok	342

CAPÍTULO XXII

Vorkuta: de la victoria a la masacre	345
1. El aislamiento organizado de los huelguistas	345
2. Una prueba terrible	347
3. Victoria	348
4. El tiempo de los asesinos continúa	349
5. Asesinato en masa	350
6. El drama vivido en la fábrica de ladrillos	351
7. Ninguna lágrima por Mussia.	353
8. Pesado balance.	354
9. Una vez más, la memoria asesinada.	355
10. La lucha continúa	357
11. ¿Cuándo lo supieron?	360
12. Apéndice	362

CAPÍTULO XXIII

¿Son los «trotskistas» migajas en la Historia?	365
1. ¿Cuántos eran?	366
2. ¿Quiénes eran?	368
3. Los «trotskistas» y la «opinión»	369
4. La Oposición y el mundo	372
Notas y referencias	375
Cronología	387



GLOSARIO Y ABREVIATURAS

<i>Apparatchik</i>	Miembro del aparato
BL	Bolchevique-leninista
Comintern	Internacional Comunista
CRCEDHC	Centro de archivos del antiguo Instituto de Marxismo-Leninismo, hoy denominado RGASPI
Decista	Miembro del grupo Centralismo Democrático
<i>Gensek</i>	Secretario General
GPU	Policía política tras la Checa y antes del NKVD
IPR	Instituto de Profesores Rojos
<i>Isolator</i>	Prisión con celdas individuales
KRTD	Contrarrevolucionario Terrorista Trotskista
NEP	Nueva Política Económica
<i>Opositioneri</i>	Opositores
Rabfak	Facultad obrera
RSFSR	Federación de Repúblicas Socialistas Soviéticas
<i>Seredniak</i>	Campesino pobre
SR	Socialista Revolucionario, populista
Chequista	Miembro de la Cheka, la primera policía política
Periódicos	
BO	<i>Biulleten opositsii</i>
CLT	<i>Cahiers Léon Trotsky</i>
CMO	<i>Cahiers du mouvement ouvrier</i>

PRESENTACIÓN

Si tuviera la pretensión, o la ambición, de llegar a ser un *hombre de letras*, me sentiría muy mal. Como especialista en la historia de las revoluciones y en Trotsky, acabo de sufrir dos tentativas de intimidación a las que llamaría, para hacer sonreír un poco, un ensayo de terrorismo.

La primera es anecdótica: he recibido dos cartas de un mismo lector que se reclama del movimiento obrero y de un centro de investigación serio, consagrado, de filiación trotskista. Este señor se libra a violentas diatribas contra mis *negros*, a los que su acurado ojo pretende descubrir fácilmente y a los que denuncia, simultáneamente, por su gran número y por su falta de eficacia; el disparate resulta agravado cuando me reprocha errores, que él juzga groseros, sin arriesgarse a citar uno solo. Esto por lo que concierne al *terrorismo* individual.

Existe otro asunto, más grave, que se difunde por la prensa, la llamada *gran prensa*, que publica ataques y que censura las respuestas. Es la segunda vez que he leído en un periódico de gran circulación la amalgama —particularmente odiosa, aunque presentada como una evidencia— entre Trotsky y Pol Pot. El mismo que, sin embargo, no ha publicado dos contribuciones serias que yo les había enviado. Stalin y Hitler han desaparecido. En su lugar, esta gente propone un nuevo *serial killer*: León Trotsky.

No tengo nada en contra de aquellos que tienen que ganarse la vida y no les pido que lean trabajos serios sobre la cuestión para que dejen de decir bobadas. Como uno de ellos me confió, sólo tienen tiempo para escribir. Pero, a su manera, es un terrorismo de masas: embrutecen a millones de lectores.

¿A qué viene este tipo de mentiras vertidas contra toda evidencia? Este no es el lugar para debatirlo. Pero hace años que quiero hablar de millares de mujeres y de hombres, de viejos y de niños, que murieron, ametrallados por decenas. Quiero mostrarlos vivos, pensando, amando, sufriendo. Decir quiénes eran antes, durante y después de su calvario. Hacerlos revivir, en la medida de lo posible. Mostrar que son imposibles las repugnantes amalgamas que hacen de ellos discípulos de un Pol Pot.

1. LAS FUENTES

He tenido suerte, ya que aquí puedo hacer, con justicia, la primera aclaración que se impone, la cual va a molestar a todos los falsarios.

El grueso de los archivos políticos es ahora accesible; de los de la GPU/NKVD se poseen filtraciones costosas, pero útiles, y, a la luz de los archivos de Trotsky de la Houghton Library —siempre despreciados por los investigadores, sobre todo franceses—, se han convertido, a veces, en potentes retroproyectores.

Gracias, también, a todos aquellos que me han permitido consultar, donde se encuentran, los archivos de las diferentes administraciones de Jarkov, que necesitaba para mi investigación sobre los trotskistas de esta ciudad.

En los últimos años, la organización Memorial ha ido publicando, muy necesariamente, listas de las víctimas. Sin ellas, se corría el riesgo de hacer creer que las oleadas represivas terminaban con el exilio o con algunos años de prisión o imaginarse a los militantes jubilados. Temía que la fórmula *desaparecido* significara para el lector que no se sabía su dirección, y que *muerto en prisión*

podiera entenderse como que había fallecido en su camastro, sin violencia alguna.

Las dos fórmulas disimulan mal el asesinato, al que a menudo también he llamado *ejecución*, pues asesinato y ejecución, bajo Stalin, es exactamente el mismo acto criminal. Hoy podemos afirmar que, prácticamente, la totalidad de los *desaparecidos* o de los *muertos en prisión* fueron pura y simplemente abatidos por orden de Stalin, y que existe un índice de estos «muertos en prisión» con la firma del *gensek* (secretario general). Otros fueron condenados a puerta cerrada, sin procedimiento contradictorio y sin defensa posible, por un trío de oficiales de policía.

2. PERO, SOBRE TODO, LOS HOMBRES Y LAS MUJERES

Hubo víctimas que sobrevivieron, testigos que, con una simple referencia indirecta, aclaran mucho, y, también, historiadores. En los últimos años han muerto muchos testigos, pero su pensamiento y su sensibilidad subsisten en estas páginas (aunque algunos encuentros fueron breves, también siempre resultaron indispensables). Y los suyos, a veces, recuerdan.

Citaré, en primer lugar y ante todo, a mi amigo Sacha, Alexander Pantsov, que me abrió tantas puertas y me permitió estrechar tantas manos; al personal de los archivos de Moscú, tan competente que merecería más respeto que la oferta tradicional de propinas en dólares con la que el *investigador* cree haber pagado; y Macha Lobanova, gracias a la cual he escrito tantos otros libros, después de mi *Trotsky*.

Por supuesto, los historiadores: Mijaíl Gefter, G. I. Cherniavsky, V. P. Danilov, V. I. Billik, que acaba de dejarnos, como antes que él, trágicamente, Alexander Pohekoldin; y más jóvenes como Boris Starkov, el erudito y discreto Mijaíl Panteleiev, mi amigo el joven *sapronovets* Alexéi Gusev y la combatiente de España Adelina Kondratieva.

No olvido a los familiares: el hijo –muerto después de nuestro encuentro– de Ossip Piatnitsky, Kristian, el pequeño sobrino de Rakovsky, el ex coronel Novikov y el hijo de Antonov-Ovseenko, también historiador. Tampoco olvido a Lev Razgón, la persona, a la que conocí antes que al autor y a su inmenso libro *La Vie sans lendemains*, cuyas páginas releía todos los días mientras escribía éste.

Iván Vrachev, a quien dudaba si cuestionar, y que me invitó a hacerlo sin contemplaciones. Decía que él había traicionado a Trotsky, que eso era un crimen y que el deber le imponía testimoniar contra sí mismo. En cuanto a mi querida Genia Jersonskaya, correo del Centro Rakovsky, me abrió todas las vías de la red de Lipa Volfson.

Además, sobre todo, gracias a esas admirables mujeres que tanto han contado y que cuentan tanto que este libro debería ser de ellas: mi amiga Nadejda Adolfovna Joffe, con nuestra común amiga Tatiana Ivanova Smilga. María Mijailovna Joffe, la suegra de Nadejda, escritora. Poco antes de su muerte conocí a la hermana de Sieva, Alexandra Zajarovna, Sachenka, a quien pude dar la alegría de decirle lo que había querido saber durante tantos años –que su madre no la había abandonado–; ella me dio a mí la alegría de darme entrada en su familia, en la que, según ella, yo había puesto fin a la angustia de la ignorancia de la desgracia.

A todas y a todos, portavoces de tantas sombras, gracias.

Gracias también a Isabelle Longuet, traductora incansable en el Instituto León Trotsky de tantos textos de *opositionneri* utilizados aquí, y a Marketa Musikova, que la ha relevado; a Jean-Pierre Juy, Jean-Claude Mège, Karel Kostal, los amigos sin los cuales te sentirías impotente en el esfuerzo cotidiano, del que yo tengo tanta necesidad.

Gracias finalmente, por su existencia, a pesar del irregular cuidado que tienen de un padre un poco penoso, a mis hijos, Michel, Françoise, Catherine, Martine, Jean-Pierre y a sus compañeras y compañeros; a mis nietas, Isabelle y Caroline, mujeres ya, y también a *los parvulitos*, Julie, Héléne, Sarah, Alice, Fanny y al único chico que han dado a luz, Antoine; y, finalmente, a la guapa

Sarah, hija de Caroline y mi primera biznieta, nacida mientras yo acababa este volumen.

3. LA CUESTIÓN DE LAS REFERENCIAS

El venenoso lector al que antes me refería va a redoblar su cólera. A pesar de todos mis *negros* —de los que no dice quien los paga—, en la presente obra he renunciado a citar de manera sistemática las referencias detalladas. Las razones son simples. En primer lugar, los amigos rusos que me han remitido buena parte de mi documentación, textos y testimonios, no quieren ser citados, y son muchos. Pero también estoy un poco harto de ver que gente que no ha puesto los pies en los archivos de Trotsky en Harvard citen textos y referencias mías, sin mencionar ni las fuentes ni los préstamos.

Había comenzado utilizando, como hacen algunos, la mención *archivos privados*. Gran parte de mi documentación proviene de fuentes que pueden llamarse archivos privados o públicos; sin embargo, esta mención, reiterada al infinito, se tornaba ridícula y además sentía que iba a irritar al lector —que encontrará referencias precisas, pero no sobre todas las cuestiones—. He preferido suprimir esta mención, finalmente inútil, lo que no impedirá a algunos acusarme de faltar a todos mis deberes de historiador. Quiero añadir que existen volúmenes de bibliografía sobre las prisiones y los campos, obras en sí mismas, de las cuales doy las referencias que yo tengo.

Por otro lado, vuelvo forzosamente sobre asuntos que ya he tratado. Lo hago con agrado cuando tengo algo nuevo que decir, y me permito, sin hipocresía, remitir a mis obras anteriores.

4. UN ÍNDICE DESNATURALIZADO

Sobre lo que en principio fue un índice, y que he acabado por denominar un pequeño léxico biográfico¹, quiero hacer algunas precisiones a causa de mi corresponsal *negrófobo*. No se trata para nada de un diccionario biográfico. Es un modo de agrupar información que permite, eventualmente, una lectura diferente y que, de todas formas, aporta indicaciones útiles. Y, además, quiero volver a dar vida a aquellos que no tienen ya ni nombre ni rostro. Haría falta un ejército de *negros*, de los que carezco, para verificar, por ejemplo, todos los datos de los años de nacimiento —y no hablo de buscar el día preciso—.

Los nombres propios plantean problemas de ortografía. Apreciados autores, como Víctor Serge, impusieron, de alguna forma, sus errores. La ortografía policial es a veces caprichosa, al punto de volver irreconocibles algunos nombres. También las iniciales están en el origen de muchos errores. Así Abraham Davidovich Belotserkovsky nunca tuvo las suyas, sino otras más caprichosas. Ocurre cada vez que la prisa se instala en los informes policiales. El léxico biográfico refleja graves debilidades en la documentación.

Uno de los problemas más delicados es el de las fechas de nacimiento. La policía y la prensa mencionan casi siempre la edad de una persona por un número de años; los mejores documentos dan las fechas de nacimiento; su ausencia puede ocasionar el error de un año (lo que no es catastrófico) en una biografía, muchas de cuyas fuentes son de origen policial. ¿Para evitar este pequeño riesgo habría que renunciar a aportar una guía biográfica? Yo no lo creo. Las fechas que doy serán muy útiles para un autor de diccionario, incluso si por aquí o por allá hay confusiones (inevitables cuando no es posible trabajar sobre los estados civiles) o si he podido confundir dos hombres con el mismo apellido familiar y ejecutados en el mismo periodo.

Por experiencia sé que hay que ayudar al lector serio y apasionado que se inicia, y, por tanto, he simplificado denominaciones

1. Incluido en la edición francesa. La española no lo incorpora.

y siglas. De esta forma llamo *el Partido* a una organización que durante decenios ha utilizado diferentes denominaciones, que fue, sucesivamente, un partido obrero, socialdemócrata, comunista, bolchevique: el partido de Lenin durante los años que precedieron a la tragedia; más tarde, el partido del poder y de la fuerza bruta. Asimismo, empleo frecuentemente el verbo *fusilar*, mientras que el texto ruso es menos preciso y, en realidad, la mayoría de las veces era una bala en la nuca. Para variar, utilizo indiferentemente JC, Juventudes Comunistas y su transposición rusa de Komsomol.

El lector atento enseguida se dará cuenta de que en las biografías existe un agujero negro entre las sanciones y castigos de 1927/1928 (a veces digo 1927, otras 1928 —es la misma oleada—) y las detenciones que llevaron a Vorkuta y a Kolyma, de la semi-libertad al matadero. Hubiera necesitado muchas páginas para informar de los diversos destinos de cada uno en el periodo del exilio. El término *detención* marca el paso de la libertad al exilio, libertad vigilada; pero también de ésta última a la prisión o al campo de concentración.

5. LA HISTORIA GENERAL

A lo largo de estas décadas creo haber encontrado un buen número de informaciones precisas, propuesto algunas nuevas y coherentes interpretaciones y contribuido a desalojar arraigados errores. Lo he hecho gracias al examen de viejos papeles, los *archivos* —verdadera vocación del historiador—, pero también gracias al encuentro con personalidades cargadas de testimonios y, sobre todo, con las claves que permiten esclarecer documentos que sin ellas resultarían oscuros. Podrá advertirse, con sorpresa, que las informaciones que he descubierto y los episodios que he esclarecido no encuentran lugar alguno en las historias generales de la URSS que aparecen hoy en día, lamentables y plomizas generalizaciones que, salpicadas con el vocabulario de la moder-

nidad, no hacen sino restituirnos una interpretación anticuada en medio siglo.

Más allá del reciente *Stalin* de Jean-Jaques Marie, no se vislumbra la historia del grupo estaliniano, su lucha angustiosa por los privilegios, su crisis permanente, sus escisiones mortales y su pánico constante. El arma del terror será finalmente la que venza —o, mejor, la que hará inclinarse la balanza— con la decisión de *matar a todos*, un asesinato en masa en el que el Jefe bien amado participó con saña. Hay un libro consagrado por entero a enumerar a los hombres y mujeres que él personalmente condenó a muerte, antes de decidirse a *matarlos a todos*.

Lo que he aprendido de los deportados vivos o de sus memorias merecería un lugar en esas obras llamadas de divulgación. Por ejemplo, las diferentes realidades de una *deportación* que, a veces, es de hecho un exilio, donde a menudo las familias se mantienen agrupadas, y la de los campos. El comportamiento de los *chequistas* que custodiaban a los detenidos a veces era análogo al de los SA o las SS, pero también a veces, completamente diferente. El término *campo de la muerte* se aplica perfectamente a los lugares de reagrupamiento de los detenidos trotskistas en los campos de Vorkuta y de la Kolyma a partir de 1936. Sin embargo, en otros lugares se sabe que los detenidos se reunían, como en Suzdal durante el periodo de preparación del primer gran proceso, donde I. N. Smirnov arengaba desde la ventana de su celda a sus compañeros de presidio. Durante años la reivindicación recurrente de los prisioneros fue un régimen político como el del campo de los Solovki, a pesar de que frecuentemente se presenta a éste como el peor régimen carcelario. Y tampoco faltan ejemplos de humanidad en prisiones, por lo demás atroces.

Lo que impide a numerosos autores identificar nazismo y comunismo, son también estas informaciones. De ahí la discreción con la que son tratadas. Dicho de otra forma, las preocupaciones políticas presentes y apremiantes dirigen todavía el tratamiento de la historia soviética. Este libro es un momento en el combate contra esas preocupaciones y no esconde las de su autor, su simpatía por las víctimas. Ahí reside mi motivación.

6. REVOLUCIONARIOS

Sus enemigos les bautizaron como *trotskistas*, pero ellos se hacían llamar *bolcheviques-leninistas*, sintiéndose y queriendo ser los verdaderos continuadores del Partido Bolchevique de Lenin y de Trotsky. Eran su generación de Octubre, encuadrada y a veces frenada por los viejos de un partido desangrado, fatigado, desgastado y a menudo desmoralizado. A un joven cabo, al que habían ordenado disparar sobre decenas de prisioneros, le impresionó que murieran cantando y dijo que eran unos fanáticos. Grosero error, pero útil para los jefes de los verdugos. En realidad, se trataba de militantes convencidos. Tenían una moral, pero también una *moral* rigurosa que les granjeó el respeto de sus compañeros de calvario. Como otros grupos perseguidos por sus convicciones, como los protestantes en tiempos del rey Sol, no cesaron en su lucha, a pesar de terribles sufrimientos, por una mayor tolerancia, por la democracia y la libre discusión. Así, los *trotskistas*, que no habían encontrado palabras suficientemente duras para condenar la *capitulación* de Zinoviev y de Kamenev, se levantaron en señal de respeto y duelo al conocer su ejecución cuando fue anunciada en Vorkuta.

Sin duda, el Partido Bolchevique fue uno de los primeros del mundo en situar a mujeres en puestos de gran responsabilidad, como en el Ejército Rojo, esas dos mujeres-soldado, posteriormente estrellas de la Oposición, Varsenika Kasparova y Olga Varentsova, las dos formadoras de miles de comisarios políticos que aseguraron la victoria. Desde la fundación de la Oposición, se advierte la omnipresencia de mujeres jóvenes, cuya identidad queda reflejada en los informes de los delatores, por encargarse de las tareas más peligrosas de agentes de contacto con los deportados, así como, junto a los hombres, en los puestos de mando —las Mussia Magid, Lidia Svalova, Tania Miagkova, Olga Smirnova, nacidas políticamente en 1917—.

¿Esos aproximadamente diez mil *oposicioneri* que acabaron en las fosas comunes de Vorkuta y de la Kolyma, eran el residuo de un pasado caduco o un germen de futuro? Un análisis hecho por

Memorial de la composición por edad y por estrato social de los acusados en el principal proceso de Kolyma permite adelantar una respuesta: «30% eran cuadros del partido, 30% militantes de base, 7% sin partido, 60% tenían más de 40 años, 20% entre 30 y 40 años, 20% menos de 30 años; 55% tenían estudios superiores (muchos en *rabfaki*, facultades para obreros), 23% estudios secundarios, 22% (georgianos sobre todo) solamente estudios primarios; 40% eran de nacionalidad rusa, 30% judíos, 10% ucranianos y georgianos».

El mismo Partido Bolchevique estaba lejos de presentar una configuración tan favorable para la toma del poder. Puede adivinarse —yo diría que sentirse—, más que demostrarse, que nunca estuvo ausente de las cabezas o de los textos la referencia a ese monumento de eficacia como eventual herramienta revolucionaria en caso de una explosión de lucha de masas.

Pensamos que ese vivo residuo hubiera podido convertirse en un irresistible germen. Para asegurar su poder y aumentar sus privilegios, los burócratas afectos a Stalin debían eliminar a sus portadores hasta el último de ellos —*matarlos a todos*—.

Las mujeres y los hombres que participaron en las huelgas de hambre hasta la muerte lo sabían perfectamente. Sólo confiaban en que otros después darían a conocer sus ideas, su entrega, su coraje, su calidad humana, el valor del modelo social y político que defendían. ¿Puedo decir que me siento orgulloso de haber sido de aquellos que han hecho posible ese reconocimiento?

1936 (Moscú)

Después de años de *isolator* y de meses de interrogatorios agotadores, aceptó confesar las mentiras que se le exigían, porque sabía a su hija en manos de las bestias, y porque le dijeron que la salvaría si confesaba. Enseguida comprendió que le habían engañado y que había perdido su honor y a su hija. Estaba en un pasillo subterráneo cuando le dispararon una bala en la nuca.

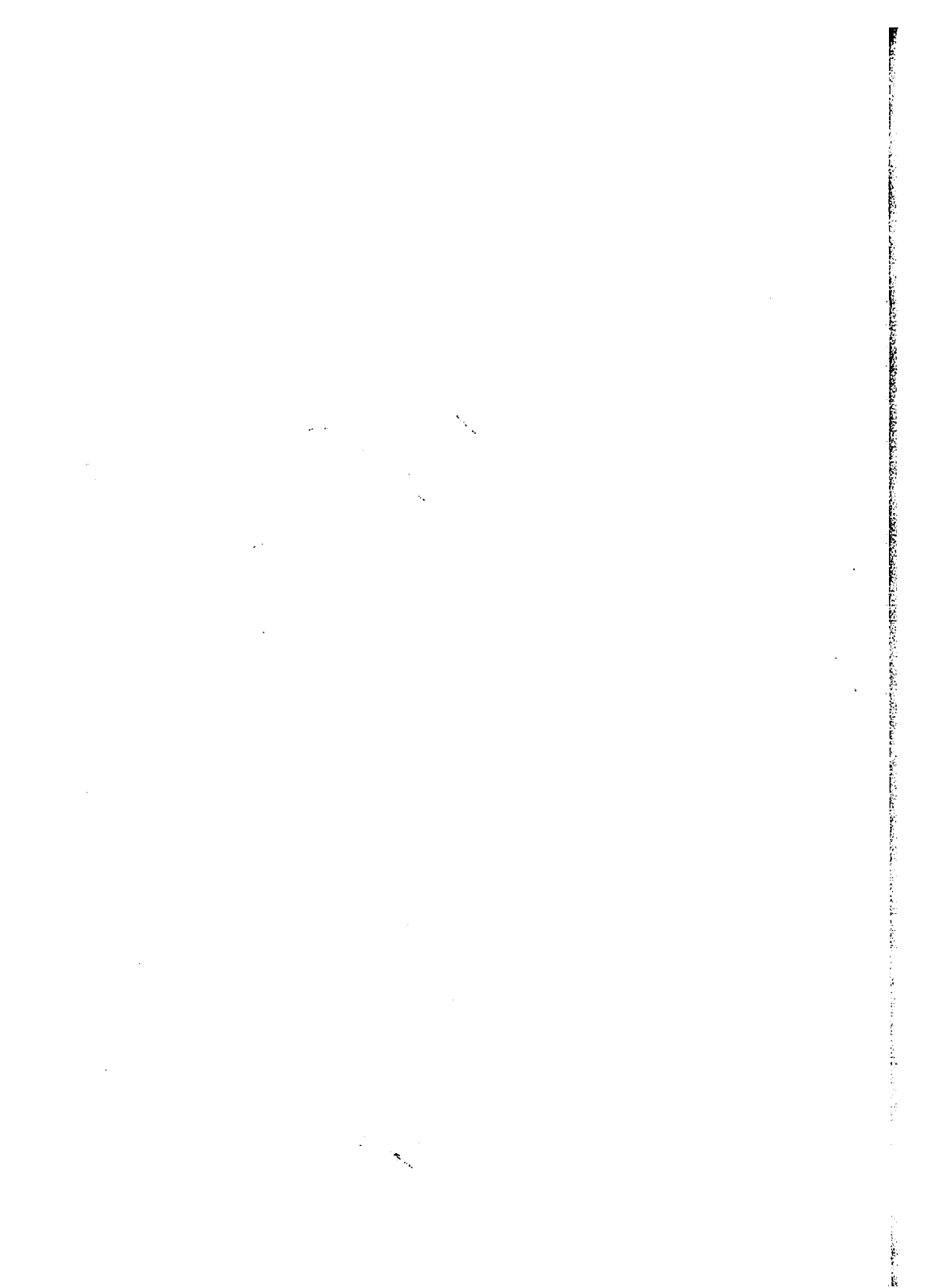
1940 (México)

Había recibido en su despacho a ese joven que no le gustaba nada. Se inclinó sobre el texto que había presentado. En ese momento le golpeó violentamente en la cabeza con un piolet que había guardado enrollado en su gabardina. Lanzó un grito horrible. Consciente de estar herido de muerte, y sabiendo que era lo que había querido su asesino, dice a sus camaradas: "No lo matéis, es preciso que hable".

1941 (Orel)

Estaba viejo, cardiaco, diabético. Había confesado para salvar a jóvenes, y ellos los habían matado. Les escribió que no eran más que asesinos y que había que proclamarlo. Fue condenado a muerte por decreto. Tenía miedo y le amordazaron. Cuando murió, le arrancaron sus harapos y le cortaron en pedazos: la orden fue echar su carne a los lobos.

Al final de este libro, el lector sabrá a qué combatientes revolucionarios me refiero.



CAPÍTULO I

LOS PRIMEROS ORÍGENES DE LA OPOSICIÓN

La historiografía estaliniana ve «trotskistas» por todas partes. Incluso antes de que existieran. Nosotros no contamos como «trotskistas» a aquellos que votaron con Trotsky por la «militarización de los sindicatos», a pesar de la autorizada opinión de Iván Vrachey, según la cual se trataba de militantes inquietos ante la gravedad de la situación económica y de la crisis social que se anunciaba.

En esa época, sólo constatamos la existencia de círculos de amigos que posibilitaron, posteriormente, la estructuración de una «tendencia» o de una «corriente» —aquellos que, en contra de la opinión de Trotsky, querían reunirse en vísperas del X Congreso—. En realidad, cada uno de estos hombres tenía sus amigos, una red, un círculo, como se quiera; gentes próximas a él, en los que confiaban y entre los que ya existían lazos, una comunidad de reflejos y de pensamiento.

Las tendencias, así como las fracciones, no nacieron hasta que se produjeron las primeras medidas de represión interna.

1. LOS AMIGOS DE TROTSKY

Al evocar esa época, su compañera, Natalia Ivanova Sedova, confiesa que a Trotsky le faltaba un poco de sociabilidad. No tuteaba más que a raros privilegiados y, aún más que los demás, subordinaba sus relaciones personales a su actividad política. Sus amistades así lo ilustran.

Uno de tales amigos ya había desaparecido cuando comenzamos nuestra historia, a principio de los años veinte: M. S. Uritsky, al que Trotsky conoció en Siberia durante el exilio de ambos y que después fue, en la Rusia zarista, el organizador del grupo inter-radios fundado a partir de 1912 sobre la base de *Pravda* de Viena. No se relacionaron por mucho tiempo. Uritsky fue una de las primeras víctimas bolcheviques de los *blancos*, que lo asesinaron el 30 de agosto de 1918, quizás porque se opuso resueltamente a la brutalidad y a la crueldad de sus métodos de interrogatorio.

El más antiguo entre los cercanos a Trotsky era Adolf Abramovich Joffe, al que había conocido en Viena, y que fue el organizador y difusor de *Pravda*, así como el creador, por encima de M. S. Uritsky, de la organización inter-radios.

Durante su exilio en Europa, en todas las capitales y en el fango de la guerra de los Balcanes, Trotsky tejió lazos de amistad con el excepcional Christian Georgievich Rakovsky, nacido búlgaro, convertido en rumano, militante francés, después ruso y antiguo jefe del gobierno rojo de Ucrania durante la guerra civil. Fue el primer jefe de la administración política del Ejército Rojo, jefe de los «comisarios políticos».

Los rusos a los que Trotsky frecuentó en París le siguieron siendo fieles, y figuran entre sus allegados. Los reencontró a partir de 1917 y pasaron a ser colaboradores de confianza. Vladimir A. Antonov-Ovseenko, joven oficial, se amotinó en 1905 junto con sus soldados y, en París, fue un hombre para todo, así como el administrador del diario *Naché Slovo*. Sucedió a Rakovsky en la dirección de la administración política del Ejército Rojo. El doctor Iván Zalkind, al que Trotsky había nombrado comisario del pueblo adjunto a Asuntos Exteriores, entabló las relaciones nece-

sarias, sobre todo con Suiza, donde fue a curarse antes de instalarse en Moscú.

La revolución y la guerra civil aportaron a Trotsky gran cantidad de nuevos amigos, de todas las edades. Uno de los primeros fue Igor Poznansky, joven estudiante de matemáticas que, por propia decisión, se convirtió en su guardaespaldas en 1917, siguiéndole al principio, abordándole después en la calle en plena noche para decirle que él le protegería.

El hombre de confianza de Trotsky, el marino Nikolai Markin, que le había respaldado en Asuntos Exteriores, murió en el frente. Su jefe de Estado Mayor era un joven médico al que él consideraba como un gran talento militar, el doctor Efraím Markovich Skiansky, muerto accidentalmente al inicio de la batalla política de la que tratamos aquí.

Varsenika Djavadovna Kasparova fue una de las formadoras de mujeres comisarias políticas, colaboradora habitual y amiga de confianza, junto con Olga Afanasievna Varentsova, que trabajaba en la oficina del comisario del pueblo.

Fue en Svajsk, durante la batalla de Kazan, cuando Trotsky contrajo lazos más estrechos con hombres y mujeres que participaron en el mismo combate frente a los *blancos*, en un lugar y en un momento decisivos. Fue ahí donde se unió a alguno de los magníficos jefes de esta terrible batalla: Iván Nikitich Smirnov, apodado «el Lenin de Siberia»; Karl Ivanovich Grünstein, que más tarde dirigirá la Escuela del Aire. Larissa Reissner, brillante periodista, amiga de Radek y comisaria política, que hizo un reportaje inolvidable sobre esta batalla.

En el círculo cercano encontramos también al antiguo terrorista social-revolucionario Yakov G. Blumkin, condenado a muerte por haber atentado contra la vida del embajador alemán, al cual Trotsky convenció en su celda. Entró en el Ejército Rojo, y posteriormente en su servicio de información, tras un periodo en el secretariado de su jefe.

Y luego están aquellos a los que Trotsky conoció a través de intermediarios o que llegaron a él gracias a su reputación: el obrero

Alexander Egorich Beloborodov, marido de una amiga de Natalia Sedova, Faina Viktorovna Jablonskaya; Sergei Vitaliéovich Mrachkovsky, nacido en prisión de padres prisioneros políticos; el gigante Nikolai Ivanovich Muralov, que comandó en 1919 la región militar y, por lo tanto, la guarnición de Moscú; Evgeni Alexeíévich Préobrajensky, en Siberia con Iván Nikitich Smirnov...

El secretariado de Trotsky —cincuenta personas a tiempo completo, nos asegura Genia Jersonskaya— le aporta jóvenes colaboradores, a los que, por lo general, continuó ligado. A Igor Poznansky, ya citado, hay que añadir Víctor Borisovich Eltsin, Nikolai Sermuks, Vasili Nechaiev, Georgi Valentinovich Butov, Yuri Samuilovich Kraskin, Grigori Mijailovich Stopalov, Grigori Ajsenberg. Recordemos que uno de los dirigentes de la fracción de Trotsky cuando éste se encontraba en el exilio fue Boris Mijailovich Eltsin, padre de su antiguo secretario Víctor Borisovich. En 1923-1925 aparece otra generación constituida por la fracción de los jóvenes pertenecientes al Instituto de Profesores Rojos, elite de enseñanza superior del país. Entre estos citemos a Grigori Yakovin; Man Nevelson, marido de la hija pequeña de Trotsky; Nina, Eleazar Solntsev y una guapa periodista de veinte años, Galina Byk, de quien se dice que Trotsky estuvo siempre dispuesto a acceder a sus demandas. Galina se casó con Sokolnikov, pero le abandonó por el robusto obrero Leonid Petrovich Serebriakov, sin escuchar los consejos de Trotsky de que no se divorciara.

2. LOS SEGUIDORES DE CHRISTIAN GEORGIEVICH

Rakovsky reunía a su alrededor a jóvenes ucranianos, estudiantes comunistas, como Lipa A. Volfson, G. M. Vulfovich, Gersch M. Babinsky, para los que había sido el héroe de juventud y el jefe en la guerra, así como para el dirigente obrero Vasili Golubenko, el obrero G. I. Yakovenko y sus amigos Otto y Vladimir Christianovich Aušsem, Yuri Mijailovich Kotziubinsky,

hijo de un gran poeta, o los dirigentes de las Juventudes Comunistas Víctor Krainiy y Dmitro Kurenevsky; mujeres como la joven L. I. Jeifetz o la economista Tania Semenovna Miagkova. Y no olvidemos a Jarkovien Semen J. Mintz, antiguo presidiario, ni, sobre todo, al obrero calderero de Moscú Yosif Filipovich Flaks, fiel a Rakovsky hasta la muerte y fusilado antes que él.

Esta gente no se agrupará antes de 1924. En 1922 y 1923 es cuando las cosas se definen. Para Trotsky, igual que para Lenin, Stalin se convierte en el adversario número uno, en el verdadero peligro. Trotsky informa de sus conversaciones con Vladimir Ilich a varios de sus allegados, entre ellos a Rakovsky, a Iván Nikitich Smirnov y a Evgeni Alexeievich Préobrajensky.

Pero hay más. Cuando fueron conocidos los resultados de la votación en el Partido sobre el «nuevo curso», V. A. Antonov-Ovseenko, que era todavía reciente jefe de la Administración Militar del Ejército (jefe de todos los comisarios políticos), Nikolai Ivanovich Muralov, que comandaba la guarnición de Moscú, el viejo militante georgiano exchequista Alipi, llamado Kote Tsintadze, y sabiendo todos de lo que estaban hablando, proponen a Trotsky un pequeño golpe: el envío de un batallón para arrestar a Stalin y a todos los que, con él, falsificaron los votos para la conferencia.

Trotsky se niega, explicando pausadamente que utilizar al Ejército, aunque sea sólo un batallón, incluso sólo contra un sector podrido del partido, significaría dar un paso hacia el bonapartismo. Dado que el fin no justifica los medios; son los medios los que condicionan el fin. Pero, o se renuncia, o hay que luchar. En un primer momento, Trotsky elige la prudencia. Es verdad que él había formado una tendencia durante la discusión de 1923, pero no se trataba de una fracción; era discreta; sus militantes asumían responsabilidades, se daban a conocer de forma favorable a otros miembros, pero no buscaban influir en las discusiones por medio de una acción organizada.

En esta fecha, en 1924, importantes dirigentes de la Internacional y del movimiento comunista en general ya habían escrito algunos textos en los que se planteaba el problema de la organización y de la acción para modificar la línea y, ante todo, el régimen del Partido, puesto seriamente en cuestión: la Revolución está en crisis, hay que enderezar el timón.

3. EL PRIMER TRABAJO DE RAKOVSKY

Rakovsky fue el primero en dirigirse al corazón de los problemas, a propósito de la adopción de la Constitución soviética, mediante un folleto titulado *Nueva etapa del desarrollo soviético*, verdadero *Manifiesto comunista* contra la burocracia. Levantó mucho alboroto en Ucrania, un poco menos en Rusia y mucho más en Georgia y en el Kremlin. La historiografía occidental lo ha ignorado durante mucho tiempo. Rakovsky recapitula, con un lenguaje claro, sobre las batallas y debates alrededor de la cuestión nacional y de la burocracia. Escribe:

«La cuestión nacional —el reconocimiento de un grupo unido por su origen, su lengua, su territorio, su pasado y sus costumbres y su derecho a la existencia independiente— es el resultado del desarrollo del capitalismo [...]. El siglo XIX ha merecido el título de la edad de las naciones. El movimiento nacional, que comienza con la Revolución francesa, continúa hoy en día».

Pasa luego a describir la renovación del impulso nacional después de la Primera Guerra Mundial y explica:

«Naturalmente, ninguno de estos movimientos hace aparecer a la burguesía como “sujeto” o dirigiendo el movimiento nacional. Indiscutiblemente, ésta ha utilizado la indignación de las grandes masas contra la opresión nacional para reforzar su propia dominación».

Subrayando las insuficiencias detectadas en la Rusia soviética y, sobre todo, las tendencias desde las alturas a la rusificación, Rakovsky indica el origen: la creencia de que con la caída de los explotadores la cuestión nacional había sido eliminada, mientras

que la revolución no ha hecho más que posibilitar los medios para resolverla. Combate después lo que él denomina «prejuicios comunistas»:

«En la mejor hipótesis, escribía Engels en su introducción a *La Guerra civil en Francia* de Karl Marx, el Estado es un mal, recibido en herencia por el proletariado después de una lucha victoriosa por la supremacía de clase. Como en la Comuna de París, el proletariado deberá suprimir inmediatamente los peores aspectos de este mal antes de que la nueva generación [...] sea capaz de tirar todas las baratijas del Estado a la basura [...] El Estado que emerge de la división de la sociedad en clases desaparece con la desaparición de las clases».

Es así como Rakovsky aborda la cuestión candente de la centralización:

«Evidentemente, el poder soviético no puede tener peor enemigo que la centralización, si por ello se entiende una concentración del poder en un único órgano y la transformación de la población en atento instrumento para la ejecución de los decretos centrales. [...] El poder soviético es el enemigo de los decretos centrales. Pero si la vida política se convierte en el privilegio de un pequeño grupo, entonces, evidentemente, las masas trabajadoras no participarán en el control del país y el poder soviético perderá su más importante apoyo».

Concluye, naturalmente, refiriéndose a la burocracia. Es, sin duda, algo tan importante como nuevo, por tratarse de un texto de un alto responsable, jefe del gobierno de Ucrania. En la Rusia soviética la vida, después de la Revolución, ha situado a la burocracia a la orden del día —lo que no puede ser una sorpresa para los marxistas—. Rakovsky recuerda a sus lectores:

«Engels describe cómo el poder del Estado sirve a sus propios intereses: el servidor del Estado se convierte en su señor. En otras palabras, se ha formado una clase de burócratas con sus propios intereses particulares y, ante todo, está interesada en conservar su aparato de Estado centralizado y complejo».

Esclarecida de esta forma la realidad de Rusia por este rayo de luz de análisis marxista, el jefe de los burócratas reacciona rápidamente. El secretario general (*genssek*) del partido, I. V. Stalin, gracias al poder que tenía para hacer nombramientos en el partido sobre el que reinaba, designó a Rakovsky embajador en Londres con la intención de deshacerse de él. El interesado protestó por carta al propio Stalin, «en tanto que responsable del Partido y del Estado soviético», contra la táctica que pretendía liquidarlo. Esta carta no se hará pública. Rakovsky parte para Londres, dejando de mala gana a sus camaradas, que continuarán el combate sin él.

4. PRÉOBRAJENSKY Y LOS CUARENTA Y SEIS

En los meses transcurridos durante los tres primeros trimestres de 1923 soplaron sobre Europa vientos de tempestad. La ocupación del Ruhr por las tropas franco-belgas, que exigían, armas en mano, el pago de «reparaciones», despierta el sentimiento nacional y las aspiraciones revolucionarias en Alemania. También en Moscú, donde la dirección hace un llamamiento en apoyo de la «revolución alemana» y donde todo el Partido sabe que se dirigen hacia el «Octubre alemán». La juventud soviética se entusiasma ante la «lucha final».

Este movimiento profundo de las masas obreras y de la juventud tomará el relevo de las primeras iniciativas. La revolución mundial se vislumbra de nuevo y exige una resurrección revolucionaria del Partido.

Cuarenta y seis bolcheviques entran en acción mediante una carta al Comité Central. Fue redactada por Préobrajensky después de una serie de discusiones en las que Trotsky tomó parte, así como Saprónov, líder de los decistas, el grupo más a la izquierda del Partido. En primer lugar fue firmada por los dos antiguos secretarios del Partido, E. A. Préobrajensky y L. P. Serebriakov —elección eminentemente política—; entre sus dos nombres figuraba el de Boris Abramovich Breslav, que fundó el Partido en

Cronstadt, fue miembro de su soviét y, junto a Pavel Dybenko, dirigente del soviét del Norte, miembro del ejecutivo de los soviets en 1917, regresó después como obrero a la fábrica *Comuna de París* de Moscú. A continuación, la carta fue firmada por la flor y nata de los bolcheviques de los tiempos heroicos (menos los exiliados de la diplomacia) así como por Saprónov y los decistas —la tendencia llamada del «centralismo democrático»— en la que se vuelven a retomar las críticas contra el régimen interno del Partido. Partiendo de una severa apreciación de la política económica, desarrolla una verdadera requisitoria:

«El Partido ya no es, en gran medida, una colectividad independiente y viva que refleja directamente la realidad por estar ligado a ella con millares de hilos. En su lugar, observamos una división que no deja de crecer, pero que siempre se oculta, entre una jerarquía de secretarios y la “gente tranquila”, entre los funcionarios profesionales y la masa de un partido que forma parte de la vida común».

Se asegura:

«En el Partido prácticamente ha desaparecido la libre discusión; la opinión pública del partido está asfixiada. En nuestros días, no es el partido, no son las amplias masas las que promueven y eligen a los miembros de los comités provinciales y del comité central. Al contrario, la jerarquía de secretarios selecciona, en gran medida, a los delegados para las conferencias y congresos, que se han convertido en asambleas ejecutivas de esta jerarquía».

Y concluye:

«Las dificultades que se avecinan exigen una acción unida, fraternal, plenamente consciente, extremadamente vigorosa, extremadamente concentrada, de todos los miembros de nuestro partido. Hay que acabar con el régimen fraccional, y lo deben hacer, en primer lugar, aquellos que lo han creado. Debe ser reemplazado por un régimen de unidad entre camaradas y de democracia interna».

La dirección reaccionó con violencia fraccional. A sus ojos, las críticas de Trotsky y de los Cuarenta y Seis son intolerables y su

publicación fue estrictamente prohibida, así como las reivindicaciones presentadas por Préobrajensky en la reunión del CC y de la CCC: discusión en todos los niveles de las grandes cuestiones políticas, libertad total de expresión en el Partido, debate en la prensa, volver a elegir a los responsables, reexaminar los informes de los que fueron «trasladados» para verificar que no se trataba de sanciones ocultas.

Pero la posición del aparato no se sostiene. Va a tener que obrar con astucia, pues los textos prohibidos circulan, los temas proscritos reaparecen por todos lados. Finalmente, tuvo que ceder y anunciar una discusión que se desarrollaría, en parte, en la prensa del Partido. Pronto llegaron centenares de textos. Fue Préobrajensky quien abrió el fuego con su contribución del 28 de noviembre:

«Es característico que en la época en la que teníamos muchos frentes abiertos, la vida del partido emanaba mucha más vitalidad y la independencia de las organizaciones era mucho mayor. En el momento en que no solamente han aparecido las condiciones objetivas para la reanimación de la vida interna del partido y su adaptación a las nuevas tareas, cuando existe también la necesidad real de hacerlo, no solamente no hemos avanzado un paso en relación al periodo del comunismo de guerra, sino que, al contrario, hemos intensificado la burocratización, la petrificación, el número de cuestiones zanjadas prematuramente desde arriba; hemos acentuado la división del partido, iniciada durante el periodo de la guerra, entre aquellos que deciden y tienen las responsabilidades y las masas que aplican esas decisiones, en cuya elaboración no han tenido parte alguna».

5. LA INTERVENCIÓN DE TROTSKY

La contribución de Trotsky, en forma de intervenciones en los debates y tribunas en la prensa, es bien conocida por su ulterior edición, titulada *El nuevo curso*. Describe la situación en el Partido:

«El sistema de nombramientos, la designación por arriba de los secretarios [...]. Se han creado amplias capas de militantes que han accedido al aparato de gobierno, que crean opinión y renuncian completamente a sus propias opiniones sobre el partido, como si la jerarquía burocrática fuera el aparato que crea la opinión y las decisiones del partido».

Trotsky asume la tarea de informar a los miembros del partido sobre esta situación y añade una serie de exigencias e iniciativas: que el aparato se subordine al partido, que los viejos colaboren con la joven generación, que se recupere la crítica libre y fraterna. Se conoce su más célebre desarrollo:

«Nuestra juventud no debe limitarse a repetir nuestras fórmulas. Debe conquistarlas, asimilarlas, formarse opinión, su propia fisonomía, y ser capaces de luchar por sus puntos de vista con el coraje que proporciona una convicción profunda y una completa independencia de carácter. Fuera del partido la obediencia pasiva que sigue mecánicamente los pasos de los jefes; fuera del partido la impersonalidad, el servilismo, el carrerismo. El bolchevique no es solamente un hombre disciplinado, sino un hombre que, en cada caso y sobre cada cosa, se forja una firme opinión y la defiende con coraje, no solamente contra sus enemigos, sino en el seno del propio partido».

Todo esto fue profundamente sentido, tomado en serio y a veces literalmente, por los elementos más responsables de la sociedad soviética, jóvenes o viejos. Fue impresionante la súbita aparición de centenares de cartas, textos y artículos enviados a las tribunas de la prensa del partido, entre ellos a *Pravda*, desde que se abrió la discusión general pública. Aunque no mostraban la unanimidad propia de la disciplina ni su apariencia, sin embargo sí mostraban todas, de forma manifiesta, una extraordinaria unidad de pensamiento y de aspiraciones.

6. POLICÍA CONTRA POLÍTICA

Sorprendió la libertad de este debate, pero era tan esperado, que aquellos que se lanzaron a él, devorados de impaciencia, estaban convencidos de que tenían la oportunidad de cambiar la vida, sus vidas, las de todos —ese sueño que la victoria de la revolución les había prometido—. Es significativo que fuera en el Instituto de Profesores Rojos (IPR), que reunía a una elite intelectual de comunistas, donde se desarrollaran las discusiones más ricas y donde la Oposición saliera victoriosa frente al aparato, sus jefes y sus portavoces.

Lamentamos la ausencia de un estudio serio sobre ese momento del debate, y la brevedad de los comentarios sobre este punto de Michael David-Fox. En todo caso, no seguiremos a éste último cuando atribuye el éxito de la Oposición a la presencia de Préobrajensky en un seminario y a la existencia de un curso de Radek. ¿Por qué Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Yaroslavsky y muchos otros no produjeron el mismo efecto? De hecho, para estos jóvenes, sobre los que la vieja generación y ellos mismos pensaban que serían los cuadros del mañana, todas las posiciones pudieron ser defendidas en un debate completamente democrático, de un nivel mil veces superior al de las discusiones en las células y las asambleas generales.

La Asamblea General final del Instituto de Profesores Rojos comienza la tarde del 16 de diciembre y finaliza al día siguiente, a las seis de la mañana, con presencia de Kamenev por la dirección (la *troika* Zinoviev-Kamenev-Stalin, como entonces se decía) y de Radek por la Oposición. En ella se adopta la resolución de ésta última por 83 votos contra 47, después de una apasionada batalla de ideas y protesta contra la persecución de la Oposición y el carácter tendencioso de las informaciones dadas por *Pravda*. Otra resolución condena, por 90 votos contra 40, los artículos de Stalin en *Pravda* en los que se echaba leña al fuego. El aparato responde abriendo una investigación sobre la divulgación de documentos secretos, como la *Carta de los Cuarenta y Seis*.

Una simple ojeada puede hacernos ver que quizás los seguidores de la Oposición se influenciaron unos a otros, apoyados en la confianza y en la esperanza, pero no que se hubieran puesto previamente de acuerdo —y sobre todo, no como conspiradores—.

Evgeni Préobrajensky, futuro secretario del partido, venía de esa Siberia a la que había soviétizado en la medida de lo posible, junto a Iván Nikitich Smirnov, querido y admirado en plena guerra civil. Afirmaba que era posible y deseable autorizar los «agrupamientos ideológicos» en el partido, tratando de convencer de que son la mejor solución para todos o para parte de los problemas —lo que admiten perfectamente los estatutos—.

Un joven profesor de historia de Leningrado, Grigori Yakovlevich Yakovin, amigo de A. A. Joffe, ha vivido la victoria de Petrogrado y vuelve de Alemania donde estudió la revolución y su derrota; aspira a contribuir a la victoria, de la cual no duda, y así lo escribe. En él se manifiesta una mente clara, además de un militante de coraje excepcional, un dirigente digno de sus antecesores.

Este debate es una lucha de militantes, convencidos y honestos, contra tramposos. Los golpes bajos se multiplican: revocación de Andrei Andreievich Konstantinov, de veintitrés años, que organizaba las discusiones en *Pravda* sobre la base de la igualdad en el derecho de expresión; eliminación de la mayoría de los miembros del CC de las Juventudes Comunistas, ganados para la Oposición, dispersados por Siberia; falsificación por Nazaretian, del secretariado de Stalin y censor de los demandantes; condena a dos años de prisión para el joven oficial S. E. Dvoretz, por haber insultado y amenazado a Zinoviev durante una discusión.

Después de las amenazas vienen las exclusiones de estudiantes, la depuración y disminución de los créditos para la enseñanza superior, la remoción de Antonov-Ovseenko por una circular que molesta, el desplazamiento y envío al extranjero de militantes juzgados demasiado influyentes en su medio, como hicieran con Rakovsky —en resumen, se desencadena una enloquecida represión—. ¿De nuevo sintieron los dirigentes que el viento de la revolución se volvía contra ellos? Los llamamientos apasionados,

los febriles preparativos del Octubre alemán de 1923 movilizaron a diferentes capas de la población, pero en primer lugar a una generación de jóvenes militantes que no estaban dispuestos a someterse.

La Oposición fue derrotada gracias al fraude. Stalin sancionó a los que lo habían cometido bajo sus órdenes, para que sirvieran de chivos expiatorios: Nazaretian, de su secretariado, y su hombre del comité de Moscú, I. A. Zelensky al que se aleja de la capital y del centro.

En Moscú, la Oposición consiguió la mayoría en 40 células (6.954 miembros) contra 32 (2.790), la mayoría de las células del Ejército Rojo, el 30% de las células obreras, la mayoría en 22.000, y... *tres* delegados en total. Víctima de un atraco, fue calumniada en la conferencia, en la que los delegados eran funcionarios mal elegidos, arrogantes y groseros, condenándola por desviación menchevique. En esta asamblea, escogida con esmero, la Oposición hace lo que puede por llegar, al menos, a los cuadros del partido. E. A. Préobrajensky e Iván Vrachev, hombres de distintas generaciones, hablan con valentía —pero sin conseguir vencer a nadie—. Trotsky está ausente.

En los últimos meses, el tan esperado Octubre alemán había acabado en un fiasco, y los esfuerzos de los dirigentes de la Internacional por lavarse las manos respecto de esta tragedia tensaron más todavía las relaciones en la dirección del partido.

Tres hombres habían golpeado. Fueron asumidos y continuados por una vanguardia militante que ahora correría el riesgo de quedar aislada.

La historia que estamos retratando había comenzado con optimismo, con la esperanza del Octubre alemán, cuya perspectiva había galvanizado a la juventud. Después de la derrota, continúa contra unos dirigentes amurallados en defensa de su prestigio, así como de sus privilegios y de su poder amenazado.

CAPÍTULO II

LAS CÉLULAS DURMIENTES

1924-1925

Víctor Serge indica que las instrucciones dadas por Trotsky en 1924 eran válidas en 1925: esperar y ver, no lanzarse precipitadamente, no provocar inútilmente la represión. En sus *Memorias de un revolucionario*, cuenta: «Viktor Eltsin me transmite la directriz del Viejo [Trotsky]: “No hacer nada por ahora, no manifestarnos, mantener el contacto, mantener nuestros cuadros de 1923, dejar que Zinoviev se desgaste”».

Pero el famoso «debate literario» y sus ataques contra Zinoviev, la historia del testamento de Lenin y del falso desmentido de Trotsky a su amigo americano Max Eastman, desencadenaron una serie de polémicas y peleas durante las cuales decenas de estudiantes-obreros, procedentes de las primeras *rabfaki* (facultades obreras) y admitidos en la universidad, se batieron por primera vez en Moscú contra la estupidez y el autoritarismo del antiguo menchevique Andrei Vychinsky, labrándose así una reputación, eran militantes tales como Alexander Slitinsky, Lev Stolovsky, Sacha Milechin o Karl Melnais, comunista letón canjeado por un agente de información.

La actuación de Trotsky defraudó, al hacer, de algún modo, lo contrario de lo que hubiera deseado. En su honor hay que decir que, a pesar de ello, no aceptó que nadie viniera en su auxilio. «Es

como cuando te bombardean, decía, se baja la cabeza y te las apañas». De todos modos, la Oposición comenzó a construirse y los *opositionneri* a darse a conocer.

1. LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDA EN LENINGRADO

Leningrado es la capital de Octubre, una ciudad aparte y, hasta ese momento, firmemente controlada por los hombres de «Gricha» Zinoviev, aliado de Stalin y adversario número uno de Trotsky. Cuando Víctor Serge fue reclutado en 1925, los «bolcheviques-leninistas se ocultaban bien», escribía, asegurando que en Leningrado eran solamente dos los que intervenían en las reuniones. Él fue enviado directamente al «Centro» regional.

Allí encontró, en la habitación del Astoria perteneciente al profesor N. I. Karpov, agrónomo y militar, a Alexandra Lvovna Bronstein, primera mujer de Trotsky y madre de sus hijas; al director de la Casa de la Prensa, Nikolai Petrovich Baskakov; al periodista Vasili Nikoforovich Chadayev; a dos jóvenes y brillantes universitarios, Fedor Dingelstedt y Grigori Yakovín; a muchos obreros de los que no se sabe su nombre, salvo el de Nechayev porque en ruso se recuerda bien, Fedorov porque se hizo zinovievista, y Heinrichsohn porque murió en prisión.

Una docena en el Centro y una veintena de simpatizantes, dice Serge; en total entre treinta y cuarenta. Hombres y mujeres de una calidad excepcional, pero poco numerosos. Volvamos a citar a Serge, ese testigo irremplazable, ese excelente retratista, que evoca a aquellos de los que hablaremos y que acaban de aparecer:

«Contamos con dos teóricos marxistas de gran valor, Yakovín y Dingelstedt. Grigori Yakovlevich Yakovín, treinta años, ha vuelto de Alemania y acaba de escribir una excelente obra sobre este país. Deportista, de inteligencia siempre despierta, buen chico, con encanto natural [...]. Fedor Dingelstedt fue, a los veinte años, junto al insigne Rochal, Ilin-Genevski y Raskolnikov, uno de los agitadores bolcheviques que en 1917 sublevaron a la

flota del Báltico; dirigía el Instituto de los bosques. [Su] cara, en su fealdad contrariada e inspirada, expresaba una obstinación invencible [...]. Babuchka, la abuela [la primera mujer de Trotsky], presidía habitualmente nuestras reuniones. Gruesa, de buena cara bajo sus blancos cabellos, Alexandra Lvovna Bronstein era la sensatez y la lealtad en persona [...]. Pocos marxistas he conocido con un espíritu tan libre».

En *Le Tournant obscur*, Serge aporta una precisión sobre Yakovín que no encontramos en lo que sigue, mientras que repite todo el resto: «Enviaba a *Leningradskaya Pravda* artículos plagados de sobreentendidos sobre Viena la Roja o “el socialismo en una sola ciudad”».

Se trata de un cuadro tradicional que ha despertado muchas curiosidades, y que me ha impulsado a buscar y a utilizar otros documentos.

Las memorias de Gavrílov tienen el mérito de hacernos ver las cosas desde dentro y desde abajo. En ellas descubrimos que un estudiante reclutado en la Universidad pasaba mucho tiempo preparando y reproduciendo el material político que el grupo opositor iba a utilizar en una fábrica. Otros nombres se añaden a los que ya conocemos. Fue su camarada S. G. Bogolepov quien le reclutó en la Universidad. Para su trabajo utilizaba los domicilios de gente de su confianza: un viejo militante al que él llama «el papi», un joven y antiguo profesor de la Academia militar Tolmachev, Alexander Pavlovich Saltykov, una pareja de profesores de la Universidad, los Raskin, y el viejo militante Alexeyev.

Y está el pequeño enigma de Vladimir Solomonovich Levin, no mencionado por Víctor Serge. Gavrílov explica que cuando se afilió recibió el mandato de «ponerse en contacto con Vladimir Levin». De él sabemos que dejó Leningrado probablemente en 1930 y que vive de pequeños trabajos hasta el proceso, en el cual denuncia a Stalin. Sin ser trotskista en sentido estricto, sino más bien zinovievista, sin embargo, como muchos militares, estaba marcado por Trotsky.

2. LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDA EN MOSCÚ

En Moscú, la cosa era completamente diferente. Cuando en Leningrado no son más que unas decenas, Viktor Eltsin asegura a Víctor Serge que en Moscú son ya quinientos, muy bien organizados. Allí, los bolcheviques-leninistas sabían que habían sido la mayoría absoluta en las células de fábrica y del Ejército. Sin el fraude, se hubieran alzado con la mayoría de los delegados en la conferencia que condenó el «trotskismo».

Con el inicio de la batalla política de 1926 saldrán de su «detargo» y empezarán a ser golpeados, excluidos, suspendidos de sus responsabilidades, a veces detenidos, etc. Pero es ahí cuando se sabe lo que fueron y lo que hicieron: en los archivos abundan los documentos procedentes de «delatores».

Según el OGPU y sus informadores, el trabajo en Moscú estaba dirigido por una *troika* (bolchevismo obliga): Yuri Piatakov, joven dirigente histórico; Iván Vrachev, comisario del Ejército de menos de veinticinco años, un futuro «cuadro superior» se decía, que tenía la ventaja de no ser conocido en Moscú; y Sergei Sergejevich Reztsov, quien, al contrario, era muy conocido en el partido, ya que trabajaba en el aparato desde 1920. Aunque joven, Reztsov era un veterano; periodista de *Rabochaya gazeta*, dirigió el comité de Moscú, y uno de los chivatos escribió en su informe, no sin cierta admiración, que ganó para la Oposición a una quincena de camaradas, de los que cinco compartían despacho con él.

A su alrededor tienen un buen equipo. En primer lugar Olga Ivanovskaya, que se ocupa de la circulación de los documentos políticos de los *oposicioneri*. A su lado, otro hombre clave, poco conocido, Vasili Mitrofanovich Maslov, treinta años. Tres años de guerra en el ejército zarista, se unió al partido en 1918, de 1918 a 1920 combatió en el Ejército Rojo, después cursó estudios (*rabfak*, universidad) y pasó a ser, en 1925, uno de los colaboradores, para las cuestiones financieras, de Ivar Tenisovich Smilga. En Moscú es el enlace entre la dirección y la fracción —los miembros del par-

tido que se ocultan—. Los otros dos dirigentes son Lev Grigorievich Ginzburg y Leonid Petrovich Serebriakov.

La Oposición de izquierda mantiene posiciones muy importantes en Moscú. En el barrio de Krasnaya Presnia, bastión obrero del partido, dirige la sección de las JC y un círculo de discusión con tres estudiantes-obreros que no tienen más de veinte años: I. S. Kozlov, Andrei Petrovich Alexeenko, komsomol (JC) desde los catorce años, y Uchimchev (que era un informador o pasó a serlo en manos de la policía). Asimismo, dirige el círculo de las JC de Jamonichevsky y la célula de la fábrica Proletary Trud de Tarjov.

Tiene también otros bastiones: las fábricas, de las que se ocupa especialmente Piotr Alexeyev. Las dos más prestigiosas son la fábrica Aviopribor (construcciones aeronáuticas) y Riazan-Ural (ferrocarriles), donde toda la dirección (con el secretario de célula Fedor Fedorovich Petujov en la primera y Anatoli Ivanovich Tkachev en la segunda, ambos mecánicos) pertenece a la Oposición y a su dirección de Moscú.

Los recuerdos de los veteranos hacen que se pueda conocer la popularidad real de los integrantes de la Oposición de izquierda en Moscú; dirigentes obreros reconocidos y queridos, como el famoso G. D. Novikov, antiguo partisano cubierto de gloria que volvió voluntariamente a la fábrica, e incluso fuera de sus bastiones, jóvenes como los trabajadores del textil Vsevolod Patriarka y F. S. Rodzevich, o el responsable obrero de Trampark, Antón Agaltsev, o Ludmila Fedorovna Ditatieva, una de las revelaciones femeninas de esta revolución rica en ellas.

El partido tiene lo que comenzó a llamarse una «fracción» importante, constituida mayoritariamente por jóvenes obreros que pasaron por los *rabfaki*. Hay que señalar también la presencia de una decena de alumnos del Instituto de Profesores Rojos; de cerca de veinte estudiantes de la Academia militar, alumnos-oficiales que se fajaron con el fuego antes de aprender la teoría, como Yakov Ojotnikov, hijo de un campesino de Besarabia, minero antes de convertirse en aviador; de una decena de docentes universitarios, como Olga Ivanovna Smirnova, la jovencísima hija de Iván Nikitich; de dos alumnos de la escuela superior del

partido, el brillante Sokrat Avanasevich Gevorkian, un armenio de veintidós años, y Vladimir Kuprianovich Yatsek, ganado por éste último a la Oposición y que había sido, más de veinte años atrás, el animador de un primer núcleo serio de oposición a la política de Lenin en 1921, la *Pravda obrera*.

Como toda metrópolis, Moscú tiene sus «coloniales». De esta forma, la Oposición de izquierda reclutó en la Universidad de los Pueblos de Oriente al turcomano Mahmud Sejfetdinov, llamado Tumailov, que partió hacia Tachkent a construir la Oposición de izquierda y pasó a ser miembro de la dirección del PC turkmeno. Un antiguo secretario de Trotsky, Josif Samuilovich Kraskin, se va, con veintidós años, como redactor en jefe adjunto del periódico del KP de Vladivostok *Zaria Vostoka*, para continuar en Oriente su trabajo para la Oposición.

3. LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDA EN UCRANIA

Hay más bastiones que el de Moscú, y puede asegurarse —sin provocar la reacción de los especialistas que no se interesan en los *opositioneri*— que en 1927 había en Jarkov muchos más bolcheviques-leninistas que en 1917 bolcheviques a secas.

En Ucrania, en los tiempos de Rakovsky, se crearon, no sin reservas, las JC, que todavía no existían. Dmitro Kurenievsky, su principal dirigente en Kiev, Viktor Krainy, en Jarkov y S. V. Kravchuk, fueron los jóvenes más destacados. Hay que proclamarlo y subrayarlo: la generación de los luchadores clandestinos contra los alemanes y después contra los blancos, los Yakovenko, Golubenko y otros héroes populares obreros-soldados, son los cabecillas, en los años veinte, de la Oposición, con toda una generación cautivada por Christian Rakovsky, incluyendo al escritor y combatiente Yuri Mijailovich Kotziubinsky y su compañera, la profesora Olga Bosch. Kotziubinsky es bien conocido; en sus *Memorias*, Victor Serge nos habla de él con admiración: «Un chico alto, buen mozo, la barba ligera y baja; el perfil aguileño, una cabeza armoniosamente formada de joven humanista de

otros tiempos, pero mucho más seriamente equipada. Demasiado popular en los suburbios de Jarkov, fue exiliado en la diplomacia. Simpatizaba con el grupo de oposición más radical, el del “centralismo democrático” [los “decistas”]».

Carecemos de un retrato de Nikolai Vasilievich Golubenko hecho por Serge, pero no nos faltan elementos biográficos sobre él. Nacido en 1897, metalúrgico en el arsenal de Kiev después de dos años de escuela primaria, miembro del KP en 1914, clandestino y partisano, responsable regional del partido en Odessa, comandante de división, comisario político condecorado con la Bandera Roja, encargado de la organización sindical por el poder soviético en Ucrania, es un verdadero símbolo de la juventud revolucionaria.

Añadamos, por último, el nombre de O. I. Gofman, que volvió a la fábrica después de haber trabajado en la comisión de control ucraniana y que gozó de un inmenso prestigio, cercano al de Golubenko.

4. EL CASO DE GEORGIA

En Georgia se da otro modelo. El grueso de los cuadros del partido y de las Juventudes y numerosos gobernantes se confunden en determinados momentos, y particularmente al principio, cuando la Oposición de izquierda es el único apoyo organizado de las reivindicaciones nacionales de los comunistas georgianos. No hubo apenas zinovievistas, como en Leningrado. Pero, desgraciadamente, carecemos de información.

Encontramos en la Oposición de izquierda propiamente dicha hombres como David (Datiko) Efremovich Lordkipanidze, nacido en 1885 en una familia noble, a los catorce años militaba en el instituto, héroe de las luchas por la organización obrera y contra la policía del zar; Budu Mdivani –de una gran familia–, militante obrero, jefe del partido; los hermanos Mijaíl y Nikolai Stepanovich Okudjava; Vaso Donadze, que presidió el soviet de Tiflis a principios de la revolución.

Citemos al viejo bolchevique (1903) Sergei V. Kavtaradze y a este extraordinario militante, Alipi, llamado Kote Tsintsadze, que fue uno de los más famosos «expropiadores» con Kamo, después dirigió la Checa georgiana antes de ser, él mismo, en tanto que *opositioner*, carne de checa, como asimismo su camarada, colega y sucesor de 1924 a 1926, Petr Mijailovich Gogoberidze. Kote se curó, mal que bien, de una tuberculosis terminal, contraída en los sótanos donde escondían las imprentas.

Entre los jóvenes, además de los numerosos hermanos, sobrinos y sobrinas de Kote —una decena larga en las listas de sospechosos—, citemos a Lado Ehlukidze, de una gran familia comunista (sus tíos, Abel, secretario del ejecutivo de los soviets y Trifon, director de las imprentas del Estado, fueron ambos ejecutados bajo Stalin; Abel quería a Lado como a un hijo), miembro de la Oposición de izquierda cuando estudiaba en la Academia militar.

Mencionemos también a Lado Dumbadze, gran mutilado de guerra, paralítico de los dos brazos, antiguo presidente del soviet de Tiflis; a la militante profesora Helena Tsulukidze, conocida por Lola, miembro del partido desde 1904, muerta de tuberculosis en la deportación; B. Kalandadze; Karetnik Yachvili; el doctor Niko Kiknadze, emigrante durante mucho tiempo en Suiza; Muchog Solovian. Pero a falta de estudios serios, no podemos más que aportar nombres y subrayar la importancia de la aparente fusión inicial entre la Oposición y las aspiraciones nacionales, alentadas por el chovinismo gran-ruso.

5. POSICIONES EN LOS SINDICATOS

Los bolcheviques no habían brillado particularmente en la organización de los sindicatos, a los que el zarismo no dejaba respirar y acosaba sin tregua, y donde los revolucionarios estaban acorralados. Sin embargo, aparecen algunos nombres de «bolcheviques-leninistas» dirigentes de sindicatos: Krolik, el famoso Samuil Krol, del sindicato de alimentación; Samuil Rabinson, del ejecutivo de los metalúrgicos, como antes que él Alexander

Chliapnikov e Yuri Lutovinov; A. G. Ichtchenko, de barqueros fluviales; S. S. Koval, Z. G. Archavsky y Odilonadze, de la construcción; Y. V. Naigus, de químicas; Z. M. Gerdovsky, de Moscú-Local, y A.V. Chuk, secretario de la ISR (Profintern).

A esta lista podrían añadirse los militantes locales: por ejemplo, Barnaul, los dos metalúrgicos Podbelo y Klementiev, a los que volveremos a encontrar. Y aquellos de las fábricas ucranianas, los Urales, o el antiguo herrador Georgi Deriabin, más tarde metalúrgico de fábrica, que se hizo cargo, con la «fracción» opositorista, de la organización regional del partido.

Hasta aquí he abordado la composición de la Oposición en el sentido inverso al método tradicional, que comienza por el núcleo dirigente. Paso, pues, a describir a éste.

6. REVOLUCIONARIOS Y HOMBRES DE ESTADO

Los revolucionarios del siglo XX querían destruir el Estado burgués e instaurar el Estado obrero. Los bolcheviques consiguieron derrotar al zarismo, impedir que una república burguesa lo reemplazara y fundar el Estado de los soviets.

¿Qué hicieron, durante los seis años que mediaron entre la toma del poder y la victoria de la *troika* tanto en el interior del partido como en su aparato? Podría pensarse que los revolucionarios bolcheviques no llegaron a ser hombres de Estado y que al seguir siendo revolucionarios, en vano combatieron a aquellos que sí llegaron a serlo. Pero ésta es una visión demasiado simplista.

Los vencedores que se reconcilian con el pasado y renuncian no son hombres de Estado, sino aprovechados, aventureros que cambian de trinchera y pelean por lo que hasta ese momento habían combatido. Pero por los Stalin, Kaganovich, Molotov, Ejov o Beria, que pasaron a convertirse en bandidos y asesinos de masas, no debemos olvidar a aquellos que verdaderamente intentaron organizar un Estado nuevo, ese Estado de los soviets al que Lenin llamaba el Estado obrero. Entre ellos, los más importantes, los encontramos en la Oposición de izquierda.

En lo que a Trotsky se refiere, no cabe duda del papel que jugó junto a Lenin, la forma en que concibió y construyó el Ejército Rojo, esa herramienta original y perfectamente adecuada a la guerra civil, que evidencia que se trataba de un hombre de Estado.

Situando a Christian Rakovsky a la cabeza de una Ucrania independiente, no perteneciente a ninguna «unión» internacional con Rusia, Lenin realizó un gesto extraordinario. Rakovsky era búlgaro, rumano, ruso y francés, pero, sobre todo, profundamente internacionalista, y ni él ni Lenin fueron responsables de que la Checa de entonces no reconociera fronteras y no obedeciera ni a uno ni a otro.

Durante este periodo, un tercer bolchevique ganó sus galones de hombre de Estado. No fue por azar que Iván Nikitich Smirnov, el antiguo comisario del V Ejército Rojo, unido a Trotsky por una inmensa amistad, responsable del comité del partido para Siberia, fuera llamado «el Lenin de Siberia», por dotarla de contenido soviético y adhesión revolucionaria.

A este Smirnov, cuya calidad moral le hizo popular, debemos obligatoriamente asociar a E. A. Préobrajensky, secretario del mismo comité y, por ello, su principal colaborador en la soviétización de Siberia, quien acabó haciendo de Iván Nikitich lo que, según Lenin —que no era ni un adulator ni un bromista— llamaba respetuosamente «la conciencia del partido».

Son hombres y militantes del mismo temple, a los que Lenin reclama para ocupar los puestos clave del nuevo Estado, y no es por azar que en 1920 encontremos en un secretariado tripartito a E. A. Préobrajensky, al ferroviario Leonid Serebriakov y al jurista N. N. Krestinsky, tres trabajadores honestos y leales. Al año siguiente, aunque convencido de que el mejor candidato para la dirección del partido era I. N. Smirnov, Lenin se opone a que deje Siberia y abre la vía a un «trabajador» de quien aún no había descubierto su verdadera personalidad: J. V. Stalin.

Cuando se constituye la Oposición dos «ministros» forman parte de ella: I. N. Smirnov es comisario del pueblo de Correos y Telégrafos y A. G. Beloborodov, ministro del Interior de la

RSFSR. Éste último, antiguo metalúrgico, electro-mecánico, ejecutó la orden de dar muerte a la familia imperial, pero jamás se jactó de ello. Su mujer, Faina Viktorovna Yablonskaya, profesora de historia, estaba unida a Natalia Ivanovna Sedova.

Asimismo, pertenecían a la Oposición los tres secretarios que en 1921 dejaron su lugar a Stalin y sus hombres: Préobrajensky, Serebriakov y Krestinsky. Añadamos a Yuri Piatakov, joven héroe de la guerra civil que no temía contradecir a Lenin durante la guerra y que llegó a ser un gran economista y el verdadero padre de la industrialización soviética; al gigante Nikolai Ivanovich Muralov, héroe de la revolución y de la guerra, condenado a muerte en 1905, comandante de la guarnición de Moscú en las horas negras de la ofensiva de los blancos en la guerra civil; S. V. Mrachkovsky, hombre afecto a Trotsky, nacido en prisión de padres prisioneros políticos; Adolf Abramovich Joffe, convertido en embajador, gran diplomático, negociador de la alianza china entre Sun Yatsen y el Kuomintang; Karl Radek, tan cínico como inteligente, tan divertido como feo, que se ocupó, sobre todo, de la Komintern y de Alemania; finalmente, el magnífico periodista de combate Lev Semionovich Sosnovsky, enemigo jurado de la burocracia, el escritor A. K. Voronsky y, solamente para los iniciados, hombres como los Eltsin —Boris, el padre, y Viktor Borisovich, el hijo— y todos los colaboradores próximos de Trotsky.

Hace trece años yo escribía sobre ellos y, después de haber leído centenares de páginas y de nuevos documentos, no cambio una sola línea:

«Son, generalmente, hombres de eminentes cualidades intelectuales y morales. No son hombres de aparato, sino militantes del movimiento de masas. Conocieron la clandestinidad y la prisión, además de la emigración y los vastos horizontes del movimiento internacional. Menos funcionarios que dirigentes, más tribunos o agitadores que administradores, más escritores que redactores de circulares. En el poder miden los peligros de corrupción que los acechan. Creen todavía en la revolución mundial, en el futuro socialista de la humanidad. Creen en la fuerza de las ideas, en lo

fecundo de su confrontación, en la convicción que nace de este combate. Tienen confianza en su partido, al que quieren recuperar, para volver a la pureza de sus años revolucionarios».

CAPÍTULO III

BRUTAL DESPERTAR Y BREVE REENCUENTRO 1925-1926

Víctor Serge, cuyos primeros años en la Rusia soviética y el trato cotidiano con Zinoviev, presidente de la Comintern, hicieron de él un «revolucionario profesional», se fue a vivir —es decir, a militar— a Europa central. Cuando vuelve, en 1925, percibe que «el partido dormitaba», que «las reuniones eran seguidas por un público indiferente», que «la juventud se replegaba sobre sí misma».

De hecho, él estuvo ausente durante un periodo importante: la NEP, nueva política económica que reestablecía el beneficio y el sector privado, hacía llamamientos a la iniciativa y al afán de lucro del campesino acomodado (el *kulak*) o del *nepman*, el hombre de negocios, o el vendedor ambulante, a menudo chapuceros. Pero, bajo la influencia que la Oposición atribuye a Bujarin, la NEP cambió de carácter: el *kulak*, dueño del trigo, comienza a plantear exigencias políticas y el poder cede, porque se apoya sobre él y porque los teóricos de esta neo-NEP, los discípulos de Bujarin, piensan que es él quien dicta ahora el ritmo de la industrialización y, más en general, de la construcción del socialismo «a paso de tortuga». Si Víctor Serge entendió que detrás del con-

flicto naciente se encontraba el antagonismo entre la ciudad y el campo, no lo dice. Sin embargo, escribe:

«La tormenta estalló de forma imprevista. Ni siquiera nosotros la esperábamos. Algunas palabras de Zinoviev, al que había visto cansado, con los ojos cerrados, hubieran debido advertirme... De paso por Moscú me enteré (primavera de 1925) de que Zinoviev y Kamenev, aparentemente aún todopoderosos, las dos primeras figuras del Buró Político después de la muerte de Lenin, iban a ser destituidos en el próximo congreso, el XIV Congreso del Partido, y que Stalin ofrecería a Trotsky la cartera de Industria».

Añade que la Oposición de 1923 dudaba e incluso estaba dividida. Le citaron las terribles palabras de Mrachkovsky: «No nos aliemos con nadie... Zinoviev nos abandonará y Stalin nos joderá». Las opiniones eran compartidas. Incluso Serioja, el hijo apolítico de Trotsky, le daba una opinión inquietante: «No te alíes con nadie; Yosif te engañará y Gricha se callará».

Hay que precisar que dos de los biógrafos de Trotsky han sembrado la confusión y, a veces, han tornado incomprensible una situación de suyo compleja: Isaac Deutscher, porque quería demostrar, a cualquier precio, que Trotsky había cometido una gran equivocación, y Dimitri Volkogonov, porque lo mezcló todo, intencionadamente, para probar que Trotsky ya había sido vencido. La verdad es que Trotsky pensó que debía aliarse a uno de los dos grupos en disputa, tomó muy en serio esta cuestión; durante un tiempo no excluyó apoyar a Stalin contra Zinoviev, pero esta táctica no pasó de ser una hipótesis de trabajo.

1. LA FASE OCULTA DEL CONFLICTO EN LA CÚPULA

De hecho, los incidentes se multiplicaron de enero a diciembre de 1925 entre la dirección de Leningrado (Zinoviev y Kamenev) y la dirección nacional (no solamente Stalin, sino Stalin-Bujarin). Pero no fueron hechos públicos, y sólo se puede conjeturar y tratar de adivinar lo que realmente pasó. En el XV Congreso, en

diciembre de 1925, únicamente se aportó un sumario sobre estos asuntos.

El primer incidente fue el gran desacuerdo sobre la cuestión de la eventual exclusión de Trotsky, reivindicada insistentemente por Leningrado, pero rechazada por Stalin-Bujarin. El segundo, el violento ataque llevado a cabo en la conferencia regional de Leningrado por el zinovievista Sarkis contra Bujarin, turbiamente acusado de «desviación sindicalista» y en el que Stalin denunciaba un atentado a la libre discusión entre camaradas. El tercero, la ofensiva del Centro contra la organización de los *komsomoles* de Leningrado por haber invitado a todas las otras organizaciones de la Unión, lo que fue considerado fraccional y acarreo sanciones contra dos dirigentes, Tolmazov y Seredojin, y contra los «adultos» responsables, Safarov y Zalutsky. El cuarto, la decisión de los zinovievistas de fundar en Leningrado una revista teórica, en la que Stalin veía un futuro órgano fraccional. El quinto, la feroz crítica zinovievista hacia la consigna de Bujarin a los *kulaks*: «Enriquecéos», y un grave incidente relativo a una carta sobre este asunto de Kruspkaya a Bujarin que no había sido publicada. El sexto, el artículo de Zinoviev, «Filosofía de una época», que denunciaba la amenaza *kulak* y recordaba el igualitarismo comunista proletario. El séptimo, en el plenario del CC, fue la denuncia del zinovievista de alto rango Piotr Zalutsky, acusado de haber hablado –pero en privado, no en un discurso, como asegura erróneamente Deutscher– de «degeneración termidoriana» del Estado obrero, por lo que tuvo que dejar su puesto.

Cuando comienza el XIV congreso, está claro que los zinovievistas, parapetados en los puestos dirigentes de la ciudad y la región de Leningrado, dueños absolutos del aparato del partido, constituyen una fracción que contesta la política mayoritaria prokulak inspirada por los derechistas, y que los dos adversarios pretenden una alianza transitoria con la «Oposición de 1923» –que, con sus exigencias de democracia en el partido, no podía, evidentemente, reconocerse en ninguna de estas fracciones del aparato, ya que ambas la violaban cínicamente–.

2. LA OPOSICIÓN DE 1923 EN LA ENCRUCIJADA

La Oposición de 1923 no dejó de discutir esta cuestión, bajo todos los puntos de vista. Hemos visto que hombres como Mrachkovsky no querían ninguna alianza. Radek, Antonov-Ovseenko y Krestinsky se posicionaron contra cualquier alianza con los zinovievistas. La mayor parte de los demás no estaba dispuesta a aliarse con el Centro de Stalin-Bujarin. Incluso los decistas, Trotsky deberá recordarlo con frecuencia, se pronunciaron bastante antes que él a favor de la alianza con Zinoviev.

Parece ser que Trotsky dudó durante mucho tiempo —lo que permite a Volkogonov escribir ¡que no se decidía a actuar y que no sabía tomar una decisión!—. Muchos documentos de Trotsky hallados en Harvard nos aclaran las razones por las cuales pronto iba estar dispuesto a discutir sobre una posible alianza con los zinovievistas.

La mayoría de las «fracciones» de la Oposición en el interior del Partido imitan la actitud de Leningrado. En la célula del periódico *Krasnaya gazeta* sólo intervienen dos militantes, Chadayev y Víctor Serge, yéndose a continuación, junto a sus otros tres camaradas silenciosos, a resultas de lo cual ningún *opositioner* toma parte en la votación.

Desgraciadamente, no contamos con indicaciones precisas sobre lo que pasó en muchas otras ciudades, dándose por supuesto que son pocas aquellas donde una de las dos oposiciones —la de 1923 o la de Leningrado— no dominaba ampliamente a la otra en el plano numérico.

En 1991, Iván Yakovlevich Vrachev nos aseguró que fue por mediación de Serebriakov como Stalin propuso una alianza, diciéndole: «Vuestra fracción debe ayudarnos a derrotar al zinovievismo». Serebriakov protestó de inmediato, diciendo que no existía ninguna «fracción trotskista». Stalin, escéptico, sonrió: «Vamos, vamos», presentando de nuevo su oferta de alianza y pidiendo a Serebriakov que se la transmitiera al «Viejo» —por teléfono, los amigos de Trotsky le llamaban así... ¡teléfono que Stalin escuchaba!—.

Con la muerte del sucesor de Trotsky en el Comisariado de la Guerra, Mijaíl Frounze, se produjo un importante acontecimiento. El hombre no era hostil a Trotsky y, por otro lado, estaba unido a Rakovsky por su lucha común en Ucrania. Como se sabe, murió en circunstancias sospechosas después de una operación que no deseaba, pues sólo confiaba en su medicación, dada la debilidad de su corazón. Esa operación le fue impuesta por la dirección del partido.

Fueron dos artículos de Rakovsky en el *Kommunist* del PC ucraniano los que dieron la noticia. Y, uno de los ellos, una carta abierta, planteaba todas las cuestiones que posteriormente serían tratadas por Trotsky. Pues, sorprendentemente, Trotsky hablará bastante de este asunto, pero en una revista americana y catorce años más tarde, en 1939. Ya hacía entonces mucho tiempo que el escritor Boris Pilniak, informado por su amigo, el alto responsable de la GPU Yakov Agranov —que conocía el dossier—, había retomado el asunto en un cuento sobre la «luna apagada»...

La única conclusión posible es que, a fecha 31 de octubre de 1925, Trotsky prefirió guardar silencio sobre este probable asesinato y sobre la interpretación que su amigo amenazaba hacer pública, antes que precipitar una crisis política incontrolable.

3. EL ANÁLISIS DE TROTSKY EN DICIEMBRE DE 1925

De hecho, Trotsky reflexiona. A finales del año 1925 redacta lo que podríamos llamar «notas internas» con sus reflexiones casi diarias sobre el conflicto que se desarrolla de forma espectacular, y esta vez abiertamente, a partir de diciembre. El 9, y para uso de sus camaradas *oposizioneri*, constata que:

«El partido o, mejor dicho, su casta dirigente, los miembros bien informados, son testigos y participantes, a medias, en una lucha de aparato extremadamente feroz que se desarrolla sobre cuestiones clave de las relaciones entre el proletariado y el campesinado; sin embargo, no existen ni propuesta ni contrapropues-

ta legislativa específica, ni se ha presentado ninguna plataforma que clarifique los principios que se oponen».

Según él, existían dos puntos previos: «La esencia de las divergencias nace de la orientación general de dos clases fundamentales, el proletariado y el campesinado, de sus deseos» de establecer o de definir con más precisión sus relaciones, sus recelos, etc. «En cuanto a las formas y a los métodos de la discusión, son el resultado del régimen del partido tal y como se ha venido desarrollando en los dos o tres últimos años».

Subraya lo que para él es el hecho fundamental, y lo volverá a repetir reiteradamente bajo diferentes formas:

«Leningrado ha adoptado, por unanimidad, una resolución dirigida contra el comité central; al mismo tiempo la organización de Moscú, también unánimemente —sin una sola abstención—, adoptaba una resolución dirigida directamente contra Leningrado, tal y como se ha venido desarrollando en los dos o tres últimos años».

Viene después el análisis que será decisivo para la elección:

«La posición tomada por los círculos dirigentes de Leningrado es una expresión burocráticamente deformada de la ansiedad política que oprime a la fracción más avanzada del proletariado en relación a nuestro desarrollo económico de conjunto y al destino de la dictadura del proletariado».

Por último, el 25 de diciembre Trotsky escribe que no es en absoluto por azar que:

«la organización de Leningrado ha manifestado ser la más sensible a las voces de advertencia, del mismo modo que no es por azar que los dirigentes de esta oposición, en lucha por su propia conservación, se hayan visto obligados a apoyarse en la sensibilidad de clase del proletariado de Leningrado [...]. Que sus métodos de dirección, tanto del partido como de la economía, el estilo estridente de su agitación, su arrogancia regional, etc., han concitado una enorme acumulación de descontento y que el intenso resentimiento de muchos contra el régimen de Leningrado, de centenares de obreros que, en uno u otro momen-

to, fueron perseguidos, son hechos indiscutibles a los que no se puede restar importancia. En este sentido, la sustitución de los máximos dirigentes de Leningrado y la adopción de un tono menos arrogante hacia el conjunto del partido, son factores indiscutiblemente positivos».

La conclusión de Trotsky es que el asunto constituye una seria advertencia para todo el partido, y pone de relieve la hostilidad del campo hacia la ciudad, encarnada en Leningrado:

«El contrapeso más eficaz al campo hubiera sido contar con unas enérgicas y potentes organizaciones proletarias en los centros industriales. Hemos visto lo contrario. El régimen de aparato ha adormecido la consciencia de las dos organizaciones».

Aparentemente, la partida no estaba decidida y el historiador se tropieza con verdaderas dificultades, a falta de documentación —y a veces con documentación que no solamente no nos aclara, sino que nos enreda un poco—. No pocos elementos se nos escapan. Por ejemplo, Rykov leyó en un congreso ucraniano, casi dos años después, una carta de Antonov-Ovseenko dirigida a Trotsky:

«Sé que se disponía a intervenir en el congreso contra Zinoviev-Kamenev. Yo sentí y deploro profundamente que la impaciencia y la miopía de nuestros amigos de fracción le incitara, no sin resistencia por su parte, a renunciar a la intervención decidida».

¿Pero dónde, cómo y en qué términos fue tomada tal decisión? Se sabe que Antonov-Ovseenko, sobre todo después del escandaloso asunto Dvoretz —el joven oficial de su Estado Mayor condenado a prisión—, era muy hostil a cualquier acercamiento con Leningrado. Puede pensarse, según las notas de Trotsky fechadas el 22 de diciembre, que éste último pudiera en ese momento inclinarse a favor de una alianza con Zinoviev-Kamenev, y cabe imaginar que llegado para combatirlos, hubiera renunciado ante lo visto y oído. Por ejemplo, no podía dejar de estar impresionado por el discurso de Kamenev y su denuncia del culto al jefe por Stalin.

Días más tarde Trotsky escribe a Bujarin, extendiéndose sobre la situación del partido en Leningrado y aprovechando para plantearle una serie de cuestiones sobre los problemas de fondo:

«Considere, por un instante, este hecho: Moscú y Leningrado, los dos principales centros proletarios, adoptan simultáneamente y por unanimidad en sus respectivas conferencias de distrito, dos resoluciones dirigidas la una contra la otra. Y considere también que la opinión oficial del partido, representada por la prensa, no tiene en cuenta este hecho tremendamente chocante.

«¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Qué corrientes sociales se esconden detrás? ¿Es concebible que en el partido de Lenin, ante un choque tan excepcionalmente serio de tendencias, no haya habido ninguna tentativa para definir su carácter social, es decir, de clase? Yo no hablo de los "sentimientos" de Sokolnikov, Kamenev o de Zinoviev, sino del hecho de que los dos principales centros proletarios, sin los que no habría Unión Soviética, hayan podido llegar a votar "por unanimidad" el uno contra el otro [...] ¿Cuál es la explicación? Simplemente, lo que todos saben —en su fuero interno y en silencio—: que el antagonismo entre Leningrado y Moscú es, cien por cien, obra del aparato. Y ese, Nikolai Ivanovich, es el verdadero estado de las cosas».

Sobre los proyectos de futuro, Trotsky añade:

«Sé que ciertos camaradas [...] han aplicado recientemente un plan que, *grosso modo*, es éste: dar a los obreros la posibilidad de criticar en las células lo que concierne al taller, a la fábrica, al distrito y, al mismo tiempo, aplastar cualquier "oposición" que emane de arriba. Pero esta experiencia ha resultado un completo fracaso. Los métodos y los hábitos del régimen de aparato parten, naturalmente, de la cúspide [...]. De hecho, lo que ocurre en el plano local es lo que ocurre en la cúspide. Utilizando los métodos de aparato para destruir el régimen de aparato, ustedes desembocarán en un régimen peor todavía que el de Leningrado».

4. DEPURACIÓN EN LENINGRADO

¿Se las daba Trotsky de profeta? En todo caso, desde el final del congreso, el 31 de diciembre de 1925, el escenario se trasladó a Leningrado con el objetivo de meter en cintura y depurar rigurosamente el aparato que el congreso había condenado. En enero de 1926, en la reunión del CC se prohibió retomar las cuestiones discutidas en el congreso, dicho de otro modo, se amordazó a la Oposición.

En Leningrado se organizaron reuniones de todas las secciones para celebrar la victoria de la línea general en el congreso. En ese momento ya puede presentirse la intervención del Centro y del aparato contra la dirección zinovievista, que en lo inmediato supuso sustraer a ésta última el control del órgano de prensa regional, *Leningradskaya Pravda*. Junto a esto, el aparato central decidió implantar en las principales fábricas «comités de iniciativa» que le permitirían tomar posiciones, reducir al silencio a los opositores conocidos y organizar manifestaciones «de la base» a favor del Centro, vencedor del congreso –en resumen, crear las condiciones para derrotar definitivamente al aparato zinovievista–.

Después de enviar a Leningrado a una delegación del CC encabezada por Molotov, la resistencia de los dirigentes locales provocó que el buró político designara él mismo al nuevo secretario, Sergei Kirov. En el terreno administrativo todo va a desarrollarse a mucha velocidad: los órganos de prensa, además de *Leningradskaya Pravda*, los organismos del partido, los secretariados (incluidas las organizaciones «hermanas»), todo pasa a manos de la mayoría Stalin-Bujarin.

Pero para llegar a este resultado se libraron verdaderas batallas en las filas del partido. Y, en efecto, liberados de la mordaza del aparato, mientras que unos se iban y otros aún no habían llegado, los obreros redescubrieron el gusto por su independencia y se manifestaron tan violentamente hostiles a los esbirros de Stalin como a los de Zinoviev, que a sus ojos no eran mejores –y todo lo demuestra–. En concreto, en *Putilov rojo*, se desarrolló una batalla

de una violencia inaudita entre obreros de los comités de iniciativa y obreros fieles a los viejos *aparatchiki* locales.

Sin duda, lo más interesante, cuestión que asombra a tantos pretendidos especialistas, es que los del Centro, los futuros estalinistas, lo tuvieran tan difícil para implantarse en las fábricas. Sólo lo conseguirán mediante una argucia, no carente de riesgos: la creación de comités de iniciativa en las fábricas, con responsables seguros; con este fin utilizaron a algunos estudiantes de Moscú.

Esta experiencia presenta mucho interés, porque demuestra, por una parte, que se trataba de un conflicto de aparato y que los zinovievistas, al perder éste, no tenían base en las fábricas; por otra, que los estalinistas se vieron obligados, con la mayor rapidez, a tomar muchas precauciones para evitar que los comités de iniciativa se les fueran de las manos y empezaran a plantear una serie de reivindicaciones obreras, cosa que ninguno de los dos aparatos deseaba...

En este final de 1925 y principios de 1926, también los antiguos *opositioneri* de 1923 reflejan las oscilaciones que se produjeron en la dirección de su tendencia. En el Comité Central, Trotsky, Piatakov y Rakovsky votaron en contra de la eliminación de la redacción de *Leningradskaya Pravda* y contra las demás medidas restrictivas sobre la prensa, a sus ojos ilegales. En cambio, los opositores de Leningrado optaron por la batalla —al parecer, la mejor opción—. El apartamento de Vassili Chadayev sirvió de local a los militantes del comité de iniciativa de *Putilov rojo* para escribir sus textos, discutir, decidir, formular sus reivindicaciones y defenderse con la pluma. El *opositioner* gozó rápidamente de una verdadera autoridad política entre los trabajadores. Hay que señalar que en el comité de iniciativa de la fábrica Skorojod se encontraba Grichkan, *opositioner* de 1923.

¿Es un poco antes o al mismo tiempo en que el metalúrgico Grigori Fedorov decide dejar a los «trotskistas» y pasarse a los «zinovievistas»? Probablemente cuando la mayoría de los primeros dudaba. Por una de esas ironías a las que la Historia nos tiene acostumbrados, el pobre Fedorov poco después se encontrará en una Oposición que unifica a los que ha dejado con aquellos por quienes los ha dejado —¡incluso en el exilio!—.

CAPÍTULO IV

OPOSICIÓN UNIFICADA Y DESGARRADA

Estaba en la mente de todos y, durante el congreso, fueron legión las alusiones a Trotsky y a la Oposición de 1923, y a los problemas que ella planteaba. El debate sobre el «nuevo curso» y el «debate literario» —particularmente la posición previa a la insurrección bolchevique de Zinoviev y Kamenev— afloraron de forma discreta.

Tomsky ya dijo en Leningrado que no había que olvidar la forma en la que Trotsky fue tratado en 1923. A Zinoviev, cuando se queja del estado de sitio al que está sometida la organización de Leningrado, le gritan: «¿Y Trotsky?» Bujarin señala que nadie ha exigido a Zinoviev que reconozca públicamente su error de 1917. Krupskaya afirma que hay que buscar la verdad, que el Partido no lo puede todo, y alguien la interrumpe para interpelar a Trotsky: «¡Lev Davidovich, esos son los aliados!» Irritado por los gritos de «¡Trotsky, Trotsky!», Lachevich olvida que es vicecomisario de Defensa y deja caer que había mucho de verdad en lo que decía Trotsky.

1. LENINGRADO ABORDA LA CUESTIÓN

Pero son los ex dirigentes de Leningrado los que, en el congreso, van al corazón de los problemas. Kamenev provoca una verdadera conmoción cuando, en medio de un silencio asfixiante, después de haber afirmado que Stalin era el que amparaba la política derechista y pro-kulak de Bujarin, declara:

«Se lo he dicho al camarada Stalin, lo he repetido multitud de veces a los camaradas del grupo de los viejos-bolcheviques y lo vuelvo a decir en el congreso: he llegado a la conclusión de que el camarada Stalin no puede cumplir el papel de unificador del partido».

Sobre lo inmediato, Zinoviev lanza otra bomba:

«Sin permitir las fracciones [...], deberíamos dar al comité central la directriz de restituir en el trabajo del partido a todos los antiguos grupos y ofrecerles la posibilidad de trabajar bajo la dirección del comité central».

Un día después del congreso y después de la feroz limpieza del aparato de Leningrado, las aguas comenzaron a agitarse para la Oposición de 1923: Leonid Serebriabov opina que los patronos/*aparatchiks* de ayer no son más que militantes comunes y que, después de todo, nada impide aliarse con ellos. No es el único en pensarlo, ni después en decirlo.

Después del XIV congreso, Trotsky se ausenta, por motivos de salud, y no vuelve hasta abril de 1926, siempre con las mismas directrices. Sobre la oposición de Leningrado, continúa creyendo que hay que «esperar y ver». Zinoviev y Kamenev le ponen ante una nueva situación y le obligan a decidirse a favor de una alianza con ellos. Sabemos, por las confidencias de Zinoviev a Ruth Fischer, que gozaba de su confianza, que quería una entente con Trotsky:

«Le necesitamos, no solamente porque sin su brillante cerebro y su amplia audiencia no podremos tomar el poder del Estado, sino porque después de la victoria necesitaremos mucha energía para reconducir a Rusia y a la Internacional a la vía socialista».

Vuelve a ser Iván Vrachev quien nos explica que la iniciativa de la discusión, o mejor, el esbozo de una negociación sobre textos, fue tomada durante una visita de Kamenev al domicilio de Trotsky, justo después del pleno de abril del comité central, cuando los dos cuñados se encontraron. Juntos elaboraron las fórmulas que iban a permitir la reconciliación y que aparecen en sus respectivas declaraciones ante el comité central de julio de 1926. Acuerdan, de antemano, organizar reuniones comunes cuya presidencia se confía a T. V. Sapronov, que había trabajado mucho por la unificación y que pasa a ser el arquitecto de la unificación de la Oposición, a la que va a unirse su grupo de «centralismo democrático», los llamados «decistas». Ésta es, verdaderamente, la Oposición y merece su nombre de Oposición *unificada*.

Zinoviev —y esto parece de capital importancia para muchos— reconoce su error de 1917 y añade:

«Considero mi segundo error más peligroso que el de 1917 [...]. Ahora no cabe duda de que el núcleo fundamental de la Oposición de 1923, como lo demuestra la evolución de la fracción dominante, supo alertar correctamente contra las desviaciones de la línea proletaria y el crecimiento amenazante del régimen de aparato».

Y la frase decisiva:

«Sí, sobre la cuestión de la opresión burocrática del aparato, Trotsky tenía razón y no nosotros».

Para Trotsky era difícil disculpar a Zinoviev y a Kamenev por lo de 1917, pero lo resuelve afirmando, simplemente, que fue «un grosero error» por su parte «asociar, en *Lecciones de Octubre*, las desviaciones oportunistas del partido a los nombres de Zinoviev y Kamenev». No podía hacer otra cosa. Por añadidura, él guardaría las cartas en donde ambos le decían lo que poco después no se cansaron de repetir, tanto en reuniones de dirección como a sus camaradas: en ellas reconocían haber «inventado el trotskismo» junto con Stalin, haber falseado la democracia en el Partido, negado la representación de la Oposición a la XIII conferencia, perseguido a los *opositioneri* alejándoles del centro de su actividad, etc. Fue suficiente para el acuerdo político.

Sin embargo, puede entenderse la cólera de Antonov-Ovseenko, cuyo joven colaborador, Dvoretz, que desertó en 1917 para unirse a sus guardias rojos, fue condenado a prisión en 1923 por haber insultado a Zinoviev (Antón Antonov-Ovseenko, el historiador, hijo de Vladimir Alexandrovich, asegura que nunca salió de ella, pero esta afirmación resulta discutible). Por otra parte, Antonov no había superado la acusación de fraccionalismo y deshonestidad lanzada contra él en la misma época, y a cuenta de Stalin, por el zinovievista Lachevich. Probablemente de entonces y de las deudas impagadas data la verdadera ruptura de Antonov-Ovseenko con Trotsky —que, sentimos decirlo, parece tener, por parte de Antonov, un carácter más personal que político—.

Todas las oposiciones al acuerdo no son del mismo tipo, incluso si, con frecuencia, estén inspiradas por rencores, particularmente contra Zinoviev, o por una falta de confianza en él, resultado de su política desde 1923. Pero no resultan fáciles de detectar. Si un militante, en sus recuerdos o ante una acusación, no señala expresamente la causa de su ruptura, el historiador no sabe porqué dejó la Oposición: ¿razón personal u oposición política?

Nos bastará un solo ejemplo: se ha escrito que Golubenko, una figura excepcional, se opuso al acuerdo con los zinovievistas. Le debieron de detener en los años treinta al ser denunciado por Radek durante su proceso como responsable del trotskismo en Ucrania, y fue ejecutado como los otros. Pues bien, de hecho, él fue miembro del centro ucraniano de la Oposición hasta septiembre de 1927 y nada indica que rompiera con ésta, incluso si mantuvo desacuerdos con sus dirigentes. En cambio, fue uno de los hombres que intentó organizar la resistencia a los grandes procesos a finales de los años treinta, lo que le costó la vida.

2. EL CAMINO HACIA LA UNIFICACIÓN

Víctor Serge escribe que tanto él como sus camaradas se sorprendieron ante la noticia del acuerdo. «¿Cómo sentarnos a la misma mesa que los burócratas que nos habían acorralado y

calumniado, que liquidaron la honestidad y el pensamiento del partido?». Hagamos una pausa al estupor. Sabemos que los burócratas zinovievistas habían liquidado la honestidad y el pensamiento, y no podemos sino recordar a Marcel Body al reprochar a Serge que perdonara a su «patrón» y protector Zinoviev.

Pasara lo que pasara, no encontramos descripciones sobre reacciones de cólera. Ni en Moscú, donde Natalia Ivanova Sedova relata las reuniones en su casa entre antiguos adversarios; ni en Leningrado, donde los dirigentes zinovievistas parecían, dice Serge, «haber cambiado del día a la noche». Y añade, probablemente con razón: «Nada me impedía pensar en el alivio que sentirían al salir de la mentira asfixiante para tendernos la mano». De cara a la unión está presentes la rivalidad y la desconfianza.

En Leningrado, los zinovievistas anuncian contar, de entrada, con seiscientos miembros, clandestinamente organizados. Chadayev se lanza al trabajo y promete que los suyos pronto serán cuatrocientos: hay que estar igualados o casi, en caso contrario te conviertes en rehén. Finalmente, esta Oposición unificada presentará una estructura más bien federal. En la cúpula, un Centro, con un representante de cada uno de los grupos que reúne (Oposición de 1923, Oposición de Leningrado, Oposición obrera, decistas, georgianos); por abajo, un «centro» por organización.

En Ucrania el centro estaba compuesto por siete personas, y sus principales figuras eran Golubenko e Ilya Rosengaus. Por debajo, grupos de tres, de cinco, y los grupos de base («círculos»). Sin duda es el modelo más corriente. No sabemos con precisión qué era lo que se denominaba la «Fracción», formada por miembros del partido que consagraban su tiempo y sus esfuerzos a este trabajo interno, que no desarrollaban todas las posiciones de la Oposición y que debían tener cuidado de no dejarse cortar la hierba bajo los pies, ni los mismos pies.

La unificación de la Oposición —la Oposición Unificada, como se denomina a si misma, o el Bloque de la Oposición, según la propaganda estaliniana— dio lugar a mucha palabrería. Por ejemplo, el obrero Nechayev y el periodista Chadayev fueron de Leningrado a Moscú para ver a Trotsky, quien les dice que hay

que ganar esta batalla, difícil, pero de la que depende la salud de la revolución. Préobrajensky por los unos, Smilga por los otros, fueron a Leningrado para entrevistarse con los dirigentes de los dos grupos. Serge, emocionado, lo recuerda: «Desde los primeros días de la revolución, los jefes del partido no se habían encontrado ante esta necesidad y esta complicidad, mano a mano con los militantes de base».

Amistosa rivalidad, discreta vigilancia. La policía estaliniana no tiene estos escrúpulos. ¿Cuántos estuvieron organizados? Los estalinianos dicen que cuatro mil, los *oposicioneri* ocho mil. En la biografía de Trotsky, Isaac Deutscher apoya esta última cifra. No obstante, lo peor aún estaba por llegar, después de la muerte de Lenin el 21 de enero de 1924.

Teniendo en cuenta el elevado número de detenciones a partir de 1928, yo había concluido que ocho mil y esta parte de mi trabajo no ha sido cuestionada. Quizás no sea nada en comparación con los setecientos cincuenta mil miembros del partido, pero, por una vez, Deutscher tiene razón cuando asegura que no había más de veinte mil miembros comprometidos con el debate —lo que aclara la relación de fuerzas real—.

¿Hubo por todas partes, desde el principio, dificultades entre los miembros de la Oposición de 1923 y los de la Oposición de Leningrado? No parece. Un estudio de T. V. Otsunskaya sobre la Oposición en Asia central muestra una apabullante superioridad numérica de los zinovievistas, casi todos exiliados. Sin embargo, encontramos como candidato al puesto de primer secretario del PC uzbeko a Josif Kraskin, antiguo secretario de Trotsky, procedente de Vladivostok y miembro de la Oposición de 1923, como Tumailov, que accede al presidium del PC turkmeno.

Un capitulador ucraniano, de nombre Krichevsky, convertido en informador, indica en *Pravda* que cuando se adhirió a la Oposición, la posición oficial de ésta última para todos los miembros era:

- «1. No intervenir abiertamente.
2. Crear una fracción organizativamente fuerte y centralizada.

3. Crear círculos como círculos de propaganda, compuestos exclusivamente por probados miembros del partido.

4. En caso de que el CC rechazara organizar una discusión, hacerla, pura y simplemente, de hecho.

5. En las células donde tuviéramos la mayoría, extraer las consecuencias desde el punto de vista de la organización (reelección de las direcciones, etc.). [...], en ese caso estaba recomendado no intervenir abiertamente en el partido y abstenerse sistemáticamente de cualquier voto en contra del CC, reconociéndose la posibilidad, en casos extremos, de votar contra la Oposición».

Este cuadro difiere, en gran medida, de las descripciones de los debates en las células del partido que da Víctor Serge. A propósito de su célula comunista de *Krasnaya gazeta*, que agrupaba a cuatrocientos miembros (tres viejos bolcheviques en la administración, una decena de antiguos combatientes de la guerra civil, 387 obreros apolíticos reclutados en la «promoción Lenin» después de la derrota de la Oposición de 1923 y cinco opositores, de los cuales uno era dudoso), escribe: «La batalla de las ideas se desarrollaba sobre tres cuestiones de las que se hablaba lo menos posible: régimen de la agricultura, democracia en el partido, revolución china». Sigue una descripción apocalíptica de los oradores que no tenían nada que decir, pero a los que se les hacía hablar para así reducir el tiempo de palabra de los *oposizioneri*. Cuando éstos últimos intentaban expresarse, una veintena de gritones tapaban sus voces, constriñéndolos a no usar más que frases breves —en total, cinco minutos cada uno—. ¡Y todos los demás se callaban!

El día que se conoce el rumor de la masacre de los comunistas en Shanghai por parte de su «aliado» Chiang Kai-Chek, la intervención de Serge provoca un paroxismo de odio entre los chillones ganadores. Él se venga por una anécdota. Una noche, Chadayev y él se plantean no hablar, convencidos de que no serviría de nada. Pero, de todas formas, lo hacen; entonces un joven impresor les grita que tienen razón y se une a ellos. Chadayev concluye: «Creo que nos aplastarán antes del gran deshielo».

Gavrilov hace una descripción diferente:

«Había que respetar las siguientes instrucciones:

1. Tomar la palabra en público y defender activamente las opiniones en las reuniones del partido.
2. Difundir la Plataforma de la Oposición, reproducir y difundir otros documentos elaborados por los dirigentes de la Oposición.
3. Recolectar fondos para comprar papel y mantener a los camaradas que han dejado su trabajo en la fábrica para participar en el trabajo de la Oposición.
4. Establecer relación con otros partidarios de la Oposición en las fábricas y las escuelas, y hacer propaganda.
5. Mantener el contacto con la dirección del grupo de Oposición de Leningrado».

Gavrilov mecanografía personalmente los documentos de la Oposición y es el intermediario entre su universidad y la fábrica Krasny Treugodnik. Coincidirá en prisión con Micha Semenov, un joven cerrajero que cumple el mismo trabajo en una máquina de prensa. Conoce a personas en cuya casa o apartamento puede trabajar tranquilamente: el ex profesor de la Academia militar, Alexander Pavlovich Saltykov; una pareja de personas mayores, el «papi» y su mujer; y la pareja Raskin, profesores de universidad. Asiste a reuniones: unos cuarenta en casa de los Raskin, alrededor de una cincuentena en la del viejo bolchevique Alexeyev, treinta en la de un tal Nikolayev, con Radek —que desbarata la llegada de un *apparatchik*. Comienza la represión—.

3. PRIMEROS PASOS DE UNA GRAVE REPRESIÓN

En apariencia, todo se mantiene en relativa calma, pero el GPU y los *aparachiki* se preparan para provocar y golpear. Un chivato del aparato del momento, el francés Jacques Doriot, denuncia a dos militantes extranjeros, próximos a Zinoviev, Heifisz Guralsky y Voya Vuyovic, que jugaron un papel nada desprecia-

ble en Francia e intentaban crear un punto de apoyo para la Oposición unificada.

La investigación y la vigilancia sistemática de los dos hombres conduce a la GPU hasta un pez más gordo, un verdadero viejo-bolchevique, al tiempo que enérgico jefe del sector obrero de Krasnaya-Presnia en Moscú y miembro del aparato de la Comintern: Grigori Yakovlevich Belenky, llamado Belinsky, pero conocido familiarmente y sin ternura como Gricha. De cuarenta años, pasó cuatro en el exilio en París, conoció la prisión, dirigió el grupo bolchevique de París y mantuvo un estrecho contacto con Lenin.

Los *opositioneri* volvieron a las costumbres clandestinas que tenían bajo el zarismo. Se reunían en el campo, en los bosques, en barcos -es decir, en los lugares «normales» para distraerse o divertirse, y donde podían hacer política sin que lo pareciera. ¡Y hasta allí van los policías, siguiendo el rastro de Belenky en una salida al campo!

Sin querer, éste les conduce hasta un pez mucho más grande en una reunión campestre donde el orador, en nombre de la Oposición unificada, es el comisario del pueblo adjunto a Defensa, el zinovievista Mijaíl Mijailovich Lachevich en persona. Este antiguo suboficial de cuarenta y dos años, jefe del Ejército, jovial y un poco alcohólico, antiguo jefe de Siberia, se unió a la Oposición de Leningrado en 1925.

La primera víctima es un lampista, el campesino Ilya Sp. Chernychev, de treinta y cuatro años, suboficial de 1914 a 1917, que ingresa en el Ejército Rojo -el hombre de confianza de Lachévich-. Después le llegó el turno a Belenky. A partir de 1917 éste fue responsable del sector de Krasnaya Presnia y en 1923 se ganó la siniestra reputación de cazador de «trotskistas». ¿Cuándo fue arrestado? En todo caso, habló muy pronto, debió de recibir un trato espantoso durante los interrogatorios. El asunto Gricha supone un duro golpe para los zinovievistas, al ser uno de sus «hombres fuertes», además de inquietar a sus nuevos aliados, ya que al haberse mostrado tan eficaz en Krasnaya Presnia en la persecución de los *opositioneri* de 1923, a los que llamaba «trotskis-

tas», podría aportar muchos elementos para destruir a la antigua «fracción».

El episodio le supone a Lachevich ser revocado y excluido del Comité Central, donde era suplente. Él se arrepiente, hace auto-crítica, pero de todas formas será excluido en el XIV Congreso. Zinoviev, su protector, es separado del Buró Político. Trotsky no aprueba el comportamiento de Lachevich y compañía, pero explica que con un régimen como el que comienza a reinar en el partido es inevitable que tal o cual camarada tome, de vez en cuando, una peligrosa ruta.

La «declaración de los Trece», que responde a las acusaciones de la dirección contra la Oposición, plantea el problema de las «deformaciones burocráticas en el Estado obrero», en el «aparato del partido», y su impacto en la vida de los trabajadores. El perspicaz ojo de Trotsky descubre, por la marcha de la cuestión en la cúpula, la voluntad disimulada pero muy clara de la fracción de Stalin para desplazar del asunto a la Comisión Central de Control, siendo el objetivo apartar a Zinoviev y avanzar hacia una dirección estaliniana del partido. No se equivocaba, como lo demostró el pleno de agosto y la breve rebelión contra Stalin del presidente de la CCC, Ordjonikidze.

Pero la Oposición está completamente apartada de los asuntos militares y muchos de sus militantes estaban si no comprometidos, al menos marcados. Este asunto muestra además, por parte de los zinovievistas, una falta de seriedad que merma la confianza y repercute en sus nuevos aliados.

4. IMPORTANTES EXCLUSIONES

Por otra parte, se producen toda una serie de exclusiones del partido, un poco dispersas que, según algunos, no corresponden a rebeliones locales, sino a episodios individuales. No nos lo creemos.

Son excluidos, por ejemplo, el joven Sokrat Gevorkian, superdotado armenio que se encontraba en la Escuela superior del partido de Nijogorodsky, al que ganó el antiguo animador de la

Rabotchaya Pravda, el joven obrero de origen polaco Vladimir Kuprianovich Yastsek, de vuelta en el partido. Juntos redactaron y firmaron un texto sobre su burocratización, pues esto podría ser un instrumento importante de reclutamiento. Y lo fue, pero la GPU tuvo conocimiento de ello y los autores fueron expulsados.

Otra sanción castiga a Man Samsonovich Nevelson, de treinta años, yerno de Trotsky y marido de Nina Bronstein. Estudiante de instituto cuando se une a las JC y más tarde al PC en octubre de 1917 en Petrogrado, combatiente de los Guardias Rojos desde su creación, en el Ejército Rojo, comisario político de regimiento, más tarde de división, fue comisario político del famoso V Ejército cuando sólo tenía veinte años. Dejó el servicio al final de la guerra civil para estudiar economía en el Instituto Karl-Marx de la Universidad de Moscú, la cual vigila celosamente el rector sumiso de Stalin, Andrei Vychinsky. Muy activo, Nevelson fue expulsado del partido por haber constituido un grupo de oposición y haber «conspirado» contra él.

Fueron más los excluidos. Entre los estudiantes y por razones que se conocen: Giorgi Ter-Oganesov y Veniamin Romanov (treinta y un años). O, en otros lugares, no se sabe por qué, —aunque puede imaginarse— el procurador Georgi Andruachvili, en Georgia. No sabemos por qué fue expulsado en ese preciso momento el cuñado de Zinoviev, Ilya Yonov, pero podemos suponer que se había «saltado la vigilancia» sobre lo que editaba... aunque no publicó ni una sola línea de su viejo amigo Víctor Serge.

Uno de los primeros duros golpes que sufrió la Oposición fue el que asestó la GPU a su «fracción» y a uno de sus responsables, Lev Grigorievich Ginsburg, colaborador y hombre de confianza durante la guerra civil de Iván Nikitich Smirnov, «su jefe de Estado Mayor», dirá Karl Radek en su proceso. Probablemente fue denunciado, «desenmascarado» como uno de los dirigentes de la fracción opositorista en la organización de Moscú, y expulsado. Hubo otras exclusiones relacionadas con él: V. N. Nechayev, que acababa de construir un grupo en Kursk, V. M. Smirnov, Tsvetkov...

Sin duda, la expulsión de Ginsburg acarrea otra sanción, la más importante del año 1926, la que sufre Sergei Sergeyeovich Reztsov, puntal obrero de la organización del partido desde 1920 y de la fracción *opositioner* en Moscú desde 1923. Se le reprocha el haber difundido un cierto número de los textos fundacionales de las posiciones de los *opositioneri*: documentos sobre el «proceso» contra Vuyovic y Guralsky, la declaración común de Gevorkian y Yatsek, la carta de Trotsky a Fotieva del 10 de abril de 1923, así como un estudio sin título sobre la burocracia en general redactado por Christina «Dika» Znamenskaya, la compañera de Janaan Markovich Pevzner y sobrina del miembro de la GPU, Genrij Yagoda. Es expulsado por segunda vez.

Pero, más allá de las generalidades, que no tienen para nosotros ningún sentido, nos hemos acercado a la verdad leyendo en los informes de archivo que se pidió la exclusión de Reztsov porque estaba en relación con Grigori Venetsianovich Ajsenberg. Este hombre joven, antiguo partisano en el Amur, más tarde uno de los jefes de las fuerzas armadas en el Extremo Oriente soviético, alumno del Instituto de Profesores Rojos, miembro del partido desde 1918, estaba personalmente ligado a Préobrajensky. Trabajó en la edición de los *Escritos* de Trotsky para las cuestiones culturales y se encontraron a menudo. Según los informantes de la GPU, pertenecía a la dirección de Moscú de la Oposición de izquierda donde, junto a L. G. Ginzburg, se dedicaba a un trabajo «fraccional». El informe no menciona su trabajo con Trotsky.

Reztsov ya fue expulsado una primera vez en 1926. La segunda, en 1927, será la definitiva. En los archivos de Trotsky no se encontrará más tarde más que una sola mención de él, en la deportación en Siberia, en Chtchadrinsk, en 1928. Debió de ser tratado con severidad y no duraría mucho en el exilio, pero no le hemos encontrado en las listas de detenidos en *isolator* que hemos podido consultar. Sólo sabemos que se habría unido a los decistas.

Los historiadores recuerdan, sobre todo, la exclusión de Y. Osovsky. Este zinovievista de base había publicado en *Pravda* un artículo titulado «El Partido y el XIV Congreso», donde preconizaba la supresión del monopolio político del PC; el CC le acusó

de querer crear «una gran organización ilegal», y Trotsky consiguió persuadir a la Oposición de que había que defenderle sin, por ello, adoptar sus puntos de vista.

No pretendemos haber agotado la lista de los excluidos, pero hay que reconocer que no son más que algunas decenas, mientras que un año después el total superará el millar. De todas formas, no tratamos de confeccionar un anuario del exilio: esa es la tarea de Memorial. Creemos que esta represión permanente y omnipresente golpeó con fuerza a la organización de los *opositioneri*. También creemos que en muchas ocasiones fue apoyada o dirigida por agentes infiltrados. Volveremos sobre ello.

Lo que Trotsky y su amigo Kote Tsintsadze pronto llamaron «el camino hacia el régimen bonapartista» se ilustra claramente por el hecho de que el Partido Comunista Georgiano, que no poseía la base obrera para defender a los dirigentes que había elegido, es drásticamente normalizado. En octubre son expulsados los dirigentes que pertenecen a la Oposición unificada: Kote Tsintsadze, Lado Dumbadze, Mijaíl Okudjava, Vargat Kalandadze, Karetnik Yachvili, Niko Kiknadze, Piotr Zalutsky, Viktor Tsintsadze, Mucheg Solovian, Roman Gladkov.

La batalla causa estragos. El grupo de los excluidos publica una declaración de los Quince, reivindicando nuevas elecciones –honestas– para las células y las conferencias del PC georgiano. La Plataforma de la Oposición unificada se reimprime y se difunde ilegalmente. El texto de los Ochenta y tres lo firman, en un primer momento, veintiséis georgianos, llegando a alcanzar un total de más de doscientas firmas. Los Komsomol tienen con ellos a la mayoría de los jóvenes y un notable dirigente, Chaliko Gochelachvilik; incluso llegan a crear «círculos trotskistas». Pero la derrota de la Oposición unificada será también, y más grave aún, la de los comunistas georgianos que rechazan la rusificación.

5. LAS TENTATIVAS DE «SALIDA»

Pensando que el «gran deshielo» es posible y que quizás hay que acortar el camino que sigue para no ser aplastados antes de haber librado la batalla, los dirigentes de la Oposición unificada se ponen de acuerdo sobre la táctica llamada de «salidas». Se trata de preparar, como tendencia de oposición, la próxima conferencia del partido dando a conocer las posiciones de la Oposición unificada, difundiendo sus textos, interviniendo en las células —en particular en las que controlan los *oposizioneri* o simpatizantes, utilizando para ello a los miembros del Comité Central que puedan asistir a cualquier reunión de célula de su elección—.

Todo se prepara cuidadosamente para que la operación «salida» sea un éxito. De forma significativa, eligen las dos fábricas de Moscú que son los bastiones de la Oposición, donde ésta es la responsable. Las conocemos, se trata de Riazan-Uralsk y de Aviopribor.

Ya el 26 de septiembre, Karl Radek, el joven Eleazar Borisovich Solntsev e Ivar Tennisovich Smilga se presentaron en un debate en la Academia comunista para criticar de un golpe las cifras de control y la teoría del «socialismo en un solo país», dogma estaliniano por excelencia. El 30, en la célula Riazan-Ural, con el secretario Anatoly Tkachev, se presenta un grupo de *oposizioneri* compuesto por Smilga, Sapronov y Trotsky. Toman la palabra y participan en una discusión animada, pero sin violencia, y la célula vota una resolución ampliamente inspirada en los puntos de vista de la Oposición unificada.

Este primer éxito de la Oposición supone una terrible amenaza que la dirección estaliniana debe atajar por cualquier medio. Con este fin, recurrirá a la fuerza y a la violencia contra miembros del Partido, algo que no tiene precedentes. Boris Souvarine, buen conocedor del país, explica este recurso a los grandes medios:

«La atmósfera de pogromo creada por la prensa de los estalinianos no es suficiente para dominar a la Oposición, a pesar de encontrarse desarmada, privada de tribuna y mecánicamente

reducida a la impotencia. Hacía falta recurrir a los grandes medios para atarla y amordazarla, dejándole tan sólo dos dedos para firmar lo que fuera. Salvajes excitados fueron enviados en camiones a las reuniones donde los opositores eran señalados, con orden de ahogar cualquier voz discordante con silbidos y gritos, golpear después a los portavoces de la Oposición y echarlos fuera de la sala si los gritos y las amenazas se revelaban ineficaces».

El resultado estaba cantado: a pesar de no entender la violencia, la clase obrera, pasiva y amedrentada, dejó hacer. Aunque los trabajadores de Aviopribor aclamaron en pie y durante largo rato la intervención de Trotsky, rechazaron su moción por 78 votos contra 27. El soplón que nos habla de este episodio acusa a Gricha Belenky de este giro...

6. LA OPOSICIÓN «DECLARA LA PAZ»

El contraataque que sigue es fulminante, dirigido a aterrorizar a las dos células de *opositioneri*. Tkachev y su adjunto Gayevsky son culpables de mantener relaciones fraccionales con Yuri Piatakov y el verdadero «boss» *opositioner* de Riazan-Uralsk, P. G. Balachev, de cuarenta años, colaborador del decista Mark Ilych Minkov. Por su lado, Restzov se reúne regularmente con obreros como Finachin, Semiaguin y, sobre todo, Mirochnikov, miembro del partido desde 1912 y uno de los cuadros de la Oposición en Moscú. Parece ser que Restzov vive en casa de Olga Pavlovna Ivanovskaya, una de las responsables del trabajo en Moscú que ya fue excluida, reintegrada después, y de nuevo excluida.

La represión causa furor y la prensa desencadena la histeria contra todos los «saboteadores». La campaña de prensa asocia a Tkachev y V. M. Smirnov, separados del partido y denunciados como responsables de la «fracción», como a Nikolai Nechayev, el antiguo secretario de Trotsky, quien, en efecto, pertenece a ella en Kursk. El burócrata chivato Korestelev, en un documento marca-

do como *Sekretno*, habla de las relaciones de esta fracción con F. P. Tsvetkov, obrero en la fábrica Vodokanal.

Se convoca la Comisión Central de Control. Los ferroviarios de Riazan-Ural dan marcha atrás en su voto y aceptan la resolución que se les dicta. En todo el partido, los gritones se desgañan pidiendo que se «cierre la boca a los chillones», escisionistas y liquidadores.

Bajo la presión del miedo, la Oposición se desmorona. Los decistas, convencidos de que hacía falta «un nuevo partido», dejan la Oposición unificada; Karl Radek, de forma precavida, piensa igualmente en un nuevo partido, pues parece imposible recuperar el antiguo. Incluso el grupo de Okudjava y Mdivani sueña con dejar la Oposición, cuando se abre la perspectiva de una defección de los zinovievistas que les hace entrever la derrota a corto plazo.

La salida de los decistas pone fin a la línea unitaria de Saprónov que hemos conocido como la Oposición unificada, en beneficio de una orientación «nuevo partido» desarrollada por V. M. Smirnov y el «grupo de los Quince». Trotsky califica a ésta como «subjetivista», pues todo depende, según ellos, de las decisiones de grupo y de partido (lo subjetivo) y no de relaciones de clase y del movimiento de los trabajadores (lo objetivo).

Para Zinoviev, Kamenev y los suyos, es una perspectiva inaceptable, pues aquel que no está en el partido no puede actuar. Los *opositsioneri*, partidos en dos, se miran ya como enemigos.

Trotsky, en medio del pánico de sus colegas, se esfuerza en elaborar una solución de compromiso: reconocer y condenar la indisciplina —la suya—, preservar el derecho a un pensamiento independiente. Con esta línea los seis *opositsioneri* miembros del CC, Trotsky, Kamenev, Zinoviev, Sokolnikov, Piatakov y Evdokimov, intentan llegar a un acuerdo de paz y a una base de colaboración. Pero nuevos episodios de violencia, esta vez en *Putilov rojo* (Leningrado), van a ponerles de rodillas.

Mediante su «declaración de paz» del 16 de octubre de 1926, aceptan todas las condiciones que se les exigen: «la sumisión sin

condiciones, el reconocimiento del carácter inadmisibles de su actividad fraccional». Los *oposizioneri* del CC son acusados de «violación de la disciplina» y Zinoviev relevado de su puesto en la Comintern.

En el fondo, la conferencia estaba arreglada antes de la votación. Trotsky y Kamenev son separados del Buró Político. ¿Hay que ver el malestar de la Oposición unificada simplemente en el hecho de que la vieja Oposición obrera, indignada por la condena de Chliapnikov y Medvedev por los «capituladores» Trotsky y Zinoviev, abandonen a su vez las filas «unificadas»?

El problema está en otro lugar. Y se encuentra en que numerosos militantes, sea cual sea su origen, no se sienten a gusto porque comprenden que ante los primeros rumores de violencia —y, sobre todo, de expulsiones— dos de sus dirigentes más importantes, Zinoviev y Kamenev, se han amedrentado y, en tales condiciones, no se puede luchar.

Apenas unificada, la Oposición se divide, y los que permanecen ven su unidad amenazada. ¿Está ya todo perdido? En medio del desconcierto general, Trotsky busca incansablemente un compromiso y va a tener que explicarlo. Algunos no le perdonarán jamás esta espectacular reconciliación con Zinoviev, ante la cual había dudado durante mucho tiempo —quizá, incluso, demasiado...



CAPÍTULO V

LA PRIMAVERA CHINA

1927

1. ALGUNOS CAMBIOS DISCRETOS

Algunos creyeron, a finales de 1926, en la desaparición definitiva de la Oposición unificada. No contamos con ningún testimonio directo de su actividad durante el invierno de 1926-1927. El único elemento, y no hay razón alguna para la duda, es el testimonio de un renegado ucraniano, Krichevsky. Asegura que los *opositioneri* ucranianos fueron unánimes al desaprobar totalmente la declaración del 16 de octubre y que se indignaron con las nuevas directrices de «disolver la fracción, suspender el trabajo fraccional y conservar únicamente los lazos individuales», pero también que éstas fueron discutidas y aplicadas. Por otra parte, resulta divertido que la GPU permitiera que este renegado de la Oposición hiciera una profesión de fe ultra-*opositioner*... para incitar a sus camaradas a romper con la Oposición. Trató de hacer la misma operación que con los uralianos de Deriabin —también acusados de traición—, borrarlos del mapa.

El único indicio de la pervivencia de la Oposición, en realidad bajo tierra, lo encontramos en el relevo de cierto número de res-

ponsables del que da cuenta la GPU. En la cúpula, por lo que respecta a la parte «Oposición de 1923», Iván Nikitich Smirnov, que había sido su responsable de organización y al que a veces llamaba su «secretario», cede su puesto, en abril de 1927, a Mrachkovsky, otro cercano a Trotsky, que, a su vez, será reemplazado por Alsky a finales de septiembre.

El escritor Lev Kopelev, miembro de la Oposición unificada ucraniana de la época, recuerda también el cambio del agente de enlace con el Centro. La razón es simple: el nuevo es Volodia, joven estudiante que algún día será un escritor conocido, dos veces premio Stalin, bajo su nombre de Emmanuil Kazakievich. La GPU no dice nada sobre él.

En el Centro, integrado también por Radek, Smirnov, Piatakov, Mrachkovsky, Muralov, Préobrajensky y Boris Eltsin, Trotsky se apoya sobre todo en Smilga, un antiguo miembro, de los de Leningrado, en el que tiene mucha confianza, puesto que si creemos a Iván Vrachev, éste le pidió que le sucediera «en caso de accidente».

Otro rasgo importante es el perfeccionamiento de la organización de la Oposición con la constitución de un organismo que es, al mismo tiempo, tropa de choque, comisión de organización y servicio de orden: la «Organización militar», que finalmente se ocupará de las manifestaciones en la calle, ante el riesgo de desbordamiento y, por ello, de una represión salvaje. Parece haber estado formada exclusivamente por militares en activo o estudiantes de una escuela militar.

La dirige un hombre joven (treinta años), Yakov O. Ojotnikov. Es uno de esos jóvenes de modélica biografía bolchevique. Hijo de campesinos pobres de Besarabia, en sus inicios se ganó la vida como conductor de camión. Enre 1917 y 1919 combatió al ocupante a la cabeza de un grupo de partisanos; en 1918 ingresa clandestinamente en el Partido Bolchevique. Incorporado después al Ejército Rojo, destaca ante al famoso Yona Yakir —uno de los mejores jóvenes jefes de este ejército—, y pasa a ser su ayuda de campo. En 1924 entra en la Academia militar Frunze, que dirige R. P. Eideman.

Muchos de sus camaradas forman parte de la Organización militar: Vladimir Petrenko, Arkadi Seler, Boris Kuzmichev y Lado Enukidze, de la Academia de Frunze; Rafail Sajnovsky y Vladimir I. Rechenichenko, de la Academia militar Timiriazev, comandada durante mucho tiempo por N. I. Muralov. Contrariamente a lo dicho y escrito, ni Primakov ni Putna, miembros de la Oposición y grandes jefes militares, figuraban en esta organización, ni en su dirección.

2. ¿LA OPOSICIÓN ARRODILLADA?

Stalin y sus secuaces creen a la Oposición arrodillada. De hecho, está bajo tierra, pero aún se mueve e intenta sacar la cabeza mientras que los golpes continúan y llueven de todos lados. S. P. Medvedev, antiguo miembro de la Oposición obrera y del sindicato de metalúrgicos, había escrito a los dirigentes de Bakú desarrollando un programa de concesiones a los capitalistas y reconociendo la supresión de los sindicatos rojos. El aparato utiliza este documento contra Alexander Chliapnikov, dirigente de la Oposición obrera y miembro de la Oposición unificada, quien se defiende afirmando que condena a Medvedev en los mismos términos en que lo habría condenado Lenin. No obstante, se le condena bajo despreciables acusaciones de capitulación y traición. Los censores izquierdistas se regocijan. Se producen algunas rupturas por la derecha, sobre todo de gentes de Leningrado que nunca tuvieron mucho aprecio por la «unificada», y también un grupo de Jarkov con Loguinov y Yakov Lifshitz que querían acabar con las prácticas fraccionales —empezando por los contactos entre militantes— y que la discusión se llevase exclusivamente dentro del marco organizado, cuando fuera permitida. La «unificada» pasa a ser la «desgarrada» cuando se van la Oposición obrera y los decistas.

Para la Oposición de 1923 significa la pérdida de un precioso aliado: la colaboración entre Trotsky y Saprónov marcó un periodo con el sello de su seriedad y su inteligencia. Las notas de Trotsky

sobre la situación, las causas del fracaso del pasado y las perspectivas de futuro son monumentos de inteligencia, pero caen sobre un auditorio agotado y escéptico o sobre jóvenes que creen que es suficiente luchar para vencer. En el ejecutivo ampliado de la Comintern del 9 de diciembre, hace una intervención asombrosa. Aquellos que la escuchan sólo la entenderán más tarde.

La Oposición de 1923, el núcleo que permanece fiel a Trotsky, está desgarrada, como también lo está el núcleo de los antiguos de Leningrado. Sobre China, tanto Rádek como Piatakov, en adelante muy pesimistas, se oponen a la ruptura, preconizada por Trotsky, entre el PCC y el Kuomintang y forman un bloque con la gente de Leningrado para rechazar sus propuestas. Hay «abandonos» en Lenigrado: Piotr Zalutsky, Badayev, Nikolayevna, y la «retirada» de Krupskaya. Por el contrario, en el extranjero parece que algunos veteranos, tanto de 1923 como de Leningrado, adoptan posiciones «izquierdistas» y manejan la perspectiva del «segundo partido», ¡como Safavov y Radek durante algún tiempo!

La realidad es que las «políticas» de las diversas oposiciones corresponden a dos generaciones bien diferentes. Por una parte, la de los adultos de la revolución de 1917, más escépticos, menos sensibles a las generalizaciones revolucionarias; no se trata de arribistas que aspiran a gozar de los tiempos de paz, sino de hombres agotados por años de sufrimientos y privaciones, de ellos y de los suyos, y que quieren preservar las conquistas del periodo de reconstrucción. Por otra, la nueva generación carece de experiencia y se siente abrumada por los ilustres predecesores que hablan en su nombre. Sus aspiraciones revolucionarias se canalizan hacia las instituciones, el Estado, el partido, la tradición, la disciplina, y ella sola no puede jugar un papel independiente: necesita un punto de apoyo en la sociedad o entre sus mayores.

Trotsky se mantiene muy tranquilo. Incluso hace reír a los delegados venidos para abuchearle, y la impresión que produce es tal que Pierre Pascal, observador poco dado a la exaltación, se dice que «esta vez la Oposición renace desde abajo y espontánea-

mente». Sobre este punto Trotsky no se hace ninguna ilusión y así se lo confiesa a Kamenev:

«En absoluto me siento “fatigado”, pero soy de la opinión de que durante un buen tiempo, durante un periodo histórico, debemos armarnos de paciencia. En estos momentos no se trata de luchar por el poder, sino de preparar los instrumentos ideológicos y la organización con vistas a un nuevo impulso revolucionario. Cuándo se dará este impulso, no tengo ni idea».

¿Cuántos serán, entre los miles de viejos y de jóvenes que le siguen, los que podrán entender esta espera? Y Piatakov, que romperá con Trotsky, ¿está tan alejado de él cuando, como lo cuenta Natalia Sedova, «era pesimista, consideraba que en Rusia y en el mundo se abría un largo periodo de reacción, que la clase obrera había llegado al límite de sus fuerzas y que el partido había sido estrangulado, que la batalla de la Oposición estaba perdida y que él no perseveraba sino por principios y por solidaridad?»

3. EL DESPERTAR CHINO

Lo extraordinario de los movimientos políticos y sociales es que, como en los seísmos y sin que pueda preverse el ritmo de sus ciclos, pueden volver a explotar y reanimarse todos los fuegos que parecían apagados. Tal fue el caso de China, que después de las graves derrotas que habían seguido a las tentativas de «salida», «electrizó», dirá Víctor Serge: «Una verdadera ola de entusiasmo recorre a los elementos pensantes del mundo soviético».

El destino de China se juega en esa primavera de 1926, en la que todos los observadores serios ven claramente que el jefe del Kuomintang, el general Chiang Kai-shek, miembro de honor del presidium de la Comintern, espera la ocasión de ahogar en sangre el movimiento obrero y campesino chino, así como a la revolución en marcha.

La Oposición de izquierda se encuentra en estado de alerta. El joven Sergei Dalin, al que Radek había enviado sobre el terreno,

vuelve con un análisis muy alarmante. Trotsky pide permiso a sus camaradas *oposicioneri* para intervenir en el Buró Político y advertir de estos peligros; se lo acuerdan con serias limitaciones, cuando quería reclamar la «total libertad de lucha de clases para el proletariado».

Al mencionar Radek, el 6 de abril de 1926 ante los comunistas de Moscú, el peligro de un golpe de Estado de Chiang, Stalin se burla de las consignas «rrrrrevolucionarias de Radek». El 11 de abril le cesa en su puesto de rector de la Universidad Sun Yat-sen. El 12, Chiang lleva a cabo la operación que había estado preparado durante semanas: ataca los locales y los barrios obreros, masacra a los comunistas por millares, destruye partido y sindicatos.

El desastre de Shanghai agita y moviliza de nuevo a los militantes, revaloriza los análisis de los *oposicioneri*, muestra la necesidad del combate contra los sepultureros de la revolución. En cierta forma, la Oposición rusa renace de las cenizas de la revolución china y Zinoviev, a punto de capitular, recobra un nuevo coraje.

Pero, sobre todo, estos acontecimientos despiertan muchas ilusiones. Ciertamente, la Oposición tenía razón y aquellos que la siguieron así lo ven. Pero para los demás, para millones, el hecho sobresaliente es que la Revolución china fue masacrada, y la Oposición no podía, de ninguna manera, remontar la pendiente gracias a una derrota:

«Una nueva derrota no puede sino fortalecer el desánimo de las masas cara a la revolución internacional. Este desánimo es la fuente psicológica esencial de la política de Stalin, hecha de un «nacional-reformismo».

En estas condiciones, ¿cuál es la perspectiva de estos luchadores? Zinoviev y Kamenev creyeron por un momento en un posible regreso, pero sin duda perdieron sus ilusiones; Trotsky explicará un poco más tarde la actitud de sus camaradas que peleaban por defender al escritor Voronsky de los censores imbéciles y criticaban la colaboración con los sindicalistas oportunistas ingleses y la creciente arrogancia de los privilegios de la burocracia:

«El principal grupo de la Oposición caminaba hacia el desenlace con los ojos bien abiertos. Comprendíamos claramente que si queríamos hacer de nuestras ideas aquellas de la nueva generación obrera, no lo lograríamos por medio de la diplomacia y de las argucias, sino solamente mediante una lucha abierta, no deteniéndonos ante ninguna consecuencia práctica. Íbamos más allá de la derrota inmediata, preparando cuidadosamente nuestra victoria en las ideas de un futuro más lejano [...]. Es imposible cortar de una vez y para siempre la ruta a las ideas progresistas. Es por lo que, cuando se trata de grandes principios, el revolucionario no puede tener más que una regla: "Pase lo que pase, haz lo que debas"».

4. LA REPRESIÓN HASTA EL FINAL

Trotsky y muchos otros de la Oposición empiezan a entender el significado de la represión que se ejerce sobre ellos, y la que les amenaza. En sus cartas a Krupskaya, que había dejado la Oposición, le dice que «Stalin no lucha por acabar con la Oposición», sino «por su exterminio». Es porque está debilitado, sobre todo por su espantoso fracaso en China. Lo que está en juego, según dice Trotsky, «es la línea fundamental del bolchevismo, el método leninista de análisis de lo que ocurre y de previsión de lo que se prepara».

Esta represión adoptará nuevas formas, particularmente perniciosas, que son llamadas «desplazamientos», «mutaciones» o «nuevos destinos»: los militantes de la Oposición son oficialmente desplazados, aunque en realidad son mandatos del aparato. El método es odioso. Una oficina, cuyo papel debiera ser secundario, el de proponer nombramientos/destinos al secretario general, puede enviar a donde quiera —sin la opinión del interesado, ni de sus superiores y colaboradores, ni de un sindicato, ni de la institución en la cual se encuentra— a cualquier miembro del partido. ¿Cuántas vidas se arruinan (trabajos, uniones, familias) por esta arbitrariedad que no se somete a ningún control y que no debe

dar ninguna justificación? Y no insistiremos en el desprecio de una oficina del secretariado hacia el partido, hacia la persona que fue elegida por los delegados y que, de un día para otro, no puede participar más en el trabajo de los organismos ejecutivos porque oscuros burócratas así lo han decidido...

Ya hay precedentes incluso antes de la discusión sobre el «nuevo curso» de 1923. La primera víctima importante de este tipo de prácticas fue Christian Rakovsky. El jefe del gobierno ucraniano, jefe en la guerra y después constructor del país, designado por Lenin para esta tarea porque sólo él era capaz de llevarla a cabo, fue brutalmente expedito a Londres como embajador, sin que fueran consultados ni el gobierno que él dirigía, ni el partido de cuyo comité central era miembro, ni el pueblo ucraniano. Nadie obtendrá la más mínima explicación por este exilio, pues se trata de su conflicto con Stalin sobre los comunistas georgianos y, en general, sobre la cuestión nacional.

Hacia el final del debate sobre el «nuevo curso», Antonov-Ovseenko, cofundador del Ejército Rojo, que permanece en él desde que éste existe y donde es querido, a pesar de ser un gran especialista es apartado de su puesto de responsable de la administración política, jefe de todos los comisarios del Ejército: el asunto se concluye en algunas horas y Bubnov le reemplaza. Stalin se siente reforzado, y se multiplican las mutaciones-sanciones. La división en la cúpula de la Oposición refleja los temores. A Smilga le envían a Extremo Oriente y Trotsky plantea una táctica prudente: el 9 de junio, una manifestación convocada el día anterior congrega en la estación de Yaroslav a los moscovitas que querían despedir y expresar su afecto a Smilga. El asunto se confía a la Organización militar, para evitar cualquier incidente.

Ahora bien, resulta ser una buena y gran sorpresa. No solamente se reúnen casi dos mil personas —lo que es enorme, dadas las circunstancias—, sino que los viajeros no informados se interesan, interrogan, algunos manifiestan su acuerdo e incluso se unen a los manifestantes. No hay incidentes. Los hombres de Ojotnikov están atentos e intervienen al menor grito. Zinoviev y Trotsky toman la palabra: ambos se muestran prudentes y, sobre

todo, dicen adiós a su camarada; el resto se sobreentiende. Después llevan a Smilga en hombros hasta su vagón.

Cuando el tren parte, empiezan las dificultades. Por supuesto, había muchos policías entre la gente. Los miembros del partido identificados entre los manifestantes son excluidos por flagrante delito, pero sobre todo se ensañan con los miembros de la Organización militar: cuatro oficiales que habían finalizado sus estudios en la Academia Frunze son excluidos, no solamente del partido, sino de la Academia, a pesar de satisfacer todos los requisitos para obtener sus diplomas. Son Ojotnikov, claro, y su amigo Boris Kuzmichev, S. A. Broidt e I. O. Kapel —los tres de la Academia Frunze—, cuyas biografías había llevado Trotsky al Comité central...

En el Ejército, el asunto cae como una bomba. Durante varios días en todo Moscú corre el rumor de que Muralov, héroe de la insurrección en esa ciudad y antiguo jefe de guarnición, más tarde inspector general del Ejército Rojo, iba a ser destituido por haber defendido a los cuatro jóvenes oficiales. En realidad, él había tomado la iniciativa de presentar una petición de los jefes militares firmada, no solamente por Vitovt Putna, de la Oposición, sino también por Yona Yakir, uno de los mayores jefes del Ejército Rojo, con el que Ojotnikov y Kuzmichev habían servido como militares y en el puesto de ayudantes de campo.

Zinoviev y Trotsky son citados ante la Comisión Central de Control. Trotsky estima muy importante poner de relieve el sentimiento público tal y como apareció en la estación de Yaroslav. Dice que el régimen «lleva con él la ruina de todas las conquistas de Octubre» y, un poco más tarde, acusa a los dirigentes de haber «estrangulado al partido».

Stalin, que se encuentra en Sochi, sigue de lejos este asunto y arroja su ira contra la CCC que «en plena confusión» permite a Zinoviev y Trotsky interrogar y acusar. Se enfrenta a Ordjonikidze: «¿Dónde está Sergo? ¿Por qué se esconde? ¡es vergonzoso!» Exige la inmediata publicación de documentos que desmientan la impresión dada por la CCC de que Stalin es el

único culpable. Por su parte, Trotsky y Zinoviev denuncian omisiones y falsificaciones.

La Comisión de control pide a Trotsky que se explique por escrito sobre lo que se le reprocha; lo hace, sin concesión alguna, y con una claridad perfecta. Al ser conminado a «destruir todos los elementos de fracción» en la Oposición, responde: «Estamos dispuestos a destruir todos los elementos de fracción que, dado el régimen interior del partido, nos hemos visto obligados a crear, y a dar a conocer nuestras verdaderas ideas, que han sido “desnaturalizadas” por la prensa del país».

Poco después se produjo la sorpresa. La CCC se siente satisfecha con una reprobación de Zinoviev y Trotsky y decide que su exclusión sea retirada del orden del día. A pesar de que Molotov, Kaganovich y otros querían devolver el asunto al CC, la CCC lo remite al Congreso. Mientras tanto, Stalin escribe que la cuestión radica en la existencia de uno o dos partidos. Escribe a Molotov: «¡Trotsky tiene que irse a Japón!».

5. CRISIS EN EL CAMPO ESTALINIANO

¿Qué ha pasado para que Ordjonikidze, el jefe de la CCC, se encare con Stalin y rechace la sanción que éste pedía? ¿Es un problema personal o, por el contrario, el reflejo de una nueva situación en el país?

Existen varias versiones sobre el acontecimiento propiamente dicho, y nosotros sólo podemos entreverlas a través de lo vivido por hombres como Pierre Pascal y Boris Souvarine. Parece ser que Trotsky y Zinoviev fueron excluidos durante la ausencia por enfermedad de Ordjonikidze, pero que cuando éste regresó revocó la decisión, con el apoyo de los *aparachiki* provinciales, e hizo llamar a Zinoviev y a Trotsky. Exigió la anulación de la sentencia, enfrentándose a Stalin, Molotov y Bujarin, y ganó. La resolución final fue, según uno de los «corresponsales», «un documento que excluía la condena a muerte política y terminaba con un llamamiento al orden».

La causa no hay que buscarla muy lejos. El movimiento iniciado con la afluencia a la estación para despedir a Smilga, así como la petición de los militares tuvieron sus consecuencias, sobre todo las reuniones obreras donde se plantearon cuestiones sobre el régimen del partido, las sanciones o el secreto. Los trabajadores e incluso los generales y una parte del aparato sufrieron los métodos expeditivos, como ilustra Michal Reimann, un historiador checo de este periodo.

Las semanas que siguieron parecen traducir un cierto desconcierto y una caída de la combatividad en las filas de los *aparachiki*. Se formó un «grupo-tapón» —así se designa, tradicionalmente, a los conciliadores que se sitúan en el centro en un conflicto político— alrededor de la «carta de la viuda». Ésta, Klavdia Timofeyevna Novgorodtseva, viuda de Yakov Sverdlov, proponía un «perdón mutuo» y una disciplina basada en la convicción. En el poder se inquietan, al ver firmada la carta por personas próximas a Trotsky (Grunstein) o a Zinoviev (Chklovsky), pero Rakovsky había previsto un texto que «enterraría» la tercera vía.

6. LA OPOSICIÓN SE RECOBRA

Por un instante, la Oposición parece volver a estar agitada por sus viejos vértigos, cuando se enfrentaban Zinoviev y Radek, dos polos opuestos de la época. Combate esperado, cargado de consecuencias, que Trotsky se esfuerza en evitar, siempre preocupado por la unidad. El 12, Trotsky parece referirse a Zinoviev cuando escribe, probablemente a Krestinsky:

«Cierta filosofía de los filisteos dice que si no se “crean tensiones”, si no se hace bambolear al barco, todo se mantiene en calma. Mantengámonos así y esperemos, las cosas se arreglarán por sí mismas. Esta filosofía no conduce a ningún sitio. La cuestión clave es mantener la continuidad en el desarrollo del pensamiento del partido revolucionario, formar cuadros revolucionarios capaces de aplicar la política exigida por las circunstancias».

El texto de Zinoviev, que él remite a sus camaradas el 15 de agosto, es un verdadero ultimátum a la Oposición, a la que exige que condene claramente la perspectiva de un «nuevo partido». Aun reconociendo que un bolchevique puede ser expulsado de su partido, asegura que su deber no es, en ningún caso, «orientarse hacia la formación de un segundo partido, sino continuar trabajando por la rectificación del mismo y la corrección de su línea política».

Las tesis de Radek son menos generales y más políticas. En una, muestra la relación entre el debilitamiento del carácter internacionalista de la revolución llevado a cabo por Stalin y el inicio de una reacción termidoriana. Explica que la URSS ha podido desarrollarse gracias a la crisis internacional del capitalismo y a la guerra, pero que esto no podrá continuar a menos que se de la «victoria de una revolución proletaria en Occidente». En otra, afirma de forma dramática que hay que quebrar los métodos antidemocráticos por los cuales Stalin y la burocracia mantienen el control sobre el partido. Si éste, escribe, quiere volver a ser un partido leninista, debe comportarse como tal y respetar los derechos de la Oposición. Subraya de paso —hay que destacarlo— que Lenin creó el Partido Bolchevique escindiéndose de la socialdemocracia rusa. Queda claro que no retrocedería ante la formación de un segundo partido.

Trotsky, en una carta a Radek, explicaría un año después lo sucedido:

«Nuestro grupo estaba de acuerdo con sus tesis, que, personalmente, yo consideraba magníficas (para ese preciso momento). Sin embargo, acordamos firmar las de Zinoviev (con enmiendas) a fin de ponerle ante la situación de tener que romper con nosotros sobre las cuestiones de programa y de táctica, y no sobre esas dos naderías que planteaba artificialmente, “dos partidos” y el “trotskysmo”».

Las tesis de Zinoviev podían tratar del programa y de la táctica, pero Stalin eligió otro terreno: el de la pura fuerza y la represión de Estado. Por vez primera, iba a utilizar abiertamente los servicios de la GPU, organismo del Estado, para poner fin a una discusión en el partido.

CAPÍTULO VI

EL OTOÑO DE LA REVOLUCIÓN

El décimo aniversario de la victoria de la Revolución de Octubre se aproxima y todas las evidencias indican que la suerte no está echada. Después de 1923, los observadores, situados siempre del lado de los vencedores, entierran a la Oposición; pero, como el fénix, la revolución vuelve a renacer de sus cenizas y, en el famoso pleno de agosto de 1927, Stalin sufrirá la crisis más grave de la historia de su dominación. Esta crisis le obligará a jugar a fondo —y sobre todo, abiertamente— su mayor baza, la GPU, el chantaje, la violencia policial, la provocación contra sus «compañeros de armas» como Ordjonikidze, de quien sabrá desbarazarse, pues estos hombres duros han manifestado su fragilidad y sus reticencias.

1. LA PLATAFORMA

En lo sucesivo, el trabajo de la Oposición consistirá en elaborar una plataforma política alternativa, con vistas al XV Congreso así como para una perspectiva más lejana. El documento, de unas cien páginas, se tituló *Plataforma de la Oposición. La crisis del partido y los medios para superarla.*

Por la voluntad deliberada y consciente de ceñirse a las mejores tradiciones del movimiento obrero, de las que reivindicaba la herencia, esta plataforma fue redactada colectivamente y consultando a los trabajadores. Fueron sus coautores Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Smilga y Piatakov, así como algunos jóvenes, Fedor Dingelstedt, Grigori Yakovín y Lev Sedov, el hijo mayor de Trotsky. Bello ejemplo de preocupación por la propia vida democrática mientras se lucha por la supervivencia, y de atención a la continuidad, sin la cual no se hace nada importante.

La preocupación por el trabajo colectivo se hace patente en su organización. Desde el momento en que se termina un primer texto, éste se mecanografía, se imprime, se distribuye a todos los demás coautores; a continuación, los textos enmendados se discuten en todos los grupos de *opositioneri* y en todos los grupos de obreros voluntarios, no necesariamente miembros del partido. Todos los textos se revisan y corrigen antes de cerrarse definitivamente. Interrogado, Trotsky respondió que alrededor de doscientas personas habían dejado su huella en estos documentos, de una u otra forma; y aquellos que los habían leído sin haberlos trabajado eran mucho más numerosos. Había un *pool* de estudiantes que mecanografiaban continuamente —una tarea propia de trabajos forzados—, cuya animadora era Nina Vorovskaya, amiga de infancia de Liova (Lev Sedov) e hija del diplomático bolchevique asesinado en Suiza.

Otro problema material, todavía más difícil de resolver, se planteaba después del picado de los textos: el de su reproducción. Es decir, la impresión. Para ello había dos caminos, tan dificultosos el uno como el otro: las empresas del Estado, donde había verdaderas rotativas, y las empresas donde podía encontrarse algún material, como hectógrafos y multicopistas, etc. Como este tipo de material no se podía comprar, su utilización se descubría fácilmente. También faltaban especialistas, al menos para la tipografía.

Para dirigir la operación se nombró al nuevo secretario, Sergei Mrachkovsky, y como responsable de seguridad al funcionario de Finanzas, Janaan Markovich Pevzner, mutilado de la guerra civil,

antiguo soldado y antiguo chequista, que era, como ya vimos, el marido de una sobrina del jefe chequista Yagoda.

Se ponen en funcionamiento con las pequeñas máquinas hectográficas. Éste era un punto neurálgico, pues el local donde se iba a imprimir debía ser una habitación alquilada, con pocos o sin ningún vecino, y con una razón verosímil para estar alumbrada durante la noche. Se recurre a un estudiante que jamás había tenido contacto con la policía y que, por lo tanto, no debería atraer la atención —este tipo de actuación significaba una apuesta de alto riesgo—. Finalmente, fue la habitación del estudiante Chtcherbakov, de quien nada sabemos —pero algunas fuentes informan de que su arrendatario era el militar Gerdovsky...

Mientras que se mecanografiaba y se reproducía en máquinas hectográficas, se continuaba buscando un responsable de la imprenta del Estado que intentara hacer la impresión. Todo se desarrolló muy deprisa. De la primera página manuscrita a la primera hectografiada pasaron menos de tres semanas.

Pero, en la noche del 12 al 13 de septiembre, los agentes de la GPU indagan en el local y encuentran máquinas, entre ellas una de hectografiar, y a muchas personas: Mrachkovsky, Pevzner y un número indeterminado de participantes en la empresa, el tipógrafo D. E. Zverev, el director de cine M. P. Maximov, el médico Sarra Kaplinskaya, el profesor de la escuela sindical Vladimir Yakovlévich Rabinovich, muy joven todavía —quizás aquel que Sedov consideraba, según Víctor Serge, una de las esperanzas del partido—, los periodistas Vera N. Gutman y V. A. Vorobiev de *Pravda*, chicos y chicas estudiantes, así como un hombre de la Organización militar, Z. M. Gerdovsky, que se declara arrendatario de la habitación.

Probablemente Sergéi Emanuilovich Dvoretz era el joven del cual hemos hablado más arriba, sobre el que el hijo de Antonov-Ovseenko afirma que salió de prisión después de haber entrado en 1923. Otro misterio: nada sobre Chtcherbakov.

Todos son detenidos, incluso Mrachkovsky, que rápidamente será excluido del partido, acusado de flagrante delito. La prensa

vocifera ante el descubrimiento de una «imprensa clandestina» —dos palabras demasiado groseras...

Al día siguiente, un comunicado de la GPU indica la nueva empresa estaliniana. En él se explica que estaban sobre la pista porque un sin-partido de nombre Chtcherbakov se había dirigido a «un oficial de Wrangel» (el antiguo jefe de los blancos a finales de la guerra civil) para que le procurara una multicopista. Para rematar, el GPU añadía que el mismo Chtcherbakov estaba en contacto con un tal Tverskoy, implicado en la preparación de un golpe de Estado militar y que había informado de todo esto... al «oficial de Wrangel».

Todos los ingredientes fueron dispuestos para una amalgama/provocación que Stalin y su GPU multiplicarán en los decenios por venir. Para esta época es una sorpresa. Para los directores de la obra, es perfecto: han conseguido demostrar la relación entre la Oposición y el enemigo blanco, los wrangelianos. Los *opositionneri* son traidores y hay que tratarlos como tales.

En sí mismo, el asunto no irá muy lejos, y los detenidos no irán inmediatamente al paredón o al presidio. Las revelaciones de la GPU alertan a los servicios secretos del extranjero, familiarizados con ese mundo fraudulento. Los nombres citados despiertan recuerdos.

2. LA PROVOCACIÓN

El antiguo oficial de Wrangel que se hacía llamar Stroilov sería, si creemos al socialista revolucionario polaco, el famoso agente Upeninch, y las informaciones logradas por Víctor Serge y sus camaradas indican que el pseudo-Tverskoy, igualmente agente de la GPU, era en realidad un especialista en la lucha contra la Oposición, a la que causaría estragos en los años siguientes, bajo el nombre de Mijaíl Ajmatov.

Los dirigentes de la Oposición que tuvieron acceso a estos datos gracias a los corresponsales occidentales lograron la confesión, en primer lugar, de Menjinsky, jefe de la GPU, y posterior-

mente del mismo Stalin, de que estos pretendidos blancos y agentes de Wrangel eran, en realidad, agentes provocadores suyos, cuyo empleo Stalin justifica cínicamente.

En cualquier caso, la represión contra los *opositsioneri* de la imprenta continúa. Los antiguos secretarios del partido Serebriakov y Préobrajensky, que junto al zinovievista Charov, declaran asumir la responsabilidad de la «imprenta clandestina», son excluidos sin más miramientos.

Se ignora por qué razón Ojotnikov no fue expulsado en ese momento. El resto de su vida demuestra que no era agente de la GPU, como se ha insinuado. Sólo cabe imaginar que fue una concesión a los jefes militares descontentos.

Algunos días después fue detenido el viejo militante M. S. Fichelev, que había conocido a Trotsky y a Bujarin en Nueva Cork, donde era el impresor de *Novy Mir*, y que de vuelta, durante la revolución, dirigía en Leningrado la imprenta del Gosizdat: había conseguido imprimir en las imprentas del Estado doce mil ejemplares. Le envían a las islas Solovki. Su camarada Zorin escribirá sobre este asunto una bella carta a Bujarin. Revestidos por la cubierta de un libro de Furmanov, *El camino de la lucha*, varios millares de ejemplares de la Plataforma empiezan su andadura.

No obstante, un asunto de este tipo deja huella; no es que amplias masas de soviéticos creyeran en la tesis de la GPU, pero ensucia a todos los protagonistas, arroja la sombra de la duda o de la sospecha. Es un veneno lento que alimenta la desesperación...

El ambiente se hace insoportable. Por ejemplo, citemos el percance del joven y brillante intelectual Ter-Vaganian que toma la palabra en el mitin por el aniversario de la fundación de la Liga de las Juventudes Comunistas, el Komsomol, y se permite decir amistosamente que el periódico *Komsomolskaya Pravda* no dedica suficiente espacio al resto del mundo y a las cuestiones internacionales: inmediatamente es reprendido públicamente por el burócrata presidente, Alexander Kosarev, que le replica que ¡habría hecho mejor acudiendo a «una reunión de conspiradores de la Oposición» para proferir tales palabras!

3. VICTORIA PARCIAL EN LOS URALES

Durante este tiempo, la situación en los Urales, centro industrial y bastión tradicional del movimiento obrero, está cambiando. La fracción de los *oposizioneri* gana puestos y un organismo dirigente detrás de otro. Es Mrachkovsky, hijo del país, el que la ha constituido y la dirige bajo mano.

El animador de la fracción es el metalúrgico Giorgi Deriabin, un dirigente muy popular, rodeado de gente de su entorno, como su hermano Egor, Alexei Sevsky (alumno de Mrachekovsky), Naum Dontsov, Iván Visotsky y Giorgi Cherepanov que, a sus veinticuatro años, es secretario regional. Con ellos se encuentra un estudiante superdotado, organizador sin igual: Sergei Kuzovnikov.

Los resultados obtenidos por la fracción de los Urales aliada a los zinovievistas (Seredojin) podrían servir de modelo para la reconquista del partido, objetivo que la Oposición se ha fijado, al menos hasta el 16 de octubre de 1926. Sin embargo, la suerte se decidirá en otro sentido.

4. FURIOSA BATALLA POR EL PARTIDO EN LA CALLE

Después del descubrimiento de la «imprensa clandestina» en el XV Congreso, que marca el fin de la intervención de la Oposición en el partido, se desata una batalla descarnada en las reuniones del CC y del Ejecutivo de la Comintern, donde aflora la violencia (con insultos, amenazas, lanzamiento de libros, de tinteros o de otros objetos a los oradores de la Oposición). En las reuniones ilegalmente organizadas, grandes o pequeñas y, por primera vez, en la calle, los *oposizioneri* son violenta y sistemáticamente golpeados, apaleados; algunos resultan seriamente heridos y, finalmente, se dispara con fuego real contra los líderes e incluso contra soldados de la Oposición.

Trotsky, a quien ya habían apuntado en muchas ocasiones –le habían disparado en Leningrado, así como a los participantes en una *smychka* en Jarkov–, dirige la batalla con una calma soberana y fórmulas terminantes:

«El carácter fundamental de nuestra actual dirección es que ella cree en la omnipotencia de los métodos violentos, incluso para el partido»... «Vuestros libros ya no pueden leerse, pero pueden servir para matar»... «La Plataforma de la Oposición hace una estimación reflexiva de vuestra política. Precisamente por eso es por lo que se la ha declarado documento ilegal»... «El proletariado piensa lentamente, pero lo hace. Nuestra plataforma va a acelerar el proceso. En último análisis, es la línea política la que decide, no la mano de hierro burocrática. La Oposición es invencible».

Con los suyos, sin embargo, deja a veces percibir su sufrimiento. Natalia Sedova lo muestra consultando la prensa por la mañana:

«No eran más que mentiras estúpidas, distorsión de los hechos más simples, amenazas odiosas, telegramas de todos los países repitiendo las mismas infamias, con un servilismo sin límites. ¿Qué se había hecho de la revolución, del partido, del marxismo, de la Internacional?»

Hablamos de Trotsky porque es el único cuyas reacciones y sufrimientos atestiguan los documentos, no conocemos las de todos los hombres y mujeres que en esas jornadas de otoño llevaron a cabo un combate sin esperanza de éxito –algo que, sin duda, no sabían los que participaron en él–.

Desde el día siguiente del asunto de la pretendida imprenta clandestina, los *oposicioneri* entablaron la batalla de la Plataforma, del congreso y de su propia existencia en tanto que grupo. Esta vez no hubo intervenciones en las células como durante la «salida» de 1926, sino pequeñas reuniones privadas (*smychky*) en casa de los militantes, en los alojamientos obreros, en las habitaciones de estudiantes, en una sala, ocupada por sorpresa, de un edificio universitario. Todos los días, al menos en Moscú, en Leningrado o en Jarkov había decenas de reuniones, con decenas de participantes –o a veces más, ya que Pierre Pascal

habla de una reunión donde cien personas se amontonaban en dos habitaciones...

A veces el éxito es sorprendente: en Moscú, el 4 de noviembre, los *oposicioneri* consiguen apoderarse de un anfiteatro en una escuela superior técnica del barrio de Bauman. Logran entrar dos mil personas y otras tantas se apiñan en las puertas. Hablan Trotsky y Kamenev. Votan una resolución y, como el voto es unánime, todo el mundo se ríe.

Días después, la operación se repite con dos verdaderos mítines en el barrio de Krasnaya Presnia. En Osoaviajim, Rakovsky habla ante más de quinientas personas, junto al contable Lesin. Frente a ellos tienen a Bujarin y a Riutin, el jefe de los matones del año anterior. Aviopribor reúne a más gente todavía: centenares con Trotsky, Zinoviev, Smilga, Vrachev y los obreros F. F. Petujov, Kosenko, la vieja guardia siempre sólida.

Hubo muchos *smychky* con Trotsky, Rakovsky (a su vuelta de Francia, a petición del gobierno francés, por haber firmado a finales de octubre una declaración de la Oposición contra la guerra), Smilga, Piatakov, así como con los hombres de este barrio obrero, I. S. Kozlov, Petujov. Iván Nikitich habla en Trampark, Maliuta en Krasnaya Zaria, Kamenev en Vladimir Ilich, Krol en Stesl, Sapronov en Krasni Mayak e Ichtschenko y Chuvikov en Serp y Molot.

En Moscú tiene lugar una asamblea general de balance del pleno, donde Rakovsky no consigue tomar la palabra, aunque Iván Nikitich Smirnov fue finalmente escuchado, incluso por los esbirros a sueldo. En Ucrania, Rakovsky, que toma la palabra en el soviet de Jarkov, es expulsado de la tribuna por un comando de Postychev, el hombre de Stalin, el cual aseguró —a éste último— no conocer a los hombres que lo componían. Pero hay cuatro mil personas con «Rako» en GEZ, complejo eléctrico de Jarkov, y en Dniepopetrovsk y Zaporoje interviene en las conferencias del partido.

5. EL ESTADO DE ÁNIMO DE LOS TRABAJADORES

Los informes de Postychev a Stalin sobre el estado de ánimo en las fábricas demuestran que los trabajadores protestan y, sobre todo, que no pueden admitir las injurias contra los *opositsioneri*, para ellos «viejos revolucionarios» con derecho a la palabra. Postychev cita algunas de las cuestiones planteadas:

«¿Qué quiere la Oposición? ¿Por qué viejos bolcheviques están en ella? Si la línea del partido es justa, ¿por qué impedirles hablar? ¿Por qué se niega la palabra a Rakovsky? Los castigados son héroes de la revolución y de la guerra civil, ¿Por qué? ¿Por qué no discutir libremente?»

O también:

«Ya que el partido afirma que tiene razón y que su línea es completamente justa, ¿por qué cerrar la boca a la Oposición? ¿Por qué no se ha dado la palabra a Rakovsky y por qué nos piden ahora que firmemos las actas? ¿Por qué apartar a Rakovsky del presidium? Si se le retira la palabra en la discusión sobre los centros de producción, al menos habría que haber explicado a los obreros las causas de este... décimo aniversario. Se ha dado la palabra a la fuerza, no a la Oposición».

Y, más aún, sobre el fondo de la cuestión:

«Las detenciones de miembros del partido atestiguan la arbitrariedad de los *aparachiks*. Por supuesto, el ponente no quiere admitirlo. ¿Puede llegar a construirse el socialismo en un solo país? ¿Por qué el ponente afirma que ésta es una posición menchevique?»

Resulta difícil creer que la opinión de los obreros de Jarkov, descrita por el hombre de Stalin, no fuera asimismo la de los obreros de Leningrado y de otras partes, o que todas estas cuestiones sean planteadas por *opositsioneri* infiltrados. En cualquier caso, ¡la dirección las oculta!

La operación montada, sobre el modelo moscovita de mitin, en el Palacio del Trabajo de Leningrado se suspende en el último momento, ya que Zinoviev no quiere dar el paso que le conduci-

ría, según él, fuera del partido. Por su parte, Radek se niega a tomar él solo la iniciativa de la ocupación y lleva a algunos cientos de los presentes a manifestarse... a un congreso de metalúrgicos. Víctor Serge se abstiene de comentar esta retirada, pero en sus *Memorias* apoya la iniciativa de Radek.

6. LOS JÓVENES Y LA OPOSICIÓN

Los jóvenes citan una frase de una carta que Trotsky les ha dirigido: «La dictadura de la burocracia del partido ha acabado con la democracia interna». Y esta democracia, ellos la practican en su propia organización.

Algunas reuniones de los Komsomol hacen mucho ruido. Estos jóvenes tienen las ideas muy claras, y son las más radicales expresadas por la Oposición. Los informadores de la GPU lo ilustran con un ejemplo contundente: el de la asamblea de militantes de la sección Jamovnichesky en Moscú, abierta a los dirigentes de la mayoría, que escucha un informe de Kosenko. Los textos de las principales resoluciones condenan sin ambages la política de Stalin-Bujarin. Sobre las exclusiones:

«La asamblea de militantes de la sección protesta enérgicamente contra la exclusión del CC de los camaradas Zinoviev y Trotsky. Con esta exclusión, el CC ha impuesto un carácter unilateral a la discusión que debe tener lugar antes de la realización del Congreso. Esta iniciativa no plasma en absoluto los preparativos leninistas de cara al XV Congreso si los más próximos herederos de Lenin son excluidos del CC un mes antes del mismo».

Esta asamblea manifiesta su hostilidad a la línea del CC por echar marcha atrás ante la derecha y acusar sistemáticamente a la izquierda del partido:

«La asamblea constata que la línea política del CC —consistente en dirigir “fuego a la izquierda” contra la oposición leninista, en vez de escupir “fuego a la derecha” contra el kulak, el *nepman*, el burócrata y sus ideólogos— ha dado lugar a numerosos errores tanto en el plano internacional como en el nacional».

En el terreno internacional, se producen un rosario de fracasos, y por las mismas causas:

«La dirección oportunista de la revolución china, la conclusión del bloque político con los predadores que asfixian a los obreros ingleses –los supuestos “consejeros”– y toda la política vacilante, sin principios, de las negociaciones con Francia, el hecho de que la cuestión de las deudas del Estado no se haya resuelto de forma leninista, han conducido a un profundo enfriamiento de las relaciones entre la URSS y el mundo capitalista».

La línea asumida por la asamblea de la sección, de composición eminentemente obrera, en presencia de los bujarinistas Slepkov y Maretsky, así como de Ter-Vaganian, sigue las orientaciones de la Oposición:

«Con el fin de llegar a una verdadera unidad leninista en las filas del PCUS, la sección considera necesario tomar las medidas siguientes:

1. Publicación de la Plataforma de los bolcheviques-leninistas (Oposición);
2. Publicación de todos los documentos relativos a la cuestión china y al Comité [sindical] anglo-ruso;
3. Finalización de la represión, de las expulsiones del partido y del Komsomol por delito de opinión *opositioner* y por críticas a la posición errónea del CC;
4. Instar al regreso al partido de todos los excluidos acusados de opinión “oportunista” y de los viejos-bolcheviques».

La conclusión manifiesta el deseo de cambiar radicalmente los métodos de trabajo:

«Queda fuera de duda que, independientemente de los graves errores cometidos por la mayoría de los miembros del CC, nuestra política general está sobre la buena vía y puede ser mejorada. En nombre de esta posibilidad, hay que clasificar inteligentemente las divergencias de opinión. Hay que reunir un congreso del partido a la manera leninista. Hay que cambiar la política general de la dirección del partido, orientándola con espíritu leninista».

Pero los burócratas en el poder no conocen ni la democracia ni la libertad de expresión más elemental. Mientras que los comités de partido y la prensa claman en todas sus columnas contra los obreros *opositioneri*, ningún periódico se hace eco de lo dicho o votado en la asamblea de la sección en cuestión. El obrero Tarjov, secretario de la célula del partido de Proletary Trud, dirigente de la Oposición en Krasnaya Presnia, redacta, en nombre de los komsomoles miembros del partido, una declaración en la que se denuncia el sabotaje de la discusión en Krasnaya Presnia (donde habló Ter-Vaganian) y en la Sala de Columnas (donde hablaron Kamenev y Rakovsky):

«Los artículos escritos por Bujarin, Slepkov, Maretsky, desnaturalizan sistemáticamente las opiniones de la Oposición tornándolas irreconocibles. [...] El camarada Ter-Vaganian, en su discurso, se ha esforzado en hacer prudentes advertencias y, como ya se ha recordado, su discurso ha sido pacífico, un discurso tranquilo de camarada. Sin embargo, mientras que los camaradas Kamenev y Rakovsky intervenían, los saboteadores de la sala montaban un increíble alboroto. Aquellos que prohíben la Plataforma de la Oposición y arman jaleo durante los discursos de Kamenev y de Rakovsky, son los que tienen miedo del partido, los que tienen miedo de que el partido escuche y comprenda».

7. EL DESASTRE DE LOS URALES

Pero la discusión que recorre a la Oposición después de la derrota de las «salidas» continúa en las condiciones dadas, para asumir rápidamente las dimensiones y la gravedad de una verdadera crisis.

La división tiene una base objetiva. La antigua línea era la de la reconquista, la nueva es la del compromiso, la de la paz. Los militantes de los Urales tienen todas las de perder con un compromiso, los otros con la vuelta al combate.

La divergencia está orquestada, sobre todo, por Kuzovnikov con argumentos izquierdistas. Debate caricaturesco, donde se

enfrentan izquierdistas sumarios y verdaderos cobardes... Unos creen poder alcanzar la victoria, los otros en Papá Noel. Kuzovnikov está en Moscú; es el encargado de coordinar el trabajo en las universidades; él descubre la verdadera correlación de fuerzas, y que debe pagar caro el derecho de entrada. Traiciona con bajeza, publicando un texto donde denuncia a la «fracción», sus objetivos, sus métodos y sus dirigentes. Permite centenares de detenciones. Los responsables, de Deriabin a Cherepanov, son condenados a duras penas.

La joven generación obrera se encuentra en Asia central o, como Iván Vyssotsky, con los kirguizos.

8. AMENAZAS E INTIMIDACIONES CONTRA LOS OBREROS

Hermoso texto, de la mejor tradición bolchevique, que no emociona en absoluto a aquellos contra los que va dirigido. En otras partes, en los locales de la GPU o del partido, en los archivos que hoy podemos consultar, sólo se piensa en represión y en mordazas. Es una lluvia de denuncias muy reveladoras, pero amputadas de lo más interesante. Por ejemplo, sabemos poco sobre el autor de un documento político que ignoramos y que parece importante: el obrero I. S. Kostritsky, de los Ochenta y tres y de los Ciento veintiuno; por lo tanto, del núcleo de los *opositsioner*, miembro del partido desde 1917.

Incluso los reflejos del aparato son verdaderas confesiones. Un joven de las JC, D. B. Demidov, obrero de veintitrés años, miembro desde 1918 de la célula del partido de la panadería n° 38, reconoce que ha distribuido material de la Oposición y que busca provocar... discusiones, pero rechaza dar nombres y es condenado.

S. N. Novikov, obrero de la fábrica Makaranaya, sección Zamoskrovetsky (atención: sólo en Moscú hay doce obreros apellidados Novikov que fueron denunciados), ha difundido materiales de los *opositsioneri* y organizado en su casa una reunión en la que participaron quince komsomol y tres sin partido... Se lanza-

ron violentos ataques contra él y contra el obrero metalúrgico N. N. Kotukov, de los que sólo sabemos que son peligrosos y que son «blancos».

Según un informe de un confidente, en esa sección hay más de cuarenta *opositioneri*, como Ita Chumskaya, profesora, Boris Vladimirovich Anenkov e I. K. Grigorenko, que trabajan en Karandash en Krasnaya Presnia, Mijaíl Alexandrovich Smirnov y el miembro de las JC Dogadov, aunque su amigo Gindelman haya sido expulsado en febrero... Aquí, el estado de ánimo queda bien expresado por una proclama de los komsomol: «¡Abajo, fuera los antiguos mencheviques y los antiguos cadetes, los martynovistas, los rafesistas y demás! ¡Viva la juventud internacional y viva la revolución mundial!».

La prensa y los delatores (en los papeles marcados *sekretno*) no tienen otro objetivo que denunciar, castigar, excluir, alejar a los *opositioneri*. Son intensos los ataques contra los obreros conocidos por los trabajadores de Moscú, por las ideas que expresan y por su militancia pasada y presente.

Entre los objetivos de los ataques figuran Matvei Antonovich Kopytov, de Sovkino; Mironichtchenko; F. T. Tsvetokov, de Volokanal; Tijon Kravtsev, del GOUM; Mirochnikov, de Molodia Gvardia; Lazar Yakovlevich Sadovsky, de Krasny Proletari; Sergei Straj, de la imprenta central; Stukolkin, de Glujov; Mijaíl E. Baranov; Kiselenko, y, sobre todo, Boris Abramovich Breslav, cuarenta y cinco años, veterano de Cronstadt en febrero de 1917 y líder de los soviets del Norte, miembro del ejecutivo de los soviets en 1917, uno de los tres primeros firmantes, con Préobrajensky y Serebriakov, de la «carta de los Cuarenta y seis» en 1923, de Comuna de París.

Citemos además, entre los militantes apreciados, a Vasili Vasilievich Ivachkin y Piotr Ivanovich Lelosol, de Kauchuk; L. L. Tamarkin, de Serpujov; Alexander Viktorovich Kasputin e Yossif Alexandrovich Lokchin, veintidós años, de Svoboda, próximo de Sosnovsky; L. Bodintsky, de Kazanskaya; M. I. Galkin y M. Filipov, de Machinostroitel; Piotr Yakovlevich Abol, de Metronom; Eleonora Liudgarovna Serbiatovskaya, de Iskra; I. I.

Nevel, de Krasnaya Oborina, muy influyente; A. E. Golovkin, del Krasny metalist.

También son influyentes E. P. Vodritskaya, treinta y cuatro años; B. M. Lozovsky y Lychkov, en Krasnaya Presnia, como S. I. Zakonov, L. P. Dolbechkin (cuarenta y un años), Konstantin Chor y T. L. Dunsky, de Serp i molot, donde también militan Iván Pavlovich Chugayev (cuarenta y un años), Mijailova y Vartazanovna en fracción. Veniamin Borisovich Glan-Globus, veintinueve años, es pintor en la fábrica de Metallostoiprojet; Luka Afanasievich Káchalin, de ElektromekaniK en Krasnaya Presnia, entró en el partido en 1917, y Mijail Gavrilevich Ivanov, viejo obrero, amenazado de expulsión y miembro del partido desde 1906...

De la fábrica Vladimir Ilich tenemos una lista de doce *oposicioneri*. Uno de ellos, Semen Pavlovich Galkin, entra al GPU. Los otros diez no son más que nombres. Andrei Andreyevich Gortsev, treinta y nueve años, es un veterano del partido y de la Oposición.

En Siste-Novivnaya, Vasili Petrovich Ermakov entró en el partido en 1923, y Z. B. Lerman en 1926; los otros ocho son sólo nombres. Lo mismo en Morse, donde se conocen las fechas de entrada de los *opositsioneri*. Y además el periodista Iván Ivanovich Timofeyev, favorable a los «trotskistas»; el tipógrafo de Gosznak, Nikolai Georgievich Mitin, treinta y un años; el estudiante de *rab-fak* Kostromina, expulsado de la escuela por su actividad; un metalúrgico, Grigori Ivakievich Osipov, cuarenta y un años, porque tiene relaciones personales con E. A. Préobrajensky; el viejo miembro del partido Vasili Mijailovich Volkov, expulsado de Manometr por haber formado allí un «grupo trotskista».

Lesin dirige a los opositores del muy sólido grupo de Osoaviachim, cuyo responsable *opositsioner* es Nikita L. Feldman. Projov Felipovich Seliverstov, cerrajero en la fábrica nº 25, la de Moschovsei nº 1, dirige un grupo de elegidos al comité de fábrica que gira en torno al obrero del cartón Boris Abramovich Futlik.

Señalemos los ataques contra los trabajadores que se desplazan de unas fábricas a otras. Así Vsevolod Patriarka, de Krasnyi

Textil'chtchik, que instala máquinas textiles y mantiene muchas discusiones sobre denuncias; se registra su domicilio, donde se encuentran textos «muy violentos» y es arrestado. Lo mismo le ocurre a un estudiante-obrero del *Rabfak*, F. S. Rodzevich, que también se movía mucho. Los dos centralizaban las informaciones sobre las fábricas para Moscú.

Pero sobre todo, se multiplican los ataques contra los bastiones de la Oposición: Riazan-Ural, con su secretario Anatoli Ivanovich Tkachev, mecánico de locomotoras; F. A. Nosov, de la cochera ferroviaria de la estación de Riazan; P. G. Balachev, agente técnico y miembro de la fracción; S. L. Bruk, del vagón-restaurante; la compañera de Balachev, Marfa Filemonovna Balacheva, nacida en Ajapkina, cuarenta y dos años, estudiante en la Universidad; el joven mecánico de locomotoras de la estación de Kazan, Vasili Vasiliévich Kozlov, veintidós años; y el hombre del teléfono en las estaciones, Nikolai Ivanovich Rudnev, veinticuatro años. El ferroviario Pavel Finachin, de la estación Kursk-Moscú, que ha tomado contacto con las gentes de Riazan-Uralsk, es denunciado como uno de los suyos, junto al agente de la estación de Kazan, Stepan Kuzminovich Rubchenkov. Los soplones denuncian también a Leonid Tijonovich Sviridov, que arregla las locomotoras en las cocheras de la estación de Kazan en Moscú.

Sobre Aviopribor se podrían llenar varias páginas. Sus agitadores son conocidos en todos los barrios obreros y los propagandistas oficiales los temen, pues libran una verdadera y contundente labor de agitación y propaganda. El secretario de la célula es Fedor Fedorovich Petujov, y a su lado figuran camaradas de similar valor: Sergei Alexeievich Rubtsov, el joven Kosenko, Piotr Alexeyev (uno de los más importantes), Yuchkin, Nevedovsky, Charasov, Chudin, Volodin, Chedomentsev, Yakov M. Kozlovsky.

Se observa también la presencia de militantes extranjeros, sobre todo de refugiados italianos. El más conocido es el héroe de la lucha contra los fascistas en Bolonia, Pio Pizzianri, jefe de taller en Aviopribor y más tarde ingeniero, arrestado y muerto de

tifus —lo que evita que le fusilen como a sus camaradas, que lo serán por pedir en 1936 ir a combatir a España—.

Todos tienen la mirada vuelta hacia Krasnaya Presnia, centro neurálgico del combate, donde todavía se encuentra el terrible Gricha Belenky, pero donde también está la troika de los komsomol, con Andrei Petrovich Alexeenko y el estudiante-obrero I. S. Kozlov; los aliados de Proletarsky Trud cuyo secretario general es —lo hemos visto por su carta sobre la información— el destacado Tarjov, a quien secunda un electromontador de veintinueve años, Samuil Davidovich Blinkov; y, como señala Isabelle Longuet, los «simpatizantes», el decista A. Boichakov y Semachkin. Y no olvidemos a los hombres de Duks, el mecánico Yakov Pavlovich Novikov (treinta y ocho años), Elbing y Lychkov.

Aparecen nuevos objetivos: el Trampark donde, junto a Agaltsev, llamado Antón, encontramos a S. S. Stobnikov, K. M. Alexandrov, S. I. Rykova, Iván Semionovich Kachkayev (veinticuatro años) y Piotr Kirilovich Koganovich, así como el montador electricista Nikolai Vasilievich Kozlov, llamado Pass-Kozlov (veinticinco años) y Nikolai Martynovich Vlasov; también Krasnaya Tregudnik, con D. L. Kozlova y Jotkevich.

Y está también Krasnyi Oktiaber, el bastión donde, según los soplones, Trotsky es la gran autoridad, y donde en el propio recinto de la imprenta de la empresa, se han tirado panfletos y periódicos clandestinos de la Oposición hasta ese momento, ya que consideran que no hay riesgo. Su líder es el muy popular Abraham Davidovich Belotserkovsky (veintiocho años), inscrito en el partido en 1912, obrero convertido en profesor rojo pero que vuelve a la fábrica, dos veces excluido y reintegrado, a quien a menudo se le asocia con Vasili Mijailovich Melnikov, un *sapronovets* (decista), con Iván Kuzminovich Cherkasov y con I. N. Nazarov.

Un delator insiste mucho en el papel de los komsomol en la fábrica Amo, donde conocemos sobre todo a Ilianov y Reznik. Citemos a Axionov, que fue secretario de los komsomol; al panadero Anufriev, veinte años, secretario de célula de los komsomol; Kortnev, veinticuatro años, que aseguraba los contactos que el

delator considera importantes, pero que no especifica. Es verdad que este delator menciona a un «Kovner» que reunía a quince komsomol y tres sin partido por semana, de la escuela Borchtchevsky, que debe ser el mismo pero mal transcrito.

Uno de los komsomol, Stepanov, alumno de la escuela Borchtchevsky, difunde también los documentos de los *opositsioneri*, pero es descubierto y expulsado. No se sabe nada de la suerte de sus dos camaradas, Levov y Petrov.

En este marco, resulta muy interesante la «fracción». Georgi Yakovlevich Ter-Oganesov, de veintiún años, está en la fracción de los estudiantes. A Sarra Anatolievna Koretskaya, obrera de fábrica, la denuncian como miembro de la «fracción» (¿pero dónde?), así como a una secretaria de sección, Serafina Markovna Zavadovskaya (treinta y cinco años), lo que supondría un éxito notable. Konstantin Rojdenovich Djavajov, cerrajero, miembro del partido desde 1917, entra en la fracción en 1926. Vasili Nikiforov y Nikita Alexeyevich Karpov, después de años en el Ejército Rojo, pasan a ser secretarios de *otdel*, como Iván Ivanovich Kulakov, cerrajero, miembro del partido desde 1924; Stepan Alexeivich Yakovlev ha seguido el mismo itinerario.

Lugar aparte merecen dos hombres cuyo papel, en este periodo, fue capital: dos militantes del partido, *opositsioneri*. Uno de ellos es el ingeniero químico K. O. Svetliakov, que lideró las huelgas de Ivanovo-Voznesensk, donde dirigía el Partido Comunista, y donde después construyó la Oposición. Es uno de los primeros exiliados, después de los jefes. Le aguardaba la prisión, como también a Sergei Semionovich Zorin, secretario del partido en Ivanovo-Voznesensk, firmante asimismo de los textos de la Oposición llamados de los Ochenta y tres y de los Ciento veintiuno.

En otro orden de ideas, se expulsa y se arresta a German Konstantinovich Kvachadze, veintisiete años, que aseguraba el contacto entre los *opositsioneri* de Georgia y los de Rusia desde el XIV congreso.

En un año, todos serán expulsados y se encontrarán en el exilio o en prisión. Es así como Stalin concibe y gana una batalla de ideas. (Pero esto no impide a un comentarista amateur, agregado

de historia, asegurar perentoriamente en una revista socialista de enero de 2002, a propósito del excelente *Staline* de Jean-Jaques Marie, que ¡la victoria de Stalin era ineludible! ¿Y por qué no «inscrita en los astros»?)

Se inician los procesos ante la comisión de control. Los primeros en comparecer fueron los tipógrafos que, con el permiso de Fichelev, imprimieron la Plataforma en Gosizdat; después serán los obreros de Riazan-Uralsk y de Aviopribor, los que están bajo las candilejas (como Petujov y Tkachev) o entre bastidores (como Balachev); por último, los huelguistas de Ivanovo-Voznesensk y Svetliakov, y cuatro de sus «estudiantes fraccionales» de Moscú, como lo escribió *Pravda*.

Ekaterina Fedorovna, que entró en el partido en 1916, es expulsada por haber organizado una imprenta clandestina cerca de Moscú, junto a K. I. Grunstein, ya expulsado por la imprenta precedente. Es un desfile de personajes que ya conocemos o deberíamos conocer: I. A. Fortychev, A. D. Pergament, que trabajaba con Trotsky en las concesiones, N. B. Juravlev, Stepan Rubchenkov y, sobre todo, el hombre imposible de encontrar hasta ese momento, el metalúrgico ex partisano Grigori Dmitrievich Novikov; el ingeniero D. I. Martynov, los obreros N. N. Kotujov, F. S. Rodzevich, N. N. Kotujin, Y. M. Aledsandrov, P. K. Koganovich, S. M. Stychtchenko, la obrera S. A. Rykova, los técnicos de economía Drybina, V. I. Kanevsky, Gruchevsky, el «profesor rojo» en formación P. P. Soloviev, los estudiantes K. S. Stolovsky y M. G. Ditchenko. Después de ellos, centenares y centenares esperan su turno.

La consigna favorita de los depuradores, a la que se suman los arribistas y los imbéciles y que se despliega en grandes caracteres en los periódicos, es: «¡Por la unidad! ¡Abajo la discusión!».

9. LA OPOSICIÓN EN LA CALLE

No obstante, cuando Zinoviev y Trotsky llegan a Leningrado para una sesión formal del ejecutivo central, –y deciden alojarse

en casa de un viejo militante—, son objeto de manifestaciones de simpatía que les conmueven. Reconfortado, Zinoviev cree que las masas vuelven hacia ellos. Trotsky admite la «simpatía platónica» de las masas descontentas, pero no en la medida de impedir que el aparato arregle sus cuentas con los *opositioneri*.

Los responsables se encuentran el 4 de noviembre en el apartamento de Smilga del hotel de París para celebrar una reunión del Centro, ampliada a militantes de Moscú, como Mussia Magid, bajo la presidencia de Iván Nikitich Smirnov. Se tirará del hilo que ha puesto de manifiesto la acogida en Leningrado de los dos dirigentes de la Oposición y se decidirá la participación en la manifestación tradicional del 7 de noviembre. Las consignas serán: «Abajo el oportunismo», «Aplicad el testamento de Lenin», «Contra la escisión», «Por la unidad bolchevique», «Abajo el kulak, el *nepman* y el burócrata». La intervención se prepara cuidadosamente, con lugares de concentración, pancartas, banderas.

Pero la represión está preparada, con instrucciones de severidad que se traducen en brutalidad. Se impide que los grupos se unan al cortejo, se les cerca, se destruye su material de propaganda, se les golpea o se los dispersa, según su número.

En Moscú, sólo consiguen unirse al cortejo tres grupos: los ciento cuarenta estudiantes venidos desde la Universidad, que serán separados de los otros por sorpresa y retenidos durante cuatro horas, hasta el final del desfile; el club alemán; y los chinos, que provocarán el desconcierto al llegar ante las tribunas con pancartas contra Stalin. En Leningrado, donde, por el contrario, toda la gente de la Oposición se ha concentrado en el mismo lugar, la policía les impide sumarse al cortejo, los acorralan y cargan a caballo cuando intentan una salida.

Desde la mañana, Trotsky estaba bajo vigilancia en su domicilio, pero consigue escapar de sus guardias y recorrer Moscú en coche con Muralov y Kamenev, cuando les disparan cuatro veces. Grupos de choque —dirigidos uno por un oficial que comandaba los guardias del ejecutivo central, V. I. Lachchuk, y otro por el miembro de la GPU Fradkin, llamado Boris Volin— atacaron y

destrozaron los apartamentos de Smilga y de Préobrajensky y golpearon a sus ocupantes, Natalia Sedova (gravemente), Préobrajensky y Smilga. El primer grupo se enfrentó a la resistencia encarnizada de la antigua formadora de comisarios políticos del Ejército Rojo, Varsenika Kasparova, armada de una escoba y con inmenso coraje.

Los autores rusos Yuri Alexeev y Vitaly Rapoport, publicados en Estados Unidos en 1985, recuerdan también un incidente entre Stalin y su guardaespaldas y Ojotnikov, Petenko y Arkadi Séller, tres *opositioneri* de la Academia militar Frunze enviados por su jefe para velar por la seguridad de la tribuna en refuerzo de los chequistas. La historia no está muy clara y parece estar basada más en rumores que en informes, pues todo tiene un aire a lo GPU.

10. COMIENZA EL LARGO INVIERNO

La noche del 7 de noviembre cincuenta *opositioneri* se reúnen en medio de los restos del apartamento de Smilga. Zinoviev no está entre ellos. El mensaje que ha enviado a Leningrado está lleno de optimismo y habla de un «giro importante». Kamenev es quien preside. Trotsky presenta el informe. Para él está totalmente claro que las masas no han reaccionado y que los *opositioneri* están completamente solos. Pero hay que continuar el combate y mantenerse firmes. Iván Nikitich somete a votación una resolución en ese sentido y los zinovievistas la votan.

Pero la llegada de Zinoviev al día siguiente da un nuevo giro —el suyo—. Él no quiere ser excluido, pues sería su muerte política. Los otros zinovievistas le siguen: un verdadero «sálvese quien pueda»... Zinoviev ha resumido su posición en una pequeña nota enviada a Trotsky durante la primera reunión: «Lev Davidovich, ha llegado la hora de tener el coraje de capitular», provocando la famosa y feroz respuesta: «Si ese coraje hubiera sido suficiente, hace mucho tiempo que la revolución ya estaría hecha, en el mundo entero». Probablemente ese será su último intercambio. Volverán a codearse —sin ellos buscarlo—, pero sólo tendrán en

común haber sido expulsados del partido el 14 de noviembre por haber «organizado manifestaciones contrarrevolucionarias».

Stalin estaba completamente decidido a destruir al adversario. Todas las evidencias indican que fue él personalmente quien alentó la escalada de violencia que se tradujo, sobre todo en Jarkov, en disparos contra los participantes en una *smychka*. Mediante una declaración, fechada el 14 de noviembre, la Oposición anuncia que no queriendo ayudar a Stalin a organizar enfrentamientos sangrientos, decide interrumpir los *smychky*.

El 18 de noviembre, Zinoviev y Muralov son cesados de sus funciones en el Gosplan, el 19, Beloborodov es relevado de las suyas como comisario del pueblo de Interior de la RSFSR; el 20, Trotsky, es cesado de sus funciones en la dirección del Comité de concesiones. El 17, la Sociedad de los viejos-bolcheviques recibe la orden de excluir a un buen racimo de *opositsioneri*: a los jefes, además de a Kasparova, Chklovsky, Voronsky, Olga Ravich, Kanachikov y Alexander Chliapnikov.

El 20 de noviembre, en otra declaración de los dirigentes *opositsioneri* se dice: «¿Es justo decir que la Oposición ha capitulado? [...] Tiene que decirse que la Oposición ha retrocedido ante la amenaza de la violencia [...], de represalias físicas contra comunistas que se reúnen en los apartamentos privados para discutir».

Por si acaso, Stalin tiene preparados dos informes del jefe de la GPU, Menjinsky, según los cuales las manifestaciones del 7 de noviembre eran el prelude de un golpe de Estado de los «grupos de combate» de la Oposición, aplazado finalmente por orden de Trotsky. El esbirro acusa al ex ministro del Interior de la RSFSR, A. G. Beloborodov, de haber participado en este complot y con este fin haber llevado a cabo una misión en los Urales. La historia fracasará. Recientemente, el historiador checo Michal Reimann ha puesto al día estos documentos.

El 16 de noviembre, A. A. Joffe, amigo de Trotsky y viejo revolucionario, se dispara una bala en la cabeza al serle negada la autorización para ir a curarse a Occidente; el suicidio es su último gesto de protesta política. Su entierro, el 19 de noviembre, es probablemente la última manifestación pública legal donde se

encuentran, codo con codo, los *opositsioneri*, a cuya cabeza están, no solamente Trotsky, Rakovsky y Smirnov, sino también otro jefe histórico, el líder de los decistas, T. V. Sapronov.

Muy pronto, el congreso les reunirá a todos por última vez, pero sólo sobre el papel, en largas listas que castigan con la expulsión a los *opositsioneri* de toda especie, mezclando a los que quieren seguir luchando con los que ya se han rendido.

La leyenda —es decir, los autores del libro que trata del incidente entre Stalin y Ojotnikov, además de Alexandre Barmin— dice que Dmitri Schmidt, un antiguo obrero, hijo de un zapatero rural, operador de cine, comandante de una división de cosacos, teniente de Yakir y miembro de la Oposición, furioso por la exclusión de Trotsky, insultó a Stalin en la interrupción de una sesión del congreso; medio en broma le habría dicho: «Ten cuidado, Koba, uno de estos días voy a cortarte las orejas» (algunos insinúan que no hablaba de orejas).

Un día antes del congreso, Rakovsky aún intentaba impedir que los zinovievistas dieran el paso fatal de someterse. Pero fracasó.

El impetuoso historiador ruso Boris Starkov cree haber descubierto un informe, de origen zinovievista, de la reunión del 3 de diciembre de la dirección de la Oposición en el apartamento de Bakayev. En cortés polémica con Arch Getty, asegura que la Oposición unificada estalló ese día porque Trotsky propuso «un nuevo partido». Pero esto es tan serio como hablar de los «archivos secretos de Trotsky en los Estados Unidos» (¡Harvard!) o del «historiador belga Vereeken». La verdad es que Trotsky proponía organizar una fracción con un centro. Los zinovievistas clamaron que eso era «un nuevo partido», y Starkov les siguió. En realidad, se humillaron, condenaron sus propias ideas y estigmatizaron su acción. Sosnovsky, que siempre da en el blanco, escribe a uno de ellos, Ilya Vardin (que fue su amigo), para recordarle esta frase del ritual funerario judío: «¡Y no olvides que estás muerto!».

En el XV congreso, donde ningún delegado formaba parte de la Oposición —el aparato ya era experto en esa materia—, responderá a cuatro indiscutibles e incontestables *opositsioneri*, Smilga, Rakovsky, Muralov y Radek saludar mediante una última

declaración a este congreso que los expulsa. Su sustancia es simple y no tiene nada de sorprendente:

«Excluidos del partido, haremos todo por volver. Se nos expulsa por nuestras ideas. Nosotros las consideramos bolcheviques y leninistas. No podemos renunciar a ellas».

El texto repite su adhesión al partido y su negativa de crear un segundo partido, protesta contra el hecho de que se les haya tratado como antisoviéticos y mencheviques, confirma su rechazo (como Trotsky) a ser llamados «trotskistas» y reafirma que se inscriben dentro de la tradición del bolchevismo. Denuncia las miles de expulsiones que ya se han producido y anuncia las otras, que debilitarán más al partido frente al imperialismo, pero que no pueden extirpar las ideas de la Oposición ni la adhesión de ésta última a su partido y a la Internacional Comunista.

La firmeza de este texto, al gusto de Trotsky, era muy necesaria al inicio de lo que iba a ser, tanto para los *oposizioneri* como para los trabajadores soviéticos, un muy largo y rudo invierno.

CAPÍTULO VII

LOS NUEVOS COLONOS

La precaución dicta la política de alejamiento forzado de los *opositioneri* que la dirección está llevando a cabo. Mientras que éstos continúan declarándose disciplinados militantes del partido, continuará con lo que había hecho con Rakovsky, Smilga y tantos otros, realizando propuestas de marcha voluntaria, es decir, de alejamientos.

Trotsky rechaza cualquier regateo. Para ganar libertad de movimientos deja el Kremlin, y su propio apartamento en las barbas de la GPU, y se instala en el cercano apartamento de una pareja de amigos, A.G. Beloborodov, todavía ministro del Interior de la RSFSR, y F. V. Jablonskaya, profesora de historia y gran amiga de Natalia Sedova.

Sobre esto, Trotsky se muestra irreductible: hay que acabar con la hipocresía, la Oposición tiene que dejar de prestarse a ello; el aparato debe mostrar su verdadero rostro y los *opositioneri* no aceptarán nuevos destinos a no ser que la dirección aporte la prueba de que no se trata de un alejamiento forzoso, de una «deportación».

1. EL EXILIO DE TROTSKY

Finalmente, el 12 de enero, dejando a un lado sus despreciables trucos, la GPU informa a Trotsky de que en virtud del artículo 58 del Código Penal sobre la represión de las actividades contrarrevolucionarias, va a ser deportado a Alma-Ata, hacia donde debe partir el 16 de enero.

Pero la operación no resulta fácil. Jablonskaya, buen jefe de Estado Mayor improvisado, advierte a los camaradas invitándoles a ir a la estación para despedir a Trotsky. Se congregaron diez mil de ellos en la estación de Kazan en la hora y el día fijados, aplazándose la salida durante cuarenta y ocho horas. En la tarde del 17, la GPU vuelve por sorpresa a casa de Beloborodov donde arranca literalmente por la fuerza a Trotsky. «Dispáreme, camarada Trotsky», le dice el jefe del destacamento, Kichkin, que sirvió con él. «No diga tonterías», responde Trotsky. Llegará al tren por una vía de circunvalación en un vagón con un destacamento comandado por otro de sus antiguos oficiales, Barychkin, que fue compañero de caza.

Trotsky solicitó ser acompañado por sus dos secretarios Semuks y Poznansky, lo que fue rechazado. Pero su hijo, Lev Sedov, fue autorizado a compartir su exilio. Sermuks y Poznansky consiguieron llegar hasta el final del viaje, pero fueron detenidos, el primero en Alma-Ata y el segundo en Tachkente, al igual que Giorgi Valentinovich Butov, uno de los más preciosos colaboradores de Trotsky, con el que había permanecido desde la época del tren blindado hasta el Comité de concesiones.

En la práctica, todo aquel que hubiera estado relacionado con la Oposición de izquierdas y no se hubiera desligado públicamente iba a ser deportado. La excepción fueron los que estaban en el extranjero, de servicio, que tenían que pronunciarse: Antonov-Ovseenko, Piatakov, Kretinsky y el joven Solntsev. Las cartas de los tres primeros significaron un revés para la Oposición, de la que renegaban.

Hubo excepciones a la regla del exilio: Alexandra Lvova Bronstein, Víctor Serge o Andrés Nin, por sus lazos con el extranjero o su notoriedad.

O el misterio de Boris Mijailovich Eltsin, miembro del Centro y militante activo. Algunos avanzan la hipótesis de que, sin saberlo, había en su entorno un agente provocador que permitió a la GPU vigilar durante más de un año la actividad clandestina de la Oposición: Mijaíl Tverskoy, cuyo verdadero nombre era Mijaíl Ajmatov. Probablemente sea verdad, pero Eltsin en absoluto era cómplice de este hombre.

¿Cuántos son los «deportados»? Es verosímil pensar en un millar. Los archivos de Trotsky indican que él conocía 107 lugares de deportación y 431 direcciones que recorren a grupos enteros, a veces importantes. Como con gracia escribe Faina Jablonskaya a Natalia Sedova: «En Moscú, no quedan más que las viudas».

2. UN GOTHA² DEL BOLCHEVISMO

La lista de deportados es un verdadero Gotha del bolchevismo. Debemos detenernos para ofrecer algunos elementos biográficos sobre estas mujeres y hombres.

No hablaremos de Lev Davidovich Trotsky, demasiado conocido. Recordemos simplemente que fue presidente del soviét de Petrogrado en 1905, comisario del pueblo de Asuntos Exteriores en 1917, de la Defensa en 1918, fundador y jefe del Ejército Rojo que ganó la guerra civil y dirigente incuestionable de la Oposición. Tiene cuarenta y siete años.

Christian Georgievich Rakovsky es un hombre excepcional que militó por toda Europa y que estuvo ligado a Friedrich Engels, Rosa Luxemburgo, Wilhelm y Karl Liebknecht. Apóstol de la Federación balcánica e inspirador de la alianza de los partidos socialdemócratas de los Balcanes, fue miembro del Buró

2. Almanaque de Gotha, anuario nobiliario y político publicado en Gotha (Alemania).

Socialista Internacional en la dirección de la II Internacional antes de la guerra, donde mantuvo una posición claramente internacionalista, sobre todo en el movimiento zimmerwaldiano, por lo que sufrió prisión en Rumania. Liberado por los soldados rusos en 1917, se une a los bolcheviques y rápidamente Lenin le nombra para el puesto de presidente del Consejo de comisarios del pueblo de Ucrania, por lo tanto, jefe de la guerra civil. Reconduce la situación, que parecía desesperada. Ya conocemos lo que sigue. Tiene cincuenta años.

Iván Nikitich Smirnov, obrero e hijo de campesinos pobres es, sin duda, el prototipo del proletario revolucionario. A duras penas frecuenta la escuela primaria. Es aprendiz en los ferrocarriles, donde llega a ser mecánico de precisión. Trabajando en una fábrica entra en contacto con unos estudiantes por los que se adhiere a un círculo socialista. Es condenado a dos años de prisión. Después parte al exilio donde conoce al POSDR, entra en él, se fuga y milita en Tver, donde consigue entrar en una gran fábrica: trabaja como bracero en una curtiduría. Lo consigue, pero le caen dos años de prisión. Uno en 1905; deportado, curado del tifus, vuelve a Moscú ese mismo año. En 1913 le vuelven a detener, exiliado en Narym, condenado a seis meses. En la guerra responde a la movilización y —cosa insólita— consigue crear una «unión» de soldados en Tomsk. Delegado en la conferencia de marzo de 1917 y en la de los soviets, es llamado a Moscú donde juega un papel importante en la insurrección. Experto en el departamento político del Ejército, es enviado a Sviajsk y será inmortalizado por la defensa de esta ciudad clave. Ahí comienza su leyenda y su amistad con Trotsky. Lenin le llama «la conciencia del partido». Posteriormente dirige la soviétización de Siberia y, desde 1923, será secretario de la organización clandestina de la Oposición, tras su fachada de comisario del pueblo de Correos y Telégrafos. Víctor Serge escribe: «Para la joven generación encarna, sin gestos ni frases, el idealismo del partido». Tiene cuarenta y seis años.

Evgeni Alexeyevich Préobrajensky, miembro del partido desde 1903, al principio como estudiante, después militante profesional

especialista en economía, detenido y exiliado muchas veces, militó en el los Urales, donde era responsable del partido durante la Revolución. Elegido al CC, trabaja con Smirnov en la soviétización de Siberia, como secretario del comité Sibsov. En 1920 es secretario del partido y pone en guardia contra las violaciones de la democracia. Es partidario de Trotsky en el debate sobre los sindicatos, lo que le impide ser reelegido. En 1923 aparece como el portavoz de la Oposición, a la que va a representar en la X Conferencia. En los años que siguen entablará una dura polémica con Bujarin sobre la política económica, que va a marcarle hasta en su personalidad política. Tiene cuarenta y un años.

Nikolai Ivanovich Muralov, hijo de campesinos, cursó estudios de agronomía. Entra al Partido Bolchevique en 1903 y se distingue por su coraje en la insurrección de Moscú de 1905, siendo acusado falsamente de asesinato. Milita después en Tobolsk, Moscú y Tula. Juega un papel muy destacado en la insurrección de Moscú, cuya guarnición comandará durante muchos años, y sirve en diferentes frentes. Amigo de Trotsky, le apoyó en el debate sindical de 1921, cuando era comisario del pueblo para la Agricultura. Inspector general del Ejército, es enviado después a diversas regiones del Cáucaso. Vuelve a Moscú y milita en las filas de la Oposición de 1923 y después en la Oposición unificada. Tiene cincuenta años.

Leonid Petrovich Serebriakov era metalúrgico y militó en su fábrica hasta 1910, cuando pasó a ser revolucionario profesional. Participó en la conferencia de Praga en 1912. Arrestado, exiliado, se evade en 1914. Detenido nuevamente en Moscú durante la preparación del 1º de mayo, vuelve al exilio. Animador de los soviets en 1917, enseguida pasa a ocupar funciones en Moscú. Funda un sindicato de ferroviarios pro-bolcheviques, y será después comisario político en el Ejército. Secretario del partido en 1920, viajó en una misión a los Estados Unidos. Fue uno de los dirigentes del ferrocarril del Este chino. Tiene treinta y siete años.

Ivar Tenisovich Smilga es un letón cuyo padre fue ejecutado bajo el zarismo. Miembro del partido desde 1908, milita en Letonia, en Moscú y en Petersburgo. Es detenido en numerosas

ocasiones y dos veces exiliado. En 1917 vuelve del exilio y es elegido miembro del comité central en la conferencia de abril. Llega a ser presidente de los soviets del Báltico y tiene un papel activo en el comité central, donde es el benjamín y cómplice de Lenin al combatir las reticencias de la dirección ante la insurrección de Octubre. Juega un importante papel en la revolución finlandesa. Dedicado al servicio político en el Ejército, se distingue en todos los frentes. Apoya a Trotsky en la discusión sindical, después en la Oposición de Leningrado —que abandona cuando ésta rompe con la Oposición de 1923—. Era rector del Instituto Plejanov y vicepresidente del Gosplan. Le envían al exilio a Jabarovsk, lo que provoca una manifestación en Moscú. Tiene treinta y cinco años.

Karl Bernhardovich Radek, cuyo verdadero nombre es Sobelsohn, es un galitziano que militó en Polonia con Rosa Luxemburgo, con quien se enfrentó. Durante la guerra se acerca a los bolcheviques y durante un tiempo dirige en Estocolmo una oficina de propaganda dirigida al Oeste. De vuelta a Rusia trabaja con los prisioneros de guerra alemanes; forma parte de la delegación rusa en Brest-Litovsk, es enviado a Alemania durante la revolución, donde le arrestan, y pronto se encontrará en el centro de las negociaciones ruso-alemanas sobre Versalles. Fue secretario de la Internacional y después especialista en la cuestión china, como rector de la Universidad Sun Yat Sen. Es una especie de francotirador de la Oposición de izquierda, versátil, capaz de pasar de una posición a otra, famoso por sus frases :«¿El socialismo en un solo país? Sí, ¡y en un solo retrete!» Tiene cuarenta y dos años.

Lev Semonovich Sosnovsky milita desde 1903, entra al partido en 1904, participa en la revolución de 1905. Se consagra después a un trabajo de organización de los sindicatos en Bakú, en Moscú y en Tachkent. En 1912 está en *Pravda*; en 1913, exiliado en Cheliabinsk. De 1918 a 1925 es uno de los dirigentes del partido en los Urales, y edita *Bednota*, dirigido hacia el campo. Estuvo con Trotsky en 1921; es popular por su crítica feroz y constante a los burócratas. Pertenece a la Oposición desde 1923. Tiene cuarenta y un años.

A esta lista de militantes y responsables muy conocidos, añadimos otros que en el extranjero lo son menos, pero cuyo papel no es nada desdeñable.

Karl Yanovich Grunstein, estudiante en Alemania cuando se afilia al SPD y más tarde, en Rusia, al Partido Bolchevique en 1904. Bajo el zarismo fue deportado y pasó años en prisión. Versado en el mando político del Ejército Rojo, se convierte en colaborador de Trotsky en Kazan y es comisario del V Ejército, más tarde comandante de división, director de la Escuela del Aire en los años veinte, secretario general de la Sociedad de los antiguos trabajadores forzados. Es *opositioner* desde 1923. Tiene treinta y nueve años.

Varsenika Djavadovna Kasparova, probablemente tártara, militó en el Cáucaso y se unió al Partido Bolchevique en 1904. Rápidamente ocupó importantes responsabilidades en el Ejército Rojo, llegando a ser secretaria de propaganda del Buró panruso de comisarios políticos, más tarde delegada en su comité panruso en diciembre de 1919, asociada en este trabajo a Trotsky. Posteriormente se consagró, ante todo, al problema de la liberación de la mujer en Oriente y participó en los trabajos de la Comintern. Tiene cuarenta y dos años.

Boris Mijailovich Eltsin, se unió al POSDR en 1899 y a los bolcheviques en 1904. Fue uno de los organizadores del trabajo del partido en los Urales, presidente del soviet de Ekaterinoslav en 1917 y miembro del ejecutivo de los soviets. Es el padre de Viktor Borisovich Eltsin, secretario de Trotsky. Tiene cuarenta y ocho años.

Agarchak Ariutinovich Ter-Vaganian, joven y brillante teórico marxista, muy admirado por su generación y durante mucho tiempo el pensador teórico del Komsomol, considerado por Lenin como un teórico, es miembro de la Oposición desde 1923. Tiene treinta y cuatro años.

Mijaíl Salomonovich Boguslavsky, obrero impresor, fue fusilado por los blancos durante la guerra civil, pero sobrevivió. Tiene cuarenta y un años.

Alexander Georgievich «Egorich» Beloborodov se une al partido en 1907. En 1908 le condenan a prisión. Trabajó en una fábrica hasta la revolución, después fue comisario político y jefe de un Ejército del trabajo, vicecomisario, comisario del pueblo de Interior de la RSFSR hasta 1927, cuando fue deportado. Fue quien hizo aplicar la decisión de Moscú de ejecutar al zar y a su familia cuando la ofensiva de los blancos amenazaba con liberarlos.

Sergei Vitalievich Mrachkovsky, célebre en su medio por haber nacido en prisión, de padres prisioneros políticos. Miembro del partido desde 1905, agitador eficaz y consumado conspirador, es miembro de la Oposición desde 1923. Tiene treinta y nueve años.

Fedor Niklausevich Dingelstedt, al que conocemos de Petrogrado gracias a Víctor Serge, realizó estudios superiores. En febrero de 1917 es miembro del comité del partido en Petrogrado, a continuación, del pequeño grupo de tres militantes bolcheviques que ganarán para su causa a los marinos de Cronstadt. Después de la guerra entra en el Instituto de Profesores Rojos y, excluida toda perspectiva política por su militancia *opositionner* desde 1923, pasa a ser director del Instituto de bosques de Leningrado. Un permiso por estudios le permite acabar en Londres su obra (tesis) sobre *La cuestión agraria en la India*. Tiene treinta y siete años.

Igualmente están los casos que Isabelle Longuet llama de «segundo rango», hombres y mujeres más jóvenes, que se unen a la batalla más tarde que los primeros, lo que no quiere decir que sean menos importantes. Allí se encuentran los de la generación de las vísperas de Octubre, es decir, de Octubre, de la guerra civil en cualquier caso.

Iván Yakovlévich Vrachev ingresó en el partido en 1917. Rápidamente asciende en la escala de los comisarios políticos y a finales de la guerra civil, con veintidós años, era el comisario del ejército de la tropas rojas de Crimea. Tiene veintinueve años.

Vladimir Ivanovich Maliuta entra al partido en 1916, cuando era obrero en la fábrica Krasnaya Zaria de Moscú. En la Oposición es una autoridad moral. Dirige un club comunista para adolescentes. Tiene cuarenta y dos años.

Vladimir Alexandrovich Vorobiev trabajaba en una fábrica en los Urales cuando en 1914 se incorpora al partido. En 1916 organiza el partido en Neviansk; en 1917 preside su soviét y es elegido al de los Urales. Cuando en 1918 dirige el partido en Ekaterinburgo, descubre su inclinación y su talento para el periodismo; trabaja en *Uralsky Rabotchii*, hasta 1922 y más tarde en *Pravda*. Estuvo implicado en lo de la pretendida imprenta clandestina de la Plataforma de 1927. Tiene treinta y un años.

Viktor Borisovich Eltsin, hijo de Boris, entra en el partido en 1917 en Perm, a los dieciocho años y preside el soviét de Viatsk en 1918. De 1919 a 1920 es comisario político en el frente, después entra en el Instituto de Profesores Rojos y se licencia en economía. Trabaja entonces con Trotsky en la edición de las *Obras*. Tiene veintinueve años.

Georgi Valentinovich Butov fue, durante la guerra civil, el responsable administrativo del tren blindado; en los últimos años trabajó junto a Trotsky como secretario del Comité de concesiones. Fue arrestado cuando intentaba unirse a Trotsky; se suicida al verse envuelto en una oscura intriga en la que, sin duda, la GPU intentó utilizarle contra Trotsky. Tenía treinta y cuatro años.

Yuri Kraskin se adhiere en 1917; combate y, posteriormente, en 1920, pasa a formar parte del secretariado de Trotsky, que abandona por un trabajo de periodista en Vladivostok. Deportado, primero en Biisk y después en el Turkmenistán. Tiene veintiocho años.

Igor Moiseyevich Poznansky era estudiante de matemáticas cuando propone a Trotsky, en plena calle, ser su guardaespaldas; pasa a ser también su secretario. Combatió en Petersburgo, después en el Ejército Rojo; vuelve con Trotsky y organiza la caballería roja. Fue herido en el frente y voluntario en Cronstadt. Detenido en Alma-Ata, durante un tiempo fue prisionero en Moscú y después exiliado. Tiene veintinueve años.

3. NUEVAS OLEADAS DE COLONOS

«Tu hora ha llegado», escribe un Boris Livshitz relajado, en una carta fechada el 27 de mayo: «Todo el grupo de profesores rojos ha sido detenido» -en total, una vez que la GPU hubo hecho una amplia operación de limpieza, un centenar de personas que durante muchos meses habían difundido documentos de trabajo, fueron denunciadas porque éstos contenían informaciones. Nuevos exiliados hicieron sus maletas.

Livshitz da algunos nombres, sin duda los que para él cuentan más: Sergei Krasny, Vladimir Abramovich Kaganovich y él mismo. Sorprende este proceder, un tanto desagradable, pues en esta misma entrega se excluye a otros miembros de la Oposición, alumnos del IPR y no necesariamente jóvenes. ¿Y qué decir del hecho de que Livshitz no mencione ni siquiera a Grigori Venetsianovich Ajsenberg, antiguo combatiente de la feroz guerra civil en Siberia, alumno del IPR y uno de los responsables para Moscú?

También podemos citar a las mujeres que venían de los *rabfaki*: Elizaveta Yakovlevna Drabkina, Albina Augustova Peterson, Alexandra Vasilievna Lepechinskaya. Entre los hombres, Abraham Davidovich Belotserkovsky, Sergéi Karev, Grigory Vasiliévich Ladoja (treinta y cuatro años), N. B. Vijirev, M. S. Yugov, P. P. Soloviev, Iván Stepanovich Gorchenin (treinta y tres años), Nikolai Ivanovich Efretov, Abramovich, S. S. Oganessov, A. Robinson, L.S. Dranovsky, Feigelbojm. Se debe añadir que Livshitz es uno de los raros opositores arrepentidos que murió en su lecho estaliniano -mientras que Ladoja militó, antes de que lo mataran, con Vladimir Maliuta y Serbsky contra la represión de Magadan-.

Otro contingente de exiliados causará mucho más ruido: la partida desde Tiflis de los *opositioneri* georgianos provoca manifestaciones que rozan el motín, como lo cuenta -en carta a Trotsky- Kote Tsintadze, cuando después de doce días y doce noches de viaje llegan a Bajachisarai, pues las autoridades no querían que atravesaran Georgia y los desviaron por Bakú.

Todo comenzó el 23 de abril, cuando el GPU anunció al grupo de militantes bolcheviques, miembros de la Oposición, que tenían tres días para preparar su equipaje. Ellos exigieron una semana. El GPU se opuso, pero cuando vinieron a buscarles a sus domicilios no encontraron más que sus equipajes, con un mensaje en el que decían que estarían en la estación en el momento fijado. Después de muchos titubeos, la salida fue fijada para el 3 de mayo a las 19 horas. Mucho antes, la estación se llena de obreros venidos a manifestarse, cuando empiezan a cargar sobre ellos y a detenerlos, en un barrio sitiado, aislado por un cordón bien armado.

Los *opositioneri* declararon que, en esas condiciones, no había que organizar incidentes y se presentaron en la estación donde centenares de simpatizantes les esperaban en los andenes, aclamándoles y mostrándoles su solidaridad. Los trabajadores expulsados volvieron. Había cerca de dos mil en los alrededores de la estación. La milicia cargó cuando entonaban la *Internacional* enarbolando una gran foto de Lenin.

Kote Tsintadze se muestra encantado con el giro de los acontecimientos: han hecho mucho, escribe, por la toma de conciencia de los trabajadores georgianos —más de lo que ellos, los *opositioneri*, hubieran podido hacer si se hubieran quedado en casa, en Tiflis. Una carta de Nikolai Stepanovich Okudjava informa que su hermano Mijaíl Stepanovich, el verdadero dirigente de la Oposición en Georgia, ha sido autorizado a permanecer dos semanas más en Tiflis al lado de su madre y de su hijo enfermos.

Muy pronto instalarán, dispersos en el espacio, a los magníficos combatientes georgianos: Mijaíl Stepanovich Okudjava, el último en llegar, y su joven hermano Nikolai Stepanovich, Polykarp, llamado Budu Mdivani, Sergéi Kavtaradze, Vaso Donadze, Lado Dumbadze y, sobre todo, Alipi, llamado Kote Tsintadzé, su hermano, sus sobrinos, sus sobrinas y muchos más (en mis fichas de deportados aparecen diez con ese apellido).

Y sabemos de otros: Alya Chechelachvili, en mayo, Breadse, Donadze, Lejava y otros doce, además de Emelian y Varden Kalandadze y finalmente David Gavrilovich Lordkipanidze. Honor a los viejos, pero también a los jóvenes, como este hijo de

minero, Chaliko Gochelachvili, que fue la admiración de todos por su calma y su solidaridad.

4. LA POBLACIÓN DE LOS NUEVOS COLONOS

El Congreso volvió a ser una siniestra comedia, acompañada de una enorme presión sobre el puñado de *opositioneri* de la Oposición de 1923 que habían logrado acceder. Todos sabían perfectamente cómo se habían conseguido los votos; la mayoría de ellos en el secretariado, en la oficina de los secretarios del *gensek* y de sus hombres de confianza. Inmediatamente vinieron las oleadas de expulsados, después las oleadas de «deportados».

Hay que desconfiar del término engañoso de «deportado». Éste designa a un hombre o a una mujer condenados a residir en una localidad alejada que, en ningún caso, deben abandonar. Sin embargo, aunque con reservas, existe el derecho de desplazarse por la región para encontrarse con otros exiliados. Unos parten solos, otros con su familia, mujer e hijos, y muchos esperan poder reunirse —pero nunca se sabe si la región es o no hospitalaria—. Están sometidos a un control policial bastante estricto, pero que varía según los lugares.

El cómo esto afecta a los deportados presenta tal desorden y falta de lógica que llega a preguntarse si no responde a motivaciones precisas, y a menudo sádicas. A veces, a las parejas de *opositioneri* se las deportada juntas, como a Reveca Ashkenazi y Karl Grunstein, pero Préobrajensky fue separado de su mujer, Polina Vinogradskaya, cuando estaba embarazada. Al sufrir Trotsky de malaria, intervino Rakovsky para pedir que no fuera enviado a Astrakán, pero lo fue a Alma-Ata, lo que, para el caso, no supuso ninguna diferencia. En cambio, Rakovsky sí fue enviado a Astrakán.

Vista la diversidad de regiones de la URSS, existen profundas diferencias entre un lugar de «deportación» y otro, debido a las condiciones climáticas y geográficas, al desarrollo económico, a los recursos culturales —acceso a los periódicos y a bibliotecas

decentes—. En Alma-Ata los libros estaban apilados desde hacía años, sin ninguna clasificación ni ubicación...

La cuestión del trabajo es también la de la supervivencia. La prestación mensual concedida a los «deportados» sin trabajo es de 30 rublos, lo cual es muy poco. Sabemos que Muralov y Rakovsky, por su trabajo en los organismos regionales del Plan, cobraban 180. Vasili Maslov es secretario de redacción del pequeño periódico del Gosplan de Kzyl Orda, pero no habla de su salario.

Préobrajensky trabaja en el Plan en Uralsk, lo mismo que Iván Nikitich Smirnov en Novo-Bajazet -¿qué puede planificarse en ese país «seco como la luna»? Tanto Rakovsky como Trotsky tienen contratos «literarios» para trabajos en el Gosisdat. Vrachev en Vologda y sus camaradas de Tomsk están encantados con la calidad de la biblioteca, pero muchos no tienen nada de esto.

Otros buscan una «solución»: el metalúrgico Gavriil Chtykgold, de Leningrado, antiguo oficial del Ejército Rojo, construye casas de ladrillo en Vologda; Boris Viaznikovtsev, que fue estudiante con Sedov, enseña matemáticas; Kantorovich, otro antiguo matemático, administra los koljoses. Pero otros no encontraron ningún empleo durante años, como Nadejda Moiseyevna Almaz, antigua mecanógrafa de la Profintern con Lozovsky, experta pero sorda.

El alojamiento y la salud plantean también serios problemas. Bajo diferentes climas, aunque todos austeros, los deportados afrontaban graves enfermedades (tuberculosis, malaria, tifus) y era difícil, a veces imposible, curarse por falta de médicos y de medicamentos. En Barnaul, Rakovsky, que había abandonado la medicina años atrás, tuvo que volver a practicarla. Una familia entera viviendo en una sola habitación, sin agua ni WC, no tiene nada de excepcional.

Aún no hemos mencionado un «detalle» particularmente interesante: durante el primer año, la correspondencia estaba más o menos autorizada. De esta forma sabemos lo que pensaban de su experiencia y de sus reveses, y también de lo que se ocupaban. La mayoría se preocupaban por llevar a cabo un trabajo intelectual -«teórico», como decían los bolcheviques- del que se habían pri-

vado por su activismo de antes y de después de la Revolución de Octubre.

El correo que llega a Alma-Ata es demasiado voluminoso para poder ser tratado, y habrá que trazar divisiones regionales con etapas intermedias, apoyándonos en redes menores: Rakovsky con su colaborador Amo Saakian, S.V. Mrachkovsky, N.I. Muralov, L.S. Sosnovsky, E.A. Préobrajensky.

¿Qué sabemos de esos trabajos, destruidos cuando sus autores fueron ejecutados —lo que fue, sin duda, el caso de casi todos—, salvo los que fueron destruidos por ellos mismos mientras vivían? Los estalinianos fueron talibanes precoces que destruyeron sus «budas» vivientes. Citemos simplemente algunos títulos o sujetos —suficientes para apenarnos—.

Rakovsky comenzó una biografía de Saint-Simon y escribió una *Historia de la guerra civil en Ucrania*, así como recuerdos de los congresos de la II Internacional. Préobrajensky compuso una *Sociología del mundo capitalista*, e hizo investigaciones sobre la economía medieval. Radek se lanzó a una biografía de Lenin y Boris Livshitz escribió sobre *Los ciclos de la economía capitalista*. V.B. Eltsin se sumerge en la historia de la Revolución Francesa, Vilensky-Sibiriakov vuelve sobre China y Fedor Dingelstedt, después de su tesis sobre la economía de la India, se ocupó de sus estructuras sociales.

Añadamos algunas obras de esclarecimiento sobre la política actual en la URSS: Dimitri Lapin, *Crítica del proyecto de programa para la IC*, que Trotsky apreció mucho; Sosnovsky, *La política agraria del centrismo*; Smilga, *Las conquistas del proletariado en el año XI de la Revolución*; Smilga, *Las teorías de Bujarin y de su escuela*. Mencionemos, claro está, el breve pero excelente texto de Rakovsky difundido por Trotsky bajo el simple título de *Carta a Valentinov*, que los trotskistas, después de Trotsky, rebautizaron —no muy inteligentemente— como *Los peligros profesionales del poder*. es uno de los textos capitales de este periodo, uno de los primeros análisis serios del fenómeno de la degeneración de la revolución (y, en concreto, del estalinismo).

5. ALCANCE POLÍTICO DE LOS NUEVOS COLONOS

Durante el tiempo en que los nuevos colonos dispusieron de la posibilidad de escribir y de comunicarse, es decir, hasta finales de 1928, fueron los que dictaron la ley en la Oposición de izquierda y, a su manera, tuvieron un peso —desigual— sobre todo el partido.

Claro está, cada vez fueron más numerosos: la segunda y la tercera generación, luego, las siguientes. Siempre aumentaron a un ritmo acelerado. Fueron grupos enteros de militantes obreros, arrestados a finales de 1927 o a principios de 1928.

A continuación llegaron militantes experimentados en la actual lucha no muy antiguos, como Fedor Dingelstedt, uno de los primeros. Evidentemente Grigori Yakovín, que demostró su estatura en las discusiones, sobre todo con su camarada georgiano T.D. Ardachelia. Es también un hombre de acción que da un vuelco a la situación y vuelve a tomar la mayoría, después de poner fin a la escisión que se había producido entre los *oposicioneri* encarcelados.

Grigori Mijailovich Stopalov dejó el instituto a los diecisiete años para ser partisano y a los veinte el Ejército Rojo para entrar en el secretariado de Trotsky, para quien cumplió misiones muy peligrosas. En 1927 volvió a Ucrania para intentar enderezar la situación; se encuentra en Bakú entre diciembre de 1927 y diciembre de 1928.

Mencionemos a los otros colaboradores de Trotsky: Boris Livshitz, el economista ya citado —uno de los cerebros más brillantes de su generación, asegura Trotsky—, y sus secretarios Naum Palatnikov e Yuri Samuilovich Kraskin, sin olvidar a Viktor Eltsin, Poznansky y Sermuks.

6. COLONIAS HOMOGÉNEAS POR NIVELES

Los policías de Stalin a menudo son brutales, pero a veces también políticos. El primer reparto de deportados parece obedecer al método pedagógico de grupos por nivel; el establecimiento de las colonias se hace reagrupando a los del mismo nivel de experiencia y de conocimientos, de modo que los antiguos, mejor formados, más experimentados y mejor informados, se enfrenten entre ellos y no tengan oportunidad de formar a su alrededor a peligrosos discípulos. Sabia política, que destruirán desplazando sistemáticamente a los exiliados, creando el desorden de éstos últimos pero también de sus propios ficheros.

Un ejemplo tipo —excepción hecha de la presencia en esta colonia del viejo bolchevique A.G. Beloborodov y de su mujer F.V. Jablonskaya, con V.A. Ter-Vaganian, apartado después de la incorporación de I.N. Smirnov— es la colonia de Biisk, donde el antiguo secretario de Trotsky, Yuri Samuilovich Kraskin, originario de Kiev, Lev Trigubov, el ex estudiante de ciencias de Kiev, Lipa A. Wolfson (o Volfson), el joven profesor de pedagogía Abraham Efimovich Simbirsky, el estudiante-obrero komsomol de Moscú, Andréi Pétrovich Alexeenko, el antiguo secretario ucraniano de Trotsky, Gersh Babinsky y el antiguo chequista ucraniano Nujim Isakievich Mekler, son los responsables del mayor logro de la resistencia clandestina. Volveremos sobre ello.

7. FENÓMENOS NUEVOS

No obstante —se verá en el curso de los años—, no son los nuevos colonos ni «los del otro lado» los que jugarán los principales papeles en la producción teórica y en el análisis político, sino la siempre más numerosa población de las prisiones, los *isolatori*, donde cuentan también con medios para discutir, para escribir, para comunicarse, y donde la discusión no es menos rica que en «el otro lado», sino todo lo contrario. De estas células saldrán o no conseguirán salir los textos más interesantes.

Hay que añadir otra observación, que algunos juzgarán amarga: el pensamiento de los revolucionarios, como el de todos los seres humanos, es muy conservador. La victoriosa Revolución rusa ocurrió diez años antes —un shock inmenso que todavía sienten y viven—. ¿Pero cuántos integraron, en su concepción del mundo, las transformaciones acaecidas después, en el país y, sobre todo, en el Partido? ¿Cuántos tomaron verdaderamente consciencia de que se movían en una escena totalmente renovada y desconocida? ¿Cuántos comprendieron las crisis que se anunciaban, las sorpresas, los cambios súbitos, que son también los suyos, en este decorado repentinamente extraño? Para muchos *opositioneri*, el chequista es un héroe, expuesto en primera línea al enemigo de clase, y no lo ven como al cazador que les acecha en busca de su presa.

Decepciones, pero también retorno a las ilusiones, son fenómenos tan cercanos que aquellos que los sufren lucen marcas y cicatrices y, a menudo, pierden la capacidad de análisis y de orientación que había constituido la fuerza del bolchevismo. Cuanto más mayores son, más les alcanza. Recordemos a un hombre que, a pesar de no ser uno de estos viejos, fue más lejos que todos ellos en el desmoronamiento.

8. EL SUEÑO DE UN CONCILIADOR

Poco antes de su muerte, Iván Vrachev atrajo mi atención sobre un texto que él mismo había publicado en su exilio de Vologda el 31 de diciembre de 1928, cuando se acercaba la segunda explosión de la Oposición, un poco después de los diez años de la victoria de Octubre, y que recuperó más de medio siglo después, cuando la apertura de los archivos con Gorbachov.

Esta ficción, cuya fecha sería el 1º de abril de 1939, al día siguiente de un congreso que habría restablecido la unidad del partido sobre sus bases leninistas, pretende ser el acta del resultado del congreso en el que se habría consagrado esa vuelta del péndulo de la historia, diez años después. Vrachev da los nombres de

los nuevos dirigentes. Ya no hay secretario general, sino un buró político y un secretariado. El primero incluye a Trotsky, Smilga, Rakovsky, Zinoviev, Radek, Kamenev, Ordjonikidze, I.N. Smirnov, Préobrajensky, Serebriakov y Sapronov. Y el secretariado está formado por Trotsky, Zinoviev, I.N. Smirnov, Ordjonikidze y Serebriakov. N.I. Muralov preside la Comisión Central de Control, y S.S. Sosnovsky dirige *Pravda*.

Lo importante son los hombres que simbolizan las tendencias. Por una parte, aparece claramente que Vrachev desea fervientemente la reconciliación con los zinovievistas y, por otra, que con la eliminación de Stalin cuenta con recuperar a sus partidarios honestos, cuyo símbolo es, como se sabe, Sergo, G.K. Ordjonikidze, como así lo dejó claro en agosto de 1927.

En la correspondencia de Vrachev de 1928 hay un pasaje en el que afirma conocer el nacimiento, en el campo de los «centristas», de una nueva oposición de izquierda contra Stalin-Bujarin, animada, según él, por el antiguo dirigente de las JC y *aparachik* georgiano Besso Lominadze.

Curiosos tiempos, curioso país; faltaría más de un año para que la noticia apareciera publicada. Pero el exiliado Vrachev cuenta las discusiones que se desarrollan entre Stalin y Lominadze -que está escapando a la influencia del *gensek*, lo cual es una posibilidad, pues Lominadze es fuerte, sumamente tenaz e inteligente. ¿Le haría confidencias a Ter-Vaganian, con el que había llegado a intimar, y éste habría querido elevar la moral de Vrachev, quien luego haría suya la información? ¡Hay algo que se nos escapa!

En menos de un año Vrachev denunciará a ciento veintisiete miembros de la Oposición.

Al no haber comprendido los cambios operados tanto en el partido como en la sociedad, los conciliadores están condenados a no entender tampoco el alcance de sus propias acciones y declaraciones; sólo un pequeño paso separa a un conciliador de convertirse en un delator, después de lo cual se desliza rápidamente por una fatal pendiente.

Iván Vrachev habló durante mucho tiempo con mi amigo el historiador ruso Sacha Pantsov y conmigo. Decía que hablar le ayudaba a soportar la idea de haber traicionado a Trotsky y a todos sus amigos. Resulta indignante o no, siempre existirá no obstante una sima virtual entre hombres que pertenecieron a la misma fracción: Iván Vrachev, cuyo sueño acabamos de ver, y Víctor Serge, que vivió con la pesadilla del asesinato salvaje, en el Cáucaso, de su amigo Chadayev, llevado a cabo por «bandidos», pero cuya autoría, se cree, corresponde a los esbirros de Stalin.

Indiscutiblemente, los jefes de policía de Stalin aprendieron mucho de la Ojrana zarista -por lo que llegaron a ser jefes. Los Trotsky, Rakovsky y demás se esforzaron en demostrar cómo el marxismo, método de análisis de la realidad en movimiento, puede explicar lo que ocurre, la crisis de la revolución, la degeneración del partido, la toma del poder por la burocracia y su régimen policial.

Ahora que están amordazados, le corresponderá a una nueva generación cumplir este indispensable trabajo de esclarecimiento. Ésta se aplicará, partiendo de lo que le legaron sus antepasados, reducidos para siempre al silencio o expedidos al fin del mundo.



CAPÍTULO VIII

LOS DEL OTRO LADO

En el exterior, en «el otro lado», no ocurren grandes cosas como consecuencia del número de arrestos y deportaciones. Pero la situación económica es mala. Hay agitación en los talleres ferroviarios de Kremenchug, en los de los tranvías de Dnepropetrovsk y manifestaciones de parados en Moscú.

El Centro sólo tiene dos miembros en libertad: Boris Eltsin, protegido -creemos saber porqué-, y Grigori Yakovin, que pasa en Moscú por «un periodo de febril ilegalidad, ingeniosa y peligrosa», según Víctor Serge, y se las arregla muy bien para conseguir falsos salvoconductos, incluso para entrar en el hotel Lux... Se ha reunido con su mujer, la historiadora Anna Pankratova, heroína de la guerra civil, y hay mucha gente que cuida de esta joven y simpática pareja. Tanto Boris Eltsin como él piensan que hay que orientar a los *opositioneri* hacia las luchas obreras, que hay que ganar obreros.

Mientras tanto, los zinovievistas se humillan, condenan sus propias ideas y estigmatizan su propia acción. Ellos ya no olvidan que están muertos. Por otra parte, en diciembre de 1928, han sido detenidos gran cantidad de obreros de la Oposición, y es una excelente razón para intervenir y protestar; en la Rusia soviética todavía no están bien vistas las detenciones de obreros que protestan, como recuerda Sosnovsky.

Fracasa un plan cuidadosamente preparado. Nujim Isaakiévich Mekler, de veintiséis años, antiguo chequista, cuya correspondencia con Liova Sedov demuestra su viva inteligencia, vive momentos difíciles. Militaba en Jarkov, fue deportado a Biisk, liberado después de una declaración y... desenmascarado cuando, junto a Kraskin y según instrucciones del Centro, acababa de consumir con esmero una «capitulación táctica» para reforzar a la dirección moscovita. Es un fracaso colectivo y, también, una catástrofe individual.

Andrei Konstantinov sale mejor parado: los *oposicioneri* de Verjneural'sk le consideran un traidor. Es duro, pero seguía instrucciones. A lo largo de este trabajo volveremos sobre estas «capitulaciones tácticas», a menudo factor de confusión para el historiador.

1. EL TRABAJO DEL CENTRO

Se trata de reforzar, de reconstruir el Centro. En este punto, carecemos de informaciones completamente seguras -clandestinidad obliga-, sólo contamos con indicaciones de probabilidad.

Maria Semenova Magid, llamada Marusia o Mussia, es una de las jóvenes e intrépidas militantes bolcheviques de 1917 volcada hacia las «masas». Acabó sus estudios en la Escuela de trabajos públicos y aparece en el Centro cuando las manifestaciones de noviembre. Es una joven con coraje y energía.

Otro recluta de peso es Sokrat Avanasévich Gevorkian, de quien comenzamos a hablar en 1925, cuando estaba en la escuela superior del partido y después, en 1926, cuando fue expulsado. Es un superdotado que impartió cursos en la universidad después de haberse unido a los combatientes de Octubre, en su Armenia natal, a los catorce o quince años.

Otros formaron parte del Centro en diferentes momentos y por tiempo variable; necesitaríamos los archivos de la policía sobre el Centro para fecharlos. Citemos a un antiguo dirigente de los Komsomol, Mark Blumenfeld, también a un veterano de la acti-

vidad ilegal, antiguo redactor del *Pravda de las trincheras*, Petrovich Gorlov, y a David Cyfer, un tipógrafo, poco activo, según el GPU. Otros de mayor peso: el gran escritor y crítico y viejo-bolchevique Alexander Konstantinovich Voronsky; el antiguo oficial Rafail Natanovich Sajnovsky; el periodista Vladimir Alexandrovich Vorobiev, que se hacía cargo del *Biuleten Opositsii*; y, al principio, el siniestro Mijail Ajmatov, *alias* Mijail Tverskoy, un hombre de la GPU, responsable de cientos de detenciones, desenmascarado finalmente en Leningrado después de haber causado infinidad de estragos.

En la permanente del Centro, una impecable realización técnica: la conexión con Trotsky. Como los detalles los he descrito en mi *Trotsky*, me limitaré a resumir. Un mensajero lleva los correos y los documentos, con las precauciones de clandestinidad comprensibles, hasta la ciudad de Bichbek. Allí se encuentra con un hombre destinado por Moscú para esta misión de confianza, el metalúrgico Mijail Bodrov quien, durante un tiempo, dirigió el trabajo en las fábricas de Moscú. Éste se dejó crecer una barba de mujik, bajo la que resultaba irreconocible, se procuró una *troika* (tiro de tres caballos) y con ella iba hasta Alma-Ata donde contactaba con un militante hallado por Lev Sedov. Comunicándose por la posición de una maceta en una ventana, se encontraban en los baños municipales donde efectuaban el intercambio de sus preciosos paquetes. Los que pertenecían a esta red no fueron detenidos, al menos por este asunto -salvo, al final de la estancia de Trotsky, el hombre que vivía allí, del que sólo conocemos su inicial D y que podría ser, según las listas de exiliados, el comunista Ipolit Yosifovich Dargis.

2. LA OPOSICIÓN RESUCITA EN LAS LUCHAS OBRERAS

En la Oposición hay excelentes especialistas en los conflictos sociopolíticos propios de la situación de la Unión Soviética de la

época. Tomemos como ejemplo las relaciones de dos de ellos, F.S. Radzevich y Vsevolod Patriarka, jóvenes trabajadores exiliados.

El primero se vincula a un conflicto que estalla en la fábrica de construcciones navales del Neva, entre la burocracia dirigente y el Komsomol. Es un joven y excelente obrero, elegido para el comité de fábrica. Se ha unido a la Oposición en el otoño de 1927. Al finalizar el XV congreso es expulsado del Komsomol. Protesta pública: no se puede excluir públicamente por un delito de opinión a un joven trabajador miembro de una organización de formación como el Komsomol. Cuatro expulsados más, lo que provoca la tormenta, pues el comité de fábrica los apoya. En junio, el camarada en cuestión termina su formación de cerrajero. Una fábrica de Moscú está dispuesta a contratarle con un salario elevado. El secretario del partido de la fábrica se opone. Irá a trabajar a otra parte por un pequeño salario.

Poco antes, la administración quiso despedir a un obrero altamente cualificado, con doce años de antigüedad en la fábrica. Desde 1924 es miembro del buró del comité de sección del Komsomol. Por propia decisión vuelve al taller y los trabajadores le eligen, por unanimidad, para el soviet del cual todavía es miembro. Pero, cuando pasa a ser un opositor, es expulsado del partido, en diciembre de 1927. Cuando se habla de despedirle, la cólera es tan grande que tuvieron que abandonar el proyecto.

3. LA HUELGA EN EL TEXTIL DE LENINGRADO

Poco después, David Cyfer escribe a Liova a propósito de un incidente ocurrido en Jalturinskaya, una fábrica textil de Leningrado, de cinco mil obreros. El secretario del partido, un tal Ugarov, bronqueó a los komsomoles por no tener buenos resultados. Los komsomoles protestaron: «¡Los obreros atrancan las máquinas y si aún así se trabaja, nos golpean!» El secretario, inspirado, respondió: «Golpead vosotros también». Un joven digno: «En el Komsomol estamos contra la guerra civil en la fábrica».

Recientemente los *CMO* han publicado un informe de la GPU presentado por el historiador Dmitri Lobok. Fechado el 8 de mayo de 1928, dirigido a Kirov, responsable del partido, y al de los sindicatos, explica que la huelga se desarrolló sin ningún centro organizador, que sus dirigentes eran Golovin, a prueba en el PC, y Fedorova, veinticuatro años en la empresa, miembro del partido, crítica pero leal. Su posición era: «No estamos contra el poder soviético, sino contra ciertos miembros del partido que desnaturalizan sus directrices».

El informe indica que la huelga culminó el 10 de abril con la participación de 260 miembros del PC en Jalturinskaya. Las Juventudes Comunistas fueron los participantes más activos. El GPU se queja de lo que llama el «espíritu represivo del partido», cuyos responsables demandan reiteradamente el arresto de los huelguistas; asegura que de tal actitud pueden derivarse «daños incalculables».

4. OLEADA DE HUELGAS

Vsevolod Patriarka examina la situación de los talleres de construcción de ferrocarriles de Kremenchug. Hay un proyecto de reforma tarifaria, que significa disminución de salarios, resistencia obrera, resistencia de la célula, asamblea donde treinta oradores piden el mantenimiento de los salarios. La resolución de un *opositioner* en la que se afirma que los salarios no deben bajar es votada casi por unanimidad, menos catorce votos.

Las sanciones llueven sobre los miembros del partido; la reforma se aplica a pesar de esa votación. Uno de los trabajadores mencionados en esta batalla se llama David Maidenberg, y volveremos a verlo. El mismo Patriarka precisa que, en Moscú, algunos parados salieron a la calle y que la milicia los dispersó brutalmente.

Isabel Longuet resume así la situación, en esos meses de despertar obrero:

«A partir de mayo y junio, los panfletos de la Oposición llaman a los trabajadores a protestar, a organizarse, a luchar. Uno de los objetivos es “agrupar a los obreros bolcheviques para echar a los burócratas”; en las fábricas, la Oposición interviene públicamente: en muchas fábricas de Moscú los opositores toman la palabra para discutir los balances del soviet de la capital. Un *opositioner* expulsado, I.I. Nevel, obtiene 72 votos sobre 756 presentes para una resolución opositora en la fábrica Krasnia Oborina. En las reuniones del partido se proponen resoluciones que plantean el retorno de los deportados; 190 votos a favor, 270 en contra en Zaporoje, en Moscú. Con la consigna «Abajo los burócratas», los militantes *opositioneri* se presentan en los consejos de fábrica y muchos informes dan fe de los éxitos logrados en todas las regiones.

«Al mismo tiempo comienza una actividad clandestina. Se publica un *Biulleten Informatsii* roneotipado, circulares para los militantes, octavillas de amplia difusión. Se difunden millares durante un corte de electricidad provocado en el Parque de la Cultura de Moscú donde se encontraban 120.000 personas. Están firmadas por la “Oposición bolchevique-leninista del VKP” y exigen la “liberación y retorno de los camaradas deportados”. Otra octavilla, el 8 de septiembre, alega la enfermedad de Trotsky para llamar a exigir su vuelta; se cuelga en las residencias de los trabajadores y se difunde en las reuniones locales del partido. En las fábricas Amo, Armatura, Kauchuk, obreros no *opositioneri* se encargan de su difusión. En la fábrica de pan n° 8, los obreros manifiestan su solidaridad para con el difusor [S.] Kupferblum, detenido y puesto después en libertad.

La organización clandestina reacciona con mucha rapidez: contra las detenciones en Kiev el 20 de octubre con varias octavillas sucesivas, con una octavilla en Aviajima n° 1 Moscú, donde la Oposición anuncia a los obreros el despido de uno de los suyos, G.D. Novikov, antiguo militante, muy popular. El 7 de noviembre de 1928, la Oposición de izquierda difunde 10.000 ejemplares de una octavilla “compuesta e impresa por la imprenta bol[chevik]-len[inista]” a lo largo de la manifestación y cerca de la tribuna ofi-

cial. Se cuelga en las fábricas y se lanza en los lugares públicos. En ella se asegura que hay medios para rectificar la línea del partido, pero advierte: "El destino de la revolución está en vuestras manos", al tiempo que denuncia la represión [...]. Un informe del Centro a Trotsky da una idea de la implantación en octubre de 1928. Es muy fuerte en Ucrania, no solamente en sus bastiones tradicionales de Kiev, Jarkov y otros antiguos centros, sino que, después del XV congreso, también ha penetrado en el Donbass. Cuenta con 220 miembros en Ekaterinoslav. El 90% de sus nuevos miembros son obreros y su mayoría trabaja en grandes empresas. El informe se extiende sobre el caso de Kiev, donde la organización fue destruida con las deportaciones y donde ha ganado militantes de las cinco grandes fábricas (Bolchevik, Arsenal, Konkij, Tsugun, Krasny Pajar).

«Entre los *opositioneri*, G.I. Yakovenko, obrero, bolchevique desde 1903, I.O. Kofman, el exchequista, [I.B.] Zelenecki, bolchevique desde 1915, los obreros de Arsenal, L.A. Krizanov y [A.I.] Galperin, comunistas desde 1921, y un procurador, Poliakov, que ingresó en el partido a los diecinueve años, en 1919. Se mencionan otros lugares de implantación [de la Oposición]: Tula, Ivanovo-Voznesensk, Dnepropetrovsk, Saratov, Tiflis, Bakú, Leningrado y, por supuesto, Moscú.

«La Oposición se dirige siempre a los "obrerros bolcheviques" y parece ser que el núcleo de los "del otro lado" está constituido por obreros antiguos *opositioneri* que no fueron deportados y que capitularon como táctica. Vuelven a aparecer los nombres: F.F. Petujov, de Aviopribor, G.D. Novikov, de Trejgorny, en Moscú, A. Stukolkin, de la fábrica Glujov, en Bogodorsk, "miembros de la Oposición", además de Semachkin de Proletarski-Trud, "antiguo *opositioner*", A. Bolchakov de la misma fábrica que "los apoya". Estos militantes experimentados encuentran eco en los trabajadores inquietos por el futuro del país y por sus condiciones de vida. El aparato no está ciego ante esta remontada de la Oposición. El 10 de septiembre de 1928, *Rabotchaya Moskva* apunta: "El trotskismo florecía en la fábrica Krasnyi Oktiabr. Todavía no ha sido sofocado".

«Las cifras las aporta Stalin en un discurso el 19 de noviembre contra la “desviación trotskista”. Según él, de cara al congreso 10.000 miembros del partido habían votado en contra de la Plataforma mayoritaria y, por lo tanto, habían dejado de ser miembros, pero “20.000 partidarios del trotskismo no habían votado, ausentes de las reuniones” y “no estaban liberados de la ideología trotskista”, lo que explica “una cierta recrudescencia de ésta última”».

De hecho, aquellos a los que esta gente llama «los trotskistas» son los únicos que dan la sensación de luchar por las reivindicaciones obreras y asumir sus riesgos. Incluso a finales del mes de junio, cuando quizás sólo se encuentre un puñado en «libertad».

5. LA REPRESIÓN SE AGRAVA

Siguiendo la excelente fórmula de L.S. Sosnovsky, la Oposición, a la que se comienza a llamar «de izquierda» o «bolchevique-leninista» se ha apoderado de la campaña sobre la auto-crítica como si de un «pasaporte legal» se tratara, para aparecer e intervenir tanto en los lugares de trabajo como en los barrios obreros.

Los primeros en inquietarse son los jefes del partido. Kirov hace una alusión irritada a sus progresos en su feudo de Leningrado, y el comité del partido de Moscú consagra un informe especial a los progresos de lo que llama la «antigua oposición trotskista» en la sección de Krasnaya Presnia, que durante años fue su bastión en la capital. En el fondo, todos están de acuerdo: de ahora en adelante, hay que golpear. Y golpean.

Un exiliado manifiesta:

«La represión y las persecuciones sobrepasan todos los límites [...]. Los órganos del OGPU se comportan con gran cinismo. Ha pasado a ser el juez de nuestras discusiones internas de partido, contraviniendo los estatutos y la propia situación del partido. Mantiene a los opositores en prisión, totalmente aislados de la

vida social, proponiéndoles la reintegración si reniegan de sus ideas».

Un grupo de prisioneros escribe:

«Hemos sido detenidos hace seis semanas por pertenecer a la Oposición. Al principio, fuimos retenidos, sin ningún acta de acusación, en la prisión interior de la GPU. Fuimos encerrados con "presos comunes", las mujeres *oposicioneri* con prostitutas y ladronas. No nos dieron ni periódicos ni libros. Pasamos semanas sin ser interrogados. Más tarde y durante algunos días, tuvimos derecho a un calabozo. Ahora hemos sido trasladados a Butyrka, donde estamos de 40 a 60 presos en celdas para 20 o 30».

La antigua decista N. Zavarian informa a Trotsky de que ella se entiende bien con sus «hombres», y que en Armenia han renunciado, por el momento, a exiliar a Genia Areichian, pero que ella carece de responsabilidades. Segei Vitalievich Mrachkovskiy sale de un agujero; este héroe de la guerra civil fue detenido en Sverdlovsk antes de exiliarse, permaneció dos semanas en prisión, fue trasladado a Suzdal, después a la prisión interna de la GPU y, finalmente, el 20 de enero de 1928, tomó el camino del exilio.

Sania Ashkenazi escribe desde Samarcanda, donde había llegado hacía seis semanas. Un nuevo grupo de exiliados georgianos acababan de pasar seis semanas en la prisión interna de la GPU, posteriormente en Butyrka: N.S. Okudjava, B. Arbitman y Chechelachvili.

El joven oficial Arkadi Seller, que montó la guardia en casa de Trotsky, fue detenido el 11 de noviembre de 1927 acusado de preparar un «atentado» contra el poeta oficial Demian Biedny. Permaneció aislado hasta el 12 de febrero, después fue trasladado a Tomsk el 24 del mismo mes, sin ninguna información durante su retención. Sus camaradas Boris Bulatov y K. Enukidze fueron detenidos al mismo tiempo que él.

Sevsky, obrero en los Urales, trabajó con Mrachkovskiy en varias ciudades y después pasó ciento doce días de prisión con la

GPU, siendo deportado el 18 de junio a Asia central, dejándole en la ruta hacia Tachkent.

Gendelman fue acusado de haber hecho caricaturas. Él lo niega, pero el GPU lo sabe porque alguien lo había denunciado por haberle visto trabajar en las pruebas. Pasó cinco meses en la prisión interna, después en Butyrka. Amenazado en un principio con el *isolator* de Solovki, tiene derecho a un exilio ordinario y dedica sus bocetos a Trotsky.

Un obrero, panadero komsomol de Rostov, P.N. Papelov, panadero desde 1914, inscrito en el komsomol en 1923, afiliado al partido en 1924, fue condenado a tres años de prisión por «preparación de un acto terrorista». Detenido el 1 de noviembre de 1927, fue liberado el 28 de marzo de 1928.

Gorevich escribe el 27 de mayo que ha pasado, en total, cuatro meses y medio en la prisión interna de la GPU, después pasó a Butyrka, donde se negó a declarar, y fue enviado al exilio. Justo antes que él, en abril, un centenar de personas detenidas en Moscú -entre ellas el responsable ucraniano de la Oposición, G.Y. Marenko- partieron hacia el exilio.

Durante meses las detenciones no se detuvieron: en Moscú, en la noche del 31 de agosto, Janaan Markovich Pevzner; en Jarkov, Grigori Osipovich Nojinitzky, profesor de historia del marxismo, y otros quince más; en Leningrado, una docena.

Probablemente fue entonces cuando decidieron el bloqueo postal de los deportados, con el objetivo de separar al grueso de la tropa de los jefes resistentes, y extirpar a la Oposición de los centros y de las fábricas donde seguía interviniendo. Utilizaron un único medio: detener, golpear, deportar o encarcelar.

A finales de octubre detenían a más de 55 militantes, entre ellos a Grigori Yakovin, miembro del Centro, quizás el más importante, pero la policía iba tras Antón Agaltsev, que había sido aclamado por 2.800 obreros de Trampark, donde había hablado durante veinticinco minutos.

A continuación le llegó el turno a Ucrania, con treinta detenciones, entre ellas la del obrero V.G. Yakovenko y un centenar de

obreros fabriles en Kiev, cuarenta en Jarkov en la noche del 20 de octubre y en las batallas campales que siguieron (militantes conocidos: Galperin, de Arsenal, I.B. Zelenecki, O.I. Kofman, O.I. Gofman, I.F. Akel, Y.P. Ermoliev, Filipovsky, Lomov-Sutkin, Ia. I. Freyberg, etc.). Los *opositsioneri*, militantes obreros arrestados de noche, fueron encarcelados en la «prisión interior» de la GPU. La organización de *opositsioneri* de Kiev alertó inmediatamente a los obreros, que empezaron a movilizarse.

El día 24, grupos de obreros de varias empresas decidieron presentarse como delegación en la GPU para pedir la liberación inmediata y sin condiciones de los detenidos. Forzaron la barreira que les impedía acercarse, y habían llegado al edificio cuando aparecieron detrás de ellos los milicianos a caballo de la reserva. En el pórtico, manifestantes y prisioneros habían tomado contacto.

Uno de los detenidos más populares, O.I. Kofman de la fábrica Krasnozame, se subió a la terraza, seguido por Apoliakov y Jakobi (?) para dirigirse a los trabajadores. Los manifestantes habían llegado en el momento en que sus camaradas presos se paseaban. Después del discurso, cantaron a coro la *Internacional*, paralizando al servicio de orden, que no se movió mientras cantaban.

El aparato intentó organizar una contramanifestación de obreros que exigieran más represión, pero esto no hizo más que exasperar a los trabajadores de las fábricas que se habían quedado un poco al margen, movilizándose a su vez. Pero nadie pudo aproximarse a la prisión. Hacia la noche, los detenidos hicieron saber que habían iniciado una huelga de hambre en solidaridad con los manifestantes. El 27 de octubre era sábado y las delegaciones obreras se dirigieron hacia el edificio de la GPU, donde los obreros de la fábrica Bolchevik habían tomado el asunto en sus manos, mientras que la GPU intentaba, por todos los medios, acallar a los oradores. La manifestación continuó hasta la noche; la organización *opositsioner* crecía y tomaba confianza.

Pero había que respirar. La detención de cincuenta y un camaradas en Moscú alcanzaría a las fuerzas vivas del Centro, junto con la de Grigori Yakovín que, desde 1926, había escapado de la

milicia y de la GPU. Lo importante era que la organización renaciera de sus cenizas, en la clase obrera y en su combate por las libertades, pero aún hacía falta tiempo.

Las deportaciones de Achot Vartazorovich Oganessov, Kostia I. Bagdasarov y otros a Bakú repercutieron el estruendo de Tiflis en esa región; aún se hicieron más fuertes cuando, casi al mismo tiempo que en Kiev, se produjeron nuevas detenciones en Bakú: Trofim Krylov, miembro del partido desde 1919, Rosa Nadjarova, desde 1920, Pavel Avetovich Danielian, desde 1918, todos pioneros del movimiento comunista en Azerbayán, organizados en la Oposición tras una gira clandestina de Grigori Mijailovich Stopalov. Estas medidas provocaron una cólera que la represión redujo al silencio, pero sin apagarla.

El número de detenciones es impresionante: 50 en Jarkov, 28 en Odessa, 47 en Kiev, 46 en Moscú, más de 80 de nuevo en Leningrado, 70 más 80 en Leningrado. Empieza a evidenciarse la enorme cantidad de detenciones en Leningrado, y el hecho de que después de cada una de ellas el organizador del grupo Mijaíl Ajmatov, hiciera una declaración de arrepentimiento. Pronto se sabrá que era él quien creaba las organizaciones, para denunciar después a sus miembros ante sus patronos.

Las detenciones de Moscú son impresionantes, tanto por su número como por la calidad de los detenidos. En las listas de finales de 1929 figuran los que impresionaron a la GPU por su dinamismo y valentía, los que siete años más tarde serán los cuadros de la Oposición que lucharán por la dignidad humana en Vorkuta y Magadan.

Cuando haya acabado el libro, el lector podrá volver a estos capítulos. En ellos hicimos aparecer a Baranovsky, Besidsky, Mijaíl Bodrov, Belenky, Bolotnikov, Girchik, Enukidze, S.I. Krol, Konstantinov, Maidenberg, Maria Yakovleva Natanson, E. Ostrovsky, Poliakov, Sayansky, Sajnovsky, sin olvidar a B.M. Eltsin, por ceñirnos únicamente a los miembros de los dos comités de huelga locales y del de Kolyma.

La prensa a veces tiene problemas para seguir los acontecimientos, y *Pravda* llega a declarar el 24 de enero de 1928:

«Ningún miembro del partido entiende el foso que media entre la antigua oposición interna del partido y la organización clandestina antisoviética actual. Hay que entender esta evidencia. Hay actitudes demasiado liberales y esto debe cambiar».

La resistencia a la represión procede, en primer lugar, de los obreros; son centenares, después millares los que se manifiestan en Kiev ante la sede y la prisión de la GPU; trabajadores de Moscú protegen la huida de *oposicioneri* perseguidos -A.F. Stukolkin, D.G. Novikov, se salvaron gracias a sus compañeros de trabajo-. Sin embargo, los medios materiales (aparatos, reservas de papel) fueron destruidos.

6. LA BOMBA BUJARIN Y KAMENEV

Sólo quien no haya entendido nada sobre la organización bolchevique puede desconfiar y extrañarse de que el Centro, formado por militantes modestos y expuestos a las detenciones, haya podido tomar la iniciativa de publicar los documentos de Kamenev. El primer documento publicado por el Centro es una copia de un informe redactado por Kamenev para Zinoviev sobre una conversación que Sokolnikov y él mismo habían tenido con Bujarin; el segundo, un informe de la conversación mantenida en septiembre por un *opositioner* de Moscú con Kamenev acerca de Bujarin, Stalin y sus alianzas.

El problema es simple: Stalin quiere lanzarse a la batalla contra Bujarin; para ello está dispuesto a aliarse con los zinovievistas y, sobre todo, con los trotskistas. Probablemente Bujarin tenga la misma idea. Pero el secretario de Kamenev, Mijaíl Pinkusovich Schwalbe, que simpatiza con la Oposición, le ha informado de lo que estaba pasando, haciéndole llegar la copia del informe de Kamenev a Zinoviev sobre su conversación con Bujarin. Es un espectáculo: ¡Bujarin temblando de miedo denuncia a Stalin como un asesino a lo Gengis Khan!

En el segundo documento, Kamenev se encuentra en la calle, el 22 de noviembre, con Agaltsev, llamado Antón, responsable del

Trampark y uno de los dirigentes de la Oposición en Moscú, en compañía de Perevertsev. Kamenev quería ganarles para su causa -la alianza entre Trotsky y Bujarin contra Stalin- y mantuvieron una discusión de la que Agaltsev informó al Centro, que después de una viva discusión decide publicarlas, así como las confidencias de Bujarin.

No fue una trampa, como dijeron algunos y otros repiten hoy. Fue Voronsky, partidario de la publicación, quien la condujo hacia un verdadero debate. Si hubiera habido trampa, Trotsky la habría sorteado sin problemas, enunciando las condiciones para la celebración de un congreso democrático.

Por supuesto, el prestigio de los «grandes dirigentes», tanto de Bujarin como de Stalin, salía un poco mermado del asunto, pero nadie podía hacer nada y el Centro había actuado correctamente al publicar la verdad. La versión, tan repetida, de la «provocación», sobre la que antaño no me he mostrado categórico, no me parece seria. Incluso en las filas de la Oposición se acusó en repetidas ocasiones a Voronsky, partidario y agente de la publicación. Stalin se encontraba cada vez más acorralado. Hasta el punto de hacer tonterías.

7. LA EXPULSIÓN DE TROTSKY DE LA URSS

El establecimiento del bloqueo postal fue una confesión: la empresa estaliniana para aislar o amordazar a Trotsky había fracasado. Aunque exiliado, todo continuaba pasando por él. Como arma represiva, la medida era terrible, pero al mismo tiempo ¡que demostración del fracaso de Stalin en la operación Alma-Ata, con el añadido de los insultos como el de «Gengis Khan» por parte de quien fue durante años su mejor aliado!

Por otra parte, Stalin, plenamente consciente de que el peligro de la Oposición crecía, creyó vital separarla radical y definitivamente de Trotsky —cosa que, salvo el asesinato, que entonces no podía permitirse, únicamente la expulsión haría posible—.

El 16 de diciembre llega a Alma-Ata un apoderado de la GPU, V. Volynsky, con una comunicación que Trotsky cita de memoria:

«Estos últimos años el trabajo de sus partidarios ha tomado un carácter netamente contrarrevolucionario; las condiciones en las que se encuentra en Alma-Ata le otorgan la posibilidad de dirigir este trabajo. En consecuencia, la GPU, de forma colegiada, ha decidido exigirle el compromiso categórico de detener su actividad; de otro modo, el colegio se verá obligado a modificar sus condiciones de existencia aislándole completamente de la vida política y, en consecuencia, se plantearía el traslado de su residencia a otro lugar».

Trotsky responde con un llamamiento dirigido al mundo y a la posteridad: lo rechaza.

En el buró político el debate es intenso; Bujarin se pronuncia contra la proposición de Stalin. El 20 de enero de 1928 Volynsky acude a comunicar a Trotsky su expulsión. El pequeño convoy se pone en marcha el 22 de enero y después de veintidós días de viaje llega al lugar de exilio elegido: Turquía.

8. ¿ESTÁN LOS DEL «OTRO LADO» GALVANIZADOS? LAS OCTAVILLAS DE MOSCÚ

En un régimen de terror político, el destino de los documentos a menudo es lo más sorprendente. En los papeles de Trotsky en Harvard se encontrarán ejemplares de octavillas difundidas en Moscú durante este periodo que, teóricamente, nunca podrían haber llegado hasta él, y que tienen un inmenso interés.

El 12 de enero aparece en Moscú una octavilla que muestra la indignación de los bolcheviques-leninistas ante la expulsión de Trotsky, al que libran al enemigo de clase, o simplemente «al primer asesino que tal vez le espere en las montañas de Turquía». Ese mismo enero, sin indicaciones más precisas, otra octavilla firmada también por los BL (oposición del VKP [b]) señala que se ha dado credibilidad a una calumnia relacionada con la expulsión de Trotsky, a la ha seguido una campaña sobre la «sublevación»,

el «oficial de Wrangel», etc. Recordando las advertencias de Zinoviev, Piatakov y otros contra las inclinaciones asesinas de Stalin, los autores de esta octavilla escriben: «Sabían de lo que era capaz; pero de momento se callan». Los BL luchan para que el «partido vuelva a la vía leninista»; hay que «preservar las conquistas de Octubre y reforzar la dictadura del proletariado».

Con la octavilla del 5 de febrero comienza una campaña de defensa de sesenta y tres militantes «BL» detenidos en la última oleada, encerrados en la penitenciaría de Tobolsk, conocida como un *isolator*. Entre ellos había muchos militares o antiguos militares (aunque los viejos-bolcheviques lo son todos). La octavilla señala a Dreitser, Gayevsky, Drobnis y otros más.

Las familias no han sido informadas. Los prisioneros carecen de abrigo y, sobre todo, de zapatos. El viejo bolchevique Drobnis tiene los pies congelados; doce detenidos, que emprenden una huelga de hambre, están en un estado crítico. Llaman a los trabajadores a movilizarse para salvar a los de Tobolsk.

No sabemos si su acción jugó a favor de la conclusión del asunto, pero la historia del complot militar montada contra Sergéi Mrachkovsky, próximo a Trotsky, que fue el pretexto que sirvió para detener a estos hombres y mujeres, fue abandonada poco después y los prisioneros de Tobolsk, agotados por su estancia en *isolator* y su huelga de hambre, tomaron el camino de la deportación con la sensación de que la solidaridad obrera les había ayudado y quizás salvado.

Las octavillas son variadas; las hay de agitación, como la precedente, pero también de discusiones serias (por ejemplo, para demostrar que la Oposición es víctima de calumnias, se remonta a la época de las acusaciones contra Lenin por parte de la derecha sobre el «dinero alemán»), explicaciones sobre la situación económica y las reivindicaciones obreras, no solamente legítimas, sino positivas.

De esta forma se difunden grandes artículos de agitación contra la política estaliniana de aumento de la productividad del trabajo y disminución de su coste, dirigida contra el proletariado... Las consignas utilizadas en esa campaña fueron combatidas por

los BL, que exigían el aumento real de los salarios y una política de vivienda, así como recortes en el personal y en los salarios de los burócratas (sobre todo de la cúspide) de al menos el 25% del presupuesto de funcionamiento del aparato, etc.

Según cuentan, estas reivindicaciones fueron aprobadas en las asambleas obreras de las cocheras de tranvías, en la fábrica Moskovshaya n° 1 de instrumentos de investigación, en el taller Duks de fundición de cobre, en la acería de la fábrica Serp i Molot de Vodokanal, en la fábrica de seda Serpujov, etc.

La octavilla de la fábrica Glujovskaya Lenin aporta un ejemplo particularmente sorprendente de la vida y del mando en las fábricas. Allí se había tomado una decisión de capital importancia para aumentar la producción: el paso al trabajo de cuatro oficios. El prometido aumento de salarios fue «olvidado», y no se había previsto el despido inmediato de 157 tejedores a los que, probablemente, seguirían un centenar más. La conferencia de producción no mantuvo las reivindicaciones de los tejedores. El propósito de la octavilla era, sin embargo, otro. En el periódico, paradójicamente titulado *Golos Rabotchevo* («La Voz del obrero») n° 280, los dirigentes administrativos, sindicales y políticos (la misma banda) de la fábrica explicaban que las conferencias de producción anteriores habían fracasado porque los obreros allí presentes eran borrachos, contrarrevolucionarios, golfos, demagogos, vagos y, por último, «enemigos de la clase obrera». Así son tratados los adversarios de la introducción del trabajo de un único obrero en cuatro oficios y, por supuesto, no se les dio ninguna respuesta.

Estas octavillas demuestran que en el sistema soviético también existe el arbitraje obligatorio, que no mencionan los textos legislativos, pero que no deja de ser un árbitro, puesto que decide (¡y de qué manera!): es la GPU. La octavilla que acabamos de recordar señala la detención de Antón Agaltsev, al que ya conocemos de las cocheras de tranvías Apakovsky, así como de un centenar de obreros de grandes empresas moscovitas.

Un rápido intercambio entre Liova y su padre muestra su inquietud: la represión ha engullido a todos los militantes que tra-

bajaban en las fábricas y, en Moscú, a finales de julio sólo se encontraban en libertad precaria Agaltsev y D.G. Novikov -en prórroga, ya lo sabemos- y una pregunta: «¿Dónde está Kirilov?».

9. EL ASUNTO FUTLIK

Una octavilla nos informa del asunto Futlik, en Moschovshei nº 1. Abraham Borisovich Futlik, nacido en 1903, era cartuchero y había sido excluido del partido el año anterior, con la Oposición. El contexto de la octavilla es la campaña nacional llevada a cabo en la fábrica por la administración, con el apoyo del comité de fábrica del partido, para reducir los salarios. A continuación reproducimos lo esencial de este documento que nos parece capital, tanto para la Oposición de izquierda como por el ambiente en las fábricas, firmada solamente «La oposición BL»:

«El camarada Futlik, joven proletario del taller n 4 de nuestra fábrica, se pudre, desde hace más de un mes, en la prisión de Butyrka, a la espera de una prolongada y lejana estancia en los confines del norte de nuestro país. Cuando los obreros formulan preguntas legítimas sobre su lugar de detención, los funcionarios del partido y del sindicato se callan o hablan de enfermedades.

«¿Por qué ha sido detenido Futlik? ¿Cuáles son los delitos contrarrevolucionarios para que se le prive de libertad? ¿Qué mal ha causado a la clase obrera que justifique su exclusión de la sociedad?

«Recordamos los recientes acontecimientos en relación a la campaña lanzada en la fábrica por la reducción del precio de coste de la producción. La administración, apoyada por el comité de fábrica y el partido, se ha limitado a proponer reducciones salariales.

«El camarada Futlik tomó la palabra en las reuniones para explicar las dificultades en que pondría a los obreros, cuando los precios no dejan de subir y la grave penuria de mercancías les obliga a comprar más caro en el sector privado. Explicaba que este método de reducción del precio de coste por la reducción de

los salarios suponía una deformación de la línea del partido [...]. La disminución de los salarios ha sido aplicada. Pero esto no es suficiente para los funcionarios. Ahora acusan a Futlik de "actividades contrarrevolucionarias". ¡Defender vuestros intereses se considera un acto antisoviético!».

Los obreros manifestaron su solidaridad con Futlik:

«Los obreros saben quién está de su lado. Han visto cómo la administración, la célula del partido y el comité de fábrica se situaban en contra de sus intereses. Futlik gozó de la confianza y la estima creciente por parte de los obreros, que se manifestó con su elección al buró sindical del taller n° 3. Estas elecciones asustaron a la cofradía de los burócratas de la fábrica. Ensayaron de todo, presiones, intimidaciones, para obtener su exclusión del buró».

El asunto se agrava aún más, pues ahora se encuentra en manos del escalafón inferior del aparato:

«El antiguo secretario de célula Tijomirov no gozaba del reconocimiento de los obreros comunistas; en su lugar fue enviado Ivanov, que había dejado la producción hacía tiempo. Pero cuando se dio cuenta de en qué estima y de qué confianza gozaba Futlik entre los obreros, se apresuró a hacer un informe a la GPU para denunciarlo, lo que tuvo como consecuencia su arresto».

Los BL se dirigen a los trabajadores de la fábrica:

«He ahí cómo vuestra confianza en Futlik sirve para acusarle de actividad contrarrevolucionaria. He ahí porqué Futlik está en prisión. Este camarada obrero, que desde muy joven ha defendido la revolución, que siempre luchó por la causa proletaria, es víctima de un lamentable complot de funcionarios con miedo a escuchar la palabra obrera.

«Camaradas obreros, no dejéis caer a este camarada que sufre por vosotros; no le abandonéis; atreveos a tomar la palabra para exigir su liberación. Creemos firmemente que en el seno de la clase obrera existe la camaradería y la solidaridad y que sabrá rechazar a sus enemigos.

«¡Exigid la liberación del camarada Futlik!

«¡Elegidle en las próximas elecciones del comité de fábrica!

«Vuestra resistencia a la burocracia administrativa, obligada a protegerse detrás de la GPU contra los trabajadores, constituirá una advertencia. Mostrará que los obreros no soportarán las humillaciones y la forzarán a cambiar de política para ir hacia una mayor libertad y hacia el aumento del nivel de vida de la clase obrera».

Sin lugar a dudas, algunos lectores soñarán con que finalmente se pudo «salvar al soldado Futlik». Si las reglas que actuaron sobre la vida y la muerte de sus camaradas se le hubieran aplicado -lo que es más que verosímil-, Futlik hubiera sido, en primer lugar, deportado y, posteriormente, una decena de años después, liquidado en las masacres de Vorkuta o de Magadan, si antes no hubiera gozado de circunstancias particulares.

¿Hay que considerar como un sueño de utópicos la esperanza de que los firmantes de la octavilla pudieran movilizar a los trabajadores para salvar a Futlik? Por supuesto que no. Es cierto que esto aliviaría muchas conciencias, también en nuestro país, pues son muchos los que han matado a Futlik. Pero el análisis hecho en estas octavillas era justo.

Al verse cada día más amenazada, la burocracia se entregó a una represión cada vez más feroz. Evidentemente, no iba a darse una batalla de guante blanco, pero si la batalla se transformó en masacre fue porque la Oposición se hundió como organización. Describiremos esta caída en el capítulo siguiente, aunque ésta se desarrolla simultáneamente a lo que acabamos de ver que ocurría con los militantes del «otro lado».

CAPÍTULO IX

LA CRISIS DE LA OPOSICIÓN

Poco a poco fue resultando evidente la crisis de la Oposición y, más lentamente aún, su gravedad. Las discusiones entre bolcheviques, esto es, entre socialdemócratas rusos, no eran nuevas ni estaban exentas de ruidosas y dramáticas manifestaciones, de escisiones y de reunificaciones. Cuando esta ruptura se produjo hizo correr sangre, mucha sangre y, sin duda, supuso un giro en el porvenir de la revolución rusa.

1. PRIMERAS ESCARAMUZAS

El 15 de febrero de 1928, cuando Trotsky acaba de instalarse en Alma-Ata, *Pravda* hace sonar el gong para anunciar la aceleración con un artículo que impresiona: «Los kulaks levantan cabeza». De golpe se hace saber que durante una sesión dramática -lo que no se dice- el comité central ha decidido requisar los *stocks* de grano de los campesinos y la congelación de precios. No son más, se precisa, que «medidas de urgencia»; dicho de otro modo, provisionales, que no ponen en cuestión la NEP. Los *oposizioneri* se ponen de acuerdo en constatar que la crisis ha estallado, como ellos preveían, y que la adopción de estas medidas consagra el fra-

caso de la política de Stalin respecto al kulak, inspirada por Bujarin.

En el pleno de febrero, según el *Pravda* del día 13, la intervención de Stalin, aunque en tono zalamero, supone una velada amenaza para la «derecha», a la que no nombra pero que, según dice, está apareciendo:

«En nuestra organización, partido incluido, están apareciendo ciertos elementos extraños que no ven las clases en las aldeas, que no comprenden la base de la política de clase e intentan trabajar de forma que nadie se sienta ofendido, que viva en paz con el kulak y, en general, sea popular en todas las capas rurales».

Sin embargo, muy pronto empieza a abrirse subrepticamente una discusión que puede parecer académica, pero que, al contrario, plantea la cuestión concreta de hecho y de fondo: ¿se trata de un verdadero «giro a la izquierda» de la política oficial o de un simple zigzag?

Algunas voces sostienen que se trata de un verdadero giro a la izquierda -en primer lugar, A. G. Ichtchenko, cuyo desplazamiento hacia la mayoría pronto comprobaremos.

Radek se muestra más prudente y más audaz. Cabe preguntarse si no intenta ser el portavoz de los *opositioneri* con ese telegrama del 1º de marzo en que recuerda una carta de la Oposición, escrita por Smilga, Beloborodov y él mismo, sobre «la concepción elaborada con anterioridad por M.A. Reisner», el padre de su compañera Larissa, aunque ignoramos quién pudo darle tal uso, pues la aparición de su nombre actuó como «cobertura » ya que había muerto recientemente.

Por su lado, G. Valentinov se burla de aquellos que sólo ven una divergencia con la mayoría, «la cuestión de la democracia interna», que es el corazón de todo. La atmósfera se espesa. Rakovsky parece desconfiar y telegrafía a Radek: «He sido informado por telégrafo de su intención de celebrar una conferencia. Envieme enseguida el texto o, al menos explíqueme el sentido, por telégrafo». Nos falta una frase, pero está claro que la confianza no reina, ni de un lado ni del otro, y el tono afectado de la carta

de Radek es una señal. Su respuesta sobre las cifras prueba que, como poco, se sintió molesto por la falta de confianza.

En un texto redactado en Uralsk, fechado el 2 de junio de 1928 y titulado *El curso a la izquierda en el campo y sus perspectivas*, Préobrajensky provoca deliberadamente la discusión. No resulta imposible, dice, que el curso a la izquierda que constituyen estas medidas no sea más que una veleidad y que el gobierno ceda finalmente sobre los precios del trigo. Pero esto le parece poco probable, pues cree al gobierno prisionero de su giro. Según él, este giro ha sido tomado bajo la presión del «crecimiento del descontento de los campesinos pobres y medianos contra los elementos capitalistas». Piensa entonces que la Oposición debe de «ir colectivamente por delante de la mayoría del partido, independientemente de las estupideces y de las bajezas que le hacen soportar». Propone que la Oposición haga una declaración de apoyo a esta política, sin aludir a la represión que la golpea y sin reclamar el «derecho a reunirse» de los deportados. Explica que hay que «arriesgarse al optimismo». Sabe que puede contar ya con Ichtchenko, que espera la ocasión para salir del refugio. Y no desespera de convencer a Radek, dudoso.

El 14 de junio, Radek, en un telegrama donde se burla un poco de Kasparova, Rakovsky y Smirnov, pero evitando a Trotsky, muestra a las claras el desacuerdo que se inicia. Informa de una intervención para la cual no había sido mandatado: «El 14 de junio intervinimos en las negociaciones en Moscú con el CC del Partido Comunista sobre nuestro retorno al partido. Habrá que reunir una conferencia del partido para tomar la decisión». Fue atacado enérgicamente por su izquierda.

Rakovsky confía a uno de sus amigos que la mentalidad de economista de Préobrajensky le hace olvidar la política. Sosnovsky, especialista en cuestiones agrarias, no ve en el nuevo curso más que medidas de circunstancia -seguramente no un verdadero giro a la izquierda que, si existiera, debería traducirse en términos de política organizativa: «Evidentemente hay que observar lo que pasa en la cúpula, pero más todavía lo que pasa entre las masas».

Viktor Eltsin ataca rápidamente a Préobrajensky y Radek, quien se le había acercado, diciendo que ellos abordan el problema como altos funcionarios, preocupándose exclusivamente de las luchas en la cima del aparato y de ninguna manera en la base de esta política: la «degeneración del partido», el retroceso de la clase obrera en la URSS y en el mundo. Tal política puede, según él, crear temibles ilusiones; dicho de otra forma, servir a la «mayoría». Ahora bien, «el centrismo es dos veces más peligroso cuando juega a una política de "izquierda"». Y esta política no es más que un juego, como lo demuestran los golpes a la izquierda y las vacilaciones hacia la derecha.

En cuanto a Rakovsky, por vez primera emite una opinión que a sus ojos cuenta mucho en la apreciación de lo que empieza a llamarse la «crisis de la revolución»: «Siempre he entendido lo que hoy ha pasado a ser indiscutible para todos, a saber, que la cuestión del método empleado por el partido para dirigir los sindicatos y el Estado domina hoy por hoy todas las demás cuestiones».

Préobrajensky ve un peligro en la actitud de los «jóvenes», que ignoran lo que es un partido: «Hay que ir hacia un acercamiento con el partido, si no nos transformaremos en una pequeña secta de "leninistas verdaderos"».

Muy seco, Viktor Eltsin recuerda que se trata de «denunciar al centrismo, no de apoyarlo». Y Ter-Vaganian pregunta cómo puede analizarse la situación sin una palabra sobre la situación internacional.

Siempre sarcástico, e incluso mordaz, Dingelstedt pregunta cómo Préobrajensky puede explicar que haya un «giro a la izquierda» mientras que el paro crece y la industrialización sufre una clara ralentización.

Sólo los «independientes» de Safarov han aprovechado la ocasión para capitular. Para ellos, el asunto está cerrado por una declaración que aparece en *Pravda* el 6 de mayo: Safarov, Vuyovic; Vardin, Naumov, Tarjanov y Budzinskaya renuncian a sus ideas y piden su reincorporación. Es cuando Sosnovsky, feroz, dirige a su antiguo amigo Illarion Mgéladze, llamado Ilya Vardin, una carta en la que le aplica la fórmula ritual de los fune-

rales judíos: «¡Y no olvides que estás muerto!» No deja pasar nada y, recuerda a Radek, quien había escrito que «sobre el plan de la composición proletaria, la mayoría se revela mejor de lo que nosotros habíamos creído», que en el pasado ésta todavía no detenía ni deportaba a los bolcheviques por centenares, como ahora... ¡cuando él la encuentra mejor!

Trotsky y Rakovsky mantienen firme la proa y, sobre todo, se esfuerzan por salvar los muebles. Proponen integrar las medidas dentro del análisis de la situación mundial, de cara a una declaración al congreso de la IC en favor de la salvaguardia de la revolución.

2. EN LA INTERNACIONAL TODO SE ENVENENA

Crece la inquietud en las filas. I.N. Smirnov juzga prudente no emprender una nueva discusión, vistos los rencores y las iras provocados por la precedente. Sugiere a Trotsky no fiarse de los intercambios de cartas, y propone cortar por lo sano redactando él mismo una declaración que aceptarían todos y que permitirá volver a unir las filas de los *opositioneri*.

La reacción de Radek demuestra que está decidido a actuar como francotirador. Anuncia que va a someter a los colonos una declaración firmada por él y que, si no hay tiempo, él mismo la enviará con la firma de Smilga.

Y lo hace, lo que provoca una explosión de cólera en las colonias contra su individualismo y su cínica falta de solidaridad. En abril ya había escrito a los opositores del Leninbund alemán para reprocharles su táctica electoral: sobre el fondo tenía razón, pero no tenía ningún derecho a convertirse en su censor. ¿Se cree una *vedette* o es algo más grave? En todo caso, recibe una lluvia de telegramas de protesta, cede y acepta firmar la declaración colectiva. Pero sólo da marcha atrás para coger carrerilla.

No parece que Trotsky se diera cuenta, y reprende a los jóvenes, en abierta ruptura con Radek, porque le parece que exageran en sus críticas y sus acusaciones. El militante de Jarkov Arkadi Borisovich Okliansky, con quince años de militancia, explica:

«No creo que este curso sea de izquierda, sobre todo porque no se puede dejar de lado la cuestión obrera...».

Viktor Borisovich Eltsin lanza una requisitoria despiadada: «Las luchas de altura, los subterfugios de E[vgenii] A[lexeievich] y K[arl] B[ernhardovich]» no son sino inútiles rodeos, pues «toda la experiencia de la lucha revolucionaria desde 1923 muestra que el futuro de la Oposición depende, en último análisis, no de las divergencias en la cúspide, sino de las perspectivas de la revolución mundial». Y Man Nevelson le apoya con su pregunta: «¿Contra quién dirigir el fuego?», lo que permite a Viktor Borisovich volver al ataque, decidido a ponerle fin:

«La serie de luchas, proyectos de declaraciones de E.A., K.B. y A.I. y ahora las nuevas tesis, etc., comienzan a sobrepasar todos los límites; sufrimos las primeras tesis de E.A., después la carta de K.B., y demasiado tiempo hemos sufrido las nuevas tesis de E.A., profundamente oportunistas, que nada tienen que ver con la política marxista».

Las divergencias son verdaderamente serias y hacen pensar en un estallido, incluso entre aliados. Préobrajensky continúa con su cantinela del giro a la izquierda y desea que la declaración sobre la Internacional termine con la afirmación de que la Oposición quiere la paz con la mayoría del partido sobre la base del nuevo curso y con la petición de reincorporación con el compromiso de no «recurrir al trabajo fraccional» -¡experiencia ya hecha, pero los asuntos económicos nubilan hasta tal punto a Préobrajensky que le hacen olvidar todo lo demás!

Radek intenta volar con sus propias alas en un nuevo espacio. Insiste en la idea de la revolución democrático-burguesa, subraya el papel revolucionario del campesinado y la emprende contra los colonos e incluso con la teoría de la revolución permanente. Se pronuncia a favor de pedir la reincorporación, con la promesa de respetar la disciplina.

Trotsky le critica amablemente. Le reprocha que se muestre demasiado optimista, que se fie de lo que dicen Stalin y los suyos, de no criticarlos, de hacer como si la represión y las calumnias ya no existieran y no constituyeran un problema.

3. LAS LÍNEAS DE SEPARACIÓN

Isabel Longuet, en su excelente estudio sobre esta cuestión, habla de «fisuras». Quizás sea un término un poco fuerte para estas fechas. Se trata, más bien, según se puede ver -que se aclara con los elementos que el futuro de entonces, nuestro pasado actual, nos aporta y que los contemporáneos no tenían-, de líneas de separación, de estrías que empiezan a formarse en cruz.

La crisis es un hábito que reviste a la Oposición de los bolcheviques-leninistas, de una derecha, una izquierda y un centro, según la tradición marxista.

En la derecha se sitúa Préobrajensky. Él no está por la sumisión, sino por una conciliación a raíz del «giro a la izquierda». A su derecha tiene a Ichtchenko, terriblemente apresurado, que desea que la Oposición se someta para volver -a cualquier precio- al partido. Como siempre, un tanto francotirador, Radek saca nuevos desacuerdos de la chistera cada vez que se la pone. Los deportados que reciben los textos a tiempo, votan por telegrama. Préobrajensky obtiene 5 votos frente a 105.

La izquierda no tiene texto propio. Sólo se la conoce por sus contribuciones a la discusión. Sus portavoces son hombres tajantes y partidarios de pasar a la ofensiva: Lev S. Sosnovsky, viejo bolchevique, pero el más ardiente de todos; Fedor N. Dingelstedt, de la generación intermedia, podría decirse «un joven viejo-bolchevique», militante en 1910; y Viktor Borisovich Eltsin, nacido con el siglo.

Votaron a favor del texto de Trotsky, pero no aprobaban ni sus precauciones ni su autolimitación. Para ellos, Préobrajensky está cerca de la capitulación en nombre de sus leyes económicas; Radek también, pero rechazando el marxismo. A sus ojos, es una locura imaginar que Stalin podría impulsar, por poco que fuera, una política favorable a la clase obrera y a la revolución. Piensan que ya ha dado muestras de ello. Para ellos, las medidas de urgencia no son sino un transitorio zigzag a la izquierda.

Trotsky, aunque prácticamente plebiscitado por el voto de la declaración para el congreso de la Comintern, no está completa-

mente tranquilo; conoce los peligros mejor que nadie, y siente que el suelo está resbaladizo. En carta a Kasparova, cuando el pleno de julio acababa de abolir las medidas de urgencia y, cediendo a la derecha del partido, daba así la razón a la izquierda de la Oposición, Trotsky se interroga sobre su propia actitud en este inicio de la crisis:

«Los jóvenes [evidente alusión a Viktor Eltsin] hacen amplio uso de su derecho de discusión. He recibido muchas cartas suyas, indignados por haber sido demasiado complaciente con Préobrajensky. En conjunto, tienen razón. Yo he sido mucho más diplomático, intentando evitar un debate interno en un momento difícil sobre una cuestión difícil —“contra viento y marea”—».

No obstante añade:

«Pero estoy de acuerdo con usted en lo que concierne a Karl [Radek], los jóvenes han ido demasiado lejos. Sin embargo, debo decir que él ha hecho todo lo posible por calentar los ánimos. [...] Inútil decir que yo he hecho y hago todo lo que puedo por calmar esas aguas revueltas, porque no hay necesidad de explicar la importancia de Karl. También los jóvenes lo comprenden».

De hecho, como subraya de forma pertinente Isabelle Longuet, las posiciones de Radek y Préobrajensky responden a la presión que ejerce su situación de militantes exilados, y traducen más un estado de ánimo que un análisis. La lectura de la correspondencia entre deportados demuestra que es algo generalizado. Y en una situación psicológica como esa, cualquier cosa puede desequilibrar. Lo mismo ocurre en la izquierda; algunos empiezan a plantearse la vía de los «decistas» de tomar en consideración la posibilidad de un «nuevo partido».

Curiosamente, a pesar de la diferencia de edad, la colaboración cotidiana proporciona reflejos idénticos, pues Poznansky (que es un joven) y Trotsky, cada uno por su lado, hacen esta misma observación: la Oposición ha descuidado un tanto la política en la deportación. Es cierto, y en el curso de la discusión que se abre puede observarse que al oponerse a Préobrajensky y su visión economicista, Trotsky y Rakovsky señalan los factores

políticos (la democracia, la libertad real de la palabra obrera), así como los factores esenciales de la lucha de clases mundial.

Esto se verá con mayor claridad después de la difusión de la *Carta a Valentinov* y las críticas que recibe en la URSS, a las que Trotsky responde con severidad que el centrismo es el mismo y que su esencia es el movimiento incesante de vaivén, lo que excluye los razonamientos a lo Radek-Préobrajensky.

El análisis hecho por Rakovsky sobre la burocracia, al principio funcional y después social, convertida en una «categoría social nueva», responde a las cuestiones urgentes sobre la política del «centro», pero probablemente no fue entendido por aquellos a los que se dirigía. Fueron muchos los que buscaron una «desviación» o una «herejía», aunque se trataba de un instrumento mucho más afinado.

Me gustaría señalar que, ochenta años después, he constatado en algunas personas la misma reacción de ortodoxia «trotskista» ante este texto que Trotsky hizo llegar a todos los nuevos colonos y que consideraba como un hito en el desarrollo del marxismo, en el análisis de la burocracia nacida de la degeneración de la revolución. No se trataba, evidentemente, de una receta de fabricación de la burocracia, ¡sino de la única forma en la que podía combatírsela, de la verdadera respuesta al debate abierto sobre las medidas de urgencia!

4. LA OPOSICIÓN Y EL VI CONGRESO DE LA COMINTERN

El material sobre el VI Congreso de la Comintern almacenado en los archivos de Trotsky es impresionante. Ahí se encuentran todos los documentos, ponencias, textos e informaciones, además de informes sobre las reuniones con los delegados, con Maurice Thorez y Palmiro Togliatti, charlas de pasillo, etc.

Una serie de comprobaciones, confirmadas posteriormente, me ha permitido concluir que este excelente trabajo fue obra de un empleado asalariado de la Comintern, Semen Osipovich

Bolotnikov, de treinta años, miembro del partido desde 1924 -al que ingresó como *opositioner* y por ser *opositioner*. Llevó a cabo todo este trabajo para el desarrollo del congreso, pero guardó un ejemplar de cada documento para Trotsky e incluso algunas entrevistas que le concedió.

Aparentemente fue él quien, bajo el disfraz de funcionario concienzudo, insistió para que los jefes de las delegaciones fueran informados y pudieran leer los textos dirigidos al congreso por Trotsky, aunque cada documento llevaba el nombre de quien lo había recibido y era personalmente responsable de su restitución al finalizar los trabajos.

Se empieza también a conocer la historia de la *Crítica del Proyecto de programa* que entusiasmó al americano James P. Cannon y a su camarada canadiense Maurice Spector e inmediatamente quisieron llevársela con ellos para iniciar el combate. Se llevarán un ejemplar -después de haber entregado debidamente el suyo y haber robado el del jefe de la delegación australiana al que emborracharon, permitiendo que la Oposición desembarcara en el Partido Comunista de Estados Unidos.

La decisión de Cannon y Spector de luchar desde su regreso por las ideas de Trotsky, la intervención sobre China de un delegado indonesio que defiende igualmente sus ideas, muestran la responsabilidad de la dirección de Stalin-Bujarin en la derrota, así como la gravedad del acontecimiento, abren para muchos *opositioneri* una perspectiva internacional.

CAPÍTULO X

CRISIS CRUZADAS

Nosotros hablamos de *«la crisis»*. Ahora bien, se trata de la suma de varias crisis distintas que se combinan y se multiplican. Una de ellas, esencial, era la crisis del bloque en el poder (el «bloque de centro-derecha», como se decía en la época, o de Stalin-Bujarin) que va a precipitar la crisis de la Oposición por las ilusiones de toda índole que engendró -sin contar con la esperanza de vivir por fin de otra forma, pues las condiciones de vida de los deportados eran muy duras, y todavía más duras si no estaban convencidos de que la razón histórica estaba de su lado.

Pero no se trata únicamente de este aspecto. En efecto, a partir del mes de enero de 1929, las relaciones entre Trotsky y la Oposición están prácticamente interrumpidas; sus miembros avanzan a ciegas, sorprendidos por la feroz campaña emprendida por la burocracia contra «la colaboración de Trotsky en la prensa burguesa». En gran medida, Trotsky había conseguido rebajar las tensiones, intentar evitar los choques e impedir que las heridas se envenenaran. Su ausencia iba a multiplicar estas desavenencias que su sola presencia mitigaba.

1. STALIN CONTRA LA DERECHA

A partir del *plénum* de abril de 1929 la dirección la emprendió contra la derecha. No solamente los jefes y partidarios de esta tendencia (considerada entonces potente) fueron barridos en pocos meses, sino incluso sus dirigentes -Bujarin, Rykov y Tomsky que, siguiendo a Zinoviev y Kamenev, comenzaron su descenso hacia la abyección- abjuraron de sus ideas y de todo lo que habían defendido hasta ese momento.

El aparato golpea fuerte. No elimina solamente los apoyos de campesinos, kulaks, *nepmen*, funcionarios y responsables sindicales que forman la base de la derecha en el partido, sino también y sobre todo a sus jefes: Bujarin, Rykov y Tomsky.

Esta vez, Alexander Gavrilovich Ichtchenko, que a todas luces trabaja ya para Stalin y que ha esperado el momento oportuno para ser más eficaz, lanza los primeros golpes y el 9 de junio de 1929 publica en *Pravda* una carta que la GPU se ha encargado de hacer firmar a otros treinta y siete ilustres desconocidos de la deportación, hombres probablemente gastados o desesperados.

Esta carta explica que la realidad viene a desmentir completamente los pronósticos de la Oposición y que la dirección de Stalin ha dado muestras de su carácter leninista. Critica a Trotsky por expresarse en la prensa burguesa de Occidente y estima que la Oposición debe volver al partido para ayudarle en este curso izquierdista. Un poco tontamente, digamos que de un modo policíaco, hace un análisis bastante curioso de la situación en la Oposición, a la que denuncia como dominada por jóvenes sectarios e intransigentes -nombra a Boris Viaznikovtsev, a Majlak, Gevorkian, Nechayev, y trata como minoría de derecha, tímida y moderada, a los «conciliadores» Préobrajensky y Radek.

Por supuesto, la presión de Ichtchenko, bajo las órdenes de Yaroslavsky, el hombre de Stalin en este asunto, va dirigida hacia estos últimos. A pesar de ello, no es en absoluto necesario.

Préobrajensky está convencido de que es la política de la Oposición (o, más exactamente, lo que cuenta a sus ojos, a saber, su programa económico, que por otra parte ya es el suyo: la

industrialización y la colectivización del campo) la que se ha adoptado. Para él, esto lo esencial, la categoría «economía» prima sobre todas las demás: burocracia, represión, ausencia de democracia, presión sobre los obreros son cuestiones secundarias que se arreglarán ellas mismas si la política económica en cuestión se mantiene con firmeza.

Radek parece estar en otro planeta; como cree seriamente que el poder de los soviets está en peligro por la agitación de los kulaks, nada hay más importante que apoyar en este asunto a la dirección, sin pararse en cuestiones personales, de amor propio o similares.

Sus adversarios le responden que no puede haber nada de positivo en política económica sin una nueva política social y cultural, porque el «centrismo» es siempre él mismo, que el aparato está demasiado corrompido para regenerarse y que el régimen del partido, la posibilidad de expresarse, es la condición de una verdadera regeneración y de un verdadero giro a la izquierda: que la política esté en primer lugar.

Rakovsky añade argumentos socio-políticos derivados de la política económica, señalando que a los trabajadores se les pide aumentar su productividad de 100 a 110% a cambio de un alza del 58% en sus salarios reales. Por lo tanto, para ellos no hay «giro a la izquierda» y, sobre todo, la ausencia total de un plan de restablecimiento de la democracia dentro del partido hace que no exista ninguna garantía de que las medidas positivas de hoy vayan a estar en vigor mañana.

2. LA CONFERENCIA DE OMSK: LA HISTORIA EN SUSPENSO

Los conciliadores dudan. En marzo se reúnen en Omsk y elaboran una serie de tesis. Pero surgen dificultades: Radek ataca a Trotsky por su colaboración en la prensa burguesa occidental - quiere que se calle-, y Préobrajensky no aprueba que Radek se

muestre tan paciente con Yaroslavsky y soporte sin protestar sus invectivas permanentes y su brutalidad en las discusiones.

De hecho, Préobrajensky quiere volver al partido, pero sin renegar de la Oposición y de su combate. Autorizado a viajar a Moscú para el nacimiento del niño que su compañera Polina Vinogradskaya acaba de traer el mundo, se reúne con Ordjonikidze y discute con él su eventual reingreso.

Pero no sale nada convencido de la entrevista y escribe a los camaradas, sin ocultarse de los policías que evidentemente leen su correo:

«Aquellos de nosotros que combatieron en las filas del partido hace diez, veinte años o más volverán con sentimientos muy diferentes de los que tuvieron cuando entraron por primera vez: vuelven sin el entusiasmo del principio, como hombres con el corazón roto. Si nos reintegramos, recibiremos el carnet del partido como el que acepta una pesada cruz».

Radek no llega a este grado de honestidad y de lucidez. En ruta por Moscú se detuvo en la estación de Ichim y, entablado una discusión con un grupo de deportados, les dice:

«He roto completamente con Trotsky. A partir de ahora somos enemigos políticos. La cosa es simple: por el lado de la "dirección" ha habido una conferencia que ha restablecido la vía leninista, y por el otro se ha formado una liga de bolcheviques-leninistas. Es un segundo partido, el partido de la contrarrevolución».

De hecho, está dispuesto a renegar de la Plataforma de 1927 y de todo el pasado de la Oposición.

Trotsky no quiere dramatizar. Recuerda que ya en el pasado Radek tuvo desacuerdos con él; evoca sus accesos de izquierdismo, su excesivo arrebató, pero asegura que es «demasiado marxista y demasiado internacionalista para entenderse con los estalinianos».

Se equivoca completamente. Si ahora Smilga, que ha estado muy enfermo y que sigue estando muy cansado, recibe la autorización para desplazarse a Moscú por motivos personales, es porque Yaroslavsky y la GPU quieren hacer una jugada y pactar un

acuerdo con Radek, Préobrajensky y Smilga que abriría la crisis de la Oposición.

Y lo consiguen. Stalin está absolutamente decidido a que nadie pueda decir que, en uno u otro momento, el partido no hubiera tenido razón en sus ataques. Más la semilibertad de la que gozan los Tres, que pretenden hablar en nombre de sus camaradas, el aislamiento material y moral de muchos otros, que hacen circular rumores alarmistas, dan lugar a que el 10 de julio, los Tres, reunidos en Moscú, acaben la redacción de una declaración que los dirigentes del partido, resueltos a forzarles la mano, dicen aceptar. El texto en cuestión aparece en *Pravda* el 13 de julio.

3. LA DECLARACIÓN DE RADEK, PRÉOBRAJENSKY Y SMILGA

En las filas de la Oposición se tenía la impresión de que en Moscú se desarrollaba una negociación y que se había formado una «comisión de los Tres», encargada de negociar las condiciones de una vuelta al partido y a la vida normal. De hecho, se trataba de una capitulación en toda regla, que los Tres no habían negociado.

El texto comienza, evidentemente, por una declaración de ruptura con «la corriente que, sobre la base de la línea política de L.D. Trotsky, se ha agrupado alrededor del pretendido “Centro de los BL de la Unión Soviética”».

Declara apoyar la política de industrialización en las cifras concretas del Plan quinquenal, la lucha contra los kulaks y el capitalismo agrario, la política de los sovjozes y de los koljozes, así como todos los pasos hacia la organización independiente de los campesinos pobres, «la lucha contra el burocratismo en los aparatos del Estado y del partido», la lucha contra la derecha—que refleja objetivamente el descontento de los elementos capitalistas y pequeño-burgueses del país— y la lucha de la IC contra

el reformismo. Finalmente afirma que el principal peligro en el movimiento comunista es el peligro de derechas.

Asimismo, los Tres declaran que a pesar de las «deformaciones burocráticas del aparato soviético y de los elementos de degeneración», consideran «el poder soviético como el de la dictadura del proletariado». Rechazan la consigna del voto secreto, la reivindicación de legitimación de las fracciones en el partido y de libertad de crítica. Según ellos, Trotsky y sus amigos se alejan del partido y, «solamente así puede explicarse la aparición de Trotsky en la prensa burguesa [...] y la creación del centro de los bolcheviques-leninistas de la Unión Soviética, que constituye un paso hacia la formación de un nuevo partido y la legalización de los bolcheviques-leninistas».

Para Stalin significa una importante victoria, a partir de la cual puede intentar romper totalmente a la Oposición. El bloqueo postal había causado ya enormes estragos, ya que ningún militante recibía informaciones fiables, sólo aquellas que procedían de renegados o de candidatos a la capitulación. Iván Vrachev nos contó, con lágrimas en la voz, -este viejo de piedra no era para nada un sentimental- el calvario que supuso ver cómo, de golpe, dejaban de llegar las cartas de todos sus amigos, en particular de Sosnovsky, por el que sentía una profunda admiración y que le había escrito regularmente durante nueve meses.

El editorial de *Pravda* del día 24 de enero pone las cartas boca arriba y denuncia a la Oposición como «una organización ilegal, antisoviética, que prepara la guerra civil». La mayoría de los militantes no opinan así y ven a los trotskistas del presente como veían a los de ayer -un poco más viejos-, pero no como a monstruos procedentes de otra especie como les muestran.

4. LOS DÍAS SIGUIENTES A LA DECLARACIÓN DE LOS TRES

«Traición» o «inaudita traición» son las palabras más frecuentes que aparecen en las cartas. Los *opositioneri* creyeron y espera-

ron una negociación con resultados positivos y lo que se les presenta son ¡cláusulas de capitulación! Así es como reaccionaron. Un poco después, la indignación dio paso al instinto de conservación y muchos *oposicioneri* que se sentían muy de izquierdas, y que sin duda lo eran, se pasaron a la derecha diciendo que después sería demasiado tarde. Porque querían sobrevivir.

El envío de Sosnovsky a Barnaul, al frío asesino, el envío al *isolator* de Dingelstedt y a otros posiblemente inspiró el rápido giro, en quince días, de un Boris Viaznikovtsev de la extrema izquierda hacia la derecha.

Pero, por otra parte, hay una especie de veneno lento. Las autoridades juegan con el miedo colectivo, con los rumores sobre las sublevaciones campesinas y las masacres que las siguen, sobre el renacer de un peligro permanente, terrorista, procedente de los blancos. Radek ve Cronstadt por todos lados.

También se juega en positivo, haciendo brillar perspectivas grandiosas de futuro: por ejemplo, un «Octubre campesino». Años más tarde, Isaac Deutscher, siempre dispuesto a una reverencia hacia Stalin, resumirá todo el plan de la propaganda en el célebre título de la *Tercera Revolución...*

Ignoramos cómo reaccionaron los «del otro lado». Sólo contamos con el informe de Lev Kopelev sobre una reunión en el campo, cerca de Jarkov, donde eran mayoría los que querían construir fábricas y centrales eléctricas y reforzar el Ejército Rojo. En su conjunto, se atropellaban en las puertas de salida y el ejemplo de los jefes de la Oposición tuvo un efecto: encontraron la forma de colocarse, mientras que los de base se quedaron en la estacada. Pero muchos miembros de la Oposición cayeron agotados por la dureza de la vida en el exilio, por trabajos que desconocían, bajo un clima riguroso o debilitante, en un país a menudo extranjero.

¿No era la «muerte política», como decía Zinoviev, la que había que evitar a cualquier precio? Sin duda alguna, después de lo que habían sufrido, eran centenares, si no millares los *oposicioneri* desgastados por tan larga resistencia, demasiado desmoralizados para dirigirse realmente al combate y, de todas formas,

demasiado escépticos como para escuchar los llamamientos generosos y entusiastas.

El balance de pérdidas, de abandonos o, si se prefiere, de «renegados», es abultado. No solamente Préobrajensky es el antiguo secretario del partido y Smilga el antiguo sucesor designado por Trotsky y, por tanto, el corazón de la Oposición, sino que Alsky era vice-comisario del pueblo para las Finanzas y secretario de la Oposición en 1927, Efim Dreitser comandaba la guardia personal de Trotsky en los últimos días de su libertad, Marenko dirigía la Oposición en Kiev e Iván Vrachev en Moscú. Las cifras no están infladas; realmente eran militantes de la Oposición los que siguieron a los Tres: 344 colonos la dejan en julio, 115 en agosto, 141 en septiembre -en total, 609 oficialmente censados.

Quizá lo más grave es la competición que surge entre algunos de ellos sobre quién denunciará a más camaradas resistentes. Los del aparato piden a cada candidato a renegado -ahora sí parecen agolparse en las puertas- que denuncie a los que conoce como *opositioneri*. La palma de la delación se la llevan Karl Radek, que da los nombres de 767 camaradas de lucha, e Iván Vrachev, bastante por detrás, con 137 delaciones.

5. ¿MAREJADA?

La ola de lo que Trotsky y los suyos llaman capitulaciones se lleva consigo a un buen número de personalidades conocidas. En primer lugar, a militantes obreros como Gayevsky, Lesin, Alexeenko, Stukolkin, Ivachkin y muchos más. Después a cuadros como Sergei Zorin, I.Y. Vrachev, S.S. Reztsov, Sarra Koretskaya, y militantes cuyo papel ya hemos señalado, pero cuya exclusión temporal les aparta de la base, su «medio»: S.O. Bolotnikov, el ex decista V.G. Borodai, Yakov Belenky (de *Pravda*), Grigori Ajsenberg (que sigue a Préobrajensky), Mark Blumenfeld, los veteranos Efim Dreitser, I.L. Karpel y Arkadi Seller. De los de la aventura de la imprenta, sólo reniega uno: Dvoretz.

6. PÁNICO ANTE EL ABANDONO DE IVÁN NIKITICH

En las horas más sombrías de la Oposición se conoce la peor noticia: Iván Nikitich Smirnov, que fue la conciencia del partido y de la Oposición, está a punto de romper y de seguir a los Tres. Los que quedan se sienten aterrorizados.

No pasa nada y se preguntan si Trotsky ha sido informado a tiempo. A pesar de todo, hay que precisar que los que conocen a Smirnov pueden admitir que capitule -pero no siguiendo la estela de Radek.

La intervención de Eleazar Solntsev cambia todo. Este «gran joven delgado, de graves ojos grises y de rara y dulce sonrisa», como escribe Max Eastman, no tiene aún treinta años. Antiguo miembro del Instituto de Profesores Rojos, historiador y economista, trabajó mucho con Trotsky antes de llegar a los Estados Unidos, de donde regresa -a pesar de su decisión, tomada de acuerdo con Trotsky, de no volver.

Inmediatamente fue detenido, deportado en un primer momento a Petropavlovsk, se encuentra en el *isolator* de Cheliabinsk. Desde allí envía una carta a Rakovsky en la que relata el pánico que pudo constatar tanto fuera como dentro, y propone lo que le parece que puede ser un medio de atajarlo. No encuentra expresiones lo suficientemente fuertes para caracterizar la situación en el seno de la Oposición: «pánico y confusión»; «degeneración ideológica y moral completa»; «cada cual teme ser traicionado, suplantado por otro»; «el dique se ha roto».

¿Qué es lo que sugiere? «Un paso peligroso y arriesgado»: una nueva declaración de la Oposición (la última data de julio de 1928). Haciendo alusión a la famosa «declaración pacífica» del 16 de octubre de 1926, plantea «una declaración que proponga un compromiso, [...] una maniobra para preservar a la Oposición [...] para impedir su desorganización completa».

No tenemos la carta completa, sólo la conocemos por la reproducción aparecida en *Pravda* el 20 de agosto de 1929 destinada a

mostrar que los *opositioneri* continúan con sus actividades fraccionales/secesionistas. Pero, por el momento, no es muy grave, pues, indiscutiblemente, es el pensamiento de Solntsev el que se expresa en los pasajes citados.

Rakovsky retoma la idea y consulta a sus camaradas de deportación V.V. Kosior, I.N. Muralov y M.S. Okudjava. El proyecto de Solntsev se lleva a cabo por medio de un telegrama difundido ampliamente el 28 de julio, y después por unas tesis aprobadas por los cuatro hombres el 10 de agosto. Asegurado por la aprobación de ochenta y cinco colonias, de las que diez sólo tienen a un colono, Rakovsky evalúa el número de nuevos firmantes en cuatrocientos -lo que supone, piensa, un freno al pánico. El 7 de septiembre dirige una copia de la declaración a Trotsky pidiéndole que se una, llegado el caso.

La forma es moderada y la reivindicación está firmemente formulada. De pasada, podemos preguntarnos por qué Isaac Deutscher afirmó que «se necesitaron muchos meses para que el grupo de Rakovsky definiera su actitud», pues es todo lo contrario, la rapidez de la reacción es lo que sorprende.

En todo caso, la declaración circula por las colonias, a pesar de las mil y una dificultades, reuniendo en algunas semanas cuatrocientas firmas nuevas, más que las de los «Tres», y el doble de su capital inicial de firmantes. Entre ellas se encuentran las de los fieles K.I. Grunstein y V.D. Kasparova, además de -y esto es importante- L.S. Sosnovsky, ahora en *isolator*, «Budu» Mdivani, Kavtaradze y Lado Dumbadze.

La declaración incluye importantes pasajes sobre la construcción del socialismo, el peligro de derecha y su necesaria depuración, el rol de la clase obrera en la edificación socialista, la necesidad de organizar uniones de campesinos pobres -queridas por Sosnovsky-, única arma anti-kulak eficaz.

Pero los pasajes capitales son aquellos en los que se inscribe, bajo todas sus formas, la reivindicación de democracia: «un aparato basado en la confianza de las masas, un aparato basado en la elegibilidad, en la revocabilidad y el respeto a la legalidad [...], situado bajo el estricto control de la libre crítica de todo el parti-

do». Al igual que Trotsky lo manifestara leyendo el texto de los Tres, sus camaradas piensan que «para los marxistas el régimen interior del partido es un elemento irremplazable de control de la línea política».

Por supuesto, esta declaración termina con la afirmación de que los bolcheviques-leninistas están dispuestos a renunciar a la formación de fracciones y a someterse «a los estatutos y a la disciplina del partido, que garantizan a cada uno de sus miembros el derecho a defender sus opiniones comunistas». Ninguno de sus firmantes albergaba la ilusión de que esta fórmula fuera aceptada por Stalin.

7. EL LARGO RETIRO DE IVÁN NIKITICH

La declaración de Rakovsky pone freno a la corriente que amenazaba con una nueva ola de capitulaciones que abrumaba a Iván Nikitich Smirnov, quien, a pesar de no tener intención de capitular, deseaba una vuelta honorable al partido. Negoció casi cinco meses. Lejos de ser un conciliador en 1928 -otra afirmación errónea de Deutscher-, se muestra muy escéptico sobre el «curso a la izquierda» que pueda llevarse con métodos de aparato. En todo caso, no está dispuesto a apoyar al partido mientras que no se reintegre a los excluidos -al menos, es lo que afirma, junto a Ter-Vaganian, cuando el 1 de agosto terminan la redacción de su proyecto de declaración.

Con este triste episodio se desata la crisis de la Oposición. Cada uno elige. Sokrat Gévorkian, que estuvo a punto de seguir a Smirnov, firma la declaración de Rakovsky, que ha recogido más de ochocientas firmas -con más razón que entusiasmo.

Con I.N. Smirnov están A.G. Beloborodov y F.V. Jablonskaya, que eran los animadores de la colonia de Biisk donde estaban en cuarentena; otros bolcheviques de la época heroica como Sergei Mrachkovsky; numerosos combatientes, militares u obreros de la Oposición de 1927; el grueso de los obreros de la Oposición unificada: el metalúrgico de Leningrado y todavía alumno de la

Escuela superior del partido A.A. Andrianov, Rafail, R. Sajnovsky, Ilya Rosengaus, Olga Tanjiléovich, A.J. Kantor, el médico Gorodetsky, Vasili Maslov, el de Kiev Oskar Kofman, el joven de Jarkov Boris Vainstok, Chot Oganosov, Mijaíl Bodrov (uno de los metalúrgicos más populares) y el jovencísimo maquinista V.V. Kozlov (uno más de Krasnia Presnia) y el hombre del «servicio de orden» Ojotnikov.

Pero nada se ha arreglado y el malestar persiste, con la crisis a punto de estallar de nuevo. El joven Yacha Kievlenko que al votar a Rakovsky votaba conservador, para poner fecha y reiniciar la marcha, escribe a Liova Sedov para que le llegue a su padre:

«Cada cual pelea por su idea y no hay nadie que pueda decidir. Todo el mundo espera que L.D. [Trotsky] diga algo, pero no llega nada. Hay que rectificar la línea que, en su conjunto, Christian Georgievich ha definido con justeza, si no la catástrofe es inevitable. Hay que elaborar un documento unificador, pues no se puede retener a la gente con buenos sentimientos. Son pocos los que se mantienen firmes; la gran masa exige respuestas de fondo sobre las divergencias. No debemos ocuparnos de los que mañana van a unirse a Beloborodov, Mrachkovsky y Smirnov, sino de los que quedan y de los que toman el relevo».

Ahora bien, la sangre corre por vez primera. Yakov Blumkin, que había sido el colaborador de Trotsky, informó a sus jefes y visitó a Trotsky, trayendo a la URSS un mensaje para sus partidarios. Fue pasado por las armas, por decisión del buró político erigido en tribunal. Dos hombres más fueron ejecutados por haber divulgado la información. Víctor Serge, que ha sido durante mucho tiempo la única fuente, habla de «Rabinovich y Silov» - hay miles de Rabinovich y ningún Silov en los documentos de los que disponemos. Las últimas publicaciones sobre la represión finalmente nos permiten proporcionar una respuesta justa. La información sobre la ejecución de Blumkin se la dio el joven oficial de la GPU Boris Lvovich Rabinovich (veinticinco años) al independiente Vladimir Alexandrovich Cilov (veintiocho años) que fue el intermediario con los *opositioneri* de Moscú.

La discusión no abandona las filas de los *oposizioneri*. Sólo cambia de lugar; son los *isolatori*, a menudo antiguos monasterios —las prisiones del zarismo—, los que dan cobijo, en lugar de a oficios ortodoxos, a debates entre discípulos de Marx, Lenin y Trotsky.

En una carta de octubre, Trotsky vuelve sobre el interés de la declaración de Rakovsky y otros, limitándose a indicar que ésta correspondía exactamente a la necesidad de modificar ligeramente la táctica de la Oposición de cara al zigzag a izquierda de Stalin. De hecho, todavía durante largos meses, dejará caer breves salvas irónicas sobre sus antiguos compañeros de lucha. No podemos citarlas todas, pero para concluir este doloroso capítulo nos contentaremos con una de las mejores, incluida en *Lecciones de las capitulaciones*, fechada en marzo de 1930:

«La imagen del partido se aclara teniendo en cuenta las circunstancias en las que Rykov, Tomsy y Bujarin han capitulado, al día siguiente de que los Radek y los Smirnov tomaran conciencia de la necesidad de capitular “en interés de la lucha contra la derecha”. Volviendo del exilio a Moscú, Radek gimoteaba por el camino que dos partes del comité central iban a detenerse la una a la otra y es por lo que había que volar en auxilio del centro, es decir, de Stalin, en su lucha contra la derecha, es decir, Bujarin, Rykov y Tomsy. Desde que Radek termina de redactar su segundo o tercer párrafo de arrepentimiento, los severos dirigentes de la derecha declaran que ellos también arden en deseos de ayudar al centro en su lucha contra todas las desviaciones, sobre todo su desviación de derecha. De esta forma el cerco a Frumkin [el único “derechista” reconocido y confeso] estaba garantizado al 100%. Cuando Smirnov y Boguslavsky llegaron, ya estaban ocupadas todas las plazas para la partida de caza. Pero entonces —¡lo quiso el azar!— Frumkin confesó. Finalmente, la derecha se ha convertido en un fenómeno trascendental».

Advertimos claramente que Trotsky no lanzaba contra Iván Nikitich las pesadas salvas que él sabía tirar. Sin decirlo, esperaba que quizás un día volvieran a encontrarse. Y —¿no es extraordinario?— no se equivocaba.

Pero la cosa es más grave. Desde sus inicios, la Oposición se centró en una clase obrera frente a la cual la dirección defendía el «interés general», a saber, la masa de burócratas, la naciente burguesía, las capas campesinas.

La doble ruptura en el partido señala una evolución ineludible hacia un régimen bonapartista apoyado sobre el Estado y sus fuerzas armadas. Elevándose éste por encima de las otras fuerzas sociales (incluyendo aquellas que le llevaron al poder), aplasta con todo su peso a la sociedad y, ante todo, a los gérmenes de renovación: es el bonapartismo soviético —en otros términos, el estalinismo, uno de los peores monstruos que haya nacido de las convulsiones para sobrevivir de un sistema caduco—.

CAPÍTULO XI

EL ESPACIO INFINITO, ¿TUMBA O PRISIÓN?

Detenido en Verjneural'sk, Ivar Ternisovich Smilga decía: «Cuando se tiene tan vastos espacios y tanta estepa a su disposición, no es necesaria la guillotina». Así lo pensaba Stalin, pero sólo durante algunos años. La pregunta se puede plantear de otra forma. Una vez expulsado Trotsky, ¿qué es la Oposición rusa en 1930? La pregunta es más difícil de lo que parece. Hace veinte años yo la contesté mal. Escribí que eran tres: Rakovsky, Muralov y Sosnovsky. Pero no era cierto.

1. LOS TRES «VIEJOS»

Lev Semionovich Sosnovsky está primero en el *isolator* de Chekiabinsk, después en el de Tomsk. Régimen riguroso. Al principio, su mujer, Olga Davidovna, tiene derecho a visitarlo, pero es imposible cualquier contacto político. No obstante, consigue ganarse a los vigilantes, veteranos de la revolución y de la guerra civil. Gracias a ellos consigue informaciones e incluso textos de discusión, pues el centro de Biisk se hace cargo de ello, sin duda a través de Lipa Volfson. Por su intermediación responde con

infinitas precauciones, sin abusar de su ayuda, pero jugando un papel indiscutible.

Sin embargo, detienen a uno de ellos. Torturado, no dice nada, y es pasado por las armas. Los otros guardias tampoco hablan. Son trasladados; reemplazados por matones. Sosnovsky, este hombre valeroso, se perdió, y en adelante fue incapaz de actuar sin que corriera la sangre de sus allegados o amigos. Es impresionante, un enterrado en vida.

Al menos una vez, en 1932, al final de su pena, el joven ucraniano Lipa A. Volfson, consigue que le conceda el derecho y el deber de arriesgarse por él: le lleva una carta para Rakovsky, que se encontraba deportado en Barnaul. No pasó nada, pero después es como si Sosnovsky se hubiera borrado del mundo de los vivos. Era joven y valiente, le gustaba bromear, arremeter contra sus adversarios, ridiculizarlos con su verbo y confundirlos. ¿Qué pasó en la cárcel donde esperaba la muerte o la orden de que le mataran? Hablando con propiedad, nadie lo sabe.

Nikolai Ivanovich Muralov está políticamente jubilado y las autoridades le dejan aparentemente tranquilo, aunque se haya negado a cualquier tipo de declaración. La vigilancia es estricta. El más próximo de sus colaboradores, S.A. Fishkovsky, acaba por emigrar. Unido a Lenin, admirado por la generación de los que están «en el poder», el abuelo ha sido un jefe de guerra y sus pares, incluso profesionales, le han querido. Volvió a la agronomía de su juventud, recibió gruñendo más que hablando, no dice nada —a nadie— que tenga un sentido político en respuesta a las preguntas, tiene pasión por los niños. Podría creerse que está sordo o amnésico. De hecho, oye, hace su trabajo de buen especialista, no ha olvidado nada y lo entiende todo. Sobrevive, y no duda en echar una mano a Rakovsky con la declaración de 1930 enviándola ante las narices de la GPU.

Por último, está Rakovsky, sobre el que confieso haber estado equivocado durante años. Rakovsky diabético y cardiaco, en el lugar más frío del mundo habitado, es cierto. Pero no es cierto que Rakovsky estuviera aislado, de todos —no, esto no es cierto—.

Conocí, por la suerte que sonríe a los historiadores apasionados, a una señora muy mayor de espíritu muy joven, Genia Jersonskaya, correo de Biisk, que hizo un viaje/aventura cargada con un importante correo remitido por Trotsky vía París, Moscú y Biisk para encontrarse con Rakovsky en Barnaul, preguntándose si su virtud y fidelidad a su joven marido Gersh Mordkovich Babinsky resistirían los asaltos del famoso seductor que acababa de embarazar a su joven secretaria en Saratov...

Confieso haber creído en las alarmantes descripciones que Trotsky repetía en la prensa opositora del mundo sobre la suerte de su amigo, intentando persuadir a todos del riesgo que corría de morir de frío y de fatiga, y de convencer a la GPU de que no tenía y no podía tener ningún contacto militante. Pero Trotsky hacía eso para proteger a Rakovsky. Este último pensaba, luchaba, obraba con astucia, aconsejaba; en una palabra, militaba y a veces incluso dirigía, leía las cartas de su amigo Lev Davidovich y le respondía, con la alegría que puede adivinarse al haber conseguido burlar al *gensek* Stalin a través del mundo.

2. LA RED DE BIISK O «CENTRO RAKOVSKY-VOLFSON»

La colonia de Biisk --uno de cuyos primeros organizadores fue, después de Beloborodov, Yosif Kraskin, un antiguo secretario de Trotsky-- era, desde la clandestinidad, una especie de colonia-plataforma, que había sucedido a Bichbek por las relaciones con el Centro de Moscú, con París y demás ciudades, con Trotsky en el exilio y también con los deportados por el espacio ruso. La gente de Biisk mantuvo hasta el final el contacto con Rakovsky, a pesar de la distancia y del gran frío siberiano...

Inicialmente con Yosif Kraskin, posteriormente sin él --después de su terrible exilio en el gran frío--, el trabajo de la colonia estaba dirigido por un hombre de la misma generación, nacido a principios de siglo, que se hace adulto a través del octubre de 1917. Originario de Kiev, Lev Trigubov es hijo de un rabino.

Admirable organizador, conoce perfectamente el francés -utilizado con frecuencia por precauciones de clandestinidad, pues la GPU parece dejar pasar las cartas postales en francés, anodinas respecto del París que les preocupa.

Con su declaración de agosto de 1929, Rakovsky perdió a su principal colaborador de Astrakán, Amo Elizarovich Saakian, enfurecido por su «oportunismo», pero volvió a encontrar en Saratov a amigos y camaradas de Jarkov: la estadística Tania Miagkova; un allegado, Semen Mints, secretario de sección y, sobre todo, al estudiante de Kiev, Lipa Volfson, quien durante años fue su ángel guardián en el infierno. En Saratov, donde trasladan a Rakovsky después de la primera declaración, le proveen directamente de documentos del Centro enviados por Otets (B. Eltsin) por medio de la periodista Ana Arkadievna Gluskina que viene a ver a su marido y por Mirochnikova, que va vera al suyo, un antiguo obrero de la fábrica Molodaya Gvardia, de Moscú, deportado en Ulala.

En ese momento, el grupo de Biisk, al que Rakovsky ha contribuido a consolidar, en particular su red, es muy activo. Una pesquisa aniquila sus esfuerzos, y V.V. Kossior será enviado a Minusinsk y M.S. Okudiava hacia Balachov. Pero, sobre todo, él mismo es castigado por haber intentado redactar y más tarde disimular, una declaración; es enviado a Barnaul, ciudad de clima terrible. En Barnaul hay muchos deportados que le conocen, y esto es una gran suerte. Vuelve a encontrarse con Lipa Volfson, expulsado en 1931, que habiendo purgado una pena de exilio en Pabel, consigue volver e instalarse brevemente en el *isolator* de Tomsk -de donde trae ese preciado bien: una carta de un Sosnovsky combativo y animoso-.

Allí también se encuentra con alguien de quien, por fuerza, volveremos a hablar, la hija de Iván Nikitich Smirnov, Olga Ivanova Smirnova, deportada con su compañero Gugel, enseñante superior en Moscú; con Leon[id] Chernoborodov y su mujer; y con la estudiante ucraniana L.F. Jeifitz, que vive en casa de Lipa Volfson, en Barnaul y que forma parte de la red.

Sin duda, Genia Gershonskaya fue una de las últimas viajeras de Biisk a Barnaul. Ella nos ofreció un relato lleno de imágenes, vivo, de su encuentro con Christian Georgievich y después con Alexandrina, tan ávida de noticias como su marido. Parece ser que la siguiente visitante fue Anna Pavlovna Livshitz, una provocadora o una inculpada que se había desmoronado. De ella parte la denuncia según la cual Rakovsky y Volfson preparaban una conferencia de bolcheviques-leninistas en el exilio, de la que ella sería el correo y el agente de enlace. Faltan los documentos.

3. FIN DE LA RED

Es un verdadero enigma el final de lo que la GPU bautizó como «centro Rakovsky-Volfson». Incluso el dossier de rehabilitación de los acusados es en sí mismo un misterio, ya que incluye dos nombres, entre ellos el de Rakovsky, quien, aparentemente, no fue inculcado en este sumario.

Los arrestos comenzaron el 10 de diciembre de 1933 con la detención de Kivshitz, que guardaba un texto de Rakovsky copiado a mano. El 21 de febrero de 1934 ésta confesaba haberse evadido del exilio en marzo de 1931, haber pasado a ser militante ilegal, haberse encontrado con Rakovsky y Volfson, en cuya casa de Ulala vivió.

El 25 de febrero de 1934 G.A. Molchanov, de la GPU, anuncia que treinta y tres personas han sido juzgadas por «conspiración antisoviética». Todos los acusados son condenados por formar parte del «centro Rakovsky-Volfson», pero sin alusión a la persona de Rakovsky. Lo son a penas muy leves, lo que resulta sorprendente, ya que la acusación es, ni más ni menos, que de conspiración contra la seguridad del Estado. La condena de tres años a Lipa Volfson y a sus camaradas, en marzo de 1934, es absolutamente increíble. Evidentemente, hay un acuerdo secreto.

La cronología siguiente, con las últimas declaraciones hechas por Rakovsky a la NKVD en septiembre de 1941, nos convencen finalmente de que el «depósito de armas» de Rakovsky del 18 de

febrero de 1934, sus confesiones bajo arresto a partir del 21 de febrero de 1937 y su condena el 13 de marzo de 1938 forman parte de un *deal* para salvar la vida de Volfson.

No teniendo la intención de mantener con vida a Rakovsky después de 1937, Stalin no tenía ninguna razón para proteger a este trotskista —al que odiaba personalmente por su superioridad intelectual— mientras que masacraba a los otros, y probablemente en 1937 es cuando Volfson, condenado en 1935 junto a Charomskaya, fue pasado por las armas, a lo que hace alusión Rakovsky en su carta a la GPU. Volveremos después sobre el final de Olga Ivanova Smirnova.

4. LOS BOLCHEVIQUES-LENINISTAS DESPUÉS DEL CICLÓN DE 1929

Rakovsky no se encontró solo, pero sí bastante aislado políticamente, cuando fue enviado a Barnaul. En 1931 intentó hacer una declaración política —absolutamente necesaria—, mientras que sus camaradas V.V. Kosior y N.S. Okudjava fueron alejados por haber participado en la empresa.

Una de las dificultades con las que se encontró fue que, salvo con los ucranianos, de los cuales fue jefe militar, no gozaba de la misma confianza que Trotsky entre los deportados —él ya se había hecho a la idea—. Éstos le aceptaron como a su «mandatario», pero sospechaban que pudiera llevar a cabo su propia política, «oportunista».

A la declaración de 1929 le sigue una lluvia de críticas desde la izquierda, algunas francamente izquierdistas, según las cuales Rakovsky no es más que el último representante de los «capituladores» en la Oposición. Él es consciente de ello, y probablemente sufre, pero conserva una calma excepcional, limitándose a argumentar sin llegar a polemizar.

De hecho, lo que caracteriza a los nuevos colonos es una actitud izquierdista y una falta de preocupación por la cohesión entre los *opositioneri*. El ejemplo más sorprendente es la carta de dos

militantes de Azerbaiyán que fueron docentes en la Universidad de Moscú, Tigran Askendarian y A. Bertsinskaya. Para ellos, lo importante era que Rakovsky hubiera empleado la expresión *Wait and see* sobre la evolución de los Tres. Era la prueba de que se inclinaba por una línea «conciliadora», siguiendo la estela de Radek. Este juicio de intención no se funda en elementos fácticos, sino en expresiones, en palabras atribuidas, en actitudes expresadas en los diferentes momentos de esta crisis.

A pesar de todo, a Rakovsky no le disgusta subrayar que el famoso llamamiento de Stalin «Al diablo la NEP» en *Pravda* del 21 de febrero, seguido por otro el 15 de marzo, y, finalmente, las decisiones del CC encaminadas a una disminución de la tensión en el frente campesino, validaban claramente las críticas de la Oposición y restaban crédito a los que se situaban fácilmente a la izquierda de sus análisis.

Las críticas de una parte de la colonia de Rubtsovsk y en particular las del joven búlgaro Vasil Sidorov, hijo de un viejo militante, se unen a las de Askendarian. Ninguno de esos *opositsioneri* entiende en absoluto la preocupación de Trotsky y de Rakovsky por preservar la Oposición —o, si se prefiere, por cortar la hemorragia—. Viaznikovtsev, en los momentos de pánico, le reprocha ¡«que pensara sólo en los huidos»! Lo cierto es que él mismo se dará a la fuga.

Evidentemente, hay bastantes matices. Dingelstedt, indiscutiblemente a la izquierda, no comparte el punto de vista de aquellos que consideran que el hecho de situarse a la izquierda de Rakovsky ¡significaba que éste se encontraba en la derecha! Entre los que le atacan con más saña están los tres de Slavgorod, como Boris Livschitz, que llegan a escribir:

«Por lo que sabemos, C.G. [Rakovsky] prosigue en su línea de conciliación con los que se desplazan hacia el centrismo desde la aparición de las tesis de Tomsk, sobre las que quería basar la unión de la Oposición».

Por su parte, Rakovsky recuerda que «en el aparato, la violencia es un método habitual de acción», pero que si la Oposición ha

hablado de ello, durante meses el CC no ha visto nada ni ha entendido nada, y afirma:

«La directiva sobre la colectivización total ha sido un grosero error político, una verdadera *ruina* teórica, que viola los principios fundamentales del leninismo. [...Nuestro partido] se ha empeñado en transformar a los pequeños propietarios en socialistas con la ayuda del agua bendita y las uncciones del partido [...]. En los cimientos del curso ultraizquierdista se encuentra la idea preconcebida de que el aparato puede hacerlo todo [...], uno de los pecados mortales que Lenin llamaba la “auto-complacencia”».

El aislamiento de Rakovsky fue momentáneo. El 20 de junio de 1930 son siete —Grunstein, Kasparova, V.V. Kosior, V.J. Ausem, N.I. Muralov, Kote Tsintadze y él mismo— los que firman una declaración de la Oposición, de la que hasta hace poco desconocíamos su existencia y de la cual, gracias a Jean-Jacques Marie y a la familia Ausem, contamos con largos extractos. Los siete vuelven sobre las cuestiones políticas concretas, comenzando por las expulsiones masivas y retomando los temas sobre los que nació la Oposición. Sentimos no disponer del texto íntegro, pues allí se encuentra, en la continuidad, un cambio profundo y un elemento nuevo. Desde 1923 los textos de la Oposición sólo hablaban de la *democracia del partido*. Ahora bien, la declaración de los Siete afirma:

«El ejecutivo ha pasado a ser todo. Dirige, legisla, se controla y se elige a sí mismo. La burocracia ha sustituido a las masas trabajadoras [...]. Sin la democracia obrera, sin la democracia en el partido, es imposible que el carro del poder salga del atolladero en el que se ha hundido».

Recordando las condiciones en las que se encuentran los *oposizioneri* —ochocientos en el exilio y trescientos en *isolators*, muchos muertos, muchos camaradas en lamentable estado de salud, exiliados sometidos a incesantes pesquisas y a cuarentena postal, sufriendo continuamente detenciones masivas—, concluyen (y esto debería importar aún hoy a cualquiera que lea este texto):

«Nada de esto nos ha hecho flaquear en nuestra lucha por el fortalecimiento de la dictadura del proletariado en nuestro país, por la revolución mundial, por la unidad ideológica y de organización del PCR(b) y de la Comintern y, al mismo tiempo, por la *defensa del derecho, reconocido por los estatutos de nuestro partido, de "discutir con total libertad sobre todas las cuestiones problemáticas"*».

Es ahí, aseguran los Siete, donde se encuentra la clave de todo, la explicación de la «falta de interés de las masas, de su apatía creciente hacia el destino de la revolución».

¡Qué insignificantes, a la vista de estos textos, son las afirmaciones de algunos «trotskistas» modernos —no obstante ebrios de ortodoxia— según los cuales, en un debate, nunca hay que invocar la «cuestión de los métodos»!

5. LOS DECISTAS

A partir de 1927, los decistas, que también se llamaban «Oposición proletaria», ocupan un lugar aparte. Después de la declaración de los Quince y su separación de la Oposición, defienden una posición que su último discípulo, el joven historiador Alexei Gusev, considera «mucho más radical».

Sapronov, en un texto titulado *La agonía de la pequeña burguesía*, denuncia la existencia en la URSS de un sistema «capitalista de Estado», donde un nuevo «despotismo asiático» ha destruido la democracia proletaria. A ojos de los decistas ya no existe la posibilidad de reformar el partido; hay que preparar a la clase obrera para la lucha a muerte, para la revolución contra la oligarquía y, contra ella, no reparar en medios en la defensa de los principios fundamentales del leninismo.

Sobre el papel puede resultar seductor, pero es una perspectiva lejana, sin reivindicaciones transitorias, que los militantes bolcheviques-leninistas, incluso los que son un poco izquierdistas, no comprenden y que les aísla. Los decistas perderán militantes en beneficio de la Oposición, y el esfuerzo hecho en otro tiempo por

Víctor Serge y hoy por Gusev por persuadirnos de lo contrario me parece vano.

Hay que añadir aquí la crítica metodológica de Trotsky: los decistas, como los capituladores, sólo toman en cuenta la situación presente, y no el movimiento social y político en curso, al término del cual sus últimas consignas podrían tener lugar. Su método de pensamiento es subjetivista. En los archivos puede seguirse el itinerario de militantes obreros que regresan a la Oposición, como Rafail (Farbman) y B.G. Borodái. El 28 de septiembre de 1928, Rafail escribe a Trotsky:

«Nuestros amigos del grupo de los Quince han lanzado una furiosa campaña, particularmente contra usted, y hay un acuerdo entre el *Bolchevik* y V.M. Smirnov. [...] Su mayor error consiste en que atribuyen un gran valor a las decisiones puramente formales y a las combinaciones en la cúspide. Los árboles no les dejan ver el bosque».

6. LOS CADÁVERES SE ACUMULAN

A finales de 1929 comienzan las primeras ejecuciones deliberadas de *oposicioneri*. Más arriba recordábamos la de Yakov Grigorievich Blumkin, *alias* Auerbach, *alias* G. Belov. Volvamos sobre ello.

Es un hombre excepcional. Provenía de los SR de izquierda y era chequista cuando, con menos de veinte años, por orden de su organización, mata al embajador alemán Wilhelm von Mirbach para provocar la reanudación de la guerra con Alemania. Detenido, es condenado a muerte. Sin embargo, Trotsky se quedó impresionado de lo que le contaron sobre el joven y fue a verle a la prisión. Hablaron durante mucho tiempo, hasta convencerle del falso camino del terrorismo. Mientras seguía en la cárcel, incluso le convirtió al bolchevismo.

Aunque no tuvo lugar, la ejecución de Blumkin fue anunciada. Fue liberado, se adhirió al PC, entró en el Ejército Rojo, combatió en diferentes frentes, comandó una brigada y después una

división. De 1920 a 1921 fue alumno de la Academia militar del Ejército Rojo. A su salida entra en el secretariado de Trotsky y trabaja en la edición de sus escritos militares. Finalizado este trabajo, cumple diferentes misiones al servicio de la GPU, sobre todo en Mongolia, donde organiza el ejército. Posteriormente ingresa en los servicios de información del Ejército Rojo, antecesores del GRU, donde se convierte en un respetado especialista —un «as», según la prensa—. Está profundamente vinculado a Trotsky y así se lo dice a sus jefes, que le renuevan la confianza cuando se desencadena la lucha contra la Oposición.

Pero, según la versión de Trotsky y de Sedov, en 1929, a la vuelta de una misión en la India, de paso por Estambul camino a Moscú, se encuentra con Liova Sedov —por casualidad, asegurará siempre este último—. No sin dificultad, por el riesgo que suponía para el agente secreto, Trotsky acepta recibirlo y darle, antes de su partida, un mensaje anodino para sus camaradas de Rusia.

Actualmente hay quien afirma que Blumkin siempre mantuvo relaciones regulares con Trotsky. Cuentan con un argumento sólido: los archivos de Trotsky demuestran que en abril de 1929, creyendo en la información sobre la muerte de Dreitser, que tanto su padre como él no conocen bien, Sedov pide un artículo a Blumkin y éste se lo envía. El encuentro, pues, no parece casual. Habían mantenido el contacto.

Otra cuestión: ¿quién denunció a Blumkin? Una versión acreditada por N.N., corresponsal de Moscú, acusa a Radek —en casa de quien se había presentado, acorralado, en busca de auxilio—, de haberlo entregado. Otra versión niega que fuera denunciado por Radek, como muchos han dicho y creído (quizás por odio fraccional), sino que habría sido víctima de su pasión por una mujer, Lisa Rosenberg Gorskaya (en el futuro, como esposa, Zarubina, Zubilina), que, de hecho, era una de las agentes encargadas de su vigilancia, a la que conoce precisamente cuando le sigue la pista con el objetivo de prenderle, lo que se menciona en el proceso verbal del buró político en el que se condena a muerte a Blumkin. Acababa de escribir estas líneas cuando Jean-Jacques Marie me mostró un libro en el que se han publicado las cartas de

la mujer alardeando de haber «entregado» a Blumkin después de haber sido su amante. Radek, por lo tanto, es inocente de este crimen. Detenido, interrogado, habiendo logrado, según Serge, una prórroga para escribir sus Memorias, Blumkin fue condenado a muerte por el buró político –sinistro tribunal, es su «primera» condena– y fusilado sin que se publicara ninguna información.

No obstante, después de algunas semanas la verdad acaba por filtrarse. Un oficial de la GPU de nombre Boris Lvovich Rabinovich informó a uno de sus amigos, el independiente Cilov, que transmitió la noticia a un *opositioner*. La información llega a Trotsky y, a través de él, a la prensa mundial. Rabinovich y Cilov fueron, a su vez, pasados por las armas; a los hombres de la GPU –ya se sabía desde el *isolator* con el asunto Sosnovsky– se les mata como a perros cuando muestran la menor debilidad. Otro antiguo chequista, miembro de la GPU y *opositioner*, Alexander Solomonovich Yoselevich, fue condenado, en 1929, a diez años de penitenciaría al mismo tiempo que un exdirigente de las JC y de la KIM que había sido miembro del Centro de Moscú, Mark Abramovich Blumenfeld, en relación, se murmura, con el asunto Blumkin.

Meses después, va a saberse de una desaparición de la prisión central de la GPU, que muchos tomarán por una ejecución disimulada. Uno de los dirigentes de la organización clandestina de Moscú, Vladimir Pavlovich Yanuchevsky, economista del Plan, amigo personal de Sosnovsky, antiguo chequista en Kiev (salvo posible confusión), implicado en la lucha contra la represión de los últimos tiempos, que informa a los rusos y a los extranjeros de la huelga de hambre de los prisioneros de Verjneural'sk, es detenido y condenado, a puerta cerrada, a diez años de trabajos forzados. Parece ser que le mataron nada más llegar o que murió bajo tortura, pues desaparece, literalmente, en la prisión central de la GPU de Moscú. Acaba de reaparecer en la lista de ejecutados.

La sangre que corre durante los últimos meses de 1929 y los primeros de 1930 no es sangre al azar, sino sangre por arreglo de cuentas. ¿«Entre comunistas», como dicen los espectadores pagados por interesarse? No. Los estalinianos arreglan sus cuentas con los comunistas, y no es más que el principio: el combate continúa.

CAPÍTULO XII

¿HAY UN "CENTRO" DESPUÉS DE RAKOVSKY?

¿Hubo después de Rakovsky un centro en la URSS? Este último dijo a los investigadores de la GPU que le interrogaban, con anterioridad a su proceso, que había conseguido hacer funcionar durante un tiempo, antes de 1932, una troika de militantes que formaban un centro: él mismo, Karl Yanovich Grunstein y L. S. Sosnovsky.

Pero al descubrir la destrucción de las frágiles posibilidades de contacto de L. S. Sosnovsky, por la detención de sus guardias simpatizantes, se demuestra que la aventura era imposible. Y además, todo hay que decirlo, es posible que Rakovsky hubiera «declarado» esto simplemente porque sabía, en el momento en que él declaraba, que Sosnovsky y Grunstein estaban muertos, por tanto fuera de peligro, habiéndose encargado los investigadores, en un momento dado, de hacérselo saber, porque la muerte de un amigo condenado no favorece la capacidad de resistencia de un prisionero. En todo caso, si hubo un centro en esa ocasión, fue efímero y fue el último.

La autoridad moral de Rakovsky lo mantuvo en un papel de «jefe» algún tiempo todavía, después de la declaración de 1930, que fue su canto del cisne. Organizó o apoyó un intento de crear

en Saratov un «centro» que debió de incluir, entre otros, a Olga Ivanovna Smirnova y a Grunstein. Por motivos que ignoramos, criticó sin embargo la constitución de un nuevo centro en Kursk, alentado por Boris o Mijaíl Andreyevich Polevoi, un amigo de Nin, y obtuvo de él su disolución.

1. LIOVA Y EL *BO* EN BERLÍN

El «trabajo ruso» recaía sobre Trotsky, pero desde hacía tiempo este último había delegado en cierto modo sus poderes a su hijo Liova, Lev Sedov, que conocía perfectamente a todos los dirigentes e incluso a los recién llegados de la Oposición en la URSS.

Liova y su padre pensaban que había que imitar a Lenin, hacer como él con *Iskra*: situar un «centro» protegido, mediante un diario en el exilio, y construir la organización a partir del mismo. Por otro lado, el hijo quería cursar estudios en Berlín, la capital europea más frecuentada por los soviéticos, en la que circulaban muchos estudiantes de ciencias y técnicos superiores, pero también numerosos responsables de economía.

En efecto, para los soviéticos Berlín era entonces la puerta de Occidente. Al principio se encontraba allí una camarada extremadamente valiosa, Nina Vaclavova Vorovskaya, llamada N.V., la hija del embajador V. V. Vorovsky, asesinado por un oficial blanco; un agregado comercial que resultó ser un agente de la GPU, Lapoledsky, llamado Melev, así como un denominado «Dr. H. K.». Además, en París había también un *opositsioner*, futuro delator, Salomon Jarin, llamado Joseph, y, durante un tiempo, en Londres, Nikolai Teplov, un amigo de Kasparova, que firma Tenzov.

2. EL *BO* EN BERLÍN

Una vez elegido el lugar, había que encontrar el título del órgano impreso en el exterior, el nuevo *Iskra*. Se retomó simplemente

el del pequeño periódico que habían editado en Moscú los *opositioneri* durante algunos meses. Un título modesto: *Biulleten Opositsii* (Boletín de Oposición), el título del que Vladimir Vorobiev había editado en Moscú.

Da algunas informaciones valiosas, con todo lujo de detalles. Nos dimos cuenta, al trabajar en los archivos de Trotsky en Harvard, donde a menudo se encuentra la correspondencia original, que esta parte está muy trabajada: cartas fusionadas o incluso cortadas, muchos pasajes suprimidos —en general por evidentes motivos de seguridad: para impedir la identificación del corresponsal. Evidentemente, es posible cuestionarlas basándose en este argumento, pero el conjunto de esta correspondencia constituye una documentación de enorme interés y ciertamente no da una idea deformada de la realidad soviética de ese tiempo.

No obstante, cambia su carácter. Al principio es abundante y variada. Según Vrachev, las informaciones de la cúspide, de la gente del Kremlin, provienen en los primeros años de Galina Serebriakova, que las lleva a Eltsin. Cuando Nina Vorovskaya regresa a Moscú, reúne también algunas informaciones y escribe algunos artículos firmados como N, que coexisten con los de N. N., de quien hablaremos más tarde. Con el tiempo, la documentación se reduce a informes que Liova desglosó para convertirlos en cartas, a veces presentadas como si procedieran de personas diferentes. Está también lo que envían de la URSS algunos viajeros audaces como Piotr Perevertsev, que recorre las colonias, consigue un lote de cartas y las difunde en Berlín.

3. LOS VIAJES A LA URSS

La mayoría de los diplomáticos soviéticos lee atentamente el *BO*. Stalin lo hace con mayor cuidado. Los *opositioneri*, incluso los de los *isolatori*, lo leen con meses de retraso; a veces lo critican o lo completan.

Hay que destacar que mucha personas sin nombre y sin grado participaron en la difusión del *BO*. Se difunde sistemáticamente

por correo, se envía a los ministerios, administraciones, empresas, organizaciones, universidades, bibliotecas, clubes, pero nunca de un modo señalado: siempre a las direcciones profesionales de las personas, y no a las direcciones personales en la URSS. Y a menudo doblado en el interior de diarios de los partidos comunistas extranjeros.

Existen ediciones en formato reducido de papel piel, los «pequeños», que algunos marinos británicos, belgas o alemanes llevan a los puertos, los transportan y distribuyen entre marinos soviéticos.

Y luego están los «viajes», el instrumento más precioso de Liova. En septiembre de 1932, cuando está prevista su salida de Alemania, le explica a Trotsky lo que son estos viajes y por qué debe quedarse en Europa:

«La organización de los viajes, su utilización, su transmisión, todo ello ha exigido cada vez muchas horas de reflexión y de trabajo, casi un trabajo de “joyero” [...] a menudo no sólo hay que dar instrucciones, sino también y antes que nada convencer. A nadie (¡salvo una excepción!) le sale de sí mismo; ha sido necesario encontrarlos y atraerlos. Tengo ahora un agente permanente que viene algunas veces. Tengo plena confianza en él».

Se mantiene el secreto sobre los viajeros/correos. Se sabe que Robert Caby (Bilin), compositor y escritor, efectuó un viaje con un grupo cultural para informarse de la suerte de Victor Serge. El alemán Karl Gröhl (Karl Erde), en sus Memorias, firmadas como Retzlaw, cuenta el último viaje que hizo, organizado por Sedov, lo siguiente:

«Él tenía en Moscú dos citas precisas con dos contraseñas, una ante la estatua de Puschkin, en el boulevard Tverskoy, la otra en el recibidor de la Casa de los Sindicatos. Algunas palabras, el tiempo de darle al contacto recuerdos de Sedov, y se separan; menos de quince días después Liova le transmite los saludos de los dos clandestinos, que no supo nunca quienes eran».

A menudo estos viajes se hacían integrándose en los grupos que enviaban algunas sociedades culturales vinculadas al KPD o

al trust Münzenberg. Uno llevaba un mensaje, otro traería la respuesta: los mensajeros de ida no eran nunca los mensajeros de vuelta. «Compartimentación» máxima.

Uno de los informadores de mayor utilidad para Sedov salió del anonimato: se trata de un ingeniero norteamericano llamado John Becker, denominado Muller y Brown. Este gran especialista es invitado a recorrer todas las regiones y entiende lo que ve. La suerte le permite incluso encontrarse con Sergei Mrachkovsky, que le explica la táctica de oposición de la gente de Smirnov. Pero parece más bien que los americanos a los que informa no hayan entendido nada de lo que Becker, sorprendido, les cuenta. Trotsky, a su vez, se reúne con él en Francia, pero quedó estupefacto ante una personalidad que le resultaba completamente incomprensible, de allí las numerosas disputas con Liova a raíz de Becker.

4. WETTER (VETTER)

Poco antes de su muerte, Raymond Moulinier me habló muy largo y tendido de un soviético, un *opositioner* con quien había viajado en 1932 hasta Prinkipo, asegurando su seguridad. Pronunció el nombre de Wetter. Me sobresalté, pues ya había repasado en Stanford un apasionante dossier Wetter, a menudo con la firma Vet, y que sólo faltaba que se confirmase —y ya estábamos en ello—. Evidentemente era el hombre de quien Liova había hablado a su padre, el agente permanente que venía de vez en cuando y en quien él tenía una confianza absoluta.

Fue fácil identificarlo. Victor Serge lo conocía personalmente, sin saber por eso el papel que jugaba. Su nombre verdadero era Yakov Kocherets, era muy conocido en Moscú como periodista y traductor. Su familia materna era de origen francés, él era perfectamente bilingüe y se le había dado el sobrenombre de «el francés». Como miembro de la Oposición, había empezado a prestar enormes servicios. Por otro lado, profesionalmente, gozaba de la mayor consideración en los ambientes literarios de Moscú, ya

que, con el nombre de Jean Renaud o de Jacques Renaud, traducía al ruso las obras de Louis Aragon.

Miembro de la Oposición, había sido excluido en 1927, pero había hecho lo que entonces se llamaba una «capitulación táctica». Victor Serge, que se ponía a la defensiva en cuanto alguien acababa en prisión, guardó no obstante un recuerdo excelente de la visita que le fue a hacer a Orenburgo durante la deportación. Según él, habría desaparecido definitivamente después de su regreso de este viaje, aunque a su regreso a Europa él mismo da algunos detalles a Trotsky ya desde sus primeras cartas.

Si Kocherets era el clandestino que imaginamos, podemos entender que Sedov se hubiera preocupado de la publicidad con la que le comprometía Serge en Occidente. Advirtamos a título de información que Sedov no había dicho a Trotsky el verdadero nombre de Wetter antes del viaje a Prinkipo y que Serge le escribió de inmediato, por carta, al llegar. Era desgraciadamente la prueba de la inadaptación del gran escritor a las servidumbres de la clandestinidad...

Se duda de la forma de tratar el asunto del encuentro entre Mrachkovsky y John Becker. He aquí a dos hombres que se encuentran en el ámbito de su profesión y que ambos poseen sus secretos políticos. Mrachkovsky, cercano a Ivan Nikitich Smirnov, tiende evidentemente a hablar un tanto demasiado con un interlocutor que tiene un aspecto apasionado. Becker, no menos apasionado, hizo hablar a Mrachkovsky, lo que podía llevarles a ambos a la ruina.

¿Es una satisfacción pensar que hubo en ese encuentro una simpatía entre dos hombres hechos y derechos? Becker, a quien no le había sorprendido que este director de empresa llevase un nombre de viejo bolchevique (y que, en realidad, lo era), es probablemente el que se asustó más, pues era él quien entendía menos. Es ésta una de las únicas historias de esa época susceptible de poder divertir al lector. ¡Que la aproveche! Añadiremos que pudimos leer de varias plumas, pero sin ninguna indicación de la autoría, excelentes anécdotas procedentes directamente de Mrachkovski. Ocurre poco en estas páginas.

5. FUGITIVOS O REFUGIADOS

Liova Sedov había reclutado en Berlín a un joven soviético, estudiante de ciencias, en posesión de un pasaporte, Oskar Grossmann, que militó en la sección alemana con el nombre de Otto y llegó a ser el líder de las Juventudes. Detenido por los nazis, sufrió una dura condena tras su llegada al poder, finalmente fue expulsado a la URSS por el gobierno hitleriano y no tuvo ningún problema en su país. El hombre parecía valioso, pero el hecho de que no fuera perseguido por los estalinistas abonó la idea de que se trataba de un agente estalinista.

Acoger algún día —por accidente, por azar— a uno de los suyos que hubiera llevado años de lucha, y les aportase su experiencia viva, era probablemente el sueño de los *opositioneri* comprometidos con este trabajo fuera de Rusia. Los que desertaban buscaban encontrar a los “trotskistas”, aun cuando fuera por curiosidad. Hubo varios asuntos sonoros, de los que ninguno se reveló favorable a los *opositioneri* rusos.

Quizá el encuentro más excitante que se desarrolló públicamente fue el de un antiguo jefe militar de origen obrero que llegó a ser diplomático, Alexander Grigorievich Graff, llamado Barmin, que desertó cuando, en junio de 1937, se le llamó a Moscú, a donde acudían sus colegas para caer en serie ante los pelotones de ejecución. Fue a París, se reunió con Sedov y se interesó por él, aunque no le sedujo. Hablaba de Rusia en otra lengua, la de la diplomacia, las potencias y el ejército. Fue Estados Unidos lo que le sedujo y acabó siendo ciudadano norteamericano, acudió un día a la CIA y recibió un grado en el ejército norteamericano.

Antes y después de él, uno tras otro, desertaron tres hombres. Habían sido verdaderos *opositioneri* sobre los mismos se fundaron bastantes esperanzas. El primero era el comunista croata Antón o Ante Ciliga, a quien se había concedido la nacionalidad italiana a partir de los tratados de paz, pero que era dirigente del PC yugoslavo. En la URSS, donde estaba refugiado, se pasó a la

Oposición con algunos compatriotas de la dirección en el exilio, fue enviado a la prisión y al campo.

Aportó un testimonio interesante siempre que renunció a difamar a sus adversarios. Sin él nada se hubiera sabido durante decenios de la lucha política en los *isolatori* y en especial en Verjneursk. Pero no resultó muy inteligente y se dedicó a ataques bastante bajos contra las gentes a las que no apreciaba. Por su culpa se padecen algunas agresiones verbales dirigidas contra los «intelectuales judíos» de la Oposición o contra el «nacionalismo» de los bolcheviques-leninistas, cuando se trata simplemente de un patriotismo soviético que él no soporta.

Había sido acogido en Viena por Jan Frankel, durante mucho tiempo secretario de Trotsky, a quien no le dio buena impresión. Era mediocre y más bien hostil a los *opositioneri*, en el fondo anti-comunista, como iba a demostrar durante la guerra. Este hombre realizó, en efecto, la triple hazaña de haber sido *opositioner*, haber sido liberado de la URSS mediante la intervención de Benito Mussolini a causa de su pasaporte italiano y haber desarrollado en el transcurso de la guerra algunas funciones en la propaganda del jefe de los ustachis croatas, el celebre asesino Ante Paveli.

A continuación hay que mencionar a Víctor Serge. No se trataba de un Ciliga, sino de alguien mucho mejor: un gran escritor en lengua francesa, un hombre conocido internacionalmente, cuya detención en la URSS había sacudido a la opinión mundial, cuyas afirmaciones sobre los «crímenes de Stalin» en sus libros y artículos eran cruentas y pesaban mucho en el balance histórico. Aportaba un testimonio que, aún hoy, es uno de los monumentos de este combate. Ciertamente no hubo malicia, pero tampoco encasillamiento, en que Trotsky le atribuyera el superlativo nombre de guerra de *Literator* (hombre de letras). En los debates iba a revelar un lado negativo que siempre le impediría construir algo que fuera más allá de un grupo de escritores y de literatos —y eso no era lo que los *opositioneri* habían esperado de él—.

Una verdadera cita malograda fue la que tenía con Liova Sedov un hombre de los servicios secretos, el polaco Nathan Markovich Poretzky, llamado tras su muerte Ignace Reiss: este

militante político formado, que pasó muy joven por el GRU y que había servido en bastantes frentes internacionales de la lucha de clases, fue para los *opositioneri* un partidario de gran valor. Rompió para unirse a Trotsky. Pero Stalin lo había entendido y lo detuvo con rapidez; Reiss, el “Ludwig” de la GPU, estaba muerto antes de poder apretar la mano de Liova.

Su compañero de armas y amigo de infancia Samuel Ginzburg, llamado Walter Krivitsky, miraba mal a los *opositioneri* —lo mismo que hacían éstos con él—. En el transcurso de una larga conversación que tuvieron en los Estados Unidos, Jan Frankel, a petición de Trotsky, intentó desbloquear los mecanismos intelectuales de este viejo comunista, petrificados por el terror a la gran helada de la medianoche del siglo, el invierno de la revolución. De un modo u otro, fue finalmente la GPU quien aniquiló a Krivitsky en 1940.

Algunos años antes había llegado quien fue sin duda la mayor de todas sus decepciones. Armenio, antiguo obrero, oficial del Ejército Rojo, Arven. A. Davtian había sido *opositioner* —una página de historia inscrita en su piel—. Internado en Verjneursalsk, realizó una de las famosas huelgas de hambre. Se evadió y llegó a Irán, donde permaneció durante mucho tiempo falto de recursos. Acabó por alertar a los bolcheviques-leninistas de París, que hicieron los sacrificios necesarios para pagar su viaje a Francia y que lo recibieron con los brazos abiertos, prestos a admirarlo y quererlo.

Pero en París, donde se convierte en A. Tarov, se produce de repente el desastre. No soporta ninguna crítica, ningún consejo, bajo la pretensión de ser un gran escritor y de saberlo todo; trata a Sedov como a un “sinvergüenza”: en el grupo BL de París, hace de él su diana —se podría decir su “hazmerreír”—, si Sedov no le hubiese parado en seco. Para Sedov, es un mitómano y un loco. Un volumen no sería suficiente para retratar las peripecias del pequeño grupo BL de París tras su llegada, para evitar (al precio de un gran esfuerzo de aquellos a quien él trató con desprecio) la catástrofe permanente.

Sabemos que, bajo la ocupación, se unió a los FTP controlados por el PCF, y más exactamente al grupo MOI del famoso

Manouchian. Sirvió con el nombre de Manoukian, le mataron en combate y está hoy enterrado en tanto que combatiente del Ejército Rojo en un cementerio de las afueras de París.

Estaba por último, justo antes del inicio de la guerra, el antiguo marino Raskolnikov, un verdadero bolchevique, un revolucionario de Octubre, de aquellos que, junto a Dingelstedt y Rochal, habían sublevado a los marinos de Cronstadt. Había sido jefe militar, comisario político y después diplomático que apoyaba a Stalin. Fue llamado a la URSS, pero al saber por la prensa que había sido cesado, retrasó su salida hasta que un periódico de emigrados anunció que había asegurado que las víctimas de Stalin eran inocentes y Stalin era el único culpable. Las cartas estaban echadas. Las calumnias de Moscú atronaban.

Raskolnikov se defendió y, el 19 de agosto, publicó en un periódico de emigrados una "Carta a Stalin", una verdadera requisitoria:

«Usted ha organizado unos procesos en los que el absurdo de las acusaciones supera las cazas de brujas que ha imitado de sus manuales de seminaristas [...]. Usted ha destruido el partido de Lenin [...] y ha creado en su lugar un partido sobre la base sin principios del amor y de la devoción por su persona [...]. Usted destroza al Ejército Rojo, amor y orgullo de nuestro país, usted destroza a los héroes de la guerra civil [...]. Usted destruye una tras otra las conquistas de Octubre [...] y su represión hace la vida insoportable a los trabajadores soviéticos».

«Los obreros, aterrorizados, se preguntan: "si esto es el socialismo, ¿para qué hemos luchado?" [...] Organizador del hambre, usted ha hecho lo posible para desacreditar a los ojos de los campesinos la idea de Lenin de la colectivización [...]. Usted ha traicionado a los revolucionarios españoles, ¡abandonándolos a su suerte!».

Después explica su ruptura y su carácter tardío:

«Como todos los patriotas soviéticos, he seguido haciendo mi trabajo, cerrando los ojos ante muchas cosas. Pero he guardado silencio durante mucho tiempo. Era muy duro para mí romper

mis últimos vínculos, no con usted, con su régimen fracasado, sino con lo que queda del viejo partido de Lenin del que yo había sido miembro durante casi treinta años y que usted ha destruido en tres años [...]. Más pronto o más tarde el pueblo soviético le sentará en el banquillo de los acusados como traidor al socialismo y a la revolución, el saboteador en jefe, el verdadero enemigo del pueblo, el organizador del hambre y de las falsificaciones judiciales».

Menos de un año después de la publicación de esta carta, a la que el mundo, vistas las circunstancias, no prestó ninguna atención, pasó también desapercibido el fallecimiento de Raskolnikov: encontró la muerte el 23 de septiembre en el transcurso de un delirio, en una clínica psiquiátrica de Niza, y Barmine sugirió de inmediato un envenenamiento. Se trataba de una cita malograda con la Historia. A diferencia de sus predecesores que habían desertado, no había tomado contacto con nadie de la antigua Oposición.

Una última observación con relación a los *viajeros* y los refugiados. Conocen a mucha gente en la URSS y nosotros conocemos a través de ellos a sus conocidos. Pero las comprobaciones posibles son muy escasas y a veces podemos hacernos una idea de hasta qué punto nos hacen falta.

Bastará un solo ejemplo. ¿Qué pensaríamos de Andrei Konstantinoy, el camarada Kostia de las Memorias de María Joffé —que ella califica, parece ser que con toda justicia, de puro héroe— si creyéramos las anotaciones malévolas para con él de Victor Serge, a quien no le gustaba, pero no nos dijo el porqué? ¿O las informaciones que da a Trotsky de Kocherets sin precisar que se trata de Wetter? Por supuesto, Serge no lo sabía todo y los trotskistas no le gustaban —les detestaba casi tanto como Ciliga—, pero sería mejor si lo hubiera dicho.

Para responder a la pregunta planteada en el título de este capítulo y readaptarla, el tipógrafo Dogard contó a Rogovin que los trabajadores de las imprentas de Moscú —en su mayoría decantadas a favor de la Oposición y que sacaban en las máquinas de sus periódicos el material político de la Oposición— deci-

dieron, tras el destierro de Trotsky, enviar a uno de los suyos para demostrarle que no le olvidaban. El militante elegido, el tipógrafo Liubovich, se trajo de Alma-Ata unas fotos de Lev Dadidovich y de su familia (sin olvidarse de los perros) que, reproducidas por sus camaradas, alcanzaron enormes tiradas y ayudaron a la actividad de la Oposición.

Hemos examinado aquí por primera vez la vida de la gente del "otro lado" e incluso "del otro lado del otro lado", los que vivían —por deber o por fuerza— en el mundo capitalista. Vamos a pasar ahora a otro universo, éste también mal conocido, por no decir desconocido: el del interior del interior, dicho de otro modo, el de las prisiones a las que, poco a poco, se deportó a los deportados, por emplear la jerga...

CAPÍTULO XIII

EN LOS ISOLATORI HABLAN LOS JÓVENES

Pasamos por tanto a lo que podemos considerar, para conservar la imagen inicial, como «el interior de este lado», es decir, esas prisiones a las que se envía tanto a personas libres como a condenadas, tanto a deportados como a condenados. Hay mucha literatura y muchos adjetivos excesivos que se complacen en la miseria humana sobre la vida de esas prisiones, y debo reconocer que, a veces, yo también he cedido a ello.

1. CAMPOS Y PRISIONES

En primer lugar, hay que hacerse a la idea de que los centros de aislamiento —residuos del viejo sistema monacal, después carcelario, del zarismo—, que constituyen la base material de la vida en las prisiones, no cambian en absoluto, se utilicen o no. Después, debe recordarse que de un momento a otro o, más bien, de una hornada a otra, la población cambia por completo y transforma su propia vida carcelaria, según la composición política de quienes llegan y de los militantes de vanguardia de la Oposición que se encuentren ahí, puesto que estos últimos son los únicos

que quieren imponer y organizar la lucha por un "régimen político" en las prisiones soviéticas.

Digamos que se trata de una guerra permanente entrecortada por treguas. Suzdal, nos explica Ciliga, es un presidio atroz en 1933. Pero la SR Ilinskaya nos cuenta las reuniones que se tenían libremente en 1935-1936 bajo la ventana de la célula de Ivan Nikitich Smirnov, quien todos los días realizaba su comentario político y respondía a las preguntas, por ejemplo sobre la represión con que se preparaban los procesos, el primero de los cuales iba a desarrollarse en agosto en Moscú.

Solovki fue calificado más de una vez de campo inmundo, de tumba glacial, de Guayana ártica, que se podría por la humedad y de la que, se destaca además, no se puede salir en invierno. Pero nadie nos dice que en el recinto monacal, a principios de 1935, son los deportados los únicos que viven allí. Por supuesto, están privados del derecho a salir, pero los guardias lo están del de entrar, salvo una vez al día para pasar lista. En Solovki los prisioneros trabajan si lo desean, pueden entregarse a las actividades intelectuales de su elección, seguir cursos secundarios o universitarios, a veces aprender un oficio o idiomas, practicar un deporte en la medida de lo posible. La única barrera, terrible, es cierto, es la del frío.

Todo ello, bueno o malo, viene impuesto por la fuerza de los hechos, es decir, por la afluencia incesante de detenidos y su aumento masivo. Se vuelve absolutamente imposible impedir los contactos, las reuniones, incluso las manifestaciones, cuando los detenidos son una veintena por célula en un lugar previsto para el aislamiento de cada uno.

La historia del centro de aislamiento de Verjneursk es una historia perpetua de reconquista de las libertades cuestionadas por la dirección, como si se tratara de un fenómeno cíclico, de una oscilación pendular sin fin. Puesto que, periódicamente, la dirección efectúa un golpe de Estado que desemboca en una restauración, después se enfrenta a una contraofensiva ante la cual debe dar de nuevo marcha atrás. Un recién llegado expresa su extrañeza:

«Los camaradas nos entregaban los periódicos que salían a la luz en la prisión. ¡Cuánta diversidad de opiniones, cuánta libertad en cada artículo! ¡Cuánta pasión y cuánta franqueza en la exposición de las cuestiones no sólo abstractas, sino también en todo aquello que tocaba la actualidad más ardiente! ¡Podemos reformar el régimen por vías pacíficas o será necesaria un levantamiento armado, una nueva revolución? ¿Es Stalin un traidor de un modo consciente o únicamente lo es de un modo inconsciente? Su política, ¿es reaccionaria o contrarrevolucionaria? [...] Los autores firman con su propio nombre».

Describe las reuniones en una esquina del patio, con presidente, secretario y oradores inscritos, habla de “isla de libertad perdida en el océano de la esclavitud”, y se pregunta:

«¿Cómo aceptar que, en la inmensa Rusia reducida al silencio, los dos o tres islotes de libertad en los que unos hombres tenían aún el derecho a pensar y a hablar libremente y en público eran... las prisiones?»

Evgenii Ginsburg cuenta en *El Vertigo* que una de sus codetenedas, Lisiussa Oganginian, «habla con gusto de los momentos más bellos de su vida pasados en el centro de aislamiento político de Verjneural'sk al principio de los años treinta, siendo entonces tanto el liberalismo que se permitía a los esposos compartir una célula, lo que se mantuvo en la Kolyma de E.P. Berzin»...

Las prisiones, los centros de aislamiento fueron extraordinarias universidades obreras de gran calidad, con asignaturas de historia, de sociología, de economía política, de geografía, de filosofía, etc. Los *opositioneri* eran en ellos maestros de escuela alumbrados y respetados.

Las armas de los prisioneros no son muy numerosas. La principal, pero también la más espectacular y, finalmente, la más eficaz, es la huelga de hambre. Las huelgas se deciden mediante votación que exime, lo quieran o no, a los que estén enfermos en ese momento o aquellos cuyos organismos están muy debilitados, tuberculosos o cardíacos.

La dirección se designa igualmente mediante votación: se elige a los hombres o a las mujeres que dirigirán, pero también su orientación general, es decir, su política. Vencen unos desconocidos cuyo nombre se conocerá en todo el país, y no solamente *oposicioneri*. Lo más frecuente es que esta elección se efectúe sobre la base de los delegados de los campamentos de barracas.

Todas las prisiones se alteran con fecha fija por movimientos, manifestaciones y frecuentes huelgas (de trabajo o de hambre): en aniversarios, todos los 1^o de Mayo y todos los 7 de noviembre. Se canta *La Internacional* y se agitan telas rojas de dimensión variable que representan la bandera y que hacen rabiar a los guardianes. Tenemos conocimiento de algunas huelgas, pero esto no hace que lo que sigue agote el tema.

2. LAS GRANDES HUELGAS DE HAMBRE HISTÓRICAS EN LAS PRISIONES

Una importante huelga espontánea estalló en el centro de aislamiento de Tomsk, donde se había amontonado, a finales de 1927 y a principio de 1928, a centenares de *oposicioneri*. Su movimiento, popular en todo el país, fue beneficioso. El grueso de la población carcelaria de Tomsk fue enviado más lejos —lo que terminaba con un espantoso problema de incomodidad debido a la sobrepoblación—. No sabemos mucho de la huelga de la penitenciaría de Tobolsk, de régimen feroz. El director, el hombre de la GPU Biziukov, encadenó a los huelguistas de hambre y los roció con agua fría, bajo una temperatura glacial, para obligarlos a ceder.

Después se inicia la serie de huelgas de hambre de Verjneural'sk, las más conocidas, que parece que fueron también las más duras. La primera estalla a finales de abril de 1931. Un detenido decista de nombre Gabo Essayan fue herido por un disparo de fusil de un centinela, desde el exterior, a través de una ventana. Hay una asamblea general de los detenidos, votación de la huelga de hambre que reivindica sanciones contra los respon-

sables, el cambio de director, garantías de cara al futuro, la hospitalización del herido, la mejora de la alimentación.

Hay 176 huelguistas, comunistas de todas las tendencias de oposición, con el apoyo sin reservas de los anarquistas. El comité de huelga refleja la unión de los *opositioneri*: incorpora al muy enérgico Leningradés Fedor N. Dingelstedt, el "bolchevique militante" German Kvachadze (sustituido por motivos de salud por Vladimir Densov) y el decista Sayansky.

El séptimo día los delegados de los huelguistas obtienen la promesa de que vendrá de Moscú una comisión especial de la GPU, presidida por un responsable nacional, la subdirectora de la Sección Política Secreta, Marfa Fedorovna Andreyeva. Deciden detener la huelga y el 1º de Mayo la prisión es el teatro de manifestaciones triunfantes con retratos de Trotsky y consignas de la Oposición.

Pero la comisión no acude y se retoma la huelga. Esta vez sí que acude la representante de la GPU. Ciliga hace una descripción feroz de sus coqueterías de vieja dama, de sus cambios de vestimenta, del teatro que ella les hace. Nada extraño: esta mujer fue una actriz profesional, se casó con Maximo Gorki e incluso obtuvo para el Partido Bolchevique la herencia del millonario Savva Morozov. Se terminó la negociación con la concesión de varios puntos, de los que no sabemos los detalles.

La segunda gran huelga de hambre de Verkneuralsk, que comienza en mayo de 1933, tiene causas diferentes. Desde hacía algunos meses, el colega de la GPU decide de un modo administrativo, y sin comparecencia ni pretextos, "renovar" automáticamente la pena de los prisioneros. Los detenidos anuncian que comenzarán la huelga de hambre si no obtienen la liberación de los prisioneros tras el cumplimiento de su pena. El comité de huelga incorpora una vez más a Fedor Dingelstedt, un ex estudiante de Moscú, el «bolchevique militante» Slitinsky y al obrero komsomol ucraniano Ivan Byk. El comité de huelga, cuya administración controló la regularidad de la elección, es despachado y trasladado a las islas Solovki.

Esta historia tendrá una doble conclusión. Cuando en diciembre la renovación de las penas de los detenidos de Verjneursk parece hacerse automáticamente, la ira lanza a los últimos de ellos a una huelga espontánea que, tras quince días y a pesar de los malos tratos sufridos, acaba en retroceso por parte de la GPU, que promete ya verbalmente no «renovar» automáticamente —y mantiene esta promesa.

En Solovki, por su parte, donde los políticos estaban mezclados con los de «derecho común», sufrían su tutela y no tenían ningún derecho, Dingelstedt organizó pacientemente un nuevo grupo que ganó, uno tras otro, a grupos nacionales y a grupos obreros, y desembocó en el reconocimiento no sólo de la existencia de los «políticos», reagrupados en el campo, sino también de algunos de sus derechos. No conocemos los detalles, pero años más tarde se verá a otros centros de aislamiento manifestarse para obtener el estatuto de Solovki.

Es así «como algunos resultados habían sido obtenidos» mediante el trabajo de organización de Dingelstedt y de los suyos. Ciliga intenta esconderlo a sus lectores, pero esta lamentable actitud no impedirá que la figura de Dingelstedt, héroe de la lucha de los prisioneros por sus derechos políticos, brille en este periodo de la historia de la URSS.

3. LA VOZ DE LOS JÓVENES

Quizá se trate de un lúcido homenaje del vicio a la virtud, pero en una carta del 25 de mayo de 1929 a un dirigente estalinista cuyo nombre no conocemos, Karl Radek, pasado al otro lado y convertido en una especie de consejero especial, redacta para su corresponsal la lista de militantes a los que, según él, hay que seguir con atención (con el fin de convencerlos o de ponerlos fuera de juego; no lo precisa y no es el tipo de consejo que esperan de él) y menciona, por tanto, los nombres de los que considera susceptibles de constituir una nueva dirección para la Oposición de Izquierda: E. B. Solntsev, V.B. Eltsin, G.M.

Stopalov, B.S. Livshitz, F.N. Dingelstedt, G. I. Yakovin, S.A. Gevorkian, I.M. Alter, O.M. Tanjilevich y V.N. Nechayev.

No sabemos en qué condiciones Nechayev, activo durante mucho tiempo, ha desaparecido de nuestros documentos. Hemos encontrado varias referencias a I.M. Alter, que entró en el partido en 1909: la mención de un texto de discusión que firmó en 1921 con A.S. Belotserkovsky (y K. Zavaliova) en el Instituto de Profesores Rojos, su papel en la discusión entre historiadores a principios de los años treinta en la que defiende la memoria de Rosa Luxemburgo contra los estalinistas, después la sanción, ya que se le excluye de la Sociedad de Historiadores Marxistas y pierde su empleo en el Instituto de Historia de la Academia Comunista. Se adhiere al texto de los Tres.

El texto sobre el grupo Smirnov, en el momento de su rehabilitación, menciona también al final de la lista a dos científicas, dos hermanas de las cuales una, Olga Markovna Tanjilevich, nacida en 1900, fue miembro del Partido hasta 1928. Es con toda seguridad la militante mencionada por Radek.

De los siete restantes, si se descarta a Boris Livshitz, que ha formado parte del grupo de Smirnov hasta su desaparición, nos encontramos, en efecto, con seis hombres —y dos «desconocidos(as)»— que, con sus vidas, respondieron a la cuestión de saber qué podían suceder a Trotsky, Rakovsky e Ivan Nikitich, dando así razón sobre su valor a quien les traicionaba. Son estos hombres a quienes encontramos de nuevo desde 1930 hasta su desaparición definitiva entre 1937 y 1938.

Tenemos la oportunidad singular de poder conocer hoy, algo menos de tres cuartos de siglo más tarde, el análisis y la moral de esos jóvenes a los que Trotsky consideraba, él también, el porvenir de la revolución y que, sin embargo, murieron antes que él, asesinados en su propio país. Tenemos incluso los elementos para seguir la génesis del reagrupamiento que se operó en torno a ellos.

En Verjneural'sk, en efecto, la discusión comenzó bajo el signo de la crisis y de las capitulaciones, verdaderas o supuestas. En la segunda mitad de 1929 se trataba del «oportunismo» de

Rakovsky, que había procurado por medio de su «declaración» evitar la desbandada. Por entonces son algunos *viejos* quienes llevan la voz cantante. Amo Elizarov Saakian, que militó con él en Saratov, el georgiano German Konstantinovich Kvachadze, el hombre de enlace con los comunistas de su país, y el antiguo oficial Vladimir Ivanovch Rechetnichenko. Todos ellos quieren acorrarlar a las «tendencias conciliadoras».

En enero de 1929 publican el primer número de *Bolchevismo Militante* con una declaración de Saakian en la que se desolidariza con Rakovsky, puesto que, explica, es a la clase obrera a la que hay que dirigirse a partir de ahora. De este modo, estos viejos abren la puerta a un grupo de jóvenes, como el cracoviano Matvei Kamenetsky y su amigo Oleg Puchas, cuya idea central es que ya no se puede reformar el partido y que sólo se puede operar girando hacia la izquierda.

La mayoría está formada por gente llegada más tarde, no menos jóvenes: Grigori Yakolevich Yakovin, que ha llevado un año entero fuera como clandestino; Elzear B. Solntsev, que regresa de los Estados Unidos; Grigori Mijailovich Stopalov y el georgiano T. D. Ardachelia. A su llegada, casi simultánea, al centro de aislamiento se encuentran, y deciden contraatacar publicando una modesta revista llamada *Recopilaciones sobre el periodo actual*, que conmueve ampliamente a los deportados y prisioneros.

La discusión progresa lo suficiente como para que los dirigentes de la mayoría —la «derecha», repite con delicia Ante Ciliga— decidan elaborar sus propias tesis, que se denominan «Tesis de los Tres» y que se subtítulan *La Crisis de la Revolución*. Redactadas por Yakovin, Solntsev y Stopalov, alcanzan su objetivo: reconstruir la unidad de la Oposición con una minoría dirigida por Man Nevelson y Poznansky, que diverge de ella en la sola cuestión de la NEP —que aquella propone reestablecer— y está de acuerdo en luchar contra un izquierdismo sumario y contra unas maniobras que pretenden separar a Trotsky y a Rakovsky.

Para la comprensión de los problemas de comunicación, advirtamos que el informe de Yakovin y del militante georgiano T.D. Ardachelia, del 11 de noviembre de 1930, indica: «Unos vientos

favorables nos han aportado cerca de diez cartas de nuestros dos viejos, con un retraso de dos, tres, cuatro meses, salvo con la carta de 5 de agosto enviada a Rubtsovsk y que Dingelstedt, a quien estaba dirigida, nos trajo al llegar». Los dos hombres, que hablan en nombre de ciento diez bolcheviques leninistas del "colectivo", aseguran que estas cartas les fueron muy útiles para verificar la línea y las posiciones que ellos mismos habían elaborado y formulado: «A menudo hemos constatado con placer que, ante los mismos acontecimientos, el proceso de las ideas y las formulaciones eran idénticas en las islas de los Urales y de Prinkipo».

4. LAS POSICIONES DE LA JOVEN GUARDIA: MÉTODO DE ANÁLISIS

De hecho, enderezaron el timón. Para explicar su posición, utilizamos aquí dos textos. Uno de ellos, de Fiodor Niklausevich Dingelstedt, se escribió en vísperas del XVI Congreso del PCUS, en mayo de 1930; es conocido desde hace mucho tiempo, pues apareció en el *BO* y en *La Lutte de Classes*. El otro es el texto del *BO* y de Harvard firmado como XYZ, obra de los Tres, cuya cierta identificación requeriría la apertura de los archivos y el lanzamiento del trabajo de investigación del ILT³.

Este segundo texto, cuyo título completo es *La Crisis de la Revolución. Las perspectivas de la lucha y las tareas de la Oposición. La situación internacional*, tiene su historia. Le llegó a Trotsky el 10 de diciembre de 1930, tras haber viajado en el forro del abrigo de una viajera muy nerviosa por la operación. Cuenta con alrededor de 50.000 signos y se escribió a mano, por medio de una hebra, en hojas con la dimensión de un papel de fumar, y se transcribió finalmente casi en su integridad en el *BO* 25-26 de noviembre-diciembre de 1931.

Dingelstedt acaba de ser deportado y llega a un centro de aislamiento en el que hace furor la discusión de las cuestiones planteadas recientemente. Los mismos Tres parten —en lo más remo-

3. Instituto Leon Trotsky (Nota del editor).

to y más fundamental— de la plataforma de 1927, en la que también participaron. Hablan audazmente de la revolución mundial para volver a ella, con más claridad de lo que aún habían hecho Trotsky y Rakovsky, los únicos en hacerlo. Escriben:

«Por sus raíces profundas, la crisis de nuestra revolución se convierte en una crisis de la revolución mundial, estrechamente vinculada al declive de la ola revolucionaria que se ha iniciado con el fracaso de la revolución alemana de 1923; ello ha conducido al aislamiento de nuestra revolución, al reforzamiento de la reacción internacional y de los elementos burgueses en la URSS».

Añaden:

«La política oportunista en el interior del país, que se aleja de la línea proletaria bajo la presión del elemento pequeño burgués, conlleva una exacerbación extrema de la crisis en tales formas y condiciones que la Revolución de Octubre está amenazada».

Para ellos, la crisis de la revolución debe estudiarse con relación a la de la NEP:

«La crisis ha tomado la forma de una crisis muy profunda de las relaciones fundamentales entre el proletariado y el campesinado, tal como estaban establecidas durante el paso a la NEP, es decir, de una crisis de la NEP».

El kulak se reveló superior al Estado en el ámbito de las relaciones comerciales y todas las relaciones se modificaron, poniendo fin a estas relaciones.

«El aspecto más agudo de esta crisis, que ha tomado el aspecto de una crisis alimentaria sobre la base de una huelga del trigo, que progresivamente se ha transformado en una huelga de las siembras, no solamente del kulak sino, en cierto modo, del campesino medio».

Se agravó la desproporción entre la industria y la agricultura. La insuficiencia del desarrollo industrial frenó el desarrollo de la agricultura, lo que finalmente acrecentó el retraso industrial y desembocó en la caída de la moneda. Para evitar la capitulación ante el capital extranjero, la burocracia en el poder se desplazó del eje de derechas al eje centrista.

De allí la política de extorsión y de confiscación del trigo, que las masas campesinas padecieron profundamente. No hay salida por vías propiamente económicas; la política realizada movilizó a la mayoría del campesinado en torno al kulak contra el poder soviético. Con relación a la NEP, no es un progreso, sino un retroceso.

Habiendo evolucionado bajo la presión de las circunstancias hacia una lucha de aparato contra el kulak y la economía privada, la política estalinista mantiene la política de la burocracia, que desconfía de las masas proletarias, les impide influir en el poder, la dirección y la política, y continúa al mismo tiempo transmitiendo la presión del elemento pequeño burgués sobre la clase obrera. Es por lo que la crítica de los *oposizioneri* se mantiene como una crítica de izquierda, una crítica al oportunismo centrista y al aventurismo burocrático, desde el punto de vista de los intereses inmediatos e históricos del proletariado.

5. CÓMO SE FUE A LA COLECTIVIZACIÓN FORZOSA

Los Tres explican:

«En lo que concierne a la recolección a ultranza y la lucha de clases en el campo, la dirección se ha esforzado por realizar lo irrealizable: por una parte, por medio de medidas puramente coercitivas y contratos casi forzados, apropiarse del excedente de trigo y, por otro lado, no permitir la reducción de la producción en el sector individual. Cuando se reconoció el carácter irrealizable de esta doble tarea, la dirección se lanzó por la vía de la colectivización forzada que, de manera sorprendente para ella, consiguió de pronto un impulso extraordinario».

«Los campesinos “vinieron en masa” a los koljoes con la esperanza de recibir algunas ventajas y subsidios. Es por lo que, al principio, la tendencia más fuerte hacia la colectivización se manifestó en sectores y capas kulaks y cosacos. Los centristas se desorientaron por una “creencia imperiosa en los koljoes” que no habían previsto y para la cual la política precedente no había

preparado "ni base material, ni base de clases". Entonces es cuando se recurrió al látigo y se lanzó la famosa consigna de "la liquidación del kulak en tanto que clase".

«Se estaba en plena teoría del socialismo en un solo país, reinterpretada, sin embargo, en esta ocasión en un sentido ultraizquierdista que desorientó a los miembros del partido tanto, seguramente, como lo había hecho, al principio de la NEP, el famoso "paso de tortuga". Conocemos el resultado de este frenesí burocrático: la destrucción masiva del material y del ganado, el declive de las fuerzas productivas en el campo, el fracaso de la campaña de sembrado, el deterioro del trabajo de la tierra y la desagregación de los koljoses».

6. EL DEBILITAMIENTO DEL PARTIDO

Fedor Dingelsttdt tiene siempre puesto el ojo en el partido y precisa a propósito del inicio de la colectivización forzosa:

«La falsa política de los años precedentes ha hecho que el partido y la clase obrera hayan entrado debilitados y desmoralizados en el tercer periodo, el de la colectivización forzosa. La presión aumentada de los kulaks que sembraban la revuelta contra la industrialización habría necesitado no obstante una mayor organización y firmeza. Las capas semiproletarias de campesinos pobres hubieran tenido que actuar con resolución. Hubiera hecho falta crear uniones de campesinos pobres, como lo exigía la Oposición».

Subraya de paso que la desmoralización no se hallaba únicamente en la base, sino también en la cumbre, y que Molotov declaraba en vísperas del XVº Congreso que ahora ya no se podía "caer rodando" (*sic*) sobre las ilusiones de los campesinos pobres acerca de la colectivización de amplias masas campesinas.

Los Tres citan detenidamente las tergiversaciones de los dirigentes del partido y recuerdan que, finalmente, se cogió desprevenido a éste:

«La campaña de colectivización estaba en su apogeo, pero las organizaciones de masas no estaban preparadas y su actividad se hallaba atascada en los estrechos límites del sistema burocrático. No se había abordado a las masas y todo el trabajo se realizaba a través del aparato del partido, contaminado por este sistema burocrático, ese mismo aparato que, durante algunos años, estuvo vinculado a los grupos kulaks del pueblo».

A la tutela de los funcionarios sobre los campesinos pobres había que oponer la unión de estos últimos con los obreros agrícolas, con el fin de formar la base de clase del proletariado en el campo; y hacía falta también comprender que el proletariado sólo podía conservar su hegemonía sobre la base de la industrialización.

«Habiendo comprendido demasiado tarde la necesidad de la industrialización, impulsada por toda la situación y la presión de las masas, el centrismo se lanzó a la industrialización a un ritmo excesivo [...]. El carácter burocrático de la dirección, el miedo al desarrollo de la actividad de las masas, la debilidad teórica, las semi-medidas prácticas y la inconsecuencia inevitablemente tenían que marcar con su huella el curso de la industrialización, haciendo que la relación de fuerzas fuese desfavorable al proletariado».

Las consecuencias de todo ello son terribles: se cree que la solución pasa por la voluntad y se regula a golpe de látigo administrativo. El aumento continuo de las normas de rendimiento se efectúa mediante un crecimiento de la intensidad del trabajo, el agotamiento de las fuerzas físicas de los trabajadores, la multiplicación de los accidentes laborales, pero también mediante «la asfixia de los últimos restos de democracia proletaria en los sindicatos, que conduce a una tal burocratización de abajo arriba que hace que ya no puedan cumplir su función de defensa, puesto que el convenio colectivo se convierte en un compromiso unilateral de los obreros ante la administración del trust y de la fábrica, y el más mínimo esfuerzo de los obreros para defenderse, la más mínima resistencia a la presión, se convierte en “avaricia”, arma de la “contrarrevolu-

ción social”, lo que conlleva represalias, arrestos, deportaciones», como lo hemos visto en el asunto Futlik.

7. EL PARTIDO, EL ESTADO, LA REFORMA

No hay en los Tres la más mínima sombra de ilusión sobre la situación. Consideran que en los últimos años se ha transformado el equilibrio de clases en un sentido desfavorable para el proletariado:

«Vamos a una agravación profunda de la crisis económica y política [...]. La tendencia del centrismo al reforzamiento administrativo y económico del Estado y al crecimiento del poder del aparato se transforma en la práctica en un debilitamiento social y político continuado de la base de la dictadura del proletariado y en la erosión de sus fundamentos sociales. [...] De este modo se persigue un proceso de desplazamiento del poder de la clase al aparato, el crecimiento del papel autónomo de la burocracia, el reforzamiento de su dominio en el marco del régimen soviético [...]. En una situación de reacción, las instituciones de la dictadura proletaria no pueden impedir que la burocracia obrera lleve una política que diverge de los intereses del proletariado y de los campesinos pobres y, en una serie de casos, les es claramente hostil. Pero, a pesar de las afirmaciones de Miasnikov, la burocracia no es una clase independiente. Su dominio es el resultado de una relación desfavorable de las fuerzas de clases, el reflejo [...] que se ha desarrollado sobre la base de la dictadura proletaria victoriosa, pero que está dirigida contra Octubre y contra ella».

Su conclusión advierte sobre el inmenso peligro del régimen de aparato:

«La lucha contra este régimen de aparato, por la democracia proletaria, es el eslabón más importante actualmente en la lucha por la reforma y contra el peligro termidoriano».

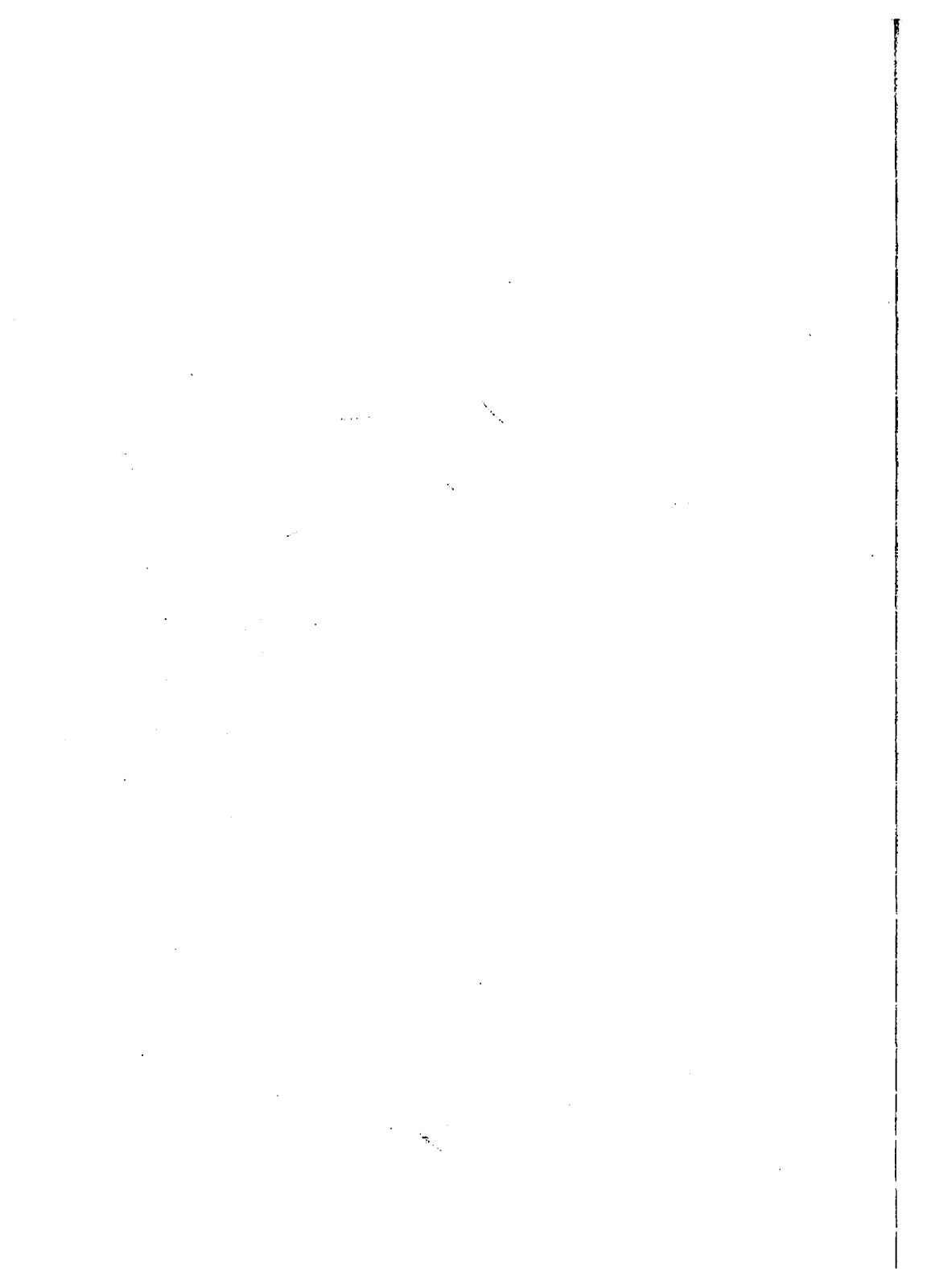
Estamos seguros de que el lector habrá apreciado la seriedad, la documentación de estos jóvenes encarcelados desde hace ya años, y la sobriedad de su expresión, nunca declamatoria. Puesto

que es esta extraordinaria juventud, esta juventud de Octubre, preparada no sólo para «asaltar los cielos», como decía la propaganda revolucionaria, sino para entregar sus fuerzas, su trabajo, su tiempo y su amor por la humanidad para transformar un mundo infernal en un mundo en el que se pueda vivir, la que va a ser despiadada y sistemáticamente masacrada en el plano moral y físico.

La vida sin embargo ya era dura. La heroica combatiente clandestina contra el general Denikin, con el nombre de Palich, la estudiante Anna Mijailovna Pankratova, futura historiadora oficial, contaba entre lágrimas a su amiga Rosa Léviné, al día siguiente de una de sus últimas visitas en Verjneural'sk, tras tres años de separación del hombre de su vida, Grigori Yakovin, con quien rechazó divorciarse a pesar de la presión:

«Ya no podemos seguir así. La política es nuestra vida, no podemos llenar este pozo sin fondo. Mis visitas son una verdadera tortura. En cualquier ocasión, en medio de caricias y de besos apasionados, él me dice: ¡si tú no fueras tan estalinista! Estamos demasiado comprometidos los dos».

En el mismo momento, en el año 1930, un antiguo militante del partido de 1904, periodista de la época heroica, miembro de la ejecutiva de los soviets en 1917, posteriormente del Comité Militar Revolucionario, convertido en colaborador del Instituto Marx-Engels, Stepan Stepanovich Danilov, es detenido como «trotskista». Quizá fue por la captura de los archivos de la Oposición que el máximo especialista mundial sobre Marx, David Goldendaj, llamado Riazanov, fue detenido en 1931 y fusilado en 1939. De Danilov sabemos solamente el año de su muerte en prisión: 1939.



CAPÍTULO XIV

CORRESPONDENCIA DEL PAÍS
1930-1932

Ya hemos comentado como eran y como fueron “tratadas” las cartas procedentes de la URSS con destino a los *oposicioneri* en el exilio y, más a menudo, al *BO* y a los periódicos extranjeros de la Oposición. Las utilizaremos ahora ampliamente.

Nuestro objetivo aquí no es, de ninguna manera, escribir una historia de la URSS en esta época, sino indicar cómo la vivieron y experimentaron los miembros y simpatizantes de la Oposición en el exilio. Suponemos, obviamente, que si a ellos se les hubiese considerado traidores, los corresponsales que llegaran a leer el *BO* hubieran protestado. Nuestra selección tiene sin embargo algo de arbitrario, pero es nuestro tema el que lo exige: elegimos los textos en función de su relación con las ideas y el programa de la Oposición.

1. «EL OBRERO DESAMPARADO»

Comenzaremos por una serie de cinco cartas que se escalanaron entre septiembre de 1929 y enero de 1930, y que el *BO* tituló «Cartas de un obrero desamparado». Es el itinerario de un traba-

jador que capitula y después lo lamenta. De ahí que haya un aspecto didáctico que no parece fabricado.

La primera carta, fechada a finales de septiembre de 1929, evoca la reducción de su salario de 190 a 130 rublos. El corresponsal comenta: «Los obreros están aterrorizados [...]. Una parte es casi hostil y dicen abiertamente que se les hace currar al límite de sus fuerzas». ¿Va la revolución a su perdición? No se descarta y el obrero maldice a los que llama «nuestros teóricos, [...] que son unos desertores [...] unos traidores», como le comentan los resistentes cuando hablan de un Radek. ¿Qué hacer? El obrero desamparado propone «obligar al aparato a desvelarlo todo ante la clase obrera y el partido para que se vea dónde estaban los errores y que puedan corregirse».

Ignoramos por qué luego no se atreve a escribirlo y después de qué acontecimientos capitula enviando una declaración al partido. No es ni porque fuera excluido del partido ni porque lo fuese del sindicato, sino porque piensa que hay que permanecer a cualquier precio en el partido.

En enero de 1930 escribe, sin dar detalles, que ha cometido «algunas extravagancias hasta el punto de sentir vergüenza». Invoca su falta de instrucción, pero asegura que «el verdadero culpable es el aparato del partido». Su conclusión es terrible, puesto que no es —lo sabemos— la de un solo hombre, incluso si este hombre está solo: «Quien capitula debe ser aún más hipócrita que nuestros *aparatchiki*, o bien debe callarse y sufrir en su conciencia, si tiene dignidad. Si no tengo razón, he perdido mi alma». El obrero se despide de sus corresponsales asegurándoles que en este año 1930 los apoya moralmente «mucha gente».

2. LA EVOLUCIÓN DEL RÉGIMEN

El 16 de octubre de 1930, Kote Tsintsadze evoca su acuerdo fundamental con Trotsky en una carta que le envía. Piensa, al igual que él, que a partir de ahora la variante “bonapartista” va a imponerse «a través de una nueva capa de burócratas, una parte

del aparato militar y del aparato represivo, los únicos capaces de unificar actualmente la voluntad de la burguesía media». Lo menos que se puede decir es que estos hombres tenían una gran capacidad de previsión, puesto que el Termidor que ellos combatían acabó realizándose en nuestros días bajo la autoridad absolutista del aparato policial heredado de Stalin.

El conflicto entonces toma un cariz esquivo y da un salto adelante. Para encontrar algunas mejoras en el mercado de trabajo, el obrero busca desplazarse. La burocracia responde con aquello que el autor llama «un verdadero manifiesto de Hoover», codificando las exigencias económicas de la burguesía.

Sólo hay una salida posible: la formación y la cristalización de un ala izquierda en el partido, sin que se pueda saber hoy si es en el partido o en la clase donde la crisis estallaría primero. Pero el grueso de la correspondencia subraya que es en la clase obrera donde se acumula la mayor parte del material explosivo, en agosto y en septiembre. De este modo, las cartas de N. N. describen una situación catastrófica en Donetz, donde los mineros obtienen un salario medio de 59 rublos al mes, donde las cooperativas no tienen *stocks* y donde los precios del mercado libre son inaccesibles. «Cuando se habla a los mineros de aumentar la producción, ellos responden que primero necesitan comer».

3. NOTICIAS HUMORÍSTICAS DE LA POLÍTICA

Continúan interesando los hechos y gestos de quienes capitularon. Vassili Sidorov escribe desde Moscú a propósito de Zinoviev, a quien se invitó a tomar la palabra en enero de 1930, durante una comprobación ritual de carnets. Al cabo de tres cuartos de hora aún no había llegado al Vº Congreso del Partido. Se acordó prolongarle su tiempo de palabra y habló más de tres horas. Fue muy escuchado, por momentos incluso muy aplaudido. Él se justificaba: «Nosotros no luchábamos contra el partido, sino contra la derecha». Estaba contento de este “regreso”. Pero al día siguiente se le convocó en la GPU y recibió un terrible rapa-

polvo. Es así como él y Kamenev fueron obligados a enumerar una vez más sus pecados.

Otro corresponsal, N., enumera las contradicciones de los dirigentes de la política en el campo. Para él, y es una observación capital, hay coexistencia de dos tendencias fundamentales: en primer lugar, el movimiento irresistible hacia los koljozes; después, la destrucción salvaje de todo lo que puede constituir su futura base material. Cita al dirigente estalinista A. A. Andreyev, antiguo obrero agrícola, que celebra el primer aspecto y comienza a inquietarse por el segundo, que hay que detener a cualquier precio. Lo presenta haciendo gala del viejo refrán «¡Acabada la carreta y sus cuatro ruedas!» y se pregunta hasta qué punto dichos dirigentes son conscientes de ello.

4. CORRESPONDENCIA CRUZADA

Pavel I. Golubchik, públicamente uno de los enlaces de la colonia clave de Biisk, transmite el 10 de abril de 1930 algunas informaciones que ha recibido de Moscú a propósito de las elecciones de los comités de fábrica.

Según sus documentos, se expresaron ante los obreros del metal las siguientes reivindicaciones: verdaderas elecciones y no «administrativismo», autocrítica real. Algunos talleres reclamaron aumentos de salario, una mejora del abastecimiento, raciones más sustanciales. Nadie dirigía este movimiento, completamente espontáneo.

En Caucho Rojo, un grupo visiblemente hostil a la «dirección única» solicitó que fueran restringidos los derechos de los administradores y de los contra maestres: se trató a estos obreros de «remolones» antes de excluirlos del sindicato y del partido. La misma carta indica que aún había cerca de doscientos trabajadores, recientemente arrestados, que estaban detenidos en Butyrka.

Golubchik evoca la pesquisa de siete horas en casa de Christian Rakovsky, a la búsqueda de la declaración pendiente:

«El hombre que dirigía la operación dijo a Rakovsky: "Os colgáis de nuestros faldones". Estas palabras merecen entrar en la historia. Nosotros todavía nos colgamos sólo de sus faldones, ¡pero los tiempos deberían cambiar! »

Trotsky utiliza esta información: Rakovsky, enfermo y sufriendo unas terribles condiciones materiales, consigue frenar a la burocracia que busca desembarazarse del hombre así colgado de sus faldones.

Por fin hay noticias de los *opositsioneri*: Rafail (Borissovich Farbman), desde Leningrado, critica lo que él denomina la «degeneración derechista» de la Oposición, la cual no entiende que la política económica da un contenido proletario a la industrialización del país. «M. Okudjava comienza, él también, a sacarse de encima el polvo opositorista». Sobre este tema, Pavel Golubchik comenta, no sin humor:

«La situación de estos ciudadanos se ha vuelto hoy particularmente irrisoria y triste, cuando los centristas se baten ya en retirada y abandonan su provocadora "radicalización" ultraizquierdista y ultraestúpida. Cuando se lee las últimas declaraciones de los centristas sobre las "exageraciones" y se recuerda algunas palabras del jefe "genial" afirmando que el *seredniak* se precipitaría en masa a los koljozes, surge la pregunta: "¿Dónde está el lugar feliz, dónde está el paraíso terrenal hacia donde no se empujaba a la fuerza a ese mismo *seredniak* hacia los koljozes a golpe de exageración?" No hay uno sólo en la URSS; la colectivización "total" excluía ella misma cualquier voluntarismo. Hoy, estando el campo completamente lleno de revueltas y de agitación, los centristas dan un paso atrás y prometen a los koljozianos toda suerte de ventajas. La "línea general" de hoy condena las ejecutorias (técnicas) de la "línea general" de ayer».

4. EL ASUNTO SYRISOV-STEN-LOMADZE

Es en 1930 cuando se descubre la existencia, en la región del Cáucaso, de un grupo de oposición en el aparato, completamen-

te serio, a veces llamado los «Jóvenes turcos» o incluso los «Jóvenes estalinistas», implantado en el aparato del partido de la región caucásica y en las Juventudes Comunistas —el Komsomol— y uno de cuyos jefes es el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la RSFSR, Sergei Ivanovich Syrtsov, de treinta y siete años de edad.

La prensa les acusa, por otro lado no sin razón, de haber realizado un «doble juego» y les denomina «los hombres de la contabilidad por partida doble». Hemos visto que Ivan Vrachev, exiliado, ya estaba al corriente de la existencia de este grupo, mientras que Stalin oficialmente no sabía nada, y se ha podido destacar que Syrtsov se había pronunciado a favor de una de sus consignas: la formación de uniones de campesinos pobres. No se excluye en el acto a los responsables, sino que se les sanciona únicamente, pues ellos dan marcha atrás de inmediato.

A su frente hay, de forma destacada, un puñado de antiguos dirigentes de las JC: el filósofo Yan Ernestovich Sten, treinta y un años, profesor particular de dialéctica del *gensek*, y varios dirigentes antiguos de las juventudes: Vissarion Vissarionovitch, llamado “Besso” Lominadze, treinta y tres años, que fue su protegido y dirigió en China la aventura de Cantón en 1927; Nikolai Pavlovich Chaplin, veintiocho años; y, sobre todo, Lazar Abramovich Chastikin, también veintiocho, de los Jóvenes Comunistas de Octubre de 1917 —todos ellos héroes convertidos ahora en “traidores”—.

Entre los historiadores se ha establecido la costumbre de evocar primero el grupo Syrtsov-Lominadze, después el grupo Sten-Lominadze. Por nuestra parte, tras la capitulación de Syrtsov, nos parece más conforme a la realidad hablar del “grupo Lominadze-Chastikin.

N. N., aparentemente más informado(a), gozando de acceso a las cloacas del poder, escribe desde Moscú en noviembre de 1930, tras la revelación pública del asunto —la primera ruptura importante en el grupo estalinista— a toro pasado:

«Hay en el aparato, con este “doble juego” que jugaron los Syrtsov, Lominadze, etc., una gran confusión. Los medios próxi-

mos a Ordjonikidze supieron que este doble juego le había impresionado: él se queja de que ya no se puede tener confianza en nadie, incluidos amigos y colaboradores, y se declara verdaderamente desesperado.

«Sytsov gozó hasta el último momento de la confianza y el apoyo de Stalin. Lominadze y Sten lanzaron un llamamiento en el Cáucaso. Los convocaron a Moscú. En el transcurso de la negociación con Stalin, reconocieron que era una "falta" por su parte (arrepentirse no cuesta caro en nuestros días). Pero enseguida se reunieron con Syrtsov. Cuando la policía le investigó, le encontró el acta de esta reunión, lo que permitió desenmascarar al bloque; parece que Syrtsov tuvo un arresto domiciliario».

Hay que esperar al 1° de mayo de 1931 para que lleguen otras informaciones sobre este asunto, siempre de la pluma de N. N.:

«Algunos detalles sobre la fracción Syrtsov. Era particularmente fuerte en el Cáucaso, donde Laminadze trabajó del modo siguiente: situó a gente por todas partes con la directriz de defender la línea general y de elegir a una mitad de estalinistas en los organismos dirigentes para alejar cualquier sospecha. El objetivo buscado era formar el mayor número posible de núcleos fraccionales, que deberían surgir en la próxima conferencia o en el próximo congreso panruso en tanto que delegación completa y mostrar sus cartas.

«La fracción Sytsov fue denunciada por uno de sus partidarios, [D. L.] Reznikov. El hecho de que su nombre sea mencionado en la prensa como uno de los que hacían el doble juego no tenía como fin llamar la atención. Gracias a D. L. Reznikov, el Secretariado Político estaba informado de todas las iniciativas de S. I. Syrtsov. Mientras Syrtsov participaba en una discusión fraccional en casa de [N. S.] Nusinov, se convocó urgentemente al Politburó y ¡la convocatoria de Syrtsov se envió a Nussinov!

«Syrtsov comenzó por negar categóricamente la existencia de una discusión fraccional y por afirmar que sus camaradas sólo se ocupaban del problema del desarrollo de la alimentación del ganado. Es éste el sentido de algunas bromas de Kaganovich en la prensa acerca de la alimentación del ganado, de las vacas, etc.

«Pero cuando se explicó al Secretariado Político que se sabía todo y cuando se presentaron los documentos que lo probaban, Syrtsov y Lominadze lo declararon todo, añadiendo que ellos mismos no comprendían cómo habían podido negar la existencia de una fracción. En la Comisión Central de Control Syrtsov tuvo al principio una actitud provocadora. Es él quien dio de Stalin esta definición: "un hombre estúpido que lleva al país a la ruina". Es igualmente él quien afirmó que ya no había un Secretariado Político, sino sólo un grupo de cuatro: Stalin, Molotov, Kaganovich y Ordjonikzide.

«Pero enseguida capituló. Se cuenta que, durante la transferencia de sus poderes a su sucesor designado [Vladimir] Sulimov, en el comisariado de la RSFSR, estalló en sollozos y, de forma general, tuvo una actitud lamentable, afirmando entre sollozos que había que comprender que había cometido estos actos criminales solamente porque estaba enfermo, nerviosamente agotado, que necesitaba una cura, etc.».

Encontraremos pronto a algunos de estos hombres, aquellos que por lo menos no capitularon e intentaron salvar los muebles: Besso Lominadze se suicidó cuando le convocó la GPU; Lazar Chatskin fue torturado, y posteriormente asesinado salvajemente en su prisión.

La existencia de este pequeño grupo es importante, puesto que es la antigua Joven Guardia de Stalin quien está representada allí, por tanto una considerable fuerza potencial de oposición con un solo capital de salida: unos hombres experimentados que alcanzan la treintena. Además, como lo demuestra muy bien la correspondencia de Lominadze y especialmente sus cartas a Ordjonikidze, de las cuales los CMO publicaron algunos extractos, es la situación terrible de los trabajadores lo que motiva a un hombre como él y le hace temer una crisis catastrófica en las relaciones entre el «partido» —los burócratas— y las masas.

Stalin tiene miedo de estos hombres a los que mimó y que se convierten en *opositioneri* de nuevo tipo, sobre los cuales se supo mucho tras la *perestroika* y la *glasnost*. Se les reprocha querer el derecho de criticar la línea general y de discutir. Lúcidamente

afirma que, para él, Chatskin-Lominadze y Riutin-Slepkov es el mismo combate.

Los recientes estudios confirman la versión del *BO*. Sólo Boris Starkov clama que «el grupo Lominadze era una creación de la GPU». Por tanto, si bien no hay que ignorar o subestimar el papel de la GPU, tampoco hay que tomarlo por el motor de la historia, bajo pena de caer en el ridículo. Sergo Lominadze, el hijo de Besso, publicó los documentos que mencionaban la carta de N. N. aparecidos en el *BO*: el informe de Reznikov fue enviado en el momento en el que los dos grupos, el de Syrtsov y el de Lominadze, iban a fusionarse. La única divergencia entre las informaciones: la reunión fraccional del 22 de octubre de 1930, que N. N. situaba en casa de Nussinov, tuvo lugar en casa de otro partidario de Syrtsov. Una vez más, el *BO* dijo la verdad sobre lo esencial.

5. LOS CAPITULADORES

Prosigue la discusión. Kote Tsintsadze dirige a M. N. Okudjava, respecto al punto de la capitulación, una carta profunda. Explica que quienes capitulan se fundamentan en la situación presente concebida como un dato permanente. Para él, el criterio es el régimen del partido, la autoridad, el nivel de conciencia, la popularidad de los organismos del partido, y las detenciones que se realizan son tan importantes y significativas en su alcance como la política económica. Pero Tsintsadze, tuberculoso, muere algunas semanas más tarde.

En mayo de 1931 una carta de un deportado aporta noticias —con un poco de retraso, afirma él— de los capituladores de Moscú.

«Están estallando en grupos múltiples en función de las fases de su descomposición correspondiente. Radek, él mismo, se pudre individualmente a un ritmo acelerado. No sólo la gente de la base, también los dirigentes capituladores hacen lo posible para demostrar que no tienen nada en común con él en el plano perso-

nal o político. Él [...] intenta con todas sus fuerzas entrar en los medios gubernamentales y quiere ser considerado, de este modo, como uno de "sus hombres".

«En conjunto, ven las cosas a través de cristales muy negros y buscan de este modo excusas. El muy conocido capitulador Préobrajensky dijo en un círculo restringido: "la situación no tiene esperanza. Estamos al borde del precipicio. Nos pasaremos a vuestro lado [los BL]».

El corresponsal se ríe. Es, sin embargo, lo que se produjo —y además muy rápido—. Tres meses más tarde, en una carta enviada en julio de 1931, Piotr Perevertsev cuenta que ha descubierto en su nueva colonia que a muchos de los antiguos capituladores, liberados, se les detiene de nuevo —un fenómeno que prosiguió y se acentuó durante muchos años—. «Están aquí en virtud del artículo 58 por tres años tras las detenciones masivas durante la primavera. Estas detenciones se operaron en relación con nuestras octavillas». Las octavillas surgen del grupo *opositsioner* de Moscú, pero la represión apunta a quienes abandonan a los BL. A cada difusión de octavillas le siguen persecuciones que no tienen ninguna relación con ella.

6. LOS OPOSITSIONERI

La carta de N. N. que ya hemos citado varias veces da —es una novedad— algunas informaciones de orden general sobre los *opositsioneri*. Asegura que en las colonias de deportados, en los campos de aislamiento o bajo vigilancia hay más de siete mil bolcheviques-leninistas, es decir, que han recuperado sus efectivos de principios de 1927 —lo que puede explicar en parte el encarnizamiento de la represión—. Precisa además que su número está en creciente aumento por el hecho de las detenciones y envíos al exilio que continúan y no descienden en modo alguno.

Esta carta recuerda como la prensa habla (con mucha frecuencia) de las «actividades trotskistas» con odio y sobre todo con desprecio, pero añade que, en las fábricas, brotan trotskistas y

semitrotskistas –estos dos términos comienzan a imponerse, haciéndolo los estalinistas por maniobra y sus adversarios por desafío– a cada golpe, exigiendo retribuciones correctas, un trabajo más continuado. «Ellos tienen incontestablemente razón», comenta N. N.: «La Oposición no se recuperará de los incesantes pogromos de organización más que sobre la base de sus células de fábrica, aunque no cuenten con más de dos o tres obreros». Su conclusión es que nadie se cree las calumnias oficiales, que todos saben que son mentiras, útiles para algunos, odiosas para los demás.

Piotr Perevertsev, de quien habíamos indicado el regreso del campo de aislamiento en la deportación, aborda un tema que nadie había abordado antes que él, el de la «juventud exiliada» que el observador de hoy descubre en interminables listas de jóvenes trabajadores detenidos:

«Son en su mayoría obreros. Se adhirieron a la Oposición en el transcurso de los dos últimos años y nos resultaban completamente desconocidos. Acudieron de manera independiente y espontánea a nuestras ideas. Por su propia iniciativa, con frecuencia sin tener ningún contacto con nuestra organización, comenzaron un trabajo de fracción, sacaron octavillas, etc. La juventud es actualmente un factor de importancia entre la deportación. ¿Cuántos son? ¿Mil, dos mil, más? Es difícil para mí [responder], ya que mi horizonte de observador está demasiado restringido; en todo caso, son numerosos».

7. VIAJE POR EL PAÍS

Un largo viaje por el país en el marco de una delegación de extranjeros en la que se encuentra John Becker, el americano de Sedov (llamado también Brown y Muller), nos aporta muchos elementos sobre la vida obrera. La miseria de los trabajadores de la fábrica de tractores de Jartov compite con la de los obreros de Stalingrado. Con frecuencia nada tienen para comer durante su jornada de trabajo y el agua caliente reemplaza el té.

Cerca de Krovoi-Rog los viajeros tienen un incidente con unos obreros rusos que gritan porque ellos les hablaron del paro en Occidente: comienzan por no creerles y terminan sosteniendo que un desempleado en Occidente vive mejor que un trabajador en Rusia. Tocan a 48 rublos al mes y con frecuencia sólo comen pan. La vida cotidiana es insostenible; los tranvías están abarrotados y son peligrosos, las casas son muy pequeñas y frágiles. Después destaca el viajero:

«Los obreros de las grandes fábricas dan la impresión de ser muy cultos. En las cantinas donde están a menudo miles de ellos para comer no hay disputas ni injurias [...]. Por esa razón aumentan las necesidades. En una fábrica de máquinas agrícolas, un obrero con apariencia de ser por completo soviético decía: “¿Por qué hemos luchado? ¿En nombre de quién hemos hecho la revolución? Contemplad nuestras viviendas, nuestra comida, nuestra ropa, los tranvías. Esto no puede continuar así”».

Tres días de viaje por el Volga permiten que la delegación descubra «el enorme desbarajuste de los pueblos». Miles, decenas de miles de campesinos que esperan, intentan con frecuencia embarcar varias veces, pierden al resto de su familia. Breve diálogo:

«¿Dónde vais?

—Nos mudamos.

—¿A dónde?

—Sólo el diablo lo sabe; nos vamos a la ciudad, parece que está mejor. Nos quitaron nuestros animales, el pan, nos echaron a los koljoses».

El viajero, en la opinión de Sedov, hace una observación capital: el obrero se sitúa en el campo de la revolución que hay que defender; el campesino es claramente contrarrevolucionario.

8. UNA SITUACIÓN GRAVE EN LA URSS

La situación de la URSS, de 1921 a 1931, era grave y no manifestaba ningún signo de mejora posible. Por el contrario, hay que

admitir que cambia muy rápido a partir de finales de 1931, y ello se refleja en los textos enviados al *BO*. Y si recordamos que es al principio de 1933 cuando Adolf Hitler llegó con el partido nazi a la cabeza de Alemania, comprendemos mejor las apuestas de este año 1932.

A principios de 1932 (en enero o febrero), Rakovsky escribe a uno de sus camaradas deportados:

«El alza de los precios resulta de la colectivización a ultranza, de la “modernización” burocrática, del autodesarme técnico del campesinado, de las resistencias pasivas en la ejecución de los trabajos de los campos y de otras causas que aumentan terriblemente los gastos de producción.

«Las consecuencias del alza de los precios son una diferenciación social activa en los koljoses, un descenso rápido de los salarios reales, la no ejecución de los planes. De aquí a algunos meses, vamos a encontrarnos ante fenómenos que creíamos eliminados para siempre, como el desempleo. El artículo de Stalin en *Proletarskaya Revoliutsija* es la señal de una ofensiva contra los bolcheviques-leninistas que habían previsto y prevenido al partido de cara a las experiencias burocráticas oportunistas».

Al mismo tiempo, sabemos que todos los detenidos vieron, al final de sus penas en los *isolatori*, cómo automáticamente se les añadía tres años suplementarios por decisión de la GPU. La situación es tal que los bolcheviques-leninistas no deben salir vivos de sus agujeros... Simultáneamente, la Oposición hace saber que hubo numerosas detenciones, a finales de diciembre y a principios de enero, en Moscú, Leningrado, Jartov y Tiflis, entre otras ciudades.

La GPU tomó sin duda medidas para restringir la salida de la correspondencia: es casi inexistente en los primeros meses de 1932. Cuando se retoma, hay muchos indicios de una situación nueva. Así, en *Serp i Molot* de Moscú se pidió a los obreros de un sector hacer dos horas suplementarias para recuperarse de un retraso. De doscientos cincuenta que fueron convocados, no acudió nadie: la distancia entre los trabajadores y la burocracia era

muy profunda. Y esto creó una atmósfera de intriga y de especulación sobre el rublo desde el reestablecimiento del mercado libre.

Pero al mismo tiempo, escribe U-y, «encontramos a cada paso la devoción absoluta de los obreros, jóvenes o viejos, que se entregan totalmente a su tarea que constituye el sentido y el contenido de su vida, los obreros cualificados, especialmente los comunistas, que trabajan con frecuencia diez o doce horas al día, esforzándose por cumplir ellos mismos todas las fisuras y alcanzar los porcentajes fijados».

Una carta del 20 de agosto de 1932, de la que no hemos podido establecer el origen, informa a Berlín de lo que Olga Smirnova acaba de informar, desde Moscú, a Rakovsky:

«En Ivanovo-Voznessenk algunos obreros abandonaron el trabajo y salieron a la calle. Molotov y Kaganovich fueron de inmediato para allá. Ellos rechazaron la responsabilidad de la situación haciéndola recaer en los organismos locales. Los obreros les propusieron que ellos mismos trabajaran en las organizaciones locales y mostraran cómo actuar en lugar de zafarse diciendo que alguien había “deformado la línea del partido”».

Pronto llegó un informe sobre los acontecimientos de Ivanovo en primavera, donde los huelguistas tuvieron el poder durante once días. En Tver, los huelguistas dieron una paliza a la secretaria del comité regional, una mujer cuyo nombre el autor de la carta olvidó, lo que no tiene precedente. Hubo huelga y violencia en Nikolayev, en Leningrado y en toda una serie de ciudades.

La situación es tal que uno de los más altos dignatarios estalinistas en el pasado se atreve a afirmar: «fue necesario el genio de Stalin para que en tres años la Unión Soviética alcanzase dicha situación». El descontento generalizado se acentúa por la irresponsabilidad de una cumbre estrecha, por el terror que esta impone a los miembros del partido y del aparato soviético, por el hostigamiento, por los gritos contra los ejecutantes. Todo ello ha borrado cualquier huella de ilusión respecto a la GPU.

Y la suerte de Ivan Nossov, nuevo dirigente del partido en Ivanov tras las revueltas, detenido para ser abatido en 1937,

muestra bien a las claras la profundidad de la crisis en el corazón mismo del poder.

Una carta sobre la juventud de Leningrado, redactada con toda evidencia por Víctor Serge, que contó la misma anécdota de un modo un poco diferente en sus memorias, dice que es una cuestión difícil de evaluar:

«Durante el último periodo, hubo en la Oposición de izquierda una afluencia creciente de jóvenes que nunca habían simpatizado con nosotros. Es así como, por ejemplo, encontré a algunos jóvenes de la imprenta N. que, en el pasado, respondían a nuestras objeciones: "Calma, vais a ver con el plan quinquenal". Ahora uno de ellos tomó la palabra en una reunión del partido para decir: "La Oposición tenía razón sobre muchos puntos y es hora de hacer balance del pasado". Perdió su empleo. Respecto a la autoridad del Jefe, si no es nula en lo sucesivo, resultará ínfima, irrisoria. Hubo un periodo en el que se hablaba de él sin malicia ni consideración. Es decir, como si fuera inevitable, pero ahora todo ha cambiado. Se dice a veces que es el mayor saboteador de la revolución».

Trotsky había dicho que era el «sepulturero». ¿Quién lo supo?

9. EL SILENCIO DE LOS VIEJOS

El corresponsal de Moscú, que firma N, cuenta que hubo una huelga de seis días de los seiscientos obreros de la Imprenta N-y. La regla era hasta entonces que, cuando no hubiera papel, los obreros acudían igualmente y se les pagaba el 75% del salario. Pero los obreros que hicieron la huelga ya no admiten la excusa del papel, con la que no tienen nada que hacer. Reivindican por tanto el papel y el salario íntegro. Se arrestó a los "cabecillas" y se revocó al secretario de célula. Lo que dice N. de los ferrocarriles es terrorífico:

«El tifus, los enfermos tirados en las estaciones, cubiertos de piojos. En varias regiones, cuarentena, no se podían comprar billetes [...]. Describimos la situación en términos moderados,

pero empeora todos los meses. Si alguien critica el poder soviético, en una cola, en la calle, nadie reacciona, nada llama a un miliciano como se hacía hace algunos años. Muchos, aun cuando tengan conciencia de que se aproximan al precipicio, se sienten impotentes».

Para acabar con el año 1932, una anécdota dura. El representante del soviet de Moscú daba un discurso de rutina en una empresa. Los obreros le escuchaban tranquilamente, cuando uno de ellos se levantó de repente hacia el final del informe y dijo más o menos:

«Se nos dice que todo va bien, maravillosamente bien, que ganamos batalla tras batalla, y sin embargo nos falta de todo. Nosotros no exigimos algo superfluo, sobre todo exigimos pan».

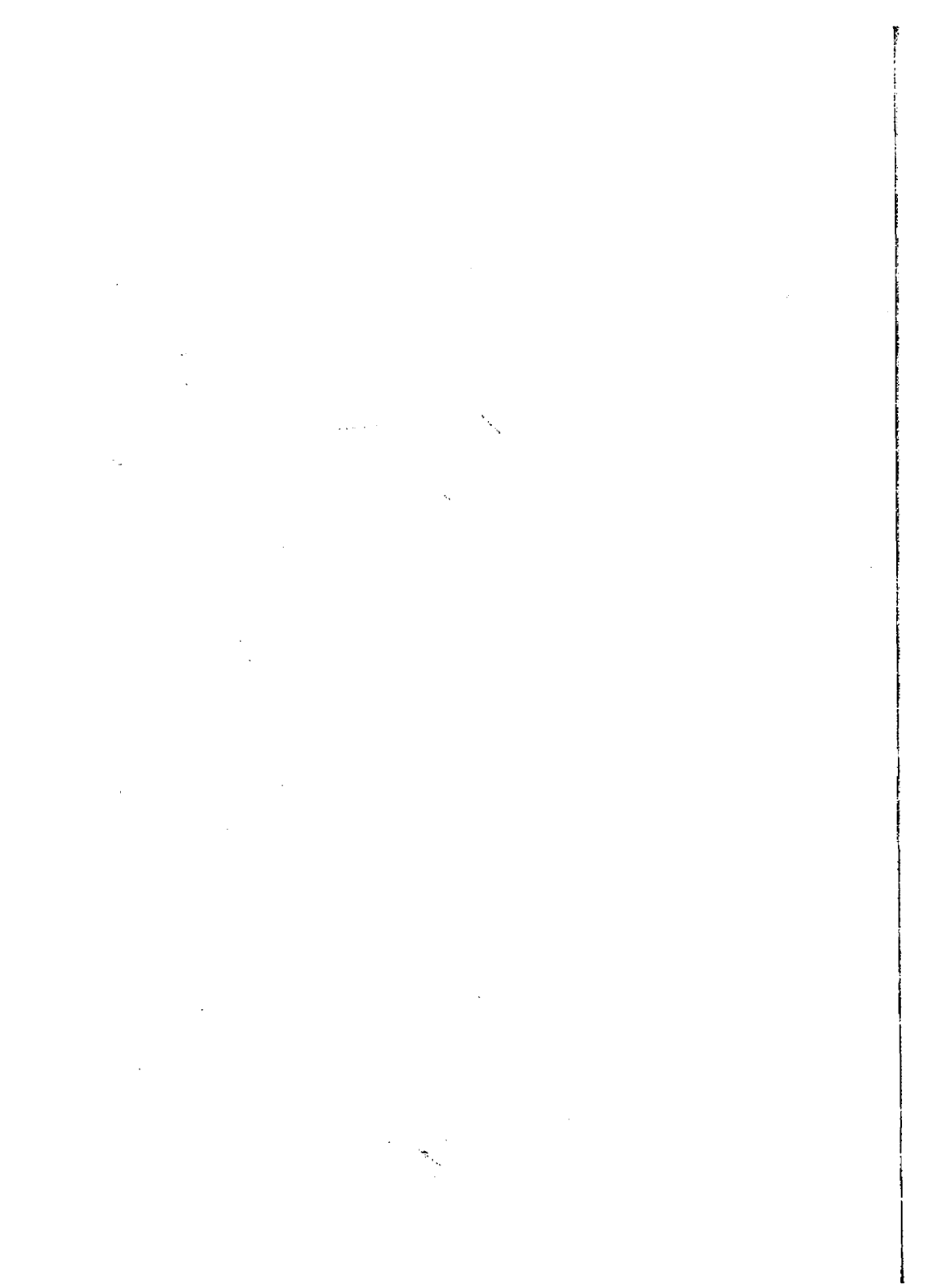
Los obreros guardaron un silencio mortal. Comprendían evidentemente que el inesperado orador decía una verdad, pero ellos no le habían animado —no sólo por miedo a la represión, sino también por una actitud de defensiva política: ¿no habla el enemigo político tras este obrero?— Es un estado de ánimo muy fuerte entre los obreros, nota el corresponsal, y allí está el fundamento moral del régimen.

Cuando desde la presidencia de la reunión se apresuraron a asegurar que el orador era conocido por borracho y disoluto, los obreros manifestaron su desprecio por esta declaración y comenzaron a dispersarse refunfuñando. Entre los jóvenes el apoliticismo toma cuerpo, piensa el corresponsal: completado por una "lealtad" formal, no deja de ser un pasaporte de buenas intenciones bajo el que se esconde un descontento que no se expresa, pero que es profundo. El corresponsal del *BO* formula entonces la gran pregunta:

«¿Por qué se callan los viejos cuando, es evidente, no pueden dejar de ver adónde lleva el curso estalinista? Tengo la sensación de que, si alguno de los capituladores interviniese, con objeto de avisar abierta y valientemente, se le perdonaría bastante. ¿Por qué su silencio? Parece que no tienen nada más que perder que las cadenas de su degradación y de su impotencia, [pero no tienen el valor de decidirse]».

Y de dar el ejemplo de Préobrajensky, que «bebe té con confitura y toca la guitarra». El ejemplo está mal elegido, pues éste, justamente, como veremos, volvió al combate político, regresó a prisión y no dijo nada bajo la tortura. La lucha política conducirá en ocasiones a proferir juicios inicuos.

Precisamente en esta época habían vuelto muchos históricos capituladores. Pero la gran, la inmensa noticia, que Liova Sedov anuncia con discreción pero con júbilo a su padre y al Secretariado Internacional de la Oposición de Izquierda, se resume en cuatro palabras: «¡Ivan Nikitich ha vuelto!». Era el tipo de sueño que se había tenido, pero en el que ya no se creía sin dudar. Pues ya no era un sueño.



CAPÍTULO XV

IVÁN NIKITICH HA VUELTO

Los historiadores en general, y más aún los historiadores del comunismo, son en su mayoría terriblemente conservadores. No les gustan las personas demasiado inteligentes, que revuelven en sus cartas penosamente recolectadas y clasificadas. No les gustan las personas fieles, pues prefieren el drama de la traición. Por último, no les gustan ni los actores ni los comentaristas perspicaces, puesto que se les suele considerar a ellos como los únicos capaces de comprender.

La historia de Ivan Nikitich Smirnov puede servirnos de ejemplo. Cuando renegó de la Oposición, Trotsky predijo que volvería y se abstuvo de cualquier injuria contra él. Y Smirnov volvió. Pero apenas unos pocos “historiadores” se dignaron desde entonces a dar cuenta de ello.

Cuando abandonó las filas de la Oposición, decidió jugar hasta el final, cara a cara, la lealtad hacia el partido —y, por tanto hacia su jefe, el *gensek* Stalin. Tuvo la experiencia que necesitaba para convencerse. Estaba ahora totalmente convencido que de Stalin sólo se podía esperar crímenes, locuras y equivocaciones, y que la revolución estaba gravemente amenazada tanto en el país de los soviets como en el mundo entero. Los años transcurridos le habían demostrado claramente que el *gensek* era ese «sepulture-

ro de la revolución» ya denunciado por Trotsky. Ivan Nikitich volía por lo tanto a la arena.

1. LA PERSONALIDAD DE IVÁN NIKITICH

Pero el hombre que regresaba de ese modo no era cualquiera. La bella y gran periodista Larissa Reissner, en su célebre artículo sobre la batalla de Svaijsk en 1918, explicó lo que significó para los combatientes del Ejército Rojo, en el que ella se encontraba:

«Ya no me acuerdo exactamente del tipo exacto de trabajo que realizaba oficialmente I. N. Smirnov en el estado mayor del 5º ejército. Si era miembro del consejo militar revolucionario o al mismo tiempo jefe del departamento político, pero, al margen de cualquier marco o de cualesquiera títulos, él encarnaba la ética de la revolución. Él era el criterio moral supremo, la conciencia comunista de Svaijsk.

«Incluso entre las masas de soldados sin partido y entre aquellos comunistas que no le habían conocido antes, su portentosa austeridad y su integridad eran inmediatamente reconocidas. No parece creíble que haya sabido hasta qué punto se le temía, hasta qué punto cada cual tenía miedo sobre todo de revelar su propia cobardía y su propia debilidad ante los ojos de este hombre que nunca se doblegaba, que era siempre él mismo, tranquilo, valiente. Nadie imponía tanto respeto como Ivan Nikitich. Todo el mundo sentía que en el peor momento él sería el más fuerte y el más desprovisto de miedo.

«Junto a Trotsky, era la muerte en el combate tras haber tirado la última bala, era la muerte en el entusiasmo y el olvido de las heridas. Junto a Trotsky, era lo patético sagrado de la lucha, palabras y gestas que recuerdan las mejores páginas de la Gran Revolución francesa.

«Pero el camarada Smirnov (es así como nos parecía ser en la época y así cuchicheábamos los unos a los otros, acostados en el suelo, en esas noches de otoño ya frías), el camarada Smirnov era la calma absoluta cuando estaba “pegado al muro”, quemado por

los blancos o tirado en un agujero carcelario. Sí, es así como hablábamos de él en Sviajsk».

No era por lo tanto cualquier dirigente de la guerra civil el que había decidido volver a la acción política con sus amigos -pues ellos nunca habían perdido el contacto ni habían cesado de sopesar los pros y los contras de las iniciativas a tomar o no tomar..

Smirnov había considerado que el primer paso a dar para aclarar la situación era unir las oposiciones cuyo movimiento natural, en el transcurso de la crisis, ya había hecho que se aproximaran las unas a las otras. Por lo tanto, era necesario entrar en relación con Trotsky, no sólo porque él era el principal adversario, el enemigo número uno del régimen, y que una unión sin él corría el riesgo de ser una unión contra él, sino también porque le necesitaba como consejero y como aliado.

Así es como decidió entrar en contacto él mismo, personalmente, con Liova Sedov, a quien conocía desde la infancia y que sabía que no pondría obstáculos. Contaron que se habían cruzado por casualidad a la salida del enorme centro comercial berlinés KDW: Ivan Nikitich con la hija de su segunda mujer y Sedov con su sobrino (Sieva). Todo transcurrió muy bien: los dos hombres hablaron largo y tendido, en confianza.

No tenemos desgraciadamente la carta en la que Liova da cuentas a su padre. No obstante, existe una copia en los archivos de Moscú. El supuesto historiador Volkogonov, tras haberla incorporado a su manuscrito, la retiró finalmente. El contenido cálido y confiado de la entrevista es, sin embargo, evidente. Sedov captó diversos matices; Ivan Nikitich, en varias ocasiones, pronuncia un «nosotros».

La reacción de Trotsky es igual de positiva. Las cartas con instrucciones detalladas que dirige a Liova muestran que la máquina intelectual se ha puesto en marcha, integran este nuevo dato: «el retorno de Ivan Nikitich». Y Liova puede anunciarlo, de un modo claro, al secretariado internacional, en una carta de la que hemos encontrado una copia en los archivos del S. I. en la Termiment Library de Nueva York.

Me gustaría en esta ocasión citar el retrato que trazó Víctor Serge, con el talento que se le conoce, de este gran «hombre entrecano de ojos vivos»: «Era grande, recto, delgado, tenía una mirada tímida y firme, era de maneras eclipsadas, tenía mucha juventud reflexiva en la mirada gris verde, tras las lentes».

2. EL GRUPO DE IVÁN NIKITICH

Pero es la existencia de este grupo lo que tiene una destacada importancia. Es la prueba concreta de lo que Trotsky y los suyos afirman desde hace años, a saber, que ellos son los únicos en tener una perspectiva correcta para, en último término, derribar el régimen de la burocracia estalinista y de su dictadura policial. De los que lo abandonaron, sólo el grupo de Smirnov vive —porque volvió—. Mientras que ningún otro de los grupos de capituladores, incluso cuando se trataba de camarillas, consiguió sobrevivir: todos se transformaron en trampolines o en felpudos del *gensek*.

Ivan Nikitich habló un poco del grupo a Liova, para familiarizarle. Después, mediante mensajes, le dijo un poco más. Para lo esencial, sus hombres son los allegados de siempre: su jefe de gabinete cuando estaba en el poder, Lev Grigorievich Ginsburg; su segunda mujer, la dinámica profesora Alexandra Nikolayevna Safonova, animadora del grupo, que empuja a la acción; pero también, por supuesto, S. V. Mrachkovsky y V. A. Ter-Vaganian.

Y después está esa plataforma muy interesante, un verdadero programa para la Oposición, que John Becker vio en las manos de un director de empresa. Comprende unas propuestas de acción que Liova toma muy en serio, para su extrañeza. El americano no entendió las frases capituladoras que envolvían la mercancía. Lo comprenderá de un solo golpe cuando sepa que esta plataforma fue elaborada por Mrachkovsky y su compadre Piotr Perevertsev, que son por tanto para él verdaderos aliados rusos.

Trotsky da una gran importancia sintomática al hecho de que su excamarada Evgenii Aléxeyevich Préobrajensky pertenezca al grupo. Él era uno de los “Tres” que habían llevado a la Oposición

al golpe de gracia en 1929, y ahora realiza una autocrítica completa. Smilga está también en contacto con Ivan Nikitich y simpatiza con él, pero él no vacila, puesto que la GPU no le suelta la suela de los zapatos y, sin exiliarlo formalmente, le invita a abandonar Moscú.

Todo ello regocija mucho a Trotsky, no lo dudamos. Por el contrario, se enfurece al saber que Karl Grünstein decidió unirse a Smirnov: por más que sea un aliado, es una traición pasarse a él. Reacciona de la misma forma al saber que Boris Livshitz, a quien había visto como una de las esperanzas de la Oposición y del partido, acaba de retomar el trabajo con Smirnov tras haber tratado a Rakovsky de «capitulador» y... de haber capitulado él mismo. Los grandes dirigentes tienen a veces heridas de amor propio que no siempre son fáciles de entender. Por ejemplo, no deja de encolerizarse porque Becker se haya encontrado con Max Shachtman...

Es cierto que también hay disensiones por la alianza *in situ*, en la URSS, y no sólo viejas rencillas. En efecto, si Ivan Nikitich finalmente regresó a Berlín para informar a Sedov y, a través de él, a Trotsky, es porque no quería entrar en contacto con el grupo de oposición de Moscú que está vinculado con Liova: su jefe, Alexandr Chabion, un profesor de historia que sobrevive penosamente luchando contra un cáncer, tiene mala reputación entre los smirnovistas y otros, entre ellos Víctor Serge, que le juzgan incapaz de enfrentarse —al menos por el hecho de su estado de salud— a un interrogatorio, aunque fuese poco violento.

Respecto a los demás miembros del grupo, volveremos con el ejemplo de las personas que fueron detenidas, juzgadas y condenadas por pertenecer a él.

3. UN PRIMER ÉXITO SIGNIFICATIVO

El primer éxito queda evidentemente en secreto, hasta el momento en que Safarov lo pregone en su proceso. Era tan fuerte que incluso *L'Humanité* dará cuenta de él. No es para menos.

Los hombres de Ivan Nikitich Smirnov establecieron negociaciones y parece que los contactos que describieron en sus declaraciones en los procesos, especialmente el de agosto de 1936, eran sólo la transposición, barnizada de "terrorismo", de los contactos realizados para dar lugar a una alianza política, para un "bloque" de las oposiciones. Nosotros hemos realizado el trabajo al mismo tiempo que el descubrimiento de su existencia en los archivos de Trotsky.

Ter-Vaganian se vinculó por amistad a Lominadze desde que este último está en Magnitogorsk con Chatskin. Se le pide un intercambio de puntos de vista que conduce a un acuerdo para el bloque. Con el grupo de Zinoviev, es en el vagón de Mrachkovsky, a punto de salir; con los zinovievistas, en la *dacha* de Illinskoe de Zinoviev. Ellos también están de acuerdo y van a reencontrarse con la Oposición obrera y los "sin jefe" de Safarov —los cuales quieren un plazo de reflexión—.

Los grupos con los que entran en contacto han hecho la misma experiencia del aislamiento; miden la degradación de la situación y los peligros mortales del momento. Aceptan el principio de un «bloque», anticipado por un intercambio leal de informaciones.

Ivan Nikitich envió a Sedov un correo, Eduard Holzman, funcionario de comercio exterior y antiguo *opositioner*, con quien está en contacto. Mrachkovsky y él le informan del objetivo de su misión. Es Holzman quien acude a Berlín a anunciar a Liova el acuerdo sobre la formación del «bloque de oposiciones» en 1932; y Liova se lo confirmará mediante un reencuentro con un antiguo bolchevique llegado con el pretexto de intentar curar en Berlín su tuberculosis, el letón Yuri Gaven, miembro de un grupo de *opositioneri* dirigido por N. V. Ossinky y que simpatiza con todo este mundo. El tren de la unidad está en marcha.

Me sorprendió un poco descubrir una polémica de Boris Starkov contra J. Arch Getty a propósito del bloque. ¡Starkov cuestiona incluso la propia existencia de un grupo Lominadze, asegurando que este último estaba rodeado de agentes! Tiene la necesidad de desmentir el «rumor» lanzado por Stalin de un

«Centro» compuesto por Zinoviev, Kamenev, Evdokimov, Ter-Vaganian, Mrachovsky, Lominadze y Chatskin, pero olvida recordar que el mismo Stalin había acusado a Smirnov de haber sido miembro cuando estaba encerrado en Suzdal.

4. EL GRUPO RIUTIN

En el mismo momento en que se concluyó el acuerdo de principio sobre un «bloqueo de las oposiciones» estalla el asunto de la Liga de los Marxistas-Leninistas, más conocido con el nombre de asunto Riutin. Este antiguo maestro se adhirió al partido en 1914 y presidió el soviét de Jarbin en 1917. Por sus cualidades militantes, Trotsky le sitúa justo tras Zinoviev y Kamenev en el CC de los años veinte. Después de Daghestan, está en Moscú, en el barrio de Krasnaya Presnia. Es ahí donde se hace conocer a la cabeza de los matones policiacos y saboteadores de las reuniones de la Oposición. Es a él a quien la dirección envió a hablar al entierro de Joffe. Permaneció fiel a Stalin y hostil a Trotsky hasta 1928. Pero en 1931 escribe:

«El pronóstico de Trotsky se ha confirmado. El partido degenera tan rápido que sólo unas medidas valientes, resueltas y enérgicas pueden salvar la situación [...]. La lucha apasionada de Trotsky para conducir al partido por la vía de la democracia interna y del centralismo democrático sano constituye un inmenso servicio a la historia y a la revolución que ninguna calumnia ni falta anterior le puede negar».

Llama a la lucha:

«El momento ha llegado ahora cuando los viejos dirigentes, todos los bolcheviques honestos, deben tomar una posición presente limpia con un programa público y valiente para salir del punto muerto y volver a los principios leninistas y a la forma de conducir el país sobre la vía de la dictadura proletaria. De otro modo, la Historia les pondrá en la picota de la vergüenza».

Martemian, llamado Mijail Nikitich Riutin, apartado por el *gensek*, descubre la vía de la «reconciliación». Fundó un grupo, la

Unión de los Marxistas-Leninistas, y quiere la unión de las oposiciones y la reconciliación con los trotskistas. Con él está Nikolai Alexandrovich Slepkov, la joven vedette de la escuela bujariniana en sus buenos años, un cazador de trotskistas que ahora tiende la mano a la presa, pero que va a morir con él en un cuchitril oscuro, una célula de *isolator* en la que se colgará.

La plataforma política de este grupo -que sería mejor llamar Slepkov-Riutin y que Trotsky, considerando la inexistencia de los derechistas históricos, llama simplemente «los derechistas»- fue ampliamente difundido en el ámbito político y en el seno del partido en Moscú. La investigación sobre su difusión conduce a la GPU a descubrir que algunas copias fueron comunicadas a Zinoviev y a Kamenev, así como a los animadores del grupo Lominadze, Sten, Syrtov y Chatskin. Es la alarma roja, ya que los destinatarios guardaron este texto para sí mismos y no denunciaron esta operación «fraccional». La amenaza está allí, tras los postigos cerrados.

Se acabaron los contactos con los «trotskistas», como dicen los demás al hablar del grupo Smirnov, el cual está, por supuesto, amenazado: el bloque muere recién nacido. Su centro no se reunirá nunca, pero las consecuencias de su efímera existencia van a perdurar muchos años todavía.

5. LA REPRESIÓN

Durante su regreso, la gente de la GPU detuvo a Holzman en la frontera llevando en su maleta de doble fondo un documento que él propuso a Trotsky llevar al país y que trataba de su inhabilitación de la nacionalidad soviética. No parece que haya hablado.

Por el contrario, Ivan Nikitich escribe a Liova que un amigo de la GPU (el indispensable punto de apoyo sin el que no puede haber un grupo organizado) le ha hecho saber que un miembro de su grupo, un hombre poco estable, por tanto peligroso, estaría a punto de orientar hacia él a los agentes de la GPU. Tranquiliza

sin embargo a su corresponsal: nada van a encontrar en su casa, puesto que «ha hecho la mudanza» y no tiene nada que temer.

Mudanza o no, Smirnov es, pese a todo, detenido el 13 de enero de 1933 y condenado a diez años de prisión. Muchos de sus camaradas comparten su suerte: en primer lugar, Mrachovsky y Smilga, condenados a cinco años, a quienes se conduce al *isolator* de Verjneuralsk. Ivan Nikitich va a Suzdal a ocupar una de las celdas de las que los huéspedes no salen. Sólo saldrá en mayo de 1936 para ser enviado a la prisión central de la GPU. Recibió en 1935 una visita de su anciana madre.

Durante el periodo de la preparación —en el marco de la masacre prevista de los «trotskistas»— de un gran proceso público, que será el de los dieciséis, Smirnov ha sabido o comprendido que fue para dicho proceso de los «trotskistas» que se sacó de la deportación a viejos militantes como Nikolai Fedorovich Pankratov y Janan Markovich Pevzner para ser «preparados» en el campo de aislamiento de Verjneuralsk.

Es la época en la que, contrariamente a la casi totalidad de los detenidos de Suzdal, no está autorizado a abandonar su celda y a circular libremente en el antiguo monasterio. Sin embargo, aparece en su ventana a horas fijas, respondiendo a las preguntas, explicando sin descanso a sus camaradas de detención el terror que se prepara y del que va a ser él una de las primeras víctimas. Es el gran, el muy gran Smirnov, que subyuga incluso a los detenidos antisocialistas por su personalidad y su calor humano.

En lo sucesivo, el mérito del grupo de Ivan Nikitich ya no es, por tanto, haber existido, puesto que todo acabó para él —tanto el grupo como quienes fueron miembros o próximos—. Pero quedan estas ideas que están en el aire y que penetran en los escalones interiores del aparato: una información correcta, una discusión honesta, el final de las divisiones y de la violencia, la alianza de *oposizioneri* de cualquier tipo, la unificación contra el aparato de la «izquierda» y de la «derecha» —una expresión que ya no tiene sentido por sí misma— pero cuya realización lo tendría poderosamente.

5. LOS OCHENTA Y NUEVE

Los ochenta y nueve cuyos nombres figuran en la lista —publicada por la Comisión de Rehabilitación de los tiempos de la *perestroika/glasnot*— de los miembros del «grupo Smirnov, Préobrajensky, Ter-Vaganian» son los militantes recientemente rehabilitados tras haber sido condenados en los años treinta por su pertenencia al grupo Smirnov.

Esta larga lista presenta un primer misterio, que no hay que tomarse en absoluto en un primer grado, como lo he hecho al principio: la ausencia del nombre de Sergei Vitalievich Mrachovsky, número dos del grupo. Las fuentes militantes indican bien que Mrachovsky era uno de los dirigentes del grupo, pero él no figura en la lista de los Ochenta y nueve que fueron detenidos por haber formado parte del mismo. Es uno de los misterios de la cocina de la GPU...

Al mismo tiempo surge una segunda dificultad. Hoy los autores que hablan del «grupo Smirnov» aseguran que estaba formado por hombres que habían capitulado con él en 1927 y regresaron a la acción política clandestina a principios de los años treinta. No obstante, está lejos de ser enteramente cierto, incluso si es en gran parte válido.

Aproximadamente una tercera parte de los militantes detenidos corresponden a este perfil. Los cercanos a Ivan Nikitich están en el grupo: Lev Grigorievich Ginzburg, su jefe de gabinete de siempre; Mrachkovsky; su segunda mujer, la dinámica Alexandra Nikolaievna Safonova, de quien un miembro de la Comisión de Rehabilitación, el profesor Naumov, nos confirmó que era la verdadera jefa del grupo; A. G. Beloborodov y su mujer, Faina Viktorovna Jablonskaya, que habían sido los últimos huéspedes de Trotsky en Moscú cuando él había marchado del Kremlin.

Hay una excepción: la de Olga Ivanovna Smirnova. Es una de las más jóvenes: nacida en 1907, tiene por lo tanto veinticinco años. Realizó estudios de ingeniería y se dedica a la enseñanza. Nunca entró en el partido. Estuvo exiliada en la misma época que los *oposicioneri* organizados en diciembre de 1927. Fue deportada

y colaboró en Saratov, después en Barnaul, con Rakovsky, líder de la Oposición, que censuró con severidad la capitulación de su padre. Ayuda a redactar la declaración de la Oposición en 1931. Liberada, vuelve junto a su padre, Iván Nikitich, y actúa de vínculo entre él y Rakovsky, a quien envía cartas con informaciones escritas con tinta química entre las líneas.

¡Por supuesto que la detuvieron, en abril de 1936, y que la torturaron para que entregara de una vez a los dos conspiradores, Iván Nikitich y Christian Georgievich! Pero la joven no dijo una palabra y fue fusilada en octubre. Su madre lo fue también.

Entre los demás, algunos tienen orígenes muy diferentes. Vladimir Kuprianovich Yatsek perteneció al partido, después al «grupo obrero»; volvió al partido, del que fue excluido en 1926 junto a Sokrat Gevorkian. Leonid Ivachkin, el obrero de la fábrica Kauchuk al que llaman en broma el «obrero de Smirnov», abandonó en realidad la Oposición firmando colectivamente el texto de Préobrajensky, Radek y Smilga... No es el único en el seno de los Ochenta y nueve.

Y luego está la cuestión de los *oposizioneri* que, en 1929, siguieron a Rakovsky y a Trotsky. Algunos fueron muy lejos con ellos, después se retiraron: es el caso de Tania Miagkova, con quien nos hemos encontrado varias veces y que formó parte de los intransigentes en 1927. También es el caso de Rafail (Rafail Borissovich Farbman), antiguo dirigente del partido ucraniano, que tras la correspondencia de Wetter fue uno de los últimos, si no el último, en militar a favor de la Oposición entre los obreros de Moscú.

Es muy posible, aunque no seguro, que estas personas se sintieran atraídas por el prestigio de Smirnov y hubiesen pensado que habían hecho sus pruebas en el marco despiadado de la Rusia estalinista al fundar un grupo que ya había comenzado a jugar un papel en la vida política, convirtiéndose en un centro de reclutamiento y reagrupamiento.

Sin embargo, es difícil imaginar que sea así para los que tenían un origen diferente al del grupo del propio Smirnov. En particular, se plantea el problema de la gente del grupo de la Oposición, muy poco numeroso, que probablemente debe aún

controlar Yakov Kocherets. Por medio de Victor Serge y de Maria Joffe conocemos a dos que, precisamente, se hallan en la lista de los Ochenta y nueve: Alexander Mijailovitch Chabion, un profesor de historia, cuya esposa Dora Rentan figura también en la lista, responsable de este grupo en Moscú en 1932, y Andrei Andreyevich Konstantinov, llamado Kostia, periodista.

El primero, bolchevique en 1917, con veintiún años, excluido en 1927, se adhirió en 1928 a la capitulación de Ivan Nikitich Smirnov. Aquejado de un cáncer, fue detenido en 1932 por una alusión a Termidor en uno de sus cursos. Habría sido objeto de un chantaje durante los cuidados médicos y habría «hablado», según Victor Serge, quien no aporta sin embargo ningún elemento concreto. No obstante, se puede admitir que la gravedad de su estado hizo que los partidarios de Smirnov se volvieran desconfiados, puesto que conocían su fragilidad e incapacidad para aguantar una tortura grave. Lo tuvieron deliberadamente al margen —y a su grupo con él— de las negociaciones para la formación del bloque de las oposiciones.

Andrei Andreyevich Konstantinov, «Kostia», es un militante excepcional de quien Maria Joffe dejó un retrato fascinante y a quien, evidentemente, conocía mejor que Victor Serge. Militante aún joven en 1923, estaba encargado de la tribuna de discusión de *Pravda* y fue enviado para darle ventaja a los *opositioneri*. Sus camaradas le pidieron que no se dejase excluir en 1927 y que permaneciese en el partido. Aseguró, por tanto, la continuidad de la presencia clandestina de la Oposición en la fracción hasta 1928, según la prensa, hasta 1932 según Serge, cuando se le excluyó por haberse permitido entre amigos una broma de más.

No creemos que Chabion y Konstantinov hayan militado en el grupo Smirnov, ni siquiera que abandonaran su grupo para adherirse a él. Su presencia en la lista de los Ochenta y nueve es el resultado de una operación de la GPU que buscaba desembarazarse de todos sus posibles adversarios «trotskistas» y reunirlos en la misma acta de acusación, en un asunto en el que algunos —la Comisión de rehabilitación los cita— no se reconocerán en la época y no confesaron nada en absoluto.

Hagamos caso por una vez a la GPU: era una anticipación al hecho de que –sin duda al menos en las colonias y los campos, y quizá en algunas empresas– el «grupo Smirnov» se fundó a partir de los grupos existentes o los absorbió hasta el punto que en 1937-1940 la policía clasificó a todos indistintamente bajo la misma rúbrica de «contrarrevolucionarios terroristas trotskistas» (KRTD).

Estamos seguros de que la categoría «trotskistas capituladores» –a veces reducida a «capituladores», como en el caso del representante de esta categoría política en el comité de huelga de Magadan, el heroico combatiente JC Davis Maidenberg– incluía a hombres hacia quienes sus compañeros de combate y de muerte no hacían ninguna distinción. Para los deportados muertos a su lado y a quienes habían apoyado, cuando ellos habían retrocedido, estos hombres eran sus compañeros de armas que habían dejado las armas un momento para retomarlas durante la lucha final.

Desde este punto de vista, la unificación de los *opositsioneri* se extendió más allá de los límites de sus filas, puesto que, si seguimos a los escribanos de la GPU, encontraríamos juntos, a finales de los años treinta, a trotskistas de derecha, a trotskistas de centro, a trotskistas de izquierda y a trotskistas excapituladores, cuidadosamente diferenciados pero unidos, sin embargo, por la misma repugnancia hacia los esbirros de Stalin.

6. EL ALCANCE DEL REGRESO DE IVÁN NIKITICH

La historia de los *opositsioneri* soviéticos, tanto tiempo disimulada tras tantas mentiras y calumnias surgidas de los «amigos» de Stalin y de los enemigos del comunismo –sus comportamientos y sus objetivos historiográficos son idénticos–, reserva al investigador apasionado momentos de intensa emoción. Personalmente, he conocido dos, extraordinarios: el descubrimiento de que Christian Georgievich (Rakovsky) había muerto de pie y el del regreso de Iván Nikitich.

Nadie dio importancia a estos dos acontecimientos, ni al hecho de que sea yo quien los haya descubierto. Pero no me lo tomo como una ofensa personal, puesto que las razones superan ampliamente a mi propia persona. Lo que mi trabajo tiene contra ellos, aquí y ahora, es que nos opone una concepción de la vida, una filosofía de la historia y, además, su conservadurismo intelectual, su totalitarismo intelectual con el que algunos defienden ásperamente su punto de vista político-social en la historia que nos interesa.

Con la revolución mundial o sin ella, la revolución rusa sólo podía, según ellos, degenerar. Con el testamento de Lenin o sin el, Stalin era, según ellos, el continuador de Vladimir Illich. Puesto que creen, o ponen cara de creer, que en la historia llega lo que tiene que llegar, y que hay que celebrar en Stalin al representante de los vencedores y del hecho consumado, y contentarse con sonreír —conmiseración o sarcasmo, según el temperamento de cada cual— ante los esfuerzos de los pigmeos vencidos.

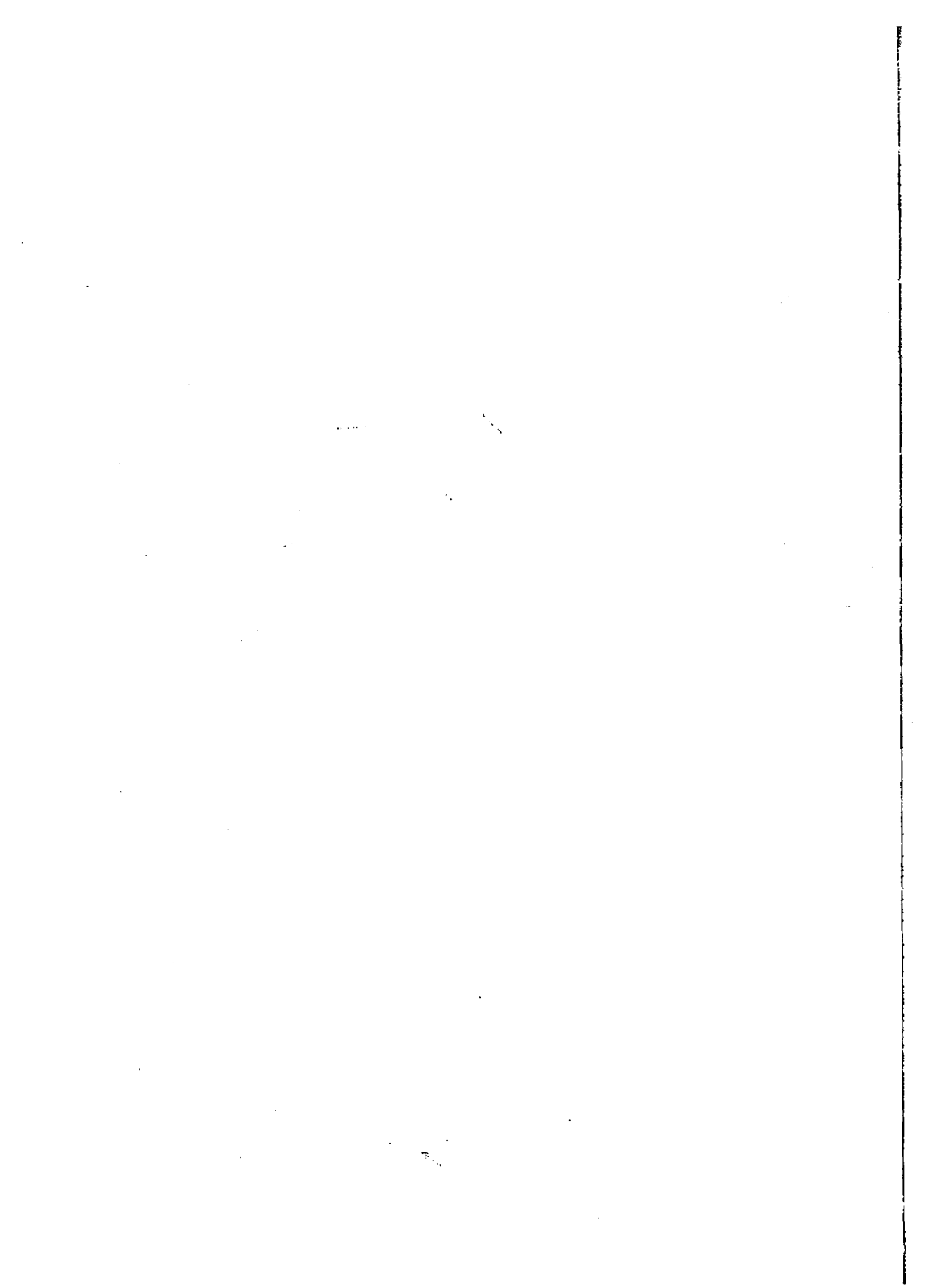
El regreso de Smirnov deja huella en la aparición del *BO*, en sus informaciones, en el contenido de las contribuciones y artículos, que la convierten en una revista ampliamente abierta —lo que era cada vez menos—. Lo hace también en la apasionante discusión entre Trotsky, Liova e Ivan Nikitich sobre las relaciones que hay que tener en la URSS con los «derechistas» de Riutin-Slepkov, sobre la naturaleza de los acuerdos que se pueden alcanzar eventualmente con ellos, pero también sobre la oportunidad de la consigna «echar a Stalin» propuesta por los derechistas y defendida por Liova, mientras que Trotsky teme sus eventuales efectos provocadores.

Porque Smirnov le ha hecho saber que muchos en la URSS temen su eventual regreso y las represalias, justificadas o no. Tampoco quiero abrir el debate de saber si, de un modo u otro, de una forma u otra, el regreso de Ivan Nikitich hubiera podido ser el grano de arena que encasquillara la máquina. Puesto que también ocurre en historia que algunos granos de arena llegan a encasquillar la máquina.

Lo que yo sé es que, tras decenios de sufrimientos y de algunos años de duda, los grandes revolucionarios que eran estos dos hombres, Smirnov y Rakovsky (esto ocurre también, los granos de arena vencedores), acabaron por comprometerse en el combate.

No estaba escrito que fueran a ganarlo, ni que fueran a perderlo. Pero, ¿por qué responder que se comprometieron a la espera de ganar? ¿La necesidad de ensuciar a los combatientes de otra causa? ¿El miedo de encontrar en la Rusia de los años treinta un ejemplo que otros tendrían ganas de seguir en otra parte un siglo más tarde? Los motivos de aquellos a los que les gusta ensuciar no tienen interés; ni lo que escriben, ni lo que callan, ni lo que hacen.

Lo que cuenta ante nuestros ojos es no sólo que Ivan Nikitich regresara —y con él la esperanza—, sino también que, a lo largo de la historia que tenemos por delante de nosotros, habrá siempre otros Ivan Nikitich que volverán, y algunos acabarán por vencer.



CAPÍTULO XVI

**«DE ENTRE DOS COSAS, UNA»
(STALIN)**

No se trata de hacer aquí una historia de la Unión Soviética. Pero necesitamos calificar el periodo 1932-1936. El gran historiador enmudecido —comprendía y, por tanto, no era publicable— Mijail Gester me explicó en la época de Gorbachov que esos años habían sido un periodo extraordinariamente rico en el que se afrontaban todas las contradicciones. Añadió riendo que, para sus contemporáneos, este escalón era la puerta entreabierta del paraíso, pero también el pasillo que llevaba hacia la del infierno.

1. UNAS CONTRADICCIONES VIOLENTAS

Un cierto número de acontecimientos, de factores y de situaciones nos llevan a afirmar que el contexto había cambiado brutalmente bajo los golpes de salón de Stalin y de los nazis.

Evidentemente, el aborto del bloque opositor, la liquidación de los grupos de Smirnov y de Riutin, las detenciones masivas de «enemigos del pueblo» que habían sido sus héroes son algunos elementos esenciales de una situación nueva que se inicia a principios de 1933.

Esta es también la fecha de la subida al poder de Adolf Hitler (a quien, dígame de paso, Stalin pidió de inmediato la expulsión de Liova Sedov). Crea una situación internacional totalmente nueva con la reaparición del peligro de guerra mundial, que muy pronto se encontrará en el centro de los problemas políticos, incluso interiores: todos los que conocieron a Rakovsky, por ejemplo, creen que esta perspectiva y este peligro son los que le llevaron a someterse en 1934 —hay una pizca de verdad en su análisis—.

Pero las corrientes antiguas, especialmente los sentimientos, perduran durante meses, incluso años, en este nuevo marco. Se distinguen por algunos choques violentos entre dirigentes y trabajadores, por un reforzamiento de la hostilidad hacia el régimen estalinista, ya identificado. A lo largo de este conflicto, y a su término, estallan de mil y una maneras el odio de los trabajadores por los burócratas y el desprecio de los segundos por los primeros. No se trata sólo de una crisis de la revolución, como habían dicho Yakovin, Solntsev y Stopalov, sino de la degeneración del régimen instaurado por la revolución, esta dictadura sobre el proletariado pisoteado.

Vamos a intentar mostrar las manifestaciones en la base. No insistiremos en los comentarios populares cínicos sobre la muerte de Kirov, citados más arriba a partir de los archivos de Smolensk. Recordemos, sin embargo, al enfermero Rybakova, de veinte años, que se burla de los dirigentes haciendo alarde de su debilidad: ¡sesenta víctimas sólo por Kirov!

Uno acaba por preguntarse si los autores de los informes de la GPU no sustituían sistemáticamente las imprecaciones contra los burócratas por injurias antisemitas —a fin de cuentas, no es inverosímil—.

Dicho esto, lo más significativo son los movimientos colectivos y, en primer lugar, las huelgas.

2. LAS HUELGAS DE IVANOVO-VOZNESENK

La parte de los archivos oficiales hoy accesible confirma la validez de la correspondencia del *BO* y de los archivos de Trotsky. Numerosos historiadores no se han dado cuenta de ello: pocos son los que están preparados para avalar estas informaciones de Trotsky, algo que no honra al gremio.

El *BO* y los archivos demuestran efectivamente la gravedad del año 1932, especialmente de las relaciones entre la minoría dirigente y los trabajadores. El malestar que habíamos detectado en el Komsomol gana muy rápido la partida.

Yaroslavsky tomó la iniciativa de escribir en *Pravda* un artículo en el que increpaba a los promotores de Ivanovo-Voznessenk. Stalin está descontento: los occidentales van a hablar de un nuevo Cronstradt. Lo que los documentos hoy accesibles confirman son las informaciones de Trotsky y del *BO*, que sabemos que proceden de Ivan Nikitich por su hija Olga Ivanovna, que entonces estaba con él e informó a Rakovsky.

Los documentos oficiales confirman ampliamente la gravedad de las revueltas. A principios de abril hay 15.000 huelguistas en la región. Uno de los dirigentes de la huelga, el obrero Yurkin, fue detenido, un «error táctico», indica el informe. Los dirigentes rechazan su liberación. Los obreros furiosos deciden manifestarse, cogen aparte, después golpean y por último dan una tunda a los jefes que acuden para amenazarles: el jefe de la GPU, Itkin, el de los sindicatos, Rybakov y el responsable de los cuadros del partido, Eltsov. La policía dispara «al aire», pero... hay un muerto no identificado y un comunicado denuncia enseguida el comportamiento de los «bandidos» que se manifiestan.

Algunos días más tarde, el 9 de abril, 1.500 huelguistas de Krasny Oktiabr comienzan una marcha sobre Ivanovo-Voznessenk. Pero no son lo bastante numerosos. El 11 de abril 2.500 obreros de los 6.000 con que cuenta la fábrica se manifiestan de nuevo. En todas partes se discute del 1 de Mayo. Kulikov, un obrero del PC, dice que no es posible «festejar el 1º de mayo cuando los obreros tienen hambre». En la fábrica Zinoviev, dos

obreros comunistas, Drujkov y Belikov, preguntan: «¿Cómo van a poder vivir los obreros con unas raciones de hambre?» Otro comunista, el ingeniero Jarlov, asegura: «Se acabará por destruir todas las conquistas de la revolución».

El informe indica también que en el combinado Chagov, pese a una contraofensiva dirigida por Kaganovich en persona, los obreros se rebelaron bajo la dirección de Buyev, secretario de célula del taller. El 13 de abril, otro dirigente de la huelga, Chichkin, propone el envío de delegaciones a todas las fábricas de la región para decidir la huelga general.

El 20 de abril, durante una asamblea general de los obreros del combinado de Melanjenyi, el presidente de la sesión, el obrero sin partido Popov, lanza un llamamiento: «¡Que hagan las preguntas aquellos que no tengáis pan, aquellos que no podáis andar, aquellos que queréis las sobras!» El mismo informe indica que en Tulma «los obreros» afirmaron: «Todos los trabajadores deben unirse y derribar este poder. Hay que echar a este gobierno». Se pegó una octavilla en el escaparate de una tienda especial: «Mientras que los obreros dejan que les disparen porque reclaman pan, aquí, tras las cortinas, se forran los responsables comunistas y los polis de la GPU».

Los comunistas están a menudo a la cabeza de estas iniciativas: así en Krasny Jimik, donde son 111 entre 300 trabajadores. Ninguna duda: este movimiento es del mismo tipo que los de Ivanovo-Voznessensk en 1905, 1917 y 1927. La clase se pone en movimiento. Con ella, lo que Trotsky llama el «nudo proletario del partido», aquellos que, según él, la Oposición debe ganarse para vencer.

Tal es también la opinión del viejo bolchevique Yuri Petrovitc Gaven, que entrega a Liova una carta para el *BO*, firmada como Gromovoi y en la que habla en primer lugar de los viejos desencantados:

«El burócrata sólo es capaz por el momento de suspirar en su casa, tras sus puertas bien cerradas. Algunos veteranos refunfunan, pero únicamente en la intimidad. Además, sentimos, bajo la chapa burocrática, la fatiga y la decadencia general, a una capa

proletaria de vanguardia en la que vive el espíritu de la Oposición. Ella manifiesta una abnegación heroica, unos desapegos obreros de choque y, al mismo tiempo, combate además abiertamente la presión y el despotismo burocrático, la política de autosatisfacción y de engaño de las masas trabajadoras».

3. UNA OPOSICIÓN QUE RENACE COMO LA HIEDRA

Evidentemente, continúa el trabajo llamado «de fracción». En 1933, la GPU descubre la presencia, en el comité urbano de Kiev, de una *ex-oposicioner* que bautiza como «trotskista»: Zaskavskaya, llegada a este puesto a pesar de su pasado y con el apoyo de dos responsables (Jorodotskaya, de la comisión de control, y su secretario, Rybak).

Sin duda la sociedad en crisis tiene, como la naturaleza, «horror al vacío». En el momento en el que los viejos cuadros se hunden, los archivos testifican los esfuerzos para reconstruir otros nuevos. Es a partir de 1933 cuando se les descubre, o más bien cuando se perfilan las siluetas. Es así, con un grupo «contrarrevolucionario desenmascarado de miembros del partido en Bielorrusia», que el informe indica como solidario con las «posiciones contrarrevolucionarias trotskistas y de la Plataforma llamada Riutin». Se le cita:

«Trotsky hubiera reestablecido la situación y no hubiera habido crisis. Con Trotsky la colectivización no se hubiera conseguido con tanta violencia [...]. Si se hubiera adoptado la Plataforma de Riutin, no hubiera habido hambre».

En 1933, se desenmascara a un grupo idéntico en el medio Volga: el Partido Comunista del Pueblo, cuyo centro está en Samara. La GPU lo califica de antisemita y de pronazi. El Partido Comunista cuenta con 15 miembros de un total de 36. Decenas de miembros del PC estaban al corriente y no lo denunciaron.

Por último —y es uno de los más bellos frutos de las contradicciones—, a iniciativa del joven y genial físico Lev Dadvivovich Landau nace, en un instituto ucraniano, el Partido Obrero Antifascista. Su única octavilla resulta clara: «La gran causa de la revolución de Octubre fue básicamente traicionada» por «la camarilla estalinista y su golpe de Estado». Llama a organizarse por la «lucha contra el fascismo estalinista y hitleriano y por el socialismo». Se encarcela a todos los sabios, pero el gran físico Kapitsa consigue convencer a Stalin de que Landau es un capital precioso. Lo tenemos libre y vigilado día y noche. Él contribuirá a la bomba atómica. Pero no todos los sabios merecerán vivir...

4. EL CEMENTERIO DE LA MEMORIA

El año 1932 vio morir una escuela histórica que había ganado, con toda justicia, mucho prestigio en la Unión Soviética. Es en efecto durante este año cuando Stalin atacó con violencia y ferocidad un artículo demasiado banal del historiador A. G. Slutsky, tras una carta a los editores de la revista *Proletarskaya Revoljucija*.

El círculo de los historiadores se encontraba entonces, y desde 1917, bajo la batuta del muy respetado patriarca marxista M. N. Pokrovsky. Era el ámbito de polémicas tan ardientes como creativas sobre la historia de las revoluciones. Sin embargo, Stalin quería reducirlo al silencio, hacer de él el instrumento de su política y del culto a su persona. Sus ataques en el frente histórico contra Rosa Luxemburgo eran la clave de su lucha contra el trotskismo, y no es por casualidad que los ataques hayan desembocado en la masacre de los historiadores de la joven escuela.

I. M. Alter, un *opositioner* de 1923, defiende a Rosa Luxemburgo en la revista *Bajo la bandera del marxismo*, ajena a la escuela: acabó excluido de cualquier función universitaria y de partido.

Stalin mismo derrumba el edificio institucional y administrativo, de investigación y enseñanza. De este modo, desaparecen el

Instituto de Historia de la Academia Comunista, la Universidad Comunista Sverdlov y el Instituto de Profesores Rojos.

Los intelectuales en su conjunto fueron liquidados a finales de los años treinta, y los historiadores a principios del mismo periodo: ¿realmente hay que explicar por qué?

Los jóvenes historiadores soviéticos de la Revolución Francesa eran la admiración de Albert Mathiez que, ante el florecimiento de sus trabajos, sugería a los historiadores franceses aprender el ruso. Citemos tres de entre los más brillantes.

Yakov Staroselsky, hijo de un banquero, comprometido con los Guardias Rojos a los diecisiete años, residió en París durante la elaboración de su tesis sobre Termidor. Albert Mathiez y Georges Lefebvre lo consideraban como el futuro gran maestro de la historia de la Revolución Francesa. Pero es un *opositionner*, y un apasionado de su tema. Excluido en 1927, se exilió en 1928, después fue encarcelado en Verjenezhsk. Participa en las huelgas de hambre, queda parálítico y muere.

Nikolai Nikolayevich Vanag, letón, obrero metalúrgico en Putilov en 1917, se adhiere al partido en 1918 y entra en 1921 en el Instituto de los Profesores Rojos en la primera promoción. A su salida, se le nombra subdirector del departamento de historia del IPR y escribe una tesis reconocida sobre el capital financiero en Rusia. Se adhiere a la Oposición en 1927, es excluido en 1928, después se le arrastra por los suelos debido a su excelente manual sobre la historia de los pueblos de la URSS. Se le saca del campo de aislamiento durante la preparación del segundo proceso de Moscú, renuncia a cualquier declaración y le matan sin juicio.

Grigori Salomonovich Fridlyand, nacido en 1896 en Bielorrusia, es un poco mayor que los dos primeros. Alumno de Pokrovsky, es uno de los hombres más brillantes de su generación. Tras hacer la guerra civil en el Ejército Rojo, realiza los cursos del Instituto de Profesores Rojos, se convierte en un historiador reconocido con su *Historia moderna de la Europa Occidental*. Expulsado de cualquier empleo tras la carta de Stalin, se le detiene en 1935 por trotskista, se le acusa de «terrorismo» y se le ejecuta en 1937.

El historiador británico John Barber subraya que las causas de la desgracia póstuma de M. N. Pokrovsky no son «difíciles de discernir». Pokrovsky y su escuela eran historiadores marxistas cuya teoría se oponía directamente al nuevo espíritu que los dirigentes querían imponer a la sociedad soviética.

«El acento estalinista puesto en el sentimiento patriótico, las raíces nacionales de la Revolución de Octubre y del Estado Soviético, la unidad de los pueblos de la URSS y la omnisciencia del “Jefe” no dejaban ningún lugar al retraso y a la opresión de la vieja Rusia que describía su propio desarrollo histórico como fundamentalmente idéntico al de la Europa Occidental, aunque con retraso».

En las purgas de los años treinta se apartaron hombres de gran valor, marxistas que defendían sus ideas como Gorin, Lukin, Seidel y otros, ya que se trató de la «destrucción intelectual y física de una escuela de pensamiento». Su lugar lo ocuparon historiadores burgueses que no tenían ni su valor ni su sed de comprender. En los cursos de historia ya no se habló ni de revoluciones ni de la clase obrera. Reinaba el orden, como en tiempos del zar. ¿Es casualidad que la normalización comenzase por la historia?

5. UN FUERTE OLOR A PODRIDO

La historia de la crisis del Estado y de la sociedad está lejos de haberse fijado durante esos años. No se ahorró policía política —el eje del régimen— y se exterminó a una parte notable de sus cuadros superiores. El paso a Japón —una verdadera traición— de uno de sus jefes, Genrij Samoilovich Luchkov, no fue menos grave que el de Orlov a los Estados Unidos.

Se liquidaron a agentes de información de una importancia capital, tales como Lev Manevich, que aterrorizaba a Mussolini, y Rudolf Kirchenstein, ese «príncipe» a quien Hitler temía más aún que a Niilo Virtanen, también eliminado.

Los archivos de Stalin manejados por Pavel Chinsky acaban de revelar algunos fracasos sonoros, como la evasión del héroe de

la guerra civil, el general Gay, de la cual Stalin pensó con toda la razón que fue organizada por su escolta de chekistas, pero a quien se volvió a detener y se ejecutó.

De forma general, las publicaciones recientes ponen el acento en la crisis de las costumbres, la actitud de los señores que Lominadze, tras otros, había denunciado. Las acusaciones contra Enukidze insisten en su depravación, el chantaje, la corrupción, el tráfico, el abuso de autoridad sobre las jóvenes utilizadas como esclavas sexuales. Costumbres probablemente muy conocidas, puesto que se hacían públicas mediante denuncias. Los documentos muestran muchos escándalos de este tipo, dachas-burdeles, etc.

Y después A. L. Korneyev, cuarenta y dos años, general, miembro del CC estalinista, mató a un obrero agrícola de dieciocho años que había robado manzanas en su huerto. Se le condenó a seis años, pero Stalin se indignó de que se tratara así a uno de los suyos mientras que él era «víctima de una agresión por parte de ladrones y bandidos». Le saca de la prisión y le rehabilita.

6. HAMBRE EN EL CAMPO

Es durante este periodo de transición/contradicciones cuando se produce la hambruna de 1932-1933, calificada de «abominación» por su historiador, Georges Sokoloff. Podemos hoy calcular sus víctimas en cuatro millones en Ucrania y dos millones en Rusia. Según Sokoloff, los elementos de los que disponemos «restan credibilidad a la tesis de un exterminio premeditado de antemano». Para él, se trata realmente de un drama en caliente en el que el poder estalinista, exasperado por las resistencias a que se enfrenta, decide que se impongan a la fuerza sus prioridades de colecta corriendo el riesgo inhumano de dejar a los campesinos sin comida.

Durante veinte años la catástrofe se mantuvo «si no secreta, al menos inédita en el extranjero». En la URSS se vivieron las consecuencias y, sobre todo, el terrible decreto del 7 de Agosto de 1932. El informe establece las mismas constataciones sobre la actitud de miembros del Partido: «la connivencia de grupos ente-

ros de comunistas y de algunos dirigentes de células [...] transforma de hecho a los comunistas y a las organizaciones del partido en agentes del enemigo de clase». La responsabilidad de Stalin es aplastante. Califica al secretario ucraniano Terejov de «buen narrador» que intenta «asustar con este asunto de la hambruna». Al mismo tiempo, bajo sus órdenes, mueren decenas de miles de personas.

7. «ENTRE DOS COSAS, UNA»

En el momento de la crisis en la cumbre —cuando el bloque de centro-derecha, como se decía entonces, se agrieta por la exclusión del CC de Trotsky y de Zinoviev—, Stalin, tras grandes arrebatos de cólera, da una explicación escribiendo a Molotov:

«Entre dos cosas, una. O bien reestablecemos a los jefes de la oposición los derechos como miembros del Partido Bolchevique y creamos un partido de coalición, o bien les vencemos inmediatamente y conservamos el monolitismo del partido. O bien hacia atrás, o bien hacia delante».

Es esta la clave que la mayor parte de los historiadores no quiere ver, porque desmiente lo que ellos creen o por lo menos afirman: la continuidad entre Lenin y Stalin, entre bolchevismo y estalinismo, la equivalencia entre Trotsky y Stalin. *Hacia atrás*: es el partido de Lenin, con sus tendencias y sus fracciones, sus discusiones abiertas y públicas —en definitiva, la democracia del partido y de los soviets. *Hacia delante*: es el partido estalinista monolítico, mantenido en el terror por la GPU.

La cuestión de Stalin está en el centro de nuestro tema: el partido de los propios trabajadores, gestionado, dirigido, incluso centralizado por ellos; o el de los jefes que tratan a los adolescentes como granujas y a los aprendices de bandidos, y para quienes las chavalas, chicas y mujeres pueden servir de ganado sexual.

CAPÍTULO XVII

DE LA AURORA A LA PESADILLA
1934-1938

Hubo algunos años negros. Los que van a comenzar son atroces. La política exterior y sus dos variantes posibles son un cuchillo y una horca en el cuello de los trabajadores y de los *oposizioneri*. La política de división de la clase obrera alemana ante Hitler y la eventualidad de una alianza con este último, una vez llegado al poder, exigían una represión preventiva aún más feroz de lo que Stalin había imaginado.

Como política de recambio, ante la eventualidad de una alianza con las «democracias» contra la Alemania hitleriana, se va a preparar en la cocina de la Comintern y del PCF una receta político-social liberal, el Frente Popular, sustituto del «socialismo» (que se reserva al país del que hablamos aquí y ahora).

Incluso Victor Serge es sensible al veneno propagandístico y va a intentar convencer a Trotsky de que se equivoca al no creer en ello y de que debería aceptarlo. Tendrá la honestidad de reconocer que se equivocó. Pero, ¿podemos ironizar con hombres como él, salidos del infierno a finales de los años treinta, mientras que distinguidos universitarios, profesores e investigadores del siglo XXI continúan creyendo en eso y buscan convencer a otros?

1. ¿PARA QUÉ SERVÍA EL FRENTE POPULAR?

A pesar de la victoria del Frente Popular en Francia, incluso mi colega Serge Wolikov (que acaba de escribir el prefacio de una obra colectiva) sabe que es la pesada puerta de una celda que cruje sobre los últimos supervivientes de los combatientes de Octubre mientras que, en las barriadas de las grandes ciudades francesas, se elevan los cantos de la «juventud ardiente que quiere asaltar el cielo». Las preguntas que se plantean en una investigación como esta son precisas.

¿Oyes el golpe de gracia que hace, curiosamente, el ruido de una bala en la nuca? ¿Oyes a las mujeres que golpean y que sollozan en silencio? ¿Oyes a los niños de doce años que, ante el gran Stalin, por lo demás padre de los pueblos, pueden e incluso deben ser condenados a muerte si son reconocidos como «culpables»? ¿Oyes las lecciones que se dan a los candidatos a asesinos, a los Ramón Mercader de todos los países? ¿Oyes a Andrés Nin torturado en el calabozo ante un general estalinista en España, tan desfigurado que tendrán que rematarle para después contar que se ha ido a Berlín?

Por todas estas víctimas, el Frente Popular descarga de su responsabilidad a pueblos y proletarios. No se trata más de Stalin, sino de Hitler, nos repiten.

El enemigo, el único del que se tendría el derecho de hablar, bajo pena de morir por ello, es el «fascismo», en realidad la Alemania eterna convertida en hitleriana, que prepara la guerra y persigue a los judíos, que masacra a los militantes obreros y tiene incluso prisiones en las que se tortura y campos de concentración donde se mata.

Esta amenaza ayuda a la URSS a destruir al «enemigo interior», a perseguir a sus propios militantes obreros *opositioneri*, a torturar y a acabar de masacrar a una generación —un trabajo que terminarán Hitler y sus ejércitos—.

2. LA TRAGEDIA AÚN POR VENIR

Curiosamente, las dificultades reales de 1932 no condujeron al derramamiento de sangre. Durante mucho tiempo se confió en las afirmaciones de la *Carta del viejo bolchevique*, elaborada por Nikolayevsky, según la cual Stalin había reclamado la cabeza de Riutin y el Buró Político lo había rechazado por instigación de Kirov. No se encontró confirmación alguna de ello, salvo la de Boris Starkov, quien no cita su fuente.

El año 1934 se abre sobre un horizonte interior que parecía un poco despejado, puesto que se rompió la resistencia campesina —y para mucho tiempo—. El XVII Congreso, en enero, fue llamado por lo demás el «Congreso de los Vencedores»: un eufemismo, ya que sólo hay un vencedor. Es el nombre de Stalin el que más se pronunció, más de ciento cincuenta veces por parte de los delegados en sus intervenciones.

Pero siempre hay una resistencia, incluso si adopta formas sorprendentes. Sobre este congreso, Jean-Jacques Marie escribe con el humor que le caracteriza:

«Se oyen también algunas notas discordantes: en su informe, [Stalin] minimizó el peligro nazi y denunció la traición de los socialdemócratas; Bujarin se permitió por el contrario insistir en la amenaza mortal que representaba el nazismo para la URSS, poniendo trabas al juego diplomático secreto que Stalin llevaba con Hitler. Preobajensky, más sutil aún, irritó por adelantado [...]; suscitó la hilaridad en el congreso a expensas de Stalin. Ridiculizaba la unanimidad estalinista fingiendo que le exaltaba. Los delegados, que estallaron en carcajadas, no se equivocaban. Preobajenski acababa de explicar: he comprendido hoy lo que no había captado hace diez años; para votar bien, lo importante no es comprender el texto, sino votar como el jefe, incluso cuando tengas reservas o dudas. Y felicita a Stalin por haber realizado en el partido una unidad jamás lograda por Lenin».

Este congreso que ríe tiene en su seno a una oposición soterrada de aparato: la vieja guardia estalinista refunfuña, como lo

subraya Jean-Jacques Marie. Por el momento, es el reposo en el plano represivo: tres veces menos detenciones que en 1933.

Es en esta atmósfera aparente de reposo cuando dos de los más antiguos y de los más venerados miembros de la Oposición se desmoronaron. Parece un desmoronamiento en el caso de Rakovsky, con mucha reserva y dignidad, sin duda, como hemos indicado más arriba, producido tras el *trato* «acordado con la GPU sobre su suerte ¿Cómo reprochárselo a este hombre apresado desde hace siete años que es diabético y no disfruta de ningún régimen ni cuidado particular?».

3. 1934 MARCA, SIN EMBARGO, UN VERDADERO GIRO

¿Quién, salvo Stalin, no entiende el trágico significado de la llegada al poder de las bandas nazis en Alemania? Stalin ve en ellas una nueva vicisitud en los agrupamientos nacionalistas y militares con los que flirteó mucho en los años veinte. Pero esta vez ya no es un juego.

Al tomar el poder en Alemania, el partido nazi dio un paso sin retorno. Sólo un enorme presupuesto militar y un aplastamiento de los recursos de los asalariados con la destrucción o la domesticación de sus organizaciones pueden permitirle relanzar la máquina agarrotada, pero no puede haber ninguna marcha atrás posible. Hitler debe ocupar su «espacio vital», apoderarse de los mercados, de materias primas, de vastos territorios que permitan la expansión. Necesita conquistar e invertir, destruir la competencia, desatar la Segunda Guerra Mundial con los riesgos conocidos de desorden revolucionario.

Nadie sabe todavía si el ejército hitleriano atacará por el Este o por el Oeste, si exigirá territorios europeos o africanos y asiáticos. Pero una cosa es absolutamente segura: uno de los objetivos de la Segunda Guerra Mundial es el aniquilamiento de las conquistas de Octubre, la «naturalización» y la «desindustrializa-

ción», la masacre de la «sobrepoblación», la supresión de los judíos y de los comunistas, etc.

Stalín sueña con sabias maniobras diplomáticas y con la rutina de las alianzas con los nacionalistas, pero el pueblo, que no ha olvidado la intervención extranjera contra la revolución rusa, se angustia y *prepara las horcas*.

4. ¿GIRO OBJETIVO Y GIRO POLÍTICO DE LA OPOSICIÓN?

No obstante, hoy me parece que en el pasado subestimé las explicaciones que dio Rakovsky a Nadejda Joffe sobre su declaración de 1934. Lo que le dice es que lo esencial es «volver al partido» donde, piensa él, existe una capa que, en el fondo de su corazón, comparte las ideas de la Oposición, pero que no se ha decidido a expresarlo. Regresando al partido, los *oposicioneri* deberían, según él, crear un «núcleo de sentido común», puesto que, si quedan aislados, les «estrangularán como a pollos».

Así, cinco años después de la declaración de Ivan Nikitich y dos años después del desmantelamiento de su grupo, Rakovsky se compromete en la misma vía que él. Sin duda encuentra en su medio una confirmación de sus intuiciones: empleado en la salud pública, se vincula al comisario del pueblo G. N. Kamensky que, al expresar sus sentimientos hasta entonces escondidos, se levanta –al igual que Piatnitsky– contra el terror y en el Comité Central vota contra Stalin.

En el transcurso del mismo periodo, el fiel Lipa Volfson encontró en el exilio una forma de libertad, puesto que es ingeniero-jefe de los gigantescos trabajos de Magnitogorsk en el momento en que Lominadze es primer secretario del partido. En 1935 se le detuvo de nuevo y compareció ante un tribunal junto a la antigua colaboradora más próxima de Lominadze, Luysa Charomskaya. Se condena a ambos a varios años de prisión.

Podemos pensar que estos episodios son el fruto de la actividad de Rakovsky en el nuevo marco que ha querido y elegido. En

todo caso, la prensa parece confirmar que se multiplican los ejemplos de manifestaciones de los «trotskistas». Evidentemente, no tenemos los archivos de la GPU con nosotros y no sabemos si se trata de trotskistas de tal o cual tendencia, incluso zinovievistas, pero sería absurdo creer que son únicamente adversarios del régimen así bautizados, ya que conocemos la actividad de algunos entre ellos.

Pravda señala exclusiones en Dnepropetrovsk (Komansky, Brujin, Glutsman, Yurev) y la actividad de Vladimorov en Rostov. Muy a inicios de enero, denuncia a los responsables en Bielorrusia, pero también a un estudiante de la universidad de Gorki, Aristov, que declaró que «los verdaderos bolcheviques son los trotskistas». En Astrakan la influencia de los zinovievistas es sensible. El secretario del comité urbano del Komsomol, Apochanov, ayuda materialmente a los exiliados y su adjunto Malyguin difunde folletos de inspiración trotskista. Iktayev y Grigoriev, profesores de Kazan, ayudaron al komsomol Rafikov, quien elogió a Trotsky, Zinoviev y Kamenev en un debate.

El *Komsomolskaya Pravda* estigmatiza la actitud de los komso-moles en Bielorrusia hacia los estudiantes Levitan y Majoviets, Razumovsky y Polevikov. *Izvestia* denuncia a un profesor de Kursk, Serpent, y a uno de sus colegas, Fokina, que evocan, sin injuriarlos, a los trotskistas en sus cursos. En Jerson descubrieron que el secretario del Komsomol, Korostin, estaba en la oposición en 1927.

Podemos pensar que el análisis de Rakovsky era justo y se encontraba confirmado. Pero lo cierto es que Stalin lo piensa también y que el torno se estrecha alrededor de estos hombres que son susceptibles de «resistir», tal como previó Rakovsky.

4. ¿CRIMEN DE LOS OPOSITSIONER?

Todo cambia brutalmente con el asesinato de Kirov: «la señal de San Bartolomé», como afirma Muralov a los suyos; «el princi-

pio del fin», antes de la «avalancha», como afirma por su parte Voya Vujovi?. El llamamiento a la histeria va a comenzar.

La cuestión de la responsabilidad por este crimen, durante mucho tiempo oscuro y oscurecido por pretendidas «revelaciones», se aclara poco a poco. En su trabajo, Alla Kirilina muestra que, para las necesidades de su política, Stalin quiso desesperadamente que fuera un crimen de *opositioner*. Cita un escrito de Stalin, fechado el 6 de diciembre de 1934, que lo prueba: va a utilizar este asunto para desembarazarse de sus adversarios.

Los investigadores recibieron la orden de disfrazar al asesino, Nikolayev, como un *opositioneri* y de prometerle que se salvará si acepta denunciar a los hombres que le designaron, todos antiguos komsomols *opositioneri* de Leningrado. Los denunció y ellos lo negaron hasta el fin. Fusilaron a todos estos antiguos JC, I. I. Kotolynov, N. N. Chatsky y otros, que clamaban su inocencia.

L. Jukov cita sus interrogatorios: estos antiguos zinovievistas, teóricamente arrepentidos, vilipendian a Stalin, al que uno de ellos incluso va a acusar de «sacrificar los intereses de la revolución mundial por la idea de la construcción del socialismo en un solo país». ¡Algunos afirman sin disimulo esperar el regreso al poder de Zinoviev y Kamenev, en cuyos mítines y manifestaciones reclaman el castigo!

Idéntico repicar de campanas en la base, lejos de la antigua capital, en los archivos de Smolensk, a través de los informes de la GPU. Un JC afirma: «Cuando Kirov fue asesinado, se suprimió la cartilla del pan; cuando Stalin lo sea, los koljozes se dividirán». Un director de escuela: «Lenin escribió en su testamento que Stalin no podía dirigir el partido». Otro profesor: «Stalin ha hecho del partido la comisaría sobre el pueblo». Un estudiante de dieciséis años: «Bueno, Kirov ya está hecho. Ahora a por Stalin». Un obrero de las JC: «Demasiadas calumnias. Que dejen en paz a Zinoviev; hizo mucho por la revolución».

Cuando A. S. Enukidze, que es aún por algunas horas secretario del ejecutivo de los Soviets, comparece ante el pleno del CC y de la CCC, debe responder de una falta muy grave: está convencido de haber ayudado materialmente a un trotskista georgiano

deportado. Se trata de Lado Dumbadze: recibió en su favor una doble llamada de socorro, de las cuales una fue de Ivan Nikitich, y accedió a ello. Enukidze no niega, no busca justificarse. Sabe que todos los ladrones a los que se enfrenta saben como él que este valeroso militante georgiano fue un héroe de la guerra civil, presidió el Soviet de Tiflis, se le deportó en 1928, purgó una larga pena de tres años en Verjneursk antes de ser deportado a Sarapul, y que iba a morir, afectado gravemente de tuberculosis y, después, con una herida de guerra, paralizado de los dos brazos desde 1936.

Una purga en el Kremlin apunta a los *oposicioneri* o a antiguos de sus supuestos miembros: así, el letón Rudolf A. Peterson, antiguo ferroviario, antiguo comandante del famoso tren blindado de Trotsky, nombrado por este para dirigir la guardia del Kremlin en 1920, se le trasladó a Kiev.

Pero se van a ocupar también de un modo activo de los bibliotecarios, de los telefonistas, de las mujeres de la limpieza y de sus charloteos durante las pausas o después del trabajo. Se encuentran con que una de ellas es la ex mujer del diseñador Nikolai Borissovich Rosenfeld, hermano de Kamenev, quien le habría dicho que había que «matar a Stalin». Detenido inmediatamente, Nikolai Borrossovich declara a los investigadores sus «intenciones terroristas», inspiradas, afirma, en la hostilidad hacia Stalin de su hermano.

De este modo puede comenzar el asunto del Kremlin, en el que Lev Borissovitch Kamenev es condenado a diez años. ¿Se trataba de romper su resistencia y la de Zinoviev o, como cree Robert Conquest, de romper las resistencias de los partidarios moderados de Stalin, hostiles a las ejecuciones capitales? El proceso tuvo lugar a puerta cerrada; catorce acusados se declararon inocentes, diez oyeron hablar de conspiración para el asesinato, seis solamente tuvieron intenciones criminales sin continuidad (!). L. B. Kamenev fue implicado por una declaración de Zinoviev. Sergei Sedov, hijo de Trotsky, implicado en este asunto por el hecho de su ascendencia, es castigado a trabajos forzados.

La represión se vuelve terrible, pues la decisión sobre las alianzas exteriores, que se acerca, exige un control total del país. En el transcurso de los cuatro primeros meses del año, la GPU detiene a 508 trotskistas, antiguos o actuales, acusados de «terrorismo», en Moscú, Leningrado, Kiev, Gorka y Minsk. De 664 detenciones en febrero de 1935, Kirillina libera a 223 obreros y 93 ingenieros y técnicos. El 5 de enero de 1935, Ivar Tenissovich Smilga recibe a los que vinieron a detenerlo diciendo: «Soy vuestro enemigo»; en marzo, se le condenó a cinco años y se le envió a Verjneuralsk. Los decistas son condenados también: V. M. Smírnov a cinco años, T. V. Sapronov a tres años en un centro de aislamiento. Hay aspectos sombríos en estas jornadas de miedo. Así, Vl. J. Aussem, liberado, toma el tren hacia Moscú y no vuelve a aparecer nunca más. Fue asesinado en el trayecto; o bien detenido, desapareció en prisión tras un interrogatorio demasiado forzado. No se sabrá nunca nada. Nos enteramos ahora porque su nieta confió el dossier a Jean-Jacques Marie.

Yagoda se activa tanto más cuando se siente con toda la razón en el punto de mira por su actitud con respecto al bloque de las oposiciones en 1932, que no tomó más en serio que el pretendido papel de Trotsky en el terrorismo, quizá incluso haya buscado disimular y proteger a sus amigos derechistas... Intenta, por tanto, recuperar el terreno perdido jugando a la demagogia.

El 25 de marzo de 1936 propone a Stalin detener a todos los trotskistas exiliados y enviarlos a los campos más alejados del Gulag, a Vorkuta y a Kolyma-Magadan, expedientar además a todos los excluidos del partido por trotskismo y fusilar a los que tuvieron «alguna actividad terrorista»: todo debe ser permitido a los carceleros y Vychinsky, consultado, precisa en concreto que se trata de «fusilarlos».

Otra circular de Yagoda, fechada el 31 de marzo, pide a los órganos de la GPU desenmascarar y liquidar a «todas las fuerzas trotskistas, sus vínculos y sus centros organizativos, y de desvelar, desenmascarar y reprimir a todos los trotskistas de doble cara», es decir, a los que han conservado sus opiniones sin que por ello actúen. La circular, aprobada por Vychinsky y debidamente

comentada, lo hemos visto, se someterá al Buró Político el 20 de mayo.

El 17 de abril, Nikolai Ivanovich Muralov es detenido. Él era la excepción: no habiendo hecho ninguna declaración, a pesar de todo había quedado en libertad y excluido del partido. En diciembre de 1935 y enero de 1936, escribió a Stalin para decirle que había abandonado sus opiniones trotskistas y pedía ser reintegrado al partido. La respuesta le llega el 17 de abril: los verdugos se encargaron de él.

El 20 de mayo el Buró Político, por moción simple votada por escrito y sin debate —un nuevo procedimiento—, ordena detener a 538 trotskistas en el exilio, condenarlos a cinco años de campo, internar durante la misma duración a los miembros del partido excluidos por «trotskismo» y fusilar a los trotskistas detenidos cuando son acusados de terrorismo. No hubo necesidad de pasar por las armas a alguno de los que la GPU mantuvo durante mucho tiempo en sus garras: automáticamente condenado de nuevo, Eleazar Borissovich Solnstev, uno de los más brillantes y de los más valientes de la generación de Octubre, hizo huelga de hambre y acabó por morir.

Otro antiguo dirigente y *opositioner* conocido es A. G. Belodorov, del que dijimos que era sin duda miembro del grupo de Ivan Nikitich y dijo que había escapado a las detenciones que diezmaron a este grupo. Había sido finalmente detenido inmediatamente después del proceso de Moscú de agosto de 1936, al mismo tiempo que otro «ex capitulador», zinovievista, Avilov, llamado Glebov, que dirigía la gran fábrica de máquinas agrícolas de Rostov-Don.

Beloborodov fue salvajemente torturado, pero Stalin pensaba que lo habían tratado con miramientos y que había que acabar con él a cualquier precio. Lo expresó a su manera: «¿Cuándo va a hablar este señor de sus porquerías? ¿Dónde está? ¿En prisión o en el hotel?» Nikolai Ejov explicó, por tanto, ampliamente al Comité Central que Belodorov estaba comprometido con el terrorismo y había encargado a uno de sus camaradas, llamado Dukat, asesinar a Stalin con ocasión de su próxima llegada a Sochi. Yuli

Dukat, treinta y ocho años, adherido al partido en 1914, es ejecutado y Beleborodov fusilado el 9 de febrero de 1938. Su viuda, Faina Viktorovna Jablonskaya, se encuentra en Vorkuta; es abatida con centenares de otras personas no lejos de la fábrica de ladrillos. Estos amigos de Trotsky no mueren capitulando, sino combatiendo.

Una «conspiración de las prisiones» y la investigación reúnen, en la prisión de Verjneursk, a «veteranos», a Pankratov, a Prevzner, al estudiante de Moscú N. I. Popov. Pankratov comenta: «La instrucción fue terrible. Nada de lo que hemos vivido es comparable a lo que está ocurriendo. ¡debéis estar preparados para todo!».

5. LA PREPARACIÓN DEL PRIMER PROCESO DE MOSCÚ

Lo que se prepara es el gran proceso espectáculo, el primer proceso de Moscú, del 19 al 24 de agosto de 1936. Su significado viene dado, antes incluso de que se abra, por la disolución de la Sociedad de los antiguos presidiarios políticos y la de los viejos bolcheviques. Sabemos así contra quién apuntan: a través de los revolucionarios, es contra la revolución de Octubre.

Aparecen algunas novedades en la técnica: la preparación se hace en secreto con un número elevado de acusados virtuales. Algunos son eliminados porque no declaran, porque declaran mal, o porque los investigadores los encuentran mejores. Aquellos que les parecen apropiados son objeto de las más atroces presiones sobre ellos mismos (malos tratos, humillaciones) o sobre los suyos, mujeres e hijos, amenazados de lo peor —lo cual a menudo es realizado—.

En el extranjero, los comentaristas, que no comprenden nada o no quieren decir nada, van a asegurar que, en el banquillo de los acusados, no hay trotskistas, mientras que están todos los zinovievistas importantes... En realidad, casi se les haría la boca agua en la Lubianka en la medida en que Stalin está muy satisfecho por

tener a Ivan Nikitich Smirnov, «viejo bolchevique» y amigo de Trotsky, y se burla incluso del hombre de la GPU que se inquieta por la inverosimilitud de un escenario que atribuye a ese hombre la responsabilidad de actos cometidos cuando estaba... en el centro de aislamiento. Pero los acusados resisten. Respecto a algunos, se renunciará a romperlos moralmente. Hemos señalado la suerte de Beloborodov, abatido el 9 de febrero de 1938. Muchos otros personajes, trotskistas o «ex», son pasados por las armas sin haber tenido que sufrir ningún proceso público, ya sea porque rechazaban cualquier declaración, ya sea porque no estaban presentables en modo alguno. Es el caso de un cierto número de irreductibles, entre los cuales los más conocidos son Yuri Gaven, fusilado en una camilla el 4 de octubre de 1936; Smilga, trasladado a Moscú y fusilado el 10 de enero de 1937; Préobrajensky, fusilado el 13 de julio de 1937; Sosnovsky, fusilado por simple decisión administrativa el 5 de julio de 1937...

De entre los que Stalin apunta, sobre una lista de ochenta y dos «trotskistas» a interrogar y a seleccionar a partir de principios de abril de 1936, hay cuatro, de los que tres son del grupo de Smirnov: el propio Ivan Nikitich, S. V. Mrachkovsky y Ter-Varganian: además de Efim Dreitser, que no es un dirigente, sino solamente un militar. Tras un mes de interrogatorios, nunca soltaron nada de lo que los investigadores querían arrancarles.

En realidad, los investigadores saben que había un «grupo Smirnov» y que fue él quien tomó la iniciativa de la fundación de un bloque de las oposiciones con los zinovievistas, el grupo de los «sin jefe» de Safarov, quien, por otro lado, lo declara públicamente en el juzgado, y el grupo Chatskin-Laminadze. Y los prisioneros no están dispuestos a dejarse la piel ante los investigadores por negar lo que es evidente: son grupos políticos que formaron un bloque político.

Pero, precisamente, todo comienza allí para Stalin, quien ha concebido este plan. Para los ejecutores que se esfuerzan por hacer su «trabajo», el objetivo es, una vez que han hecho reconocer (no sin dolor) a los futuros acusados la acción de los grupos y la formación del bloque de las oposiciones, hacerles decir que se

trataba de grupos y de un bloque con vocación «terrorista» que se proponía asesinar a Stalin y a sus lugartenientes.

A principios de junio, los zinovievistas son trasladados a Moscú y todos responden que desde hace años están o bien encerrados, o bien vigilados estrechamente, y no tuvieron por tanto ninguna posibilidad material de cometer actos delictivos.

Kamenev se revela como un acusado temible. A Miranov, el financiero de la GPU que le interroga, le dice:

«Ahora vemos Termidor en su forma pura. La Revolución Francesa nos había dado una buena lección, pero no supimos servirnos de ella. No supimos cómo proteger de Termidor a nuestra Revolución. Es nuestra falta muy grave y, por ello, la Historia nos condenará».

Los investigadores están autorizados a superar un poco el límite prohibido, a franquear la línea amarilla. Se promete a Zinoviev y a Kamenev salvar la vida si declaran y amenazan a Kamenev con ejecutar a su joven hijo si no cede.

Con órdenes de Stalin, Ejov propone un acuerdo a los dos hombres: o bien ceden de forma que haya la seguridad de que nunca comenzarán de nuevo a «dirigirse contra el partido» o bien serán juzgados por un tribunal militar a puerta cerrada y se ejecutará a todos los *opositioneri* aún con vida. Aceptan y todo está en marcha hacia el 13 de julio. Durante esta larga espera, la GPU consiguió hacer auxiliares a dos acusados subalternos: Richar Pikel, secretario de Zinoviev pero adepto a las partidas de cartas con la gente de la NKVD, y Efim Alexandrovich Dreitser.

Sin embargo, nada va bien. Ivan Nikitich siempre resiste. Lleva once días de huelga de hambre, después responde: «niego, niego y niego aún». Niega haber aprovechado una visita de su madre a prisión en 1935 para enviar algunas órdenes a su «grupo» que, afirma, no existía —¡lo que, en esa fecha, es evidentemente exacto!—. Reconoce haber tenido correspondencia con Trotsky, que le hablaba del progreso del nazismo mientras que Smirnov describía la situación en la URSS.

Los investigadores organizan una confrontación dramática con Mrachkovsky, que conjura a Ivan Nikitich a entregarse. Él no vacila. Con la moral un tanto subida, Mrachkovsky resiste a un interrogatorio continuo de noventa horas. Termina por ceder tras haber rechazado echar una ojeada a los interrogatorios fabricados que solamente tenía que firmar.

Se intenta también utilizar a Safonova para presionar a Smirnov. Con anterioridad, en 1933, ella negó la existencia del grupo y su pertenencia a este último. Ahora, se le amenaza con matar a sus dos hijos. Suplica a Ivan Nikitich que acepte asistir al proceso declarando, puesto que Zinoviev y Kamenev, le dice ella, ya han cedido y es una protección, ¡la verdadera garantía de que no habrá ninguna ejecución! Evidentemente, Safonova da allí a Ivan Nikitich la lección que le repitió Ejoy, las instrucciones que él le dio sobre «lo que el partido necesita». Ivan Nikitich mantiene que se reunió con Sedov, habló de política con él, escribió a Trotsky, pero repite que no tuvo nunca ningún proyecto terrorista y que él nunca tuvo ningún centro (lo cual es cierto, puesto que las detenciones impidieron su constitución). El final de la entrevista entre Safonova e Ivan Nikitich es triste:

«—Tú, Ivan Nikitich, intentas esconderte en la espesura. No quieres ceder.

—Chura, Chura, quiero morir en paz».

Los investigadores le amenazan entonces con represalias sobre su hija y le hacen ver de lejos a Olga Ivanovna, detenida desde hace unas semanas, llevada sin miramientos por unos guardias brutales. Ella ya fue ampliamente «interrogada». Sin haber obtenido nada de ella, la fusilarán más tarde. Pero haberla visto entre las garras de los verdugos sádicos supone el golpe final a Ivan Nikitich. Acepta una confesión parcial que sus interlocutores no discutirán. Logra que Safonova no sea perseguida, sino únicamente llamada a testificar. Ella vivirá hasta la vejez y, aunque no en paz, al menos podrá explicar que sus declaraciones contenían un 98% de mentiras... —algo de lo que se dudaba que pudiera llegar a hacer—.

6. ALGUNOS FRACASOS DE LOS INVESTIGADORES

Hay, pese a todo, algunos fallos importantes. Ya Besso Laminadze escapó de los verdugos suicidándose tras la citación de la GPU. Respecto a Lazar Chatskin, se defiende con energía. Envía una carta a Stalin subrayando que el hombre que le interroga le ha dicho: «Vamos a obligarle a declarar que usted es un terrorista, y usted lo rechazará en el otro mundo». Le pusieron delante sus declaraciones diciéndole que, si no firmaba, le fusilarían sin juicio. No firma y le matan el 1º de enero de 1937.

Los hermanos Chaplin, igualmente, resistieron a la tortura y rechazaron firmar; murieron (uno de los tres en Vorkuta). Amo Vartanian, el armenio, conoce idéntica suerte. Piotr Ivanovich Smorodin es ejecutado, él también, sin juicio. Sin embargo, no habrá en el banco de los acusados ningún representante del grupo de los komsomols que conspiraron de verdad junto a Lominadze y vertieron su sangre con generosidad contra Stalin.

La «investigación» avanza. Los que cuentan para Stalin son Zinoviev y Kamenev, y sobre todo Trotsky, a través de Smirnov.

7. VEREDICTO DE MUERTE DE TODOS MODOS

Antes del proceso, trasladan a Zinoviev y a Kamenev ante Stalin y un compromiso –al menos un acuerdo verbal– parece haberse llevado a cabo. Parece que ambos hombres creyeron hasta el final que Stalin no les ejecutaría.

En el proceso, Smirnov rechaza cualquier complacencia suplementaria con la acusación y afirma en concreto que él no podría ser miembro de un centro que no existió jamás, lo que impide a la acusación publicar un informe estenográfico que aniquilaría sus propias invenciones. Pero no se dirige contra las mentiras que aceptó, tácitamente o no.

Condenado a muerte, renuncia según varias fuentes a apelar, pero existe una apelación en la que traslada sobre sí mismo y sobre sus camaradas un juicio desengañado.

Fueron abatidos de un balazo en la nuca, por detrás, uno tras otro, en un pasillo subterráneo de su prisión. Mientras que Zinoviev gritaba con su terrible voz de falsete de las grandes ocasiones, Ivan Nikitich, tranquilo y sereno, dijo simplemente: «Merecimos esto por nuestra conducta vergonzosa en el proceso». Durante el proceso, detuvieron a Leonid Petrovich Serebriakov, luego a su mujer Galina, la historiadora, que tuvo que pagar muy caro su tierna camaradería con Trotsky.

Conocemos la continuación: el proceso de Kemerovo, dirigido contra verdaderos antiguos trotskistas; el segundo proceso, en el que comparecen esta vez un Muralov dócil y un Radek cínico y a veces monstruoso; y el último, el de Rakovsky y Bujarin. No volveremos sobre ello.

8. EJOV Y BERIA TERMINAN LA LIMPIEZA

Todo el mundo conoce hoy el famoso telegrama de Sochi, enviado por Stalin al Politburó en el que justificaba la promoción de Nikolai Ejov —uno de los peores golfos de la GPU, un canalla sádico y sin escrúpulos— como comisario de Asuntos Interiores, intentando demostrar que la GPU llevaba cuatro años de retraso en el asunto del bloque terrorista trotskista-zinovievista.

El 29 de septiembre de 1936 se adoptó una resolución de Kaganovich según la cual el proceso demostró que los trotskistas-zinovievistas son todos, sin excepción, en tanto que vanguardia de la burguesía, espías y saboteadores al servicio de la burguesía fascista. Se exigen represalias no sólo contra los duros (Muralov, Beloborodov, Piatakov y otros), sino también contra todos los que, sin haber sido condenados, se exiliaron.

Hemos visto que el desgraciado Lazar Chatskin se queja de que le hayan mantenido despierto durante decenas de horas, duramente golpeado y amenazado. No obstante, revela sus ilusiones al escribir a Stalin para quejarse. Riutin ya no está allí: rechaza pura y simplemente responder, incluso ante sus jueces, y le eje-

cutan una media hora después de haber comparecido ante ellos el 10 de enero de 1937.

Ejov, y después Beria, van a terminar la limpieza en lugar de Yagoda y de Molchanov, fusilados. Hay cuentas que arreglar con rapidez, como la de los veintidós «inscritos» para el primer proceso que finalmente no tomaron la salida y fueron todos liquidados.

Además, Stalin no perdona a los antiguos «trotskistas» —salvo a Sergei Kavtaradze, que sale de la prisión para hacer de viceministro, y Boris Livshitz, que se hará corresponsal de guerra—. Algunos de los que son juzgados continúan haciendo declaraciones sorprendentes que se les exige por orden de Stalin. Pero encuentra resistencias, por ejemplo la de A. K. Voronsky.

Este antiguo dirigente del Centro BL clandestino es efectivamente un escritor que él admiró. En sus *Memorias*, Chostakovitch cuenta que Stalin ordenó sacar a Voronsky de su prisión, hizo que le llevaran ante él y le preguntó: «¿Ve usted ahora que se puede construir el socialismo en un solo país, en Rusia?» Voronsky respondió: «Sí, veo que usted ha construido el socialismo para usted mismo, en el Kremlin». Stalin le devolvió a prisión y realizó en vano, un poco más tarde, otra tentativa.

Algunos de los que son juzgados realizan a su vez declaraciones sorprendentes, lo que se exige de ellos por orden de Stalin. Según la propaganda oficial, tal sería el caso de V. A. Antonov-Ovseenko, algo que desmienten sus compañeros de celda. De hecho, quiso jugar de verdad a la revolución en España. Lejos de acusarse de todos los crímenes tras su llamada, niega hasta el fin y le ejecutan finalmente el 10 de enero de 1938.

N. N. Krestinsky regresa a sus declaraciones ante el tribunal, después se desmorona, negando sus denegaciones tras un tratamiento especial en secreto.

Algunos son juzgados a puerta cerrada y entonces es imposible saber si las confesiones que se pregonan fueron realmente obtenidas. Este no es el caso, ciertamente, de los comunistas georgianos —M. N. Okudjava, «Budu» Polikarp Mdivani y cinco condenados más— en su proceso a puerta cerrada entre el 10 y el 12

de julio de 1937. Mientras que el acta de acusación les acusa de espías y de fascistas, al tiempo Lavrentii Beria, que montó el asunto, habla de sus ataques «contra el régimen del partido» y los «métodos chequistas».

Por último, fuera del periodo estudiado, pero en su prolongación —parcial y preciosa conclusión— Ch. G. Rakovsky, que antes de su proceso había declarado «a la Sminov», se retractó. Escribió al jefe de la GPU: «Ustedes sólo son asesinos y el primer deber de un hombre es denunciarles», después les combate. Muere de pie, amordazado, fusilado junto a otros ciento sesenta detenidos, entre ellos la hermana de Trotsky, Olga Davidovna Kameneva, su vieja amiga y camarada Varsenika Djvadovna Kasparova, el exchequista y antiguo compañero de Victor Serge en Orenburg, Viktor Vasilievich Chernyj, la legendaria Varvara Nikilayevna Yakovleva, de la época heroica de la soviétización de Siberia, y algunos veteranos del grupo Riutin, como Piotr Grigorievich Petrovsky.

Admirable es la firmeza de algunos, que el aparato de tortura burocrática no pudo romper. Hemos visto el caso de A. G. Beloborodov. Fusilan también a Sergei Alexeyevich Rubtsov en 1936, Karl Yanovich Grunstein sin juicio el 5 de octubre de 1936, Olga Ivanovna Smirnova el 4 de noviembre de 1936, Evgenii Alexeyevich Preobrajenski el 10 de junio de 1937, L. S. Sosnovsky, detenido a finales de 1936 y ejecutado el 5 de julio de 1937.

Algunos acusados se vuelven acusadores. Así, V. V. Kuzmin, un antiguo alumno de Bujarin, habría, según Molotov, respondido al interrogatorio: «Yo soy vuestro enemigo político, enemigo político de un orden existente aquí, que ustedes llaman la dictadura del proletariado. Creo que la URSS es un vasto campo de concentración panruso dirigido contra la revolución [...]. Yo estoy contra vuestro socialismo».

El proceso de Kemerovo, en el que comparecen varios trotskistas, sirve de preparación para otros. El miedo y el pánico que inspiran obreros y *opositioneri* a los policías de Ejov, después a los de Beria, son tales que ven a revolucionarios incluso cuando parecen haber renunciado. Por lo cual, se busca y se espera que la confe-

sión ensuciará a Trotsky. Siempre hay esperanza –incluso cuando ellos renunciaron–.

Un ejemplo habla por sí mismo. El obrero moscovita Efim Nikitovich Ignatov había sido una de las vedettes de Octubre, salido de su fábrica en 1917 tras haber construido su popularidad en la actividad sindical. Había sido elegido para formar parte de la delegación soviética en Berlín en los Consejos Alemanes, junto a Joffe, Rakovsky, Bujarin y Radek. Poco después, llega a miembro de la «Comisión de Control del Kremlin». Durante la discusión sobre los sindicatos, miembro de un grupo próximo a la Oposición obrera, decidió no comprometerse ya con la lucha fraccional. Veinte años después, es detenido y fusilado. Sin duda porque es un obrero comunista.

9. EN TODO EL PAÍS:

RESISTENCIA Y REPRESIÓN EN LA BASE

Evidentemente, los partes de victoria con detenciones de «trotskistas» –ya sean «ex» o no, «capituladores» o no– enumeran a hombres y mujeres que habíamos encontrado ya en nuestros documentos. Pero también están los otros: los jóvenes, los recién llegados, los sin grado. Supimos que, durante los dos meses que siguieron al asesinato de Kirov, fueron detenidos 843 «zinovievistas». En Ivanovo, en diciembre de 1935, «se descubre a un grupo» trotskista dirigido por el obrero letón Karl Pukat, que aseguraba él mismo el vínculo con Moscú. En Berdychev, se detiene al peón T. N. Gocha, un evadido de prisión, ex miembro del partido, que consigue hacerse fabricar un falso carnet por otro veterano, llamado Kravetz, que tiene el material necesario.

En Leningrado, continúa la agitación a pesar de la represión del verano de 1936. Es un JC de treinta años, el obrero Vasili Vasilievich Kazakov, quien, sucediendo a D. E. Pajomov, en Elektroset, dirige la JC junto al «trotskista» Ivan Andreyevich Kuznetsov, que no tiene ni veinte años. Fusilan a Kazakov en noviembre de 1937 y fusilarán a Kouzmetsov en 1943.

En Donetsk, en noviembre de 1935, algunas octavillas ponen a la GPU tras la pista de un pequeño grupo de estudiantes que se organizaron para denunciar el estajanovismo y el hecho de que el socialismo en la URSS se construyera a partir de las privaciones y los sufrimientos de los obreros. Son ocho, todos antiguos obreros, y su animador es un antiguo minero, Anatoli Mikailovich Butov. En 1937, detienen a un obrero de treinta años, exresponsable de las JC, Mijail Anisimovich Detkov, a quien fusilarán en 1938.

En Rostov es un joven de dieciocho años, V. F. Vladimirov, a quien se denuncia como el «jefe» de los trotskistas que agitan a los trabajadores: será fusilado. Detienen a Serafima Perepelitsa en Moscú con dieciocho años, la fusilan con veintiuno.

La investigación sobre Mratchovsky, uno de los lugartenientes de Ivan Nikitich, conduce al presidente del Comité Ejecutivo del territorio de Extremo Oriente, Grigory Maksimovich Krutov, habitante de Jabarovsk, por donde pasa la línea Baikal-Amur, cuya construcción dirige. El secretario personal de Krutov, Ivan Nikitich Mijailov, era también un smirnovista, al igual que su adjunto S. C. Ajzenstadt, antiguo periodista.

Es el mismo tipo de investigación que revela el caso de Matrena Vasilievna, profesora de filosofía que, aprovechándose de un cambio, disimuló su antigua pertenencia en su nuevo empleo en el Instituto de investigaciones de establecimientos superiores de Kiev.

Subrayamos —y nos parece capital para el análisis político— que las JC juegan un papel capital, constituyendo una especie de crisol de las organizaciones de resistencia.

10. UN ASUNTO ASOMBROSO

Por el contrario, el caso de Piotr Timofeyevich Kozlov, estudiante de *Rabfak* de Rostov, es impactante. En una conferencia, tras una exposición en la que el orador, su condiscípulo Barmbaumov, hizo un retrato positivo de Trotsky y sufrió intensas críticas, Kozlo le defiende: «Trotsky prestó inmensos servicios a este país. Ya en 1905 presidía el soviét de Petersburgo, etc».

Estupor general. ¿Cómo lo sabía? Respuesta: lo ha leído. Lo ha leído todo de Trotsky y de él. Le acusan de ser trotskista. Se burla: «No soy trotskista. ¿Quieren decirme ustedes que verdaderamente los trotskistas son como yo? Desde luego, los trotskistas son personas geniales».

Asombrosa decisión del fiscal adjunto Startsev, de la sección especial, que rechaza perseguirlo o detenerlo: «Kozlov no hace nada que denote una actividad trotskista. No veo nada trotskista en su comportamiento y, después de todo, Trotsky ocupó los puestos de los que Kozlov habló en este debate.»

Es, por tanto, el final de este episodio, por desgracia ignoramos la continuación. Sin embargo, no se ha hecho justicia ni al estudiante Kozlov ni al fiscal adjunto Startsev, dos hombres cuya valentía hay que honrar, ya que no creemos, en este país, en esta fecha y con respecto a dicho asunto, en la inconsciencia del hecho.

¿Cómo no entender aquí, no obstante, que el mal que carcome a Stalin amenaza su sistema y sus capacidades de reproducción, su funcionamiento y su propia existencia, a través de los privilegios que la fundan y a aquellos de los suyos que los tenían? ¿Y esas juventudes que responden a golpe de pito acaso no anuncian el nuevo Apocalipsis?

La depuración sangrienta continúa: unos tras otros, desaparecen sin juicio, de un balazo en la nuca, todos los que rechazan confesar, o simplemente comparecer. Después de esos a los que consideraba como «los trotskistas», los jóvenes de menos de veinte años fichados como trotskistas, los militantes probados que reaparecen, Stalin lanza a sus hombres al asalto de sus propias fortalezas: tras las Juventudes, le llegará el turno al aparato del partido, a la NKVD, al ejército...



CAPÍTULO XVIII

EL PROCESO DE LOS DIECISÉIS Y EL TERROR

No vamos a relatar aquí ni el proceso de los Dieciséis ni los procesos que le siguieron; nos contentaremos con revelar lo esencial. Stalin esperaba expandir en el mundo entero la convicción de que, como gran y sabio hombre de Estado, había tenido razón y garantizado la seguridad de su país al desembarazarse de los pérfidos enemigos de la humanidad. De este modo, pensaba haber asegurado el destino de su dominación y obtenido la colaboración de los gobiernos extranjeros en la necesaria «caza a los trotskistas».

1. UNA ACUSACIÓN QUE SE HA VUELTO INSOSTENIBLE

Con el proceso de los Dieciséis, Stalin ganó una batalla, pero también había perdido la guerra y su futuro. Muchos historiados subestiman la acción de Trotsky y de su hijo Sedov contra el proceso, la acogida en México y el apoyo del presidente Cárdenas a la celebración en su país de un contraproceso con resonancia mundial, que sellaría la suerte del proceso y de la mentira que se

debía certificar. Sólo le quedaba a Stalin sistematizar el terror sin camuflaje ni disimulo.

Stalin no tenía genios a su alrededor y la mediocridad del trabajo, la estupidez de algunos agentes, el autoritarismo de los principales ejecutores y el miedo que les inspiraba hacía de sus construcciones monumentos a la fragilidad. La inteligencia política de Trotsky y de su hijo y la solidaridad con la que se encontraron no solamente zopararía la versión estalinista de los procesos, sino que debilitaría de un modo irreparable la mentira estalinista y su deshonra ante la conciencia de la humanidad.

En Coyoacán, Trotsky y sus camaradas consiguieron hacer llegar al mundo entero las pruebas de las mentiras estalinistas. Sedov no pudo estar en Copenhague, donde no habría conseguido encontrarse con nadie en un hotel que no existía desde 1917. Ningún avión pudo aterrizar en Noruega el día en que Piatakov decía haberlo hecho. La máscara del «jefe genial» se desgarraba, encendiendo la luz sobre el rostro del asesino y revelando su salvajismo.

2. LOS VERDUGOS NO SE DETIENEN

El observador se sorprende del gran número de fusilados y de los que «declararon», pero también de la firmeza de aquellos a los que el aparato de tortura no pudo quebrar. Hemos visto el caso de A. G. Belodorodov. Entre los viejos bolcheviques fusilados sin juicio y a quienes se mató con obstinación, citaremos a Evgneii Préobrajensky, Karl Yanovich Grünstein, el 5 de octubre de 1936, L. S. Sosnovsky, detenido a finales de 1936 y ejecutado en 1937 y Alexander. G. Chliapnikov, fusilado el 2 de septiembre de 1936.

Un grupo de historiadores de enorme calidad fueron igualmente fusilados --por sus trabajos, dicen algunos, porque habían fundado un grupo de oposición, aseguran otros, por «terroristas», afirman por último sus verdugos--. Se trata de V. N. Vanag, G. S. Fridlyand, A. G. Prigojin, de inspiración muy estalinista, nos dice gente que no ha leído una línea y es bastante incapaz de explicar-

nos cómo un estalinista podía abordar en una tesis la cuestión de Termidor como lo había hecho uno de los suyos, el historiador Staroselsky, muerto por huelga de hambre en un *isolator*.

Se subrayaba, por otro lado, que muchos jóvenes fusilados en los grupos acusados de «terrorismo trotskista» eran profesores, incluso estudiantes de historia de los Institutos Pedagógicos. Algunos «patronos» desaparecían de un modo tan fácil como algunos asistentes, tal como lo demuestran los casos del ucraniano Dubynnia y del uzbeko Tsibak. El odio por la historia y por los historiadores caracterizaba a este régimen como, con anterioridad, al de Hitler en Alemania.

Se fusilaba también en 1936 a todo un grupo de antiguos responsables de la Oposición en Krasnaya Presnia; Sergei Alexeyevich Rubtsov, el komsomol trabajador de los ferrocarriles, Nikolai Ivanovich Rudnev, el obrero metalúrgico S. M. Novikov, y los antiguos combatientes rojos V. I. Rechenichenko e Ivan Afanasievich Kopylov.

En 1936, al mismo tiempo que K. I. Grünstein, el 5 de octubre, fueron fusilados su compañera Revecca, Olga Nikitichna Smirnova, el 4 de noviembre, el sindicalista *opositsioner* Z. G. Archavsky, el oficial de bomberos N. V. Andrianov, la militante *opositsioner* de Moscú, Olga Pavlova Ivanovskaya, el antiguo IPR de Moscú, I. S. Gorchenin, el obrero calderero amigo de Rakovsky, I. P. Flaks, los antiguos IPR Alexandra Vasilievna Lepechinskaya y Yakov Arkadievich («Yacha») Kievlenko, que paga su defensa de los obreros contra los burócratas en su vida cotidiana.

Apuntan a Trotsky directamente al ejecutar a su yerno Platon Ivanovich Volkov, el padre de mi amigo Sieva, el 2 de octubre de 1936, y a su tío Sergei Lvovich Sedov, el 29 de octubre de 1937.

Smilga es trasladado de Verjneuralsk a Moscú y se le fusila allí el 10 de enero de 1937. ¿Constituye un símbolo, casual o voluntario, que a Riutin y Lazar Chatskin se les fusile el mismo día? Alguien debió disfrutar ese día con la muerte del bloque de las oposiciones. Fusilan a los dos dirigentes decistas: V. M. Smirnov, el 26 de mayo, y T. V. Saprnov, el 23 de septiembre de 1937. Al

mismo tiempo que a Alexander Chiliapnikov, el fundador de la Oposición obrera, fusilaron a S. P. Medvedev el 2 de septiembre.

Algunos acusados se convierten en acusadores. Así, según Molotov, V. V. Kuzmin, un antiguo alumno de Bujarin, habría respondido así al interrogatorio:

«Yo soy vuestro enemigo político, enemigo político de un orden existente aquí, que ustedes llaman la dictadura del proletariado. Creo que la URSS es un vasto campo de concentración panruso dirigido contra la revolución [...]. Yo estoy contra vuestro socialismo.»

Otro grupo lo constituyen los amigos que Christian Georgievich Rakovsky creyó salvar en un momento dado: entre 1936 y 1937, Lipa A. Volfson o Azagarov, Goflin y sus camaradas acusados de pertenecer a la red, son finalmente pasados por las armas.

¿Qué es lo que se les reprocha? ¿Su pasado o su presente? Los militantes cuya actividad conocemos no pueden ser ubicados sin discusión en ningún grupo —salvo en la propia Oposición—. La prensa sólo da una débil idea de la amplitud de la represión, seleccionando cuidadosamente los «asuntos» que revela. Pero denuncia con frecuencia a «trotskistas» o «zinovievistas» como falsos arrepentidos de 1924 o 1928. *Pravda* distingue siempre, pero no revela el destino de estas víctimas escogidas, y es solamente ahora cuando podemos llevar a cabo la investigación a través de las listas de víctimas preparadas por el Memorial y hacernos una idea del exterminio sin las frases vergonzantemente justificadas de un Nicolas Werth, como veremos después.

3. ¿DÓNDE ESTÁ LO REAL TRAS LOS ESTEREOTIPOS?

Cuando los dossiers de la GPU se abran por fin, quizá acabemos por saber lo que pasó realmente con todas las víctimas y por qué. Bastará un ejemplo para mostrar lo que falta y lo que podemos encontrar —si lo buscamos— con un poco de suerte: el antiguo estudiante de la Universidad comunista Sverdlov, I. A. Furtychev, fue uno de los primeros en ser excluido en 1927, es uno de los pri-

meros en ser detenido de nuevo en 1936, y uno de los primeros en ser ejecutado.

Se plantean algunas preguntas al investigador. ¿Golpea esta ejecución al enemigo real de ayer? ¿Al enemigo potencial de mañana? ¿Y cuál? ¿Es la consecuencia de un rechazo de este hombre a jugar un papel en la preparación del gran proceso de culpabilidad y por tanto su liquidación como material inutilizable?

En este caso preciso, hemos acabado por saber un poco más. Furtychev enseñaba en el Instituto Pedagógico de Gorky. La GPU estaba sobre las huellas de un círculo de estudios que discutía textos de Lenin y de Trotsky; buscaba la manera de integrar en él a su agente Valentín Olberg, que ya había jugado un papel como provocador en la Oposición alemana antes de fracasar en su intento de convertirse en secretario de Trotsky. Pero la operación de infiltración fracasa ante la desconfianza del responsable local para la cultura del partido, Mark Elin, que se opone a reclutar a un hombre que no le parece que tenga las calificaciones necesarias. Se contentan por tanto con simples denuncias, poco convincentes, de Olberg.

No conocemos los detalles de la continuación, que era el tema de un atentado contra Stalin el 1º de Mayo. Se sabe que, al mismo tiempo que Furtychev, fueron fusilados miembros del personal, el director del Instituto I. K. Fedotov, los decanos N. E. Nilender y A. V. Banov, los profesores S. P. Raspevakin, E. M. Botcharov, A. J Kantor, I. A. Maslenikov, A. S. Sokolov y I. Yu Nelidov, el profesor de química que «debía» fabricar una bomba, así como los estudiantes A. G. Svirsky y A. V. Laktionov. Detuvieron al mismo Elin: sabía demasiado.

Moscú conoce igualmente una represión severa, arrestos y ejecuciones: gentes del IPR y del IPed, A. O. Michel, director del IPR, los profesores G. P. Adamian, I. M. Bocharov y P. V. Vasilievsky.

Se trataba efectivamente de una actividad de resistencia, que este régimen policial llamaba conspiración, subversión y, sobre todo, terrorismo. El soplón Olberg, en el proceso de los Dieciséis, había afirmado que el director del Instituto de Gorky había organizado «destacamentos armados» preparados para pasar a la acción. La

presencia en Gorky, en una empresa, del obrero metalúrgico Gavríl Chtykgold, antiguo oficial del Ejército Rojo, próximo a Trotsky, puesto que era un antiguo allegado de Skliansky, inclina la balanza por una respuesta más «política» que la mala novela policíaca que procuran sugerirnos, a falta de conseguir que nos la traguemos.

Atrozmente torturado, el letón Zoroj Fridman, que no era ciertamente un cualquiera, no dijo lo que exigían sus torturadores sobre su pertenencia al «grupo» de Gorky. No podemos afirmar nada en cuanto que no disponemos de los archivos de la GPU. Pero se puede decir que los cuadros de las JC se conocían muy bien, y que existía más que compadreo entre los que fusilaron en 1934 y los que fusilaron en 1936.

Lo mismo en cuanto a las relaciones entre Gorky y Tula, sin olvidar Chtykgold. El grupo bautizado como «terrorista» de Tula, inspirado por Ludmila Ditiatieva —delatada por Radek, cuando ya estaba ella en prisión—, es golpeado duramente, con la ejecución de tres de sus miembros obreros, N. V. Malofeyev, L. M. Lipchitz y A. N. Buchuev, y el arresto de M. I. Isayev, S. P. Isvolsky y S. F. Skatchkov, a quienes se ejecutará algunos meses más tarde, justo antes que al joven obrero de fábrica Aron Moiseyevich Vygon. El terrorismo se desencadena contra la resistencia esencialmente obrera, por supuesto, que se refleja en la prensa, en la que se lee de vez en cuando algunas alusiones amenazantes. Encontramos hoy en las listas de los ejecutados nombres que habían sido citados como «trotskistas» o «zinovievistas». Estos jóvenes o muy jóvenes, por lo general miembros de las Juventudes Comunistas, a menudo son los puntos de apoyo de su resistencia.

En 1937, la acusación de «terrorismo» desbordaba todas las demás, sin ser por tanto más clara o más lógica. Comprendemos que al desgraciado ingeniero V. N. Gonovalov, de Kemerovo, se le señalase en un proceso de «saboteadores». Pero, ¿y todos los demás, comunistas en general, detenidos a finales de 1936 y a principios de 1937, o entre 1934 y 1938? ¿En qué está vinculado su destino personal con los sombríos diseños de Yossif Stalin? ¿Qué tienen en común estos hombres instruidos, dedicados al bien público, para merecer esas doce balas en su piel —o esa única

bala en su nuca—? ¿Qué, salvo esta aspiración de tantos hombres y tantas mujeres de su país a una sociedad democrática, libre y justa, a un «nuevo mundo»?

No lo dudamos. Es por todo esto que, en 1936, tanto con los viejos bolcheviques que confesaban como con los que negaban, murieron V. T. Starostin y M. B. Chesnokov, Kravtchuk y Biriukov, A. S. Urivayev y Y. P. Logachev, N. G. Egorov, todos hijos de Octubre. *Gravroches* fusilados a la edad de *Enjolras* por los *Javert*, cazadores de «miserables» en todos los países⁴.

4. EL «CRIMEN» DE FAMILIA

Para acabar con esta cuestión, se impone una observación estrechamente vinculada al plan estalinista de asesinato de la memoria: la liquidación de la familia de Trotsky y de sus allegados. Conocemos ya el destino de sus hijas e hijos. Sus nietos, los hijos de Liova Sedov, Ljulik, así como Volina y Liulik Nevelson, desaparecieron en los campos especiales en los que se encerraba a los niños a partir de los catorce años.

En lo que concierne a sus colaboradores, sus allegados en el trabajo, una de sus secretarias dactilógrafas, Nadejda Alexandrovna Marenikova, le dijo a Volkogonov: «Todos aquellos a los que yo conocía en el secretariado de Trotsky fueron detenidos. Soportaron largas penas de prisión y de campo, y fueron fusilados en 1937-1938».

Añadió un comentario que no sorprenderá a nuestros lectores:

«Alguien pretendía por todos los medios que nadie se acordase de Trotsky. Se persiguió a todos los que habían trabajado con él en el Comisariado del Pueblo o a quienes lo habían conocido. Eran bastantes los que le habían conocido y bastantes los que exterminaron».

Notemos, sin embargo, que la brutalidad no estaba reservada a la familia de Trotsky. El hijo de Zinoviev, Stepan Grigorievich

4. El muchacho *Gavroches*, el revolucionario *Enjolras* y el policía *Javert* son personajes de *Los Miserables*, la célebre novela de Víctor Hugo (Nota del editor).

Radomylsky, nacido en 1908 en Ginebra, fue detenido el 3 de septiembre de 1936 y ejecutado el mismo año, algunos años después que su padre. El hijo mayor de Kamenev, Alexander Lvovitch, nacido en 1907, piloto de pruebas, completamente apolítico, fue también liquidado.

5. ¿ACLAMARON LOS SOVIÉTICOS ESTE TERROR?

Todo el mundo conoce la versión estalinista, orquestada por los anticomunistas del mundo entero, según la cual el pueblo soviético habría sido engañado del todo por la mentira estalinista y habría saludado con explosiones de alegría histérica las condenas, entre ellas las del proceso de los Dieciséis, y las ejecuciones de innumerables comunistas y de centenares de viejos bolcheviques como si se tratara de la destrucción de sus enemigos más peligrosos. Gente supuestamente competente toma en serio estas afirmaciones, las adorna con una jerga considerada moderna y tira su propia piedra en este ritual de liquidación.

Así, Nicolas Werth escribió con gran seriedad: «El problema del gran proceso público, verdadero ritual de liquidación [...] era que estaba perfectamente adaptado y asimilado por unas masas desentrañadas y desorientadas, brutalmente proyectadas en un mundo en plena mutación». ¡Qué maligna es la revolución, que lanzó a las masas —cambiantes— a un mundo de mutación ... espontánea! Para este autor francés, «la figura del complot se situaba perfectamente en el punto de reencuentro de una voluntad política y de las predisposiciones físicas y culturales de una población desorientada, confrontada a una gran crisis de valores». Estas «predisposiciones» valen su peso en oro... y hemos olvidado evidentemente en nuestro análisis la serpiente de verano de la crisis de valores, escasa también entre los historiadores.

Afortunadamente, existen hoy historiadores soviéticos menos serviles con respecto a ciertas tradiciones políticas o profesionales. Un estudio dirigido por Viktor Juravlev llega a algunas con-

clusiones más serias. Consta, en efecto, que el guión fue muy aclamado, pero esto no da ninguna indicación sobre la sinceridad de esta acogida. Además, para él, está muy claro que en estas asambleas la gente no sólo se daba mucha cuenta de que había un conflicto en la cumbre, sino que ignoraba tanto las posturas como a los protagonistas —dicho de otro modo, se corría el riesgo de la exclusión, incluso de la muerte, al elegir a los futuros vencidos—.

Podemos suponer además que los tres miembros del partido, obreros de fábrica, que rechazaron votar en Moscú a favor de los textos, Boldin, Deduchin y Lavrujinem tenían una conciencia clara del alcance y de los contactos con los *oposicioneri*.

6. EL GRUPO DE AYUDA

Es, sin duda, la primera vez que podemos seguir la actividad forzosamente semiclandestina de prisioneros que se organizaban contra la represión durante varios meses. Y es un gran acontecimiento. La primera iniciativa emana de las mujeres, lo que no tiene nada de sorprendente. Doce de ellas firman el 24 de agosto de 1936 una protesta contra las ejecuciones. Entre ellas, militantes que ya hemos encontrado, A. V. Ladojina, V. Lemberskaya, Meltzer, Itta Lemelman, la exestalinista Liza Ominskaya, que firman ahí su condena de muerte.

Un nombre nuevo: el de Evgeniia Tigranovna Sajarian, compañera de Salomon Naumoich Serbsky, el discípulo de Maliuta. Puesto que el viejo bolchevique-leninista operó su unión con el grupo de mujeres. Se dieron prisa en ejecutarlo, como a Tania Miagkova a quien temían; después, en 1937, le llegó el turno a S.N. Serbsky y S.N. Zajarian, A.V. Ladojina, G.F. Nejman, A.L. Yaichnikov, M.I. Kratsman, A.V. Ladojina y, en Octubre de 1938, a P.Z. Chpiltanik, G.F. Litvinov, I.A. Matiugov, V.G. Gladstein.

Destacamos que, por primera vez, algunos defensores de las víctimas emplearon para sí mismos y para quienes les defendían el término «trotskistas», hasta ese momento empleado exclusivamente por los asesinos.

7. ¿UNA NUEVA GUERRA CIVIL?

Aun cuando la represión causara estragos, nos cuesta entrever un porvenir para el régimen estalinista. Se exterminó y se continuó exterminando a hombres y mujeres de la generación de Octubre; los que empezaban a llegar ante los pelotones de ejecución eran los chicos y chicas enamorados de esta pasión que querían resucitar. A pesar de las consignas dadas a la prensa, es evidente que la proporción de jóvenes no paraba de crecer entre los prisioneros y condenados. Sin embargo, los antiguos combatientes ya eran escasos. Esto significaba al menos que la propia sociedad estaba repleta de tensión, cuando no de una nueva revolución, fruto de la alianza de los trabajadores y de la juventud.

Ya comprendo a los obstinados conservadores que, con toda su fidelidad a sus esquemas, me repiten que sueño con una revolución ante un puñado de jóvenes prestos a morir, pero que nunca contemplaron, ni siquiera soñaron, empezar una revolución. Consideremos las fechas para responder a esta objeción. Tras los procesos de Moscú, se inició la guerra. La Wehrmacht en los combates y la Gestapo y las SS en la represión mataron a millones de Pajomov, de Kazakov, de Vladimirov, que les combatían con las armas en la mano.

La depuración continuaba, sangrienta: desaparecían sin juicio, uno tras otro, de una bala en la nuca, todos los que se negaron a declarar, incluso simplemente a comparecer. Después, aquellos que consideraba que eran «los trotskistas». Stalin quería acabar con quienes les protegían, incluso si era por ceguera, o con quienes estaban a punto de adherirse a ellos. Lanzaba a sus hombres al asalto de sus propias fortalezas: las Juventudes primero, el aparato del partido, el NKVD, el ejército —aquellos cuya práctica y el espíritu revelan, ante sus ojos, un «liberalismo podrido»—. En la misma época, liquidaba a los trotskistas —a todos—.

CAPÍTULO XIX

MAGADAN: HACIA LA HUELGA DE HAMBRE

Vamos a acabar nuestro estudio con las huelgas de hambre de Magadan y de Vorkuta, tras las cuales perecieron los últimos millares de *oposicioneri* que habían sobrevivido hasta entonces. Desde 1934 el descontento no paraba de crecer entre los trabajadores: en una apasionante recopilación, Nicolas Werth y Gaël Moullac acumularon ejemplos bajo el título de «Clases trabajadoras, clases peligrosas».

A lo largo de estos años, a pesar de los soplones y las condenas, los obreros se quejan de estar mal pagados, mal alimentados, de «trabajar con el estómago vacío». Los perversos decretos de la vivienda, el absentismo, los permisos de maternidad, la criminalización del aborto, provocan la ira. En la Central Térmica n.º 1 de Moscú el ingeniero Lechpekov, excluido del partido, declara que son «textos fascistas» y que «llegará el momento en que la clase obrera planteará estos temas». En la fábrica 230, la joven comunista Ribakova indica que se atacan los derechos adquiridos de los trabajadores. Lo más chocante es que un hombre sin diploma, armado con su corta experiencia y con su conciencia de clase, el obrero de puentes y calzadas de Moscú Egorov, pueda

afirmar con serenidad: «Una vez que hayan fusilado a los trotskistas, iran a por los obreros».

No son fáciles estos capítulos que describen una feroz lucha de clase en el Gulag. Faltan documentos importantes y la mayoría de los que tenemos proceden de informes policiales. Hay que romper el intento de separar estos dos fenómenos distintos [Magadán y Vorkuta] que son un movimiento único.

1. KOLYMA ANTES DE 1937

Sólo recientemente los archivos del KGB entregaron documentos sobre la masacre de Kolyma, durante mucho tiempo ignorada, incluso confundida con la de Vorkuta.

Kolyma tiene una historia: la de su mina de oro. Bajo la dirección de un viejo bolchevique, el antiguo chekista Eduard Petrovich Berzin, había sido considerado durante mucho tiempo no como un paraíso, sino como un lugar en el que se podía vivir y del que se podía salir. El dossier de la KGB n.º 451 nos permite entrar.

Una huelga de hambre de una docena de días en la Mina Partisana había conseguido un régimen correcto bajo la autoridad de E. P. Berzin y de los oficiales de la NKVD desterrados allí tras el asesinato de Kirov —particularmente A. A. Masevich, precedente del NKVD de Leningrado tras el referido asesinato—. Maria Joffe cuenta que se decía de él que «no le gustaban los pelotas y desconfiaba de los entusiastas»: una actitud poco frecuente y que le valió, por otro lado, que le fusilaran a él también, poco antes de los acontecimientos que relatamos.

Todo esto acabó, en líneas generales, poco antes de principios del año 1937, y los condenados con la etiqueta KRTD (contrarrevolucionarios terroristas trotskistas) saben que van a Kolima a morir, pues esas son las instrucciones que recibieron los «órganos» y la gente del NKVD de la sección tercera.

De la «edad de oro de Kolyma», como la llama Verlam Charègne, quedan, tras la liquidación de Berzin y el inicio del rei-

nado de Garanin, vínculos sólidos entre personas que vivieron duramente, pero como seres humanos normales, con su vida personal, cuidados médicos y relaciones individuales. Tenemos una idea a través de los recuerdos de Nina Gagen-Torn y de Nadejda Adolfovna Joffe.

2. LA BABUCHKA

Ambas encontraron a una prisionera impresionante: Alexandra Lvovna Sokolovskaya, primera mujer de Trotsky y madre de sus hijas. Nadejda Adolfovna nos dice que, con su simplicidad y su humanidad, «le emocionó como un personaje de una antigua tragedia griega».

Con Nina Gagen-Torn, que la encuentra en el transcurso de un traslado a la prisión de Irkutsk, saltaron chispas porque pronunció el pseudónimo clandestino por el que los detenidos trotskistas de Kolyma designaban a Lev Dadivovich (Trotsky), traducido al turco bajo la forma de Arslan Davidoglu (León hijo de David), que su camarada Katia Gussakova le enseñó... Alexandra Lvovna se emocionó:

«Conocen este nombre. Esto quiere decir que Katia confió en ellos. Yo también, yo confiaré en ustedes. Ustedes van a Kolyma y yo vengo de ahí. Hay muchos de los nuestros allá. No esconden que son trotskistas y es por ello por lo que les pido que les digan que me han vuelto a detener por una nueva investigación. Es muy importante para ellos».

Y ella les dice quién es, como teme por su hijo pequeño, Lev Nevelson (el puro retrato de Lev Davidovich, comenta), enviado a un campo con catorce años.

«Mando mi saludo amistoso a mis camaradas. Creo en su valor y en su moral. Díganles que, allá donde está, en el extranjero, Arslan Davidoglu puede hacer muchas cosas».

Nina me comenta: «Ella me miraba con los ojos brillantes, orgullosa de sus recuerdos de él, de su amor por él». La vieja combatiente iba con los ojos muy abiertos a su ejecución.

3. HACIA LA TRAGEDIA

Es en el momento del regreso de Shalamov, a mediados de 1937, cuando las cosas se echaron a perder. Masacraron a millares de detenidos. Cuenta que a Partisano habían llegado recientemente:

«trotskistas, a los que, por lo demás, no se calificaba en la época de refractarios, sino más amablemente de “no trabajadores”. Vivían en un barracón aparte en medio del campo de detenidos, que no estaba cercado y no llevaba entonces el terrible nombre de “zona” que iba a recibir. Legalmente, recibían seiscientos gramos de pan, la ración cotidiana prevista, y no trabajaban de forma completamente oficial [...]. En otoño de 1937 había setecientos detenidos en este barracón. Todos desaparecieron bruscamente y el viento se puso a jugar con la puerta abierta, y el interior se volvió un desierto negro y deshabitado».

El nuevo acontecimiento que no parece conocer ninguno de los prisioneros políticos, incluso los más conscientes de la KRTD, es la próxima llegada a Kolyma de todos los deportados hasta entonces encerrados en los campos y en los centros de internamiento. Fueron enviados por ferrocarril en dirección a Vladivostok, donde debían embarcar hacia Kolyma. Recordemos lo que fueron las órdenes de Stalin para arreglar la cuestión «trotskista». Y la circular de Yagoda adoptada con este fin. Los prisioneros lo entendieron.

4. UN AMBIENTE COMBATIVO

Los que llegan manifiestan una gran combatividad. Los soplo-nes son numerosos entre los exiliados y muchos fueron reclutados por las circunstancias, bajo amenazas y chantaje. Este traslado masivo hacia Vorkuta y Magadan es una empresa muy peligrosa impuesta al NKVD y los informes de los soplo-nes designan a prisioneros que, evidentemente, no se autocensuran mucho.

Se destaca, por ejemplo, en los documentos del NKVD sobre el *isolator* de Verjneural'sk, la autoridad con la que habla el ingeniero D. I. Martynov, uno de los dirigentes del centro de Moscú, con Olga Ivanovskaya, antigua compañera de Reztsov en 1927. Martynov, que entró en el partido en 1918, fue detenido en 1928 y deportado a Yeniseisk, después detenido de nuevo y purgó una larga pena en el *isolator*. Dijo a sus camaradas: «Nuestros chicos están por todas partes. Sólo hemos sufrido una derrota formal; en la realidad, actuamos. Puesto que no hay que contentarse con hablar, hay que actuar. Necesitamos nuevas formas y métodos de trabajo». Sin excesiva modestia, según el soplón, incluso aseguraba: «Ni Trotsky, ni yo, ni muchos otros aceptaremos arrodillarnos ante Stalin». Estas palabras llevan a sus camaradas de detención a expresar su desencanto y su hostilidad con respecto a Stalin. «En siete años de reclusión, prosigue Martynov, comprendí que no podríamos soportar esto durante mucho tiempo. Los obreros comprendieron que era necesaria una segunda revolución».

Los otros no son muy distintos, si se cree a los soplones: los detenidos Vinogradov, Bereslavich y Strebiakov tienen el mismo lenguaje, traduciendo el descontento contra Stalin, la NKVD y el movimiento stajanovista. Mijailovich, después de tres años en Verjeneural'sk, lamenta haber dejado la Oposición. V. M. Poliakov es uno de los más combativos: ya no apoya al CC, según afirma, puesto que no puede aceptar «el reforzamiento del terror burocrático del partido y el aniquilamiento de los mejores bolcheviques en los campos y en las prisiones».

5. EL GRAN VIAJE

El gran viaje, el otro reagrupamiento, con Vorkuta, comienza en la misma fecha, en la primavera de 1936: de los Urales, de Siberia, de Kazajastán, unos convoyes llenos de desterrados o de prisioneros se dirigen por ferrocarril hacia Vladivostok, donde tiene lugar el embarque hacia Kolyma. Dos elementos nuevos van a contar mucho: por una parte, están obligados a atravesar unas

regiones pobladas en las que las masas van a ver a los prisioneros en los trenes; por otra parte, Vladivostok es un gran puerto abierto al mundo, lo que va a movilizar más aún a los viajeros que quieren alertar al mundo entero sobre su suerte.

Evidentemente, el NKVD situó en los convoyes a sus hombres para ver, oír y actuar. Ven una enorme agitación, oyen mucho ruido y escriben informes detallados de entre los cuales he aquí unos ejemplos:

«Etapa en la estación de Krasnoyarsk con unos trotskistas: se organizó una manifestación trotskista contrarrevolucionaria, con cantos contrarrevolucionarios y carteles pegados a las ventanas de los vagones en los que estaba escrito: “¡Viva la revolución mundial y su jefe Trotsky! ¡Abajo la burocracia y el autócrata Stalin! [...] Camaradas obreros, tenéis ante vosotros a presos políticos del régimen de Stalin, a trotskistas bolcheviques-leninistas que llevan a Kolyma para eliminarlos. Los mejores elementos del proletariado se pudren en las prisiones estalinistas, mientras que tenemos en el poder a un atajo de funcionarios y de burócratas dirigidos por Stalin”. Llaman a los trabajadores de Krasnoyarsk a realizar una huelga de protesta. Estas intervenciones apuntaban especialmente a los trenes que provenían de Manchuria, en los que debían de encontrarse extranjeros que podrían transmitir la información más allá de las fronteras».

De todas partes llegan prisioneros que se conocen o que tienen conocidos comunes, todos veteranos de la Oposición. Algunos aparecen de ahora en adelante como dirigentes del movimiento: de este modo, desde Krasnoyarsk, la *troika* formada por Baranovsky, Maidenberg y Krol.

No sabemos mucho del primero, salvo que fue detenido en 1930 por su actividad en la Oposición y que trabajaba en la cultura: era un veterano.

El segundo fue uno de los dirigentes del movimiento de los talleres de los ferrocarriles de Kremenchug. David Maidenberg era obrero y miembro de las JC desde los catorce años. Fue detenido en 1927, enseguida capituló, pero le detuvieron de nuevo tras la huelga. Este hombre de treinta años, que llevaba ante las

autoridades como también ante sus camaradas la pesada etiqueta de «capitulador», no está molesto en modo alguno. Otros representan a los trotskistas «de izquierda» o «de derecha» en la dirección de la huelga; él representaba a los trotskistas «capituladores». Pero demostraba todos los días en la acción su espíritu ofensivo.

Sólo, quizá, el agitador sin igual que llaman Volchok o Voluka, Víctor Antonovich Volkov, que acaba de llegar al frente de los desterrados de Karaganda, sublevados gracias a su elocuencia, se acerca de algún modo a la popularidad de los Tres, que supera en su propio convoy.

El hombre que más cuenta en el seno de la *troika* es, sin embargo, Samuil Krol, el «gran Krolik». Este bolchevique de 1917, por entonces dirigente del sindicato de la alimentación, uno de los sindicalistas importantes —especialmente por su papel internacional— que se incorporó a la Oposición, fue excluido, detenido y después desterrado. Le detuvieron en 1929, le soltaron y le detuvieron de nuevo en 1936.

Los informadores se inquietan:

«Los inicios y la formación de la organización contrarrevolucionaria trotskista de los campos del Noreste se remontan a mayo de 1936. La tarea de los organizadores consistía entonces en fortificar la moral de los prisioneros, en detectar a los trotskistas más firmes y en pasar a un reclutamiento más amplio de cuadros [...]. Había toda una fraseología trotskista: “Somos los verdaderos revolucionarios, hemos conservado la autenticidad de las enseñanzas de Lenin [...]. A nosotros, herederos de Lenin, nos envían a Kolyma para exterminarnos: debemos acordarnos y comprender que nuestra pasividad conduce al aniquilamiento definitivo».

Los detenidos comprendieron en efecto a través de su experiencia cotidiana lo que los investigadores tardarán años en comprender a través de la prensa y los archivos...

En junio de 1936, los dirigentes clandestinos de la Oposición, en un convoy que parte de Siberia, deciden en Krasnoyarsk reunir firmas para un telegrama que dirigen al ejecutivo central de la URSS, al CC del PCUS y a la NKVD. Firmado por cincuenta y

cinco prisioneros, este telegrama protesta contra la deportación en las zonas árticas y afirma que «se trata del exterminio de la vanguardia de la clase obrera».

Después se va a intentar evaluar la fuerza y la influencia de la organización naciente. Un debate había sido organizado por los dirigentes en los locales de la administración penitenciaria y se acababa habitualmente con las consignas de Lenin y de Stalin, así como con la «línea general del partido». Unos contramanifestantes —nuestros viajeros— respondieron en coro «Amen», después lanzaron gritos y pullas dirigidas contra los educadores y la NKVD: «¡Popes rojos, policías, criados de Stalin!».

El 30 de octubre el convoy llega a Vladivostok. Ya había una fusión de «comités clandestinos» y tendrán lugar otros aquí. Krol, que estaba en terreno conocido, Maidenberg y Baranovsky, «trotskistas de derechas», son reconocidos como los dirigentes del movimiento.

6. LA FUSIÓN DE LOS RECIÉN LLEGADOS Y DE LOS ANTIGUOS

Llegaban también camaradas que jugaron un papel importante en la clandestinidad, incluidos antiguos miembros del Centro clandestino: Mijail Antonovich Bodrov, obrero metalúrgico, bolchevique de izquierda, que, bajo una gran barba y disfrazado de mujik, fue también correo de Trotsky entre Bichbek y Alma-Ata; el decista Sayansky, un verdadero combatiente; el antiguo alumno de la academia militar Rafail Natanovich Sajnovsky, exmiembro del Centro en 1928, vinculado a N. N. Smirnov; y después, sobre todo, el símbolo de la continuidad de la lucha de los *opositioneri*, el último responsable del Centro clandestino designado por Trotsky, Borís Mijailovich Eltsin, cuyos pseudónimos eran Otets (el Papa) y Starichok (el Viejecito, ya que Trotsky era el viejo).

Un informador indica que los Tres dirigieron las acciones ulteriores de los prisioneros en la fase de desplazamiento. Explica que

los Tres asumen esta responsabilidad con el acuerdo del comité clandestino de Kolyma, que incluye a Evgenii Ostrovsky, ex-responsable de Crédito en Moscú, el ex-oficial Lado Enukidze, el profesor de economía Naum Isakievich Gorinstein, así como la leningradesa Maria «Mussia» Yakolevna Natanson, antigua zinovievista y compañera de Ostrovsky, quienes apoyan también la decisión de recurrir a la huelga de hambre.

Muchos son sus contactos y sus «cómplices», de los cuales la GPU elaboró las listas. A la cabeza figuraban Yakov Abramovich Belenky, obrero de Leningrado que se pasó al periodismo en *Pravda*, y su compañera, la joven obrera de Perm, Lidia Svalova (una anotación manuscrita de la NKVD precisa en su dossier que fue «secretaria de Trotsky», pero no sabemos ni dónde ni cuándo); Nikolai Petrovich Baskakov, antiguo director de la Casa de la Prensa de Leningrado, miembro del mismo grupo de *oposicioneri* que Víctor Serge, y Vasili Nikoforovich Chadayev, convertido en decista a mediados de los años veinte; Leonid Isakievich Girchik, obrero, después diplomático, y Efim Zajarovich Gorodetsky, médico que capituló junto con Ivan Nikitich antes de volver con él, y que procedía de Verjneursk. Vitaly Poliakov, detenido muy joven, se volvió un destacado agitador. Añadamos a Piotr Perevetsev, el antiguo responsable de las relaciones con la Oposición Internacional; Georg Naumovich Jotimsky, antiguo SR de izquierdas, profesor; Mucheg Solovian, joven ex-dirigente del PC, después de la Oposición en Georgia, que no hay que confundir con su hermano, el soplón Artuk Solovian. Ida (Itta) Lemelman, profesora de historia sindical, militante ejemplar, por fin está allí, y no olvidamos a Tania Ivanovna Miagkova, a quien tampoco había olvidado el NKVD pero que, siempre tan brava, recordó su existencia al protestar contra las condenas.

El 2 de julio de 1936 tiene lugar una reunión en un barracón del campo de traslado entre los Tres y un pequeño número de militantes de la Oposición que van a ser los cuadros de la acción. Preside David Maidenberg. Se contempla iniciar la huelga de hambre antes del traslado para «llevarla» a destino y preparar una

manifestación para sensibilizar a la población en el momento del traslado hacia el puerto de embarque.

Los informes de los confidentes ponen el acento en los rumores lanzados por los «trotskistas» para alterar a los prisioneros y predisponerlos con vistas al enfrentamiento:

«En la isla de Kolyma hace un frío polar: se obliga a los prisioneros, sin calzado ni ropa, alimentados con raciones de hambre, a trabajar doce horas al día. Mueren como moscas [...]. Hay veinte horas de barco hasta Nagaistvo. La gabarra que utilizan no está preparada para un transporte de hombres. Los prisioneros enferman en las bodegas asfixiantes y oscuras, sin que les deje salir al puente. La alimentación es espantosa».

Los delegados exigen el derecho a visitar el barco antes del embarque. Se rechaza su petición. Sin embargo, el fiscal general se presenta en su barracón para asegurarles que la travesía sólo dura cuatro o cinco horas, que las bodegas permanecerán abiertas y que los que quieran podrán permanecer en el puente. Mijaíl Bodrov responde que, según él, la NKVD busca la ocasión de una provocación e intenta mantener a los detenidos el mayor tiempo posible en el barco, puesto que un naufragio convendría a las autoridades al simplificarles la tarea y liberándoles tal vez de su responsabilidad.

Los soplones ven que los «trotskistas» se mueven y se ponen de acuerdo. ¡Pero no saben lo que se prepara! Se enfrentan a gente experimentada que desconfía de ellos.

El embarque en la gabarra *Kula* tiene lugar el 5 de julio. Los viajeros no son discretos y los soplones tienen un trabajo de locos, del que se conservan afortunadamente algunos trazos interesantes en el dossier n.º 451:

«En el puente, organizaron una manifestación y cantaron cantos revolucionarios, *La Marsellesa*, un lema, “odiamos los palacios de Stalin”, *La Varsoviana*, etc. Un navío extranjero estaba fondeado en el puerto de Vladivostok. Erchov, Girchik, Sayansky se abrieron paso hacia el extremo de la columna de prisioneros y desplegaron una pancarta: “¡Abajo Stalin, Viva Trotsky, revolucionario

genial!" [y también] "En un país libre en el que se escribe que no lo es envían a presos políticos a los campos a golpe de porra. ¡Obreros! ¡Mirad, somos comunistas, bolcheviques-leninistas, atrapados en el convoy del fascismo!"».

Se conduce entonces a los presos a las gabarras. El embarque se desarrolla con calma en la primera de ellas, con Maidenberg y Baranovsky, que bajaron enseguida a inspeccionar la bodega.

En el momento en que comenzaba el embarque en la segunda gabarra, Maidenberg, subido de nuevo, gritó: «¡No vayáis! Nos han engañado. Las bodegas no están hechas para transportar a hombres como si fueran ganado. No hay ventilación, no hay posibilidades de paseo, las raciones son de hambre».

Citemos a otro testigo de cargo:

«Baranovsky se precipitó a la gabarra en la que ya estaban los trotskistas. Gritó: "¡Hay que salir al puente y participar en la manifestación!" El comité pidió a los que estaban en la primera gabarra que descendieran. El jefe del convoy vio que el cable de estiba de la segunda gabarra había sido cortado (por los miembros del comité) y se dio la orden de tirar al aire para detener el desembarque. Enseguida se alzaron algunos gritos: "¡Nos disparan!" Y se pusieron a cantar la *Internacional* enarbolando pañuelos rojos. Resonaron algunas consignas: "¡Abajo los policías sanguinarios de la NKVD!" La gabarra se alejó durante un tiempo en el golfo de Amur, antes de que fuera empujada por el remolcador. Esta acción tenía por fin convencer a los que dudaban y a los que no se habían adherido a la organización, e interpelar a la población de Vladivostok».

La segunda bodega sólo se cargó al día siguiente. Los guardias habrían debido recibir la orden de no obligar a los prisioneros a quedarse en los sótanos, de alimentarlos correctamente y evitar cualquier desbordamiento.

Pero durante la travesía la agitación adopta un tono cada vez más abiertamente político y los soplones comienzan a hablar del «bloque de los agitadores trotskistas» en sus informes, que se parecen a informes de «inteligencia»:

«El bloque de los agitadores trotskistas estaba formado por trotskistas de derecha y de izquierda, por capituladores, por decistas y por neonarodniki [...]. Baranovsky y Sajnovsky, por los trotskistas de derechas, estaban por una lucha contra el partido y el poder que presionase a la Comintern y al partido trotskista internacional [sic] para orientar su táctica hacia la izquierda; querían de este modo utilizar la nueva Constitución para corregir la política del partido y del gobierno.

2. Brodov y Filipov representaban a los trotskistas de izquierdas. Estaban por “la lucha activa recibiendo el apoyo de los elementos de izquierdas del partido, de la clase obrera y de la Comintern”.

3. Los decistas, representados por Sayansky, querían preparar en la clandestinidad a los cuadros para la futura revolución comunista.

4. Los capituladores estaban representados por Maidenberg.

5. Krol y Gorodetsky eran portavoces del Comité».

Podemos destacar, pese a todo, el hecho, sorprendente en todo este género de archivos soviéticos, que se conservara la caracterización política de cada uno de ellos —lo cual, sea dicho de paso, arruina el «descubrimiento» de seudosabios según el cual ya no había trotskistas en la URSS desde hacía tiempo, sino únicamente prisioneros de cualquier opinión a los que se bautizaba como tales—.

Los archivos soviéticos conservaron los informes de la multitud de soplones con los que sonsacaban a la masa de detenidos. Figura también un informe en la GPU sobre la organización interna de los prisioneros. Estarían divididos en grupos de diez, cuyos jefes reunirían firmas y declaraciones, y explicarían las acciones a llevar a cabo. En las asambleas generales, además de los «jefes de grupo», eligen a «funcionarios», a «políticos puros» encargados del contacto con el comité. Aquel de entre los dirigentes que «hablará» mencionará también a los «hombres de confianza» y a los «encargados de misión». En resumen, una organización de tipo bolchevique.

Desde el día siguiente del embarque, el comité lanzó en el mismo barco la primera huelga de hambre para la obtención de régimen político para los presos. Algunos soplones aseguran que los huelguistas están aterrorizados por los iniciadores de la huelga, pero uno de ellos explica que se trataba de «probar la moral y curtir a los cuadros de la futura organización trotskista contrarrevolucionaria». Se realizan sin parar reuniones en el barco, con la puesta en escena de las resoluciones y las reivindicaciones que debían enviar al Comité Ejecutivo Central y a la Comintern: se lanzó una campaña de recogida de firmas.

Un soplón tomó notas para reproducir un discurso de Vitali Poliakov:

«Unid vuestras fuerzas para el combate que vendrá, puesto que éste será duro. Muchos de nosotros cederán ante las dificultades, se dejarán comprar por una mejora de nuestras condiciones de vida, pero tenemos que estar preparados para penas bien pesadas y quizá para la muerte.

Deportación: nuestros cuadros trotskistas van a curtirse en los campos de Kolyma».

Sabemos que el comité discutió largo y tendido sobre los medios para alertar a los trabajadores del mundo sobre lo que pasaba en la URSS. Se redactó de este modo un largo mensaje a los trabajadores y a los pueblos del mundo que mostrase el carácter insostenible del régimen estalinista, la represión contra los trabajadores y las huelgas de hambre de los presos políticos. Los informes de los soplones evocan también el envío de una botella al mar en el estrecho de La Pérouse. Por lo demás, poco antes de la llegada a la bahía de Nagayevo a principios de julio, el comité reunió al núcleo de los prisioneros «trotskistas» que habían firmado la reivindicación de un régimen de presos políticos y propuso declarar la huelga de hambre a partir de la llegada al centro de clasificación de Magadan, a mediados de julio.

De hecho, todo va a decidirse durante el desembarco, pero no es posible ningún efecto sorpresa. Fue algo distinto en Vorkuta, donde, al mismo tiempo, sólo se está al principio de los preparativos. En esta etapa, sin embargo, conviene subrayar la extraordinaria

ria adhesión de estos centenares de hombres y de mujeres privados de sus jefes históricos, que viven desparramados en grupos que se deshacen sin cesar y que no obstante combaten con determinación en la misma línea, como si fueran una fuerza organizada.

CAPÍTULO XX

PREPARACIÓN DE LA HUELGA EN VORKUTA

1. UN TESTIGO PRECIOSO EN VORKUTA

Grigory Kostiuk era militante del PC de Ucrania. No perteneció a ninguna de las oposiciones que hemos visto o entrevisto, puesto que él estaba en aquella que, en el interior del aparato, detrás de Mikola (Nikolai) Skrypnik, combatía la política estalinista de rusificación. Había creído que lo conseguiría combatiendo las oposiciones propiamente rusas y apoyando a Stalin, el único susceptible de satisfacer sus reivindicaciones nacionales. Fue un grave error, y Skrypnik se castigó suicidándose en 1933.

Kostiuk había conocido mucho a uno de sus lugartenientes, Evhem (Evgenii) Hirschak. Miembro del partido antes de la guerra, periodista conocido y reconocido, había sido ministro adjunto de Educación, servía de vínculo entre Skrypnik, el hombre del aparato, y los medios intelectuales y universitarios. La gente como Hirschak y los jóvenes como Kostiuk fueron por supuesto detenidos tras la muerte de Skrypnik, y comenzaron el trabajo de zapa como otros *opositioneri* del imperio de Stalin. Milagrosamente superviviente, Kostiuk consiguió a finales de la

guerra llegar al Nuevo Mundo y a su comunidad ucraniana, donde había todavía muchos comunistas de la oposición. Es entonces cuando escribió *Los años malditos*, una crónica del mundo estalinista de Ucrania que no fue traducida del ucraniano y en la que consagró un rico capítulo a la huelga de Vorkuta con el título «la protesta del Temerario». No es casualidad que este libro, redactado tras la salida de la URSS de Kostiuk, cuente el calvario de Evhen Hirschak.

Justo después de la tragedia de los «trotskistas», en efecto, Kostiuk supo la que había abatido a Hirschak, llegado del campo de Ujta-Pechorsk —durante una evacuación de los prisioneros de Solovski— mudo, incapaz de emitir un sonido tras el traumatismo terrorífico que había sufrido bajo la tortura de los hombres de la GPU. Un día de verano, sin embargo, este desventurado consiguió grabarse en la carne, con un clavo, el nombre del objeto de su odio, Stalin, y encontró su voz para esta palabra única en un espantosa risotada de demente. No sabemos si llegó a su destino ni cuánto tiempo sobrevivió. Para Kostiuk fue un sufrimiento terrible y sobre todo un símbolo.

2. EL CAMPO DE VORKUTA ANTES DE LA LLEGADA DE LOS DESTERRADOS

Describiendo la situación de los detenidos en Vorkuta antes de la llegada de la masa de exiliados, Kostiuk escribe:

«Nuestra situación era en conjunto muy difícil. Las condiciones de vida eran simple y llanamente insoportables, a causa, por una parte, de un trabajo cotidiano agotador —diez horas y algunas veces más— en los pozos de la mina o en superficie a menos de 40° bajo cero, a menudo bajo una tormenta de nieve, y, por otra parte, y con unas raciones alimentarias de supervivencia que nos habían otorgado por este trabajo.

«Nadie entre nosotros tenía bastante fuerza para asumir las normas en vigor. Estábamos todos infralimentados, habiendo sido incluso reducidas nuestras raciones, ya que no las cumplía-

mos. Nuestras fuerzas estaban por tanto reducidas por completo y, lo que es peor, vivíamos todos en el miedo de un porvenir más difícil aún.

«Las condiciones de vida de quienes, entre los prisioneros, habían llegado para ser albergados en los barracones de madera eran más o menos soportables, pero los que vivían en las grandes tiendas (alrededor de la mitad de los prisioneros) tenían unas condiciones completamente imposibles.

«Mezclaron intencionadamente a presos políticos, criminales de derecho común, reincidentes, ladrones, violadores y asesinos».

Una comisión de investigación en la posguerra, en el marco de la acción llevada a cabo por David Rousset, permitirá saber igualmente que en esta fecha no había ningún descanso semanal, y que por tanto trabajaban trescientos sesenta y cinco días al año.

3. LOS QUE LLEGAN

En su texto de la colección Nikolayevsky en la Hoover Library, A. Rajalov subraya:

«En 1936, la mayoría de los que ahora llaman “trotskistas”, que no habían capitulado, estaban todavía en el exilio, donde habían mantenido su pequeña biblioteca y las obras teóricas que contradecían la línea general. Sus hijos vivían con ellos, iban a la escuela, donde más de una vez oían hablar de la felicidad de los niños soviéticos bajo el sol estalinista y de las dificultades y los éxitos del Jefe de cara a los enemigos del pueblo (sus padres). También, muy a menudo, estos padres “leprosos” se cansaban del veneno que se daba en dosis masivas a sus hijos en la escuela y se los llevaban para que aprendieran simplemente a leer y a escribir en casa».

El historiador Vadim Rogovin escribe:

«En 1936, se embarcó a los trotskistas desterrados y a sus familias en los vagones de tren y se les envió a Arjanglesk. Desde ahí se les envió al ártico Vorkuta, donde los prisioneros supieron que,

en las sentencias que les afectaban, la palabra “destierro” había sido remplazada de un modo sistemático por la palabra “campo”. Resultado: de desterrados por medidas administrativas se habían convertido en prisioneros. Peor aún: sin ninguna explicación se les había añadido cinco años de pena a sus sentencias precedentes. Era el principio de la tragedia. Las reservas alimentarias que tenían se agotaron muy rápido y la ración de cada prisionero estaba lejos de poder calmar su hambre, incluso un cuarto de hora. Los niños no pedían un mendrugo de pan suplementario. Comprendían que su destino estaba estrechamente ligado al de sus padres».

Pero todavía hay algo peor. Kostiuk señala que en todos los locales calentados —cocina, cantina, etc.— se encontraban como guardias de los cobertizos, jefes de brigada, incluso «educadores» a delincuentes comunes o «a quienes estaban próximos a ellos socialmente», según el vocabulario de las autoridades:

«Empujados sin lugar a dudas por los agentes de la tercera sección, la NKVD del campo, estos bandidos daban pruebas de la mayor agresividad hacia los recién llegados, presos políticos.

«Para ellos, en su vocabulario, la palabra “trotskista” indicaba a aquellos por los que sentían más desprecio y se sentían autorizados a hacerles sufrir los tratos más abyectos, utilizando con ellos unos calificativos cuya grosería impide reproducirlos.

«Abiertamente o a escondidas, el robo de la comida y de los bienes de los presos políticos era un hecho corriente, ampliamente tolerado por las autoridades del campo. No recuerdo que ninguno de estos bestias haya sido nunca castigado por robo, aun cuando los presos se hayan quejado en masa a las autoridades».

Kostuk pone el dedo en la llaga del sistema:

«Estábamos completamente aislados del resto del mundo. No teníamos ni diarios, ni libros, ni radio. Los libros que algunos de entre nosotros habían aportado eran confiscados durante los “registros de rutina”, si no se había tomado la precaución de esconderlos en algún lugar seguro. Era insoportable para quienes tenían el hábito de leer diarios o libros (el 80% de los presos de

Vorkuta). Los trotskistas, la mayor parte de los cuales procedían de campos de aislamiento político, sufrían con mayor dureza. Aquí, habrían debido tener una mayor posibilidad de utilizar la biblioteca y de acceder a la prensa.

«Tuvieron que sufrir por lo demás un golpe particularmente duro cuando sus mujeres y sus compañeras, con las que habían venido de los campos de aislamiento, fueron separadas de ellos y albergadas en los barracones para mujeres».

4. ¿QUIÉNES SON?

Se tiene la sensación de que en Vorkuta se están reuniendo las más conocidas generaciones de *oposicioneri*. Es una elite, una especie de almanaque en el que se mezclan veteranos y jóvenes. Hay allí varios antiguos secretarios de Trotsky, Igor Moiseyevich Poznanky, Josif Samuilovich Kraskin, Nikolai M. Sermuks e incluso Viktor Borisovich Eltsin, muy debilitado tras una larga estancia en Arjángelsk, y Gregori Mijailovich Stopalova, con su mujer Viktorina Lvovna Lemberskaya, que era profesora en la escuela del partido. Nadia Moaseyevna Almaz, que fue secretaria de Lozovsky, es la hermana del gran escritor Vasili Grossman.

Hay veteranos como el viejo bolchevique que durante mucho tiempo estuvo a la cabeza de la redacción de *Zaria Vostoka* en Baku, Virap Virapovich Virapov, llamado más bien Virap; Nikolai Petrovich Gorlov, de *Pravda de las barricadas*; Grigori Borisovich Valentinov, experiodista en *Trud*, destinatario de la famosa carta de Rakovsky; Vasili Vikentivich Kossior, un obrero metalúrgico que fue dirigente de los sindicatos soviéticos y su exmujer Praskuya Grigorievna «Pacha» Kunina, delegado y agente de enlace; Janaan Markovich Pevzner, oficial del Ejército Rojo, mutilado, chequista, funcionario de Finanzas, economista, viejo de la víspera de la Oposición, marido de «Dika» Znamenskaya, autor de uno de los primeros trabajos sobre la burocracia soviética y sobrino de Yagoda; Vladimir Ivanov, especialista en ferroca-

riles, antiguo *sapronovets*. Igualmente, encontramos aquí, pero por última vez, al cineasta Piotr Maximovich Maxinov.

Fedor Niklausevich Dingelstedt, que fue el héroe y el dirigente de las primeras huelgas de hambre, el vencedor de Verjneurask, después de Solovki, está allí también, transferido —con Viktor Krainiy— del *isolator* de Nijni Uralsk, en un muy mal estado de salud, debido esencialmente al agotamiento físico.

Hay algunos medio jóvenes, como el grupo de los exdirigentes estudiantes de Moscú, Karl Melnais, Lev Slitinsky, Sacha Milechin, el antiguo alumno de la Academia Militar de Moscú Vladimir Ivanovich Rechetnichenko, y la institutriz Itta (Ida) Lazarevna Chumskaya. Están también dos de los antiguos dirigentes de los Komsomols de Ucrania, Dmitro Salomovich Kurinevsky, de Kiev, y Viktor Krainiy, de Jarkov, así como el antiguo estudiante Grigori Moiseievich Vulfovich, de Jarkov.

Pero hay igualmente algunos casi veteranos, como Yuri Mijailovich Kotziubinsky, dirigente de la Oposición unificada de 1926 en Ucrania (lo que niegan algunos testigos que aseguran haber conocido su ejecución antes de la salida de su convoy). De Moscú, a través de un *isolator*, llegan el tipógrafo exmenchevique Boris Isaakievich Brover y el obrero del GOUM Tijon Kravtsev.

Están aún las «viudas», como Faina Viktorovna Yablonskaya, que fue quien lanzó la expresión y cuyo marido, A. G. Belódorov, es golpeado en prisión hasta que «hable o reviente» —y, en efecto, le reventarán—. Una verdadera viuda: Sonia Dreitser, cuyo marido, Efim Alexandrovich, fue fusilado durante el proceso de los Dieciséis. Una hermana también: la doctora Faina Aronovna Radomylskaya, hermana de Zinoviev.

Están por último los georgianos de todas las edades: Nikolai Stepanovich Okudjava, hermano de Mijail Stepanovich, treinta y cinco años, adherido al partido en 1911; Vassili Adamovich, llamado Vasso Donadze, de una treintena, miembro del CC; y un «viejo», Niko Kiknadze, llamado Stepko, cincuenta y un años, médico, emigrado en Suiza durante la guerra y vinculado a Lenin; Carlo Patskachvili, fantástico superdotado llegado con los pies desnudos de Georgia a la capital algunos años antes, dieci-

siete años; Georgi Naumovich Jotimsky, profesor, antiguo crítico de izquierda de Rakovsky, y su mujer, la georgiana Lydia Jarandja.

El inseparable compañero de Carlo, el extraordinario Andrei Andreyevich Konstantinov, llamado Kostia, fue miembro durante varios años del Centro clandestino, como María «Mussia» Semenovna Magid y Vladimir Alexandrovich Vorobiev, periodista en *Bednota*, antiguo responsable del *BO* en Rusia, ambos mueren de tuberculosis en el campo. Como dice uno de los camaradas de Vorobiev: «Todo el mundo tiene momentos de heroísmo, pero en él es su estado normal».

5. MARÍA MIJAILOVA «MUSSIA» JOFFE

En el Centro Médico se encuentra uno de nuestros testigos más apreciados al mismo tiempo que uno de los personajes más fascinantes de este gigantesco drama. Nacida en 1900, María Mijailovna Hirshtein, la joven viuda de A. A. Joffe (que se suicidó en 1927), intentó organizar la solidaridad a favor de los desterrados y de los presos, lo que le valió ser detenida a finales de mayo de 1929 —una advertencia muy clara para todos—. Cuando la encarcelaron, le arrancaron de su lado a su pequeño hijo, a ese Volodia que no volverá a ver nunca más.

Sus amigos la llaman Mussia, pero nosotros sólo la llamaremos así cuando no pueda ser causa de confusión. Es una mujer muy bella, de cuerpo de diosa, cuyo dinamismo y combatividad se alían en una sensibilidad insólita, y que honra a la humanidad.

¿Volvió a encontrarla Víctor Serge? Se podía pensar que no, puesto que no nos ha proporcionado uno de sus bellos bocetos. ¿Era refractario a su encanto, al femenino? Probablemente la conoció con su marido, en Petrogrado en 1919, después en Viena en 1924, donde A. A. Joffe fue embajador. El nombre de María sólo aparece bajo su pluma cuando evoca la muerte de Adolf Abramovich: «En un cuartito lleno de juguetes de niños, María

Mijailovna Joffe, de rostro ardiente y seco, se entretenía en voz baja con algunos camaradas del Secretariado de Trotsky».

La alemana Sussane Leonhard, la compañera del bolchevique polaco Bronski, la conoció en Alemania en la embajada soviética, y se la volvió a encontrar veinte años más tarde en el Gulag. Escribe:

«Me acordaba de nuestros encuentros en la embajada en Berlín [...]. Ella encarnaba la belleza y la seducción. En cada una de sus apariciones en una recepción se ganaba enseguida todos los corazones por su belleza radiante y su gentileza. Era un ser completamente excepcional, valiente y optimista, rico en todos los dones del corazón y de la inteligencia».

Maria Mijailovna tenía dieciocho años cuando se casó con Joffe. Conoció a Sofía y a Karl Liebknecht, que se preparaba para la revolución alemana, poco tiempo antes de su asesinato, y a Grigori Yakovlevich Yakovín, que escribía la historia de esta revolución con la ayuda de Adolf Abramovich —él le ayudaba también a redactar en 1924 sus artículos sobre Viena—.

A través de su marido, no sólo por ser su compañera, sino también por lo que era— conoció a esos dos hombres excepcionales mundialmente conocidos: Lev Davidovich Trotsky y Christian Georgievich Rakovsky. De hecho, conoció a todos los demás dirigentes, puesto que, era bilingüe —hablaba inglés y ruso—, cumplida taquígrafa y a menudo era empleada en las reuniones de dirección para las traducciones y la toma de notas.

Se halla en Vorkuta en una situación muy particular, puesto que la brutal tramposa que dirige el campo, E. I. Kachketin, ha olfateado el asunto. Vinculada en el pasado a Trotsky y a Rakovsky, ella lo está hoy a uno de los hombres más conocidos —y juzgado por el GPU como uno de los más peligrosos— de la joven generación, Grigori Yakovlevich Yakovín, que se convirtió en su «marido de campo».

Si Kachketin obtuviese algunos testimonios de Maria Mijailovna ensuciando a toda esta gente, sería una gran victoria de la GPU, pero también una promesa de progreso para la direc-

ción del campo. Por tanto, él presta mucha atención a no matar la gallina de los huevos de oro. La cuida y, en cierto modo, la protege. Ella tiene un miedo horrible, pero no teme la muerte y se va a enfrentar a ella. Él morirá mucho antes que ella, fusilado bajo órdenes de Stalin tras la caída de su patrón, Nikolai Ejov.

Para nosotros, Mussia es tanto o más importante que su marido de campo, Grigori Yakovlevich Yakovin. Este era de la misma «generación de Octubre» que Sokrat Avanesevich Gevorkian, a quien todo el mundo llamaba Sócrates y de quien muchos sólo supieron el nombre mucho tiempo después de su muerte. Estos dos hombres están a la cabeza del comité de huelga; tienen la experiencia de las huelgas de hambre y de su conducta, puesto que dirigieron algunas de las del *isolator* de Verjneural'sk.

6. EL ESTADO DE ÁNIMO DE LOS PRISIONEROS

Algunas anécdotas dan cuenta del estado de ánimo de los prisioneros. Uno de los testigos de la colección Nikolayevsky sugiere a V. V. Kossior —que, como sabemos, está desfigurado y lisiado— que acepte su suerte y guarde sus fuerzas para purgar su pena de prisión, «puesto que no llegará ninguna ayuda». Kossior le responde:

«En cierto modo, usted tiene razón. Pero no olvide que no somos una banda de criminales y que no somos criminales políticos por azar, que somos adversarios de la política de Stalin y que sólo deseamos lo que es mejor para nuestro país [...]. Si nuestra situación es verdaderamente muy mala, al menos queremos saber lo que Moscú piensa de ello. Hoy tenemos razones para suponer que los chekistas locales actúan por iniciativa propia al violar nuestros derechos democráticos más elementales, incluso como prisioneros, además queremos conocer la opinión de Moscú sobre esto, entonces, para nosotros, todo estará claro».

Kostiuk cuenta en su libro su discusión con Viktor Krainiy sobre la huelga de hambre. Reproduce sus argumentos, que acla-

ran bien el pensamiento e incluso la nueva cultura de los futuros huelguistas:

«Viktor intentaba probarme que yo no era político y que subestimaba el alcance político de la huelga de hambre, porque los chekistas, fuera cual fuese su falta de corazón y su mezquindad, temían sin embargo las huelgas de hambre. Fundaba su argumentación sobre el hecho de que esto se practicaba desde hacía varios años en el presidio político de Verjneuralsk, donde los prisioneros habían visto como se reconocían algunos derechos, justamente tras una huelga de hambre».

7. UNA PREPARACIÓN MINUCIOSA

En otoño, poco después del proceso de Moscú, todos los trotskistas se reunieron para debatir la situación y elaborar propuestas de acción. Gevorkian abre así la reunión:

«¡Camaradas! Antes de comenzar nuestra reunión, os pido que honremos la memoria de nuestras camaradas guías y dirigentes muertos como mártires en manos de los estalinistas traidores a la revolución».

Ningún sectarismo, por tanto. Guías y dirigentes: Ivan Nikitich ciertamente, pero también Zinoviev y Kamenev, y los que están muertos o van a morir en los sótanos, como Lazar Chatskin. Toda la asamblea se levanta. Después Gevorkian introduce la discusión:

«Hoy es evidente que el grupo de los aventureros estalinistas está concluyendo su proceso de golpe de Estado contrarrevolucionario en nuestro país. Todas las conquistas de nuestra revolución están amenazadas. No son únicamente las tinieblas del crepúsculo, sino las de la noche profunda y negra que cubren nuestro país. Ningún Cavaignac ha hecho derramar tanta sangre de las clases trabajadoras como Stalin.

«Anulando físicamente a todos los grupos *oposizioneri* del partido, aspira por completo a una dictadura personal. El partido y el pueblo entero están sometidos al examen y a la justicia suma-

ria del aparato policial; los pronósticos y las predicciones más sombrías de nuestra oposición están completamente confirmados. La nación se desliza inevitablemente hacia la ciénaga termidoriana. Es el triunfo de las fuerzas centristas pequeñoburgesas de las que Stalin se revela el intérprete, el portavoz y el apóstol. Ningún compromiso es posible con los traidores estalinistas y los verdugos de la revolución.

«Permaneciendo hasta el final como revolucionarios proletarios, no debemos alimentar ninguna ilusión sobre la suerte que nos espera. Pero antes de anularnos, Stalin va a procurar humillarnos todo lo posible. Instalando a los internos políticos en el mismo régimen que los "comunes", se esfuerza en dispersarnos entre los criminales y en dirigirlos contra nosotros. Sólo nos queda un único medio de lucha en este combate desigual: la huelga de hambre.

«Con un grupo de camaradas ya hemos esbozado la lista de nuestras reivindicaciones, y de las que ya habéis tenido conocimiento muchos de vosotros. Os propongo por tanto ahora discutir sobre ellas todos juntos y tomar una decisión».

A finales de octubre, Viktor Krainiy lee a Kostiuk un proyecto de declaración colectiva al CC del PCUS, a Kalinin, presidente del soviet supremo de la URSS y al fiscal general de la Unión Soviética. Se lo mostraba igualmente a toda la gente y a los grupos con los que se había discutido antes en el marco de la preparación del movimiento. Desde hacía algunas semanas nuevos militantes se habían adherido a los bolcheviques-leninistas: Mark Ilych Minkov, aparecido en la historia soviética con Avipribor en 1927, militante decista, y su compañera; un socialdemócrata austriaco, ex-*Schützbundler*, refugiado en la URSS tras los combates de 1934, Hans Fischer; algunos socialdemócratas ucranianos, el agrónomo internacionalista Bachlovka, el profesor Rivniy y algunos opositores de origen diverso: el médico miembro del PC de Ucrania occidental en vías de volverse anarquista, Likar Zajidny, así como los nacionalistas de izquierda Grigory Bagliuk, de la asociación de escritores del Donbass, y Tkach, un estudiante de Kiev. Habían llevado todos juntos la batalla de agitación y de pre-

paración. Ésta fue coronada por una asamblea, probablemente el 26 de octubre, en un barracón ocupado por sorpresa, donde se decidió formalmente la huelga de hambre y sus modalidades, fijando su inicio el 27 de octubre de 1936.

Sokrat Gevorkian presentó el proyecto de declaración, lo leyó, respondió a las preguntas sobre este documento, del que era, según Kostiuk —quien lo supo por Krainiy—, el principal redactor. Por desgracia, no tenemos el texto, lo cual no significa que esté definitivamente perdido. Sin duda, podría conocerse si algún mecenas pusiera dólares suficientes sobre la mesa... Kostiuk se ocupó de reconstruirlo con la ayuda de los recuerdos de Eduard Duné, otro decista de Vorkuta; de las memorias y la correspondencia de otros prisioneros supervivientes, como Alexei Efimovich Tsurichenko, nacido en 1904; y de las declaraciones de otros testigos a Soljenitsin para su *Archipiélago Gulag*. Éste es el resumen que propone:

«La declaración comenzaba con una larga introducción. Apoyándose en muchos hechos históricos y en generalizaciones teóricas, mostraba cómo la fracción estalinista del Partido Comunista era responsable del Termidor y de la traición de los ideales de la revolución socialista mediante la destrucción de los marxistas-leninistas. Mostraba cómo esta fracción había transformado la dictadura del proletariado en una dictadura de una burocracia nuevamente formada sobre el proletariado y el campesinado, y cómo esta burocracia parasitaria sedienta de poder había transformado el Estado de los Soviets en un Estado policial de tipo fascista. La naturaleza de tal Estado, ya evidente a partir de numerosos crímenes, se había revelado de manera flagrante durante la última provocación, el proceso contra Zinoviev, Kamenev y otros. El asesinato de los dirigentes de la revolución proletaria, ese gran crimen histórico, la traición de los ideales de Octubre, toda la responsabilidad le incumbía, a los ojos del proletariado, a “Stalin, el felón sangrante de la revolución”, y a sus cómplices Yagoda y Ejov. Estos *oprichniki* [los guardias del cuerpo de la policía secreta del zar Iván VI] habían vuelto las condiciones de vida de los campos tan difíciles que ya no eran soporta-

bles. Es por esto que los prisioneros del campo de Vorkuta, que habían formado en su nombre este documento para protestar por las condiciones de vida del campo, comenzaban una huelga de hambre y exigían:

1. La separación de los presos políticos de los presos comunes;
2. La abolición de los privilegios todavía existentes y que permitían a los traidores ocupar puestos más elevados (jefes de brigada, controladores de los trabajadores, educadores, etc.) que los de los presos políticos;
3. La asignación de un trabajo según la profesión de cada preso. Si esto fuera imposible, sería preciso que se tuviera en cuenta, en el momento de la asignación, las capacidades físicas y el estado de salud de cada preso;
4. La normalización de las raciones alimenticias, con independencia de las normas alcanzadas;
5. La aplicación integral de la legislación de trabajo (jornada de ocho horas, salario según todo el trabajo realizado, festivos);
6. El derecho de los presos para comprar productos alimenticios y productos de uso corriente en la tienda del campo con el dinero de su trabajo;
7. El derecho de mantener una correspondencia regular con su familia;
8. El derecho de las parejas casadas de vivir juntos en el interior del campo;
9. El derecho de abonarse a diarios y revistas publicadas en la Unión Soviética».

8. HACIA LA HUELGA DE HAMBRE

Demos la palabra a Kostiuk para contar cómo comenzó la huelga:

«La noticia de la declaración de la huelga se expandió por toda Vorkuta, entre tres mil personas, con la rapidez de un rayo.

Alrededor de cuatrocientos presos declararon oficialmente que se adherían a la huelga. Pero el efecto producido por la declaración superó ampliamente estas cifras, puesto que los cuatrocientos que rechazaban alimentarse y no fueron a trabajar como de costumbre vieron acercarse a ellos a muchos prisioneros, en un acto consciente de solidaridad y probablemente compartida por muchos otros también que manifestaban así un sentimiento espontáneo de rebelión.

«El hecho de que cerca de un millar de personas no se presentasen al trabajo cogió totalmente por sorpresa a la administración del campo. Los jefes de colonia, los controladores del trabajo corrían de barracón en barracón, de tienda en tienda. Intentaban explicar, vociferaban, gritaban, lanzaban órdenes a diestro y siniestro, pero chocaban con la tranquila resolución de los huelguistas de hambre, aparentemente indiferentes a las amenazas y preparados para todo. Los huelguistas se limitaban de vez en cuando a decir con tranquilidad a los desenfrenados chillones que las razones de la huelga y las reivindicaciones las conocía la Sección Tercera, la NKVD del campo y las más altas instancias.

«Tras haberse recuperado, la administración del campo fue obligada a admitir el hecho, hasta aquí mantenido en secreto, de la huelga de hambre y esperar las órdenes de Moscú».

9. DOS MOVIMIENTOS COMPLEMENTARIOS, PERO SEPARADOS

De este modo, cuando la huelga se instala en Vorkuta después de varios meses de preparación metódica, la de Kolyma está acabando en Magadan. En cualquier país civilizado, un concurso de circunstancias semejante hubiera merecido un examen y una discusión. Pero la URSS estalinista no era un país civilizado. Aparentemente, no hay un punto de encuentro entre estos dos movimientos y otros acontecimientos. El único «contacto» es el de los huelguistas de Vorkuta con el proceso de Moscú de agosto de 1936. A menos que los soplonos —lo cual es completamente

posible y sin duda probable— se hubiesen abstenido, en sus relaciones camino de Kolyma, de hacer alusiones (peligrosas, de todos modos) al primer proceso de Moscú.

No hay duda de que se hizo todo lo posible en la cumbre del partido y de la NKVD para mantener un muro entre huelguistas y población, pero también entre los huelguistas. El gran peligro radicaba allí para el régimen burocrático. Pero venció, al precio de asfixiar a las fuerzas vivas del país. Para ganar su batalla, la de los privilegiados, Stalin eligió la barbarie frente al socialismo.

CAPÍTULO XXI

LA HUELGA TRAICIONADA EN KOLYMA

El movimiento que llevó a la huelga de Kolyma fue también magnífico, pero mucho más difícil de sacar adelante, como consecuencia de una mayor dispersión de fuerzas. Estuvo marcado por un excepcional trabajo de agitación, mientras que nos parece que el de Vorkuta había asumido un carácter más propagandístico. ¿La responsabilidad recae en los hombres o en las circunstancias? En todo caso, los auténticos aspectos del movimiento de los *oposicioneri* son que estas dos huelgas se nos presenten en esos años de lucha. Y su conclusión será, por desgracia, idéntica: sangre, sangre y más sangre.

Una doctora, Nina Savoyeva, destinada allí en 1940, describió el campo tal como lo conoció a su llegada:

«Unos hombres tan grises como esta tierra, o más bien sombras de hombres vestidos con miserables harapos mugrientos, debilitados y agotados. Los piojos campaban por todas partes [...]. Los detenidos morían directamente en la mina, por enfriamiento generalizado del organismo. Cada día nos llevábamos recipientes llenos de dedos y de índices congelados que debíamos amputar».

Hay que añadir a esto los malos tratos de un detenido empleado como asistente sanitario, conocido como «la bestia salvaje» y que gozaba de apoyo entre los cuadros; únicamente matándole lograron los detenidos librarse de él.

1. LLEGADA DE LOS NUEVOS A KOLYMA

Algunos incidentes se producen en Magadan con el desembarco de los primeros desterrados, convertidos en prisioneros, que saben perfectamente lo que les espera y que Kolyma ya no es el mismo campo que tenía la reputación que ya indicamos. El decista Sayansky, que es el primero que se presenta al control de entrada, rechaza el cacheo y la toma de sus huellas digitales. Los policías intentan esquivar esta rebelión fingiendo que no se daban cuenta. La mayoría de los que siguen a Sayansky se alinean con él. Seguramente dejarán hacer.

El plan de los dirigentes del movimiento es lanzarse inmediatamente, desde la llegada, a una verdadera campaña de agitación para pasar a la acción: organizan «reuniones volantes» de apoyo a la huelga, generalmente con Maidenberg y Gorodetsky como oradores. Citemos sus palabras transmitidas por los soplonés.

Maidenberg abre las perspectivas políticas evocando la huelga de hambre anterior, al modo de Partisana:

«Los que llegaron antes que nosotros a Kolyma ganaron una huelga de hambre de veinte a veinticinco días. Ahora ellos viven en buenas condiciones, no trabajan, reciben una alimentación correcta y tienen a sus mujeres cerca. Obtuvieron todo esto gracias a la acción organizada, a su oposición al régimen de los campos. La prensa internacional hablará sobre ello muy pronto. Nuestro comité tomará todas las medidas para que la huelga de hambre se conozca en el extranjero».

Mientras tanto, Gorodetsky habla como médico:

«Como médico, constato que las condiciones de trabajo y de vida de los prisioneros en Kolyma conducen al agotamiento físico. El régimen de preso político es una cuestión de honor para los

revolucionarios proletarios. El combate por su obtención es un acto de autoconservación y exige sacrificios. Hace falta gente muy valiente y recta, y esta gente llevará la lucha hasta el final. O bien obtendrán derechos decentes, o bien perecerán».

El comité elabora un reglamento de huelga: los huelguistas deberán hacer una declaración personal, respetar después las condiciones del comité, no salir de los barracones y no tener contacto con la gente de la administración o del NKVD si entrasen en los barracones. La huelga de hambre sólo podrá ser interrumpida mediante una decisión del comité expresada por escrito, y una comisión médica controlará la aptitud durante la huelga.

2. LA HUELGA ANUNCIADA

El 9 de julio se celebró la última reunión del comité: participaban en ella Krol, Maidenberg, Baranovsky, Belenky, Bodrov, Sajnovsky y Boris Eltsin. A varios camaradas, Eltsin y Girchik entre ellos, se les prohibió la huelga por razones de salud, y estos no huelguistas recibieron como compensación el encargo de establecer el contacto con el centro bolchevique-leninista (los estalinistas lo denominaban «trotskista») de Kolyma y los demás centros de la región.

El 12 de julio, la administración del campo estaba oficialmente avisada del inicio de la huelga de hambre. La declaración de los huelguistas, enviada también al NKVD, era la siguiente: «Me adhiero plena y totalmente a la declaración realizada por los presos políticos a favor de la instauración del régimen político y del reagrupamiento de los camaradas. Declaro proseguir la huelga de hambre hasta la satisfacción de estas reivindicaciones».

Los huelguistas estaban reunidos en un barracón que tenía una pancarta que el jefe de campo hizo arrancar: «Aquí, doscientos comunistas hacen huelga de hambre para obtener el régimen de preso político».

El comité toma entonces la decisión de luchar para ampliar la huelga a dos consignas esenciales: «El socialismo no se levantará

sobre los cadáveres de la clase obrera» y «Stalin va a transformar en oro nuestra sangre, la de los bolcheviques».

La huelga de Kolyma ha empezado.

3. LA HUELGA

El 30 de julio estallan violentos disturbios en los barracones y en los alrededores, puesto que la NKVD saca fuera a los huelguistas de hambre que rechazan que se les envíe a la taiga. No sabemos tan bien como en el caso de Vorkuta qué militantes, conocidos o anónimos, tuvieron un papel central.

Revelaremos dos nombres de entre los que evocan para nosotros una personalidad. Primero, Semën Osipovich Bolotnikov, el hombre del VIº Congreso de la Comintern que facilitó en él el trabajo de la Oposición, se marchó y volvió con Ivan Nikitich, condenado en 1933 a tres años de prisión, lo que limitó su correspondencia amistosa con N. K. Kruspaya. A continuación, Yakov Abramovich Belenky, treinta años, obrero en Leningado, que acudió a Moscú para trabajar en *Pravda*, compañero de Lidia Zinovievna Svalova, exiliado con ella en 1929, enviado posteriormente al centro de aislamiento, del que sólo sale para el gran viaje que le convierte en uno de los dirigentes; se adhiere a la *troika* en Krasnoyarsk y muere con Krol, Maidenberg, Baranovsky y Volchok...

Tres miembros del comité, Krol, Maidenberg y Belenky, son enviados al sector del lago Negro y es allí, cuando se hallan en un aislamiento casi total, cuando la NKVD —operación clásica que tiene siempre oportunidades de tener éxito— les promete satisfacer sus reivindicaciones, lo que les lleva a levantar una huelga que no controlan.

El 4 de agosto —pero ignoramos si es una reacción a esta decisión de detenerse—, ocho prisioneros, entre ellos Baranovsky, intentan aparentemente limitar al menos los estragos y, si es posible, relanzar la acción. Escriben el 4 de agosto, menos de dos semanas antes de la apertura del proceso de los Dieciséis:

«Al anunciar la detención de nuestra huelga de hambre, no hemos renunciado a las reivindicaciones que nos habíamos formulado en Magadan [...]. Tras la huelga, nos dieron una alimentación espantosa, totalmente pasada. La ración excepcional prometida por Masevich no nos fue concedida. Muchos camaradas empezaron a hincharse, otros tuvieron accesos de fiebre, otros también enfermaron [...]. Nos declararon reestablecidos y nos pidieron que volviéramos a trabajar. Resultaba evidente que no podíamos aceptarlo [...]. Pero estábamos desde entonces sometidos al régimen ordinario. No yendo a trabajar, nos volvíamos refractarios: raciones reducidas, prestaciones personales, etc. No teníamos suficiente. No iremos más allá».

Relanzan las reivindicaciones:

1. Reconocimiento de nuestros derechos como presos políticos;
2. Reagrupamiento de los camaradas en huelga (Krol, Sajnovsky);
3. Condiciones normales de alimentación, alojamiento, trabajo, salarios».

Concluyen:

«Ya fuimos engañados y aseguramos que nada nos hará ceder. Si estas reivindicaciones no son satisfechas el 6 de agosto, empezaremos una huelga de hambre ilimitada».

El dossier nos revela después un telegrama firmado por veinticinco prisioneros, entre los cuales están Krol, Maidenberg y Belenky —aunque no por Baranovsky—, no fechado, pero que habla de continuar la huelga:

«Ostrovsky, Enukidze, Gorinstein, Natanson y varios *opositsioneri* comunistas más están en huelga de hambre desde hace sesenta días. Únicamente os pedimos que intervengáis para impedir que esta huelga tenga una salida mortal».

Este texto a favor de la huelga ilimitada muestra que, mientras que el comité de los «viajeros» se desmembraba, la fusión que B. M. Eltsin y Girchik habían sido encargados de establecer con el de Kolyma no había tenido lugar; en compensación, el comité de Kolyma se comprometía firmemente en la acción.

El 19 de julio, la administración anuncia que va a dispersar a los que protestan, repartidos por todo el campo. El comité, en cuyo seno se halla Volkov y en el que apareció Bolotnikov realiza indicaciones sobre acciones esporádicas, sobre numerosas acciones colectivas, pero también huelgas que duran nueve, diez, veinte días, «veladas de autodeterminación» con todos los viejos cantos revolucionarios e incluso, asegura un soplón, «poesías trotskistas sobre los movimientos revolucionarios del pasado»...

Grandes disturbios el 20: los prisioneros rechazan subir a los camiones ya que no quieren «ir a la taiga». Un policía acusa a Krol de haberle mordido. Los prisioneros gritan: «¡Abajo los verdugos gangsters!». Finalmente, Krol, Maidenberg y Belenky regresan al Lago Negro y lanzan un nuevo llamamiento a mantener la actividad y a elegir a los representantes: «La victoria, afirman ellos, más allá de la satisfacción o no de nuestras reivindicaciones, consiste en el propio acto político». Se puede también ver allí un testimonio de derrota.

Sin embargo, no hay ningún progreso. No solamente el comité de Kolyma no se unió con el comité de los que llegaban, sino que este último explotó —no tanto, parece ser, por cuestiones políticas como por el peso de su propia dispersión ante la presión policial—.

4. EL RELATO DE NINA GAGEN-TORN

En sus *Memorias*, Nina Gagen-Torn dio de la huelga un relato más sintético y más claro. Parece haberse asombrado por el hecho de que el centenar de deportados que embarcaron cantaban el viejo canto fúnebre revolucionario: «Víctimas del deber en las luchas fatales, habéis caído por quienes tienen hambre...». No lo interrumpieron ni bajo los culatazos ni durante su partida. He aquí su relato:

«En Kolyma proclamaron la huelga de hambre, exigiendo un régimen político, correspondencia, derecho a leer, separación de los presos comunes. El decimoquinto día empezaron a alimentar-

los a la fuerza. Ellos lo rechazaron. El decimonoveno día la administración prometió satisfacer sus reivindicaciones. Anunciaron el final de la huelga de hambre. Se les transfirió a lugares diferentes y los jefes de campo les prometían que ahí encontrarían las condiciones que querían. Pero poco a poco les llevaron a Magadan y a la terrible prisión de "la casa de Vaska", una de las peores del mundo. Se abrió contra ellos una investigación. Sabían que iban a ser fusilados, pero no se doblegaron, puesto que eran gente valiente. Probablemente todos perecieron, pero conservando su convicción de la necesidad de combatir por el comunismo tal como lo entendían».

5. ALGUNOS ASPECTOS CONCRETOS

Los dirigentes de la huelga se preparan ahora para el proceso. La protesta que envían al ejecutivo de los soviets el 22 de marzo de 1937 comenta el segundo proceso de Moscú, que se desarrolló entre el 23 y el 30 de enero de 1937: «Sabemos que el "asunto del centro trotskista" se fabricó para ocultar bajo calumnias el crimen contra nuestros camaradas asesinados por sus convicciones políticas y su entrega a la revolución proletaria internacional».

Antes del proceso se prepararon dosieres de «declaraciones» de los detenidos. Está Tsvitsivadze, de cincuenta y siete años, antiguo adjunto de Tsintsadze en Georgia en el tiempo de la Cheka, que pasó una decena de años en *isolator*. «Muy inteligente», según el soplón, afirma que el país no es más que un inmenso campo de concentración, y que hubieran matado a Stalin hace mucho tiempo si viviese en Georgia. Abraham Emanuelovich Ozersky, treinta y cinco años, condenado a cinco años en 1936 (lo que significa a perpetuidad), denuncia el ataque de Stalin/Ejov contra el Komsomol como un ataque contra la libertad de expresión y de prensa, y habla del «engaño» de la Constitución. Afanasi Alexandrovich Chuklin, cuarenta y un años, adherido a la oposición en 1928, dos veces condenado a cinco años desde entonces, encargado de la información en el comité, asegura que

«Stalin ya no tiene ninguna autoridad sobre el proletariado, puesto que es vil y sanguinario. Quiere suprimir a todos sus rivales, a los verdaderos dirigentes del pueblo, que son muy superiores a él». Mechtcherin se pregunta a qué viejo bolchevique «quieren exterminar ahora», ya que «quieren matarlos a todos». Y añade: «Temo que pronto llegue la guerra, puesto que esta represión es un signo de debilidad». Lidia Svalova rechaza firmar el acta de su interrogatorio: ¡no firma los documentos de la NKVD desde 1928!

Pero es en ese momento, cuando pensaban poder confundir a sus acusadores, cuando los huelguistas reciben un golpe muy duro.

6. LA TRAICIÓN DE VOLCHOK

En el proceso, la declaración de Viktor Antonovich Volkov, el desventurado Volchok, es un momento terrible. El líder de los deportados de Karaganda, el orador que entusiasmó a sus camaradas en los centros de clasificación y traslados, ya no es el mismo, sino una especie de periquito de la NKVD que recita su lección en el banco de los acusados con un celo y una diligencia serviles.

Desde sus primeras palabras lo entendió todo el mundo. Fue quebrado por los verdugos de la NKVD y no era ya más que un títere desgraciado que confirmaba —incluso anticipaba— las acusaciones, apuñalaba por la espalda a sus camaradas, los traicionaba y ayudaba a asesinarlos.

Los cargos de acusación son los siguientes: organización de una manifestación en el centro de traslados de Vladivostok; participación en reuniones ilegales y campaña de firmas sobre la declaración de huelga de hambre; participación en una huelga de hambre en el centro de traslado de la base de Nagayevo; participación en una revuelta contrarrevolucionaria y contra el traslado, y participación en actividades contrarrevolucionarias subversivas en los diferentes sectores; rechazo del trabajo, huelga de hambre y rechazo a cumplir las normas.

A fin de cuentas, cuarenta y siete huelguistas de hambre, bajo la etiqueta de «trotskistas», entre los que se contaba la mayoría de los que hemos citado en este asunto, son condenados a muerte y ejecutados el 26 y 27 de octubre y el 4 de noviembre de 1937. Fusilan a Krol el día del décimo aniversario de su detención.

Pero hubo muchas otras ejecuciones, no lejos de la totalidad, de la lista de ciento sesenta y ocho prisioneros considerados cabe-cillas o militantes activos que figuran en el dossier n.º 451. Entre los que son conocidos o ya se mencionaron aquí, citemos a N. A. Aronov, Bessidsky, Vitaly Baranovsky, Mijail Bodrov, la viuda de Lado Bibeneichvili, S. O. Bolotnikov, Gurevich, L. G. Girchik, Glaser, N. P. Baskakov, Vladimir Densov, Lado Dumbadze, Dvinsky, Kulikov, Boris Kuzmichev, Konieva, Kalachnikov, F. V. Lemberskaya, Ida Lemelman, M. Kugel, el compañero de Olga Smirnova, Aron Pipermeister, N. N. Perevertsev, N. I. Sermuks, G. M. Stopalov, Amo Saakian, Alexei Santalov, Ter-Danelian, V. V. Chernyj, B. G. Chapiro, M. L. Chapiro. Reconocemos nombres familiares, los de Fedor Jarko y el de Konovalov, animador de las huelgas de 1932, pero su identidad, probable, no es segura.

Entre los muertos se hallan nombres menos familiares, pero importantes: S. I. Babayan, ex secretario de Kamenev; Aron Lvovich Cheinman, glorioso veterano de la revolución en Finlandia. Podemos añadir sin la menor duda a los expresidarios de las islas Maritsky, los Marinskii, comenzando por la *troika* que los dirigía —Evgneii Ostrovsky, Maria Yakovlevna Natanson, Lado Enukidze—, y los cuatro acusados del «sabotaje» del trabajo en la mina Partisana: habiendo defendido sus derechos y habiéndose solidarizado después con los del grupo de Krol, fueron sacados en secreto por la noche, condenados a puerta cerrada y ejecutados el 1 y el 5 de octubre de 1937.

Entre ellos, es un hecho significativo —sintomáticamente interesante, habría dicho Trotsky—, figura un periodista de veintisiete años, ya dos veces condenado a diez años de trabajos forzados —en 1934 y después en 1938—, el primer representante conocido de la tercera generación de *oposicioneri* comunistas: Leonid Ivanovich Podoliansky, que está por otro lado muy orgulloso de

ello. En el grupo de condenados a muerte, junto a él, se hallan un jefe de cantera, un ingeniero, tres profesores, cuatro economistas, un obrero, tres empleados. Subrayamos la presencia de muchos obreros jóvenes: la Juventud Comunista, el Komsomol, es una inagotable reserva de *oposicioneri* y de futuros fusilados.

Sus camaradas de Vorkuta no saben nada de todo ello. Se remiten lentamente a una ruda prueba, cuando se desencadena sobre ellos la tormenta. Pronto, con un cierto tiempo de retraso, E. I. Kachketin va a superar en horror a su colega de Magadan.

CAPÍTULO XXII

VORKUTA: DE LA VICTORIA A LA MASACRE

Por estas fechas, aún no había pasado nada en Vorkuta, salvo las tomas de contacto y las conversaciones exploratorias. La huelga empezó tres semanas después de la asamblea que hemos descrito [capítulo XX] y que optó por una «huelga de hambre masiva de los detenidos políticos, huelga sin precedentes y ejemplar en las condiciones de los campos soviéticos», como subraya M.B.

Al amanecer, al despertar, en casi todos los barracones los detenidos se declaran en huelga. Ahí donde hay militantes *oppositiveri* todo el mundo está generalmente en huelga; ocurre incluso que algunos guardias se unen al movimiento.

1. EL AISLAMIENTO ORGANIZADO DE LOS HUELGUISTAS

Los dos primeros días los huelguistas permanecen en su lugar habitual, cerca de los demás, pero las autoridades, que temen este movimiento, quieren aislar a los huelguistas de sus camaradas, del conjunto de los detenidos y del resto del mundo. La administración decide alejar a los huelguistas, todos juntos —primero a la

tundra, a 40 kilómetros de la mina, al borde de la Syr-Laga, donde se encuentran unos barracones en muy mal estado que arreglan superficialmente. Desde que los hacen más o menos habitables, llevan a los huelguistas de hambre con la ayuda de los habitantes de la región, que proporcionan sus tiros de renos para este transporte a distancia. Pronto serán seiscientos en este primer emplazamiento y un segundo centro empieza a llenarse cerca de Chibiu.

Mussia cuenta que todo el mundo estaba enfermo, pero que no esperaban un final trágico. Se divertían con un diario oral y una hoja satírica titulada *Menos que un perro*. La administración, por su parte, tomaba medidas para impedir que el movimiento se extendiera o que encontrase apoyos fuera de las fronteras, aun cuando la política del Frente Popular y de los Partidos Comunistas constituyeran ya una sólida defensa. Se suspendió el derecho de los detenidos a la correspondencia con sus familias; los asalariados del campo ven suprimidos sus días festivos y se les prohíbe dejar la isla.

Intentan también de un modo disimulado enfrentar a los asalariados con los prisioneros. No se renuevan las reservas de víveres de la mina y resulta difícil alimentar a los que trabajan; la administración explica que ha gastado las reservas de grasa y de azúcar en los trabajadores del fondo, pues hacía falta para alimentar por la fuerza y de modo artificial a los huelguistas de hambre.

Uno de los momentos más penosos fue cuando intentaron alimentar por la fuerza a los huelguistas haciéndoles tragar un líquido mediante tubos. Ellos luchaban por impedir la inserción del tubo o por rechazar el líquido que les habían introducido en la boca.

2. UNA PRUEBA TERRIBLE

Entonces se recurrió sistemáticamente a la fuerza; a los prisioneros se les tenía bajo control, incluso amarrados. De todas formas, es un combate físico en el que los huelguistas de hambre tienen cada vez menos fuerza para resistir. Muchos sólo pueden dejarse llevar. ¿Es realmente el fin de esta huelga histórica? Parece que lo piensan en la cumbre regional de la administración penitenciaria, en Vorkuta.

Al cabo de tres meses de ayuno, no se dijo en efecto ni una sola palabra de las reivindicaciones de los huelguistas. Peor aún, las autoridades buscaban provocar. En varias ocasiones el jefe de la sección tercera, Nikitin, acompañado del jefe de las operaciones de seguridad del campo, Ujov, jefe de la sección política secreta, y del policía Pobierejets, recorre el espacio de los huelguistas. Un día les dice con mala intención que se comportan «como imbéciles», puesto que, de todas formas, no tomará en consideración ninguna de sus reivindicaciones: un frío desprecio. Los huelguistas le insultan: «¡Déjanos en paz!», y no se equivocan al decirle ante sus narices que es un monstruo.

Ujov se aproximó entonces a ellos y les dijo entre dientes, de un modo odioso, el fondo de su pensamiento de policía reaccionario, brutal y limitado: «¿Piensan acaso que Europa oirá hablar de su huelga de hambre y les tomará bajo su protección? ¡Imbéciles! ¡No cuentan! Escupimos sobre Europa». (Esta cita la da Soljenitsin de forma distinta, pero Kostiuk estaba absolutamente seguro de que la suya, que nosotros utilizamos, era la buena).

Escuchemos a Kostiuk, cronista atento y compasivo:

«En las tiendas y cabañas de tierra de Syr-Laga el frío era terrible. Las pequeñas estufas de bronce primitivas apenas proporcionaban algo de calor. Las camas hechas de una plancha recubierta de un colchón no conservaban en absoluto y las planchas eran terriblemente malas para los huesos de los prisioneros. Parece que los huelguistas sufrían más por el frío y por la dureza de las camas que por el hambre... Muchos camaradas no pudieron soportar

estos sufrimientos. El corazón de muchos de ellos comenzó a dar signos de debilidad. Otros empezaron a tener problemas para respirar. Los dirigentes de la huelga anunciaron que quien sentía que sus fuerzas le abandonaban tenían moralmente el derecho de parar. Muchos seguían el consejo, pero otros no cesaron la huelga y varios murieron. Mi memoria guardó el recuerdo de un solo nombre: el ingeniero Semën Voronin, de Moscú, hombre cultivado y de una gran firmeza de principios».

Una tarde de febrero un comando procedente de Moscú se llevó por sorpresa de las tiendas de los huelguistas a tres de las personalidades que seguían el movimiento: V. V. Kosior, M. V. Ivanov, el «ferroviario», y sobre todo al hijo «apolítico» de Trotsky, Sergei Sedov, llamado Serioja. Los tres fueron embarcados, a pesar de sus protestas y los gritos de sus camaradas. No es seguro que ninguno de ellos los volviera a ver vivos nunca más.

3. VICTORIA

Poco después, sin embargo, la huelga se detiene por sí misma, normalmente, después del envío por Moscú de un radiograma de la NKVD redactado como sigue: «Haced saber a los huelguistas de hambre detenidos en las minas de Vorkuta que sus reivindicaciones serán satisfechas».

Tras ciento treinta y dos días de huelga y al precio de varios muertos, los huelguistas habían ganado. Todos recibieron de inmediato la alimentación reservada a los enfermos; después, tras restablecerse un poco, retomaron el trabajo, todos en la superficie, algunos incluso en los despachos como contables, economistas o empleados. Su jornada de trabajo era de ocho horas y su ración alimentaria independiente de su respeto de la norma de rendimiento. Era una victoria de dimensiones históricas en este mundo de concentración. Iba a ser ignorada durante decenios y nunca realmente comprendida.

4. EL TIEMPO DE LOS ASESINOS CONTINÚA

El primer signo inquietante en Vorkuta, donde el radiograma de la NKVD había dado luz verde a la recuperación de una vida normal tras ciento treinta y dos días, fue la decisión de agrupar a todos los detenidos que habían participado en la huelga, entre ellos por supuesto el núcleo bolchevique-leninista, aún más apartado de los demás detenidos. No se dio ninguna razón, pero evidentemente se trataba de separarlos de la masa de los demás prisioneros y extender deliberadamente rumores que alimentasen sus ilusiones y los desarmaran.

Para alojarlos aparte, la administración eligió un viejo local industrial abandonado, la fábrica de ladrillos: cuatro edificios medio demolidos, bastante cerca de las tiendas de Syr-Laga, pero lejos del campo. Mussia llegó antes de su puesta en servicio, pero con el médico, cuando decidieron enviar allí a los prisioneros. Vio por tanto la fábrica de ladrillos antes que todos los demás, descubriendo con espanto que no había ningún medio para calentarla. Escribirá que era «una prisión fantasma, muy alejada, solitaria, en medio del vacío brillante, helado, del frío mordiente y de tormentas de nieve de la tundra».

Nombre bendecido, nombre maldito, se pregunta ella. Para empezar, va a amarlo a pesar de su incomodidad, los medios de calefacción improvisados, los tabiques aún mal arrimados, la reconstrucción de prisa y corriendo, y el resto: los soldados armados que lo rodean, a varios kilómetros, y la carretera que fue desplazada para que no pasara cerca.

De hecho, ella no se interrogó durante mucho tiempo: rápidamente ama esta fábrica de ladrillos a causa de sus habitantes, los huelguistas de hambre, es decir, los bolcheviques-leninistas, pero también, y sobre todo, una juventud ardiente que, como dicen en Francia los militantes del Frente Popular, «quiere asaltar el cielo». «Reíamos mucho, afirmaba ella, porque había muchos jóvenes».

5. ASESINATO EN MASA

Mussia está en su trabajo, en el centro médico, cuando aparece una detenida muda, paralizada, de la fábrica de ladrillos. Inquieta, pero vacilante, le preguntó por Raya Vasilieva Lukinova y por Zosia Yatsek, hermana de Vladimir Yatsek y bailarina estrella del Bolchoi, sus dos amigas de campo, que se encuentran allí, piensa ella. La respuesta le llega a trocitos por parte de esta camarada en estado de shock.

Les anunciaron un traslado del que formaban parte sus amigas, prometiéndoles un paquete de tabaco y la mitad de un paquete de té. Sale entonces un relato sorprendente: Zossia, al no disponer de ropa caliente, se queda por decisión del responsable y se envía a otra persona en su lugar, pendiente de dársele alguna indumentaria. Y de pronto sale del almacén de ropa gritando: «Allí... allí dentro, el abrigo de Raya cubierto de sangre, las manchas de sangre pegada, ¡la sangre!».

Raya y sus compañeros fueron ejecutados. Justo después, leerán a los detenidos en la fábrica de ladrillos lo que la radio anunció un poco antes: la lista de los que fueron ejecutados. Son todos los dirigentes de la huelga de hambre, y el primero entre ellos es Grigori Yakovlevich Yakovin, ya sabemos lo que él representaba para Mussia; el amigo de otros tiempos convertido en compañero amado.

Su nombre está allí, el primero: «Entre los otros nombres, mezclados de forma casi sacrílega, entre los nombres y apodos de ladrones y criminales bestiales, estaban los de revolucionarios sinceros y ardorosos», describe. Como homenaje a los habitantes de la fábrica de ladrillos y por su propio recuerdo, escribirá estas líneas conmovedoras:

«La fábrica de ladrillos había agrupado bajo su muy deteriorado techo a lo mejor de la elite creadora de los campos, un pueblo de espíritus arrojados y valientes. Con sus argumentos y su entrenamiento, su capacidad de dar respuestas lógicas, a veces proféticas, habían aportado un dinamismo vital en la existencia estática, intolerable, de este lugar glaciár increíblemente sucio y lleno de

enfermos [...]. Un día les dieron una ración de tabaco: preparaos para un traslado. Fue como la inyección de un elixir de vida. Se apresuraron a empezar su viaje aplaudiendo el aire puro, el camino blanco y la esperanza de una nueva vida [...]. Una hora más tarde, como un árbol al que cortaron las raíces, cayó un cadáver. Tras él, toda la línea de hombres y mujeres, como nudos mal trabados, recubiertos y aplastados por los cadáveres que les seguían en la fila [...]. Sus cantos, su espíritu, su vida, todo estaba aplastado, todo abatido. Pisotearon en el suelo páginas de existencias inacabadas. Cuánto más hubieran podido dar a la revolución, al pueblo, a la vida. Pero ya no están. Se acabó, era irreversible».

Un día, uno de los que habían sido abatidos, por orden de Kachketin, ametrallados (así conseguían desembarazarse de ellos más rápido y a lo grande), se volvió a levantar, cubierto de sangre —la suya y la de otros—, y dijo simplemente: «No me habéis matado. Acabad conmigo». Y acabaron con él.

6. EL DRAMA VIVIDO EN LA FÁBRICA DE LADRILLOS

Es M.B., en el periódico menchevique *Sotsialistichky Vetsnik*, quien cuenta el drama tal como lo vivieron los habitantes de la fábrica de ladrillos. En el campo, el régimen se endureció de nuevo con el regreso desde Moscú de Kachketin, su comandante, que sabía que el viento no soplaba del lado de la clemencia. Pero este nuevo endurecimiento no fue comprendido.

En efecto, quedaban en el campo los detenidos menos combativos, incluso los más resignados. Los hombres y mujeres capaces de comprender los crímenes que preparaban contra ellos la gente de Kachketin estaba en la fábrica de ladrillos donde, desde hacía un cierto tiempo, no pasaba nada. Al principio, se comprendió mal. En el campo se pegaba, pero no en la fábrica de ladrillos. Entonces, ¿por qué preocuparse?

Tras su regreso, Kachketin fue a la fábrica a interrogar a los detenidos. Dio la orden, días atrás, de golpear a muerte a Lev

Tregubov --no confundir con el respetado por todos anciano de la colonia Biisk--, que en efecto murió debido a los golpes. Llegando a la fábrica de ladrillos, pegó a varios detenidos y, sobre todo --muy violentamente y varias veces--, al viejo bolchevique armenio Virap, al que dió puñetazos en la cara. Poco después comenzaron los «transportes». Cuenta Kostiuk:

«A finales de marzo, se comunicó una lista de veinticinco personas, entre las cuales figuraban Gevorkian, Virap. A cada uno de ellos se le entregó un kilo de pan y se le ordenó que prepararan sus cosas para un nuevo convoy. Tras el caluroso adiós a sus amigos, los llamados abandonaron sus barracones y, tras el aviso, el convoy abandonó el recinto. Al cabo de quince o veinte minutos, muy lejos de allí, a quinientos metros sobre la orilla escarpada del pequeño río Verjnaya Vorkuta, se oyó una brusca salva, seguida de disparos aislados y desordenados, después todo se aplacó; pronto, la escolta del convoy pasó cerca de los barracones. Todos sabían muy bien a partir de ese momento en qué tipo de convoy se enviaba a los detenidos.

«Al día siguiente, nueva llamada, esta vez cuarenta nombres. De nuevo, una ración de pan. Algunos incluso eran incapaces de moverse; se les prometió meterlos en un carro. Reteniendo su respiración, los detenidos que quedaron en los barracones escuchaban el crujido de la nieve bajo las ruedas del convoy que se alejaba. Desde hacía tiempo todos los ruidos se detuvieron. Pero todos quedaron al acecho, escuchando siempre. Transcurrió cerca de una hora así. Después, de nuevo, detonaciones en la tundra. Esta vez procedían de mucho más lejos, de la dirección del ferrocarril de vía estrecha que pasaba a tres kilómetros. Este segundo convoy convenció definitivamente a los que se quedaron de que estaban condenados sin posibilidad de apelación...»

A los detenidos exhuelguistas les llamaban por grupos de entre veinte y cien varias veces por semana; debían llevar víveres y tabaco, pero no se les volverá a ver.

Iban a la muerte por grupos: los dirigentes primero, después grupos compuestos (por la comodidad de la estadística) por personas que presentaban afinidades --por ejemplo, un grupo de

mujeres, con Ida Chumskaya, Varvara Smirnova, Pacha Kunina, la antigua niñera de los hijos de Bujarin, y la bella Faina Jablonskaya, con sus manos atadas detrás de la espalda.

7. NINGUNA LÁGRIMA POR MUSSIA

Los amigos de Raya Vasilievna Lukinova no fueron fusilados aquí. Pero, quizás a causa de Raya, Maria Mijailovna habla mucho de ello. Con la ejecución de Lazar Chatskin debido al bloque de oposiciones, llegó la de los dirigentes de las Juventudes Comunistas del periodo revolucionario. Mussia evoca con respeto y admiración a Piotr Ivanovich Smorodin, «un joven abogado excepcionalmente dotado, organizador de nacimiento y orador inspirado». En 1937, en la mesa, había dicho a sus amigos lo que había que hacer con el régimen estalinista, del que ya no escondía lo que pensaba. Primero se encontró solo, después en prisión. Fue abatido en 1938.

Estaba con él Vasia Lukin, encargado de la propaganda, cuya mujer, Raya Vasilievna, escritora y artista, ejecutada cerca de la fábrica de ladrillos, y su abrigo, enrojecido con su sangre tras la salva asesina, constituyen uno de los *leitmotiv* del desgarramiento interior de Mussia, fascinada por estos jóvenes comunistas de la época heroica.

Dejemos aquí a esta magnífica Mussia con su sensibilidad y su inmensa tristeza ante lo que, a pesar de su gran valor, considera como un verdadero cataclismo, la pérdida de tantos hombres y mujeres, inestimables tesoros de humanidad. Recordemos el epitafio, transcrito páginas atrás, que escribió para ellos y para la eternidad.

8. PESADO BALANCE

Todo el mundo, en todos los barracones, había oído la lista de los cuarenta y un primeros ejecutados. Tras los «cabecillas», Grigori Yakovin, Sokrat Gevorkian, I. M. Kotziubinsky (cuya presencia era cuestionada por algunos testigos, según los cuales fue ejecutado antes del traslado), N.P. Gorlov, V. V. Virapov, N. P. Baskakov, Faina Viktorovna Jablonskaya, la generación de Octubre fue masacrada en su totalidad. Con Yakovin y Gevorkian desaparecían de un solo golpe todas las esperanzas de la Oposición: F. N. Dingelstedt, G. M. Stopalov, I. S. Kraskin, I. M. Poznansky, N. M. Sermuks, Viktor Krainiy, Dmitro Kurenevsky, Vl. K. Yatsek, G. M. Vulfovich, Arkadi Heller, V. I. Rechetnichenko, Lado E nukidze, J. M. Pevzner, «Dika» Znamenskaya. Belle Epstein, que había velado ante los jóvenes reclutas chinos con Abraham Grigorievich Prigojin, historiador, igualmente fusilado por más de un motivo.

La casi totalidad de los prisioneros que hemos nombrado en este capítulo y en el precedente desaparecieron en estas ejecuciones, salvo Andrei Konstantinov y Carlo Patskachvili que consiguieron huir y encontraron la muerte más tarde, según el testimonio de Maria Mijailovna. Citarlos a todos nos llevaría demasiadas páginas.

Destaquemos simplemente la ejecución del obrero decista Mijail Lazarevich Chapiro, de la fábrica Treugodnik de Moscú, deportado a Ichim, después prisionero en Verjneuralsk, fusilado en Vorkuta, como Lev Dranovsky, de Odessa, con el grupo de los dirigentes. Fueron fusilados igualmente el ingeniero francés Jacques Louis (casado con una soviética), el obrero moscovita Tijon Kravtsev, el obrero metalúrgico sindicalista Nokolai Podbello, el joven comunista polaco Moisei Charfhaus, el cineasta Maxim Maximov. Encontramos también los nombres de centenares de combatientes de Krasnaya Presnia, los Piotr Alexeyev, Ivan Kozlov, Tarjov, Alexeenko, Belotserkovsky y tantos otros en Margadan... El resto, la mitad, desaparecía un poco más al Este, en el corazón de Kolyma.

Mientras estos jóvenes vertieron su sangre, Stalin añadió un detalle de su crueldad. Para contrarrestar a toda esta juventud, y porque después de todo la gran dama estaba muy comprometida en esta larga historia, hizo fusilar a la *Babuchka*, Alexandra Lyovna Sokolovskaya, «Vonskaya» en el partido, la primera mujer de Trotsky, la madre de sus dos hijas Zinaida y Nina, la abuela de Sieva (Vsevolod Volkov) y de Alexandra Zajarova, así como de Volina y de Lev Nevelson, sin olvidar a la pequeña Lyulik Sedov.

9. UNA VEZ MÁS, LA MEMORIA ASESINADA

Aquí se impone una reflexión personal, después de tantas páginas consagradas al asesinato en masa de trabajadores, de jóvenes, también de profesores y de estudiantes de historia.

En efecto, en el árbol genealógico de la familia establecido con amor y respeto por el sobrino de Trotsky, Valery Bronstein, y publicado por el coloquio de Aberdeen, no encontramos el apellido, patronímico y nombre del tercer Lev Sedov, Lyulik, hijo de Liova, nieto amado, nacido antes de la expulsión de la URSS y el último exilio de su abuelo y de su padre. ¿Cómo es que Valery Bronstein habría podido conocer su existencia, confrontado como estaba sobre ello a Stalin, asesino de la memoria, y no habiendo él mismo tenido contacto ni con la madre, que se quedó en la URSS, ni con el padre, en el exilio? De hecho, Anna, la mujer de Liova, se había vuelto a casar y su hermana lo estaba con el hijo del secretario de Stalin, Poskrebychev; en cuanto a mí, había encontrado en Moscú a una vieja militante que le había conocido en prisión en 1936. Además, había conocido muchos detalles sobre Lyulik en la correspondencia de su padre y de su abuelo, y hablé de ello en mi biografía de Liova. No hay reproches por tanto hacia Valery, quien tenía el deber de mantenerse a distancia, y de este modo pido disculpas por esta ignorancia.

Pero manifiesto que me sorprendió recibir de él una carta en la que me reprochaba haber pura y simplemente *inventado* a este hijo de Liova, y escribir sobre un asunto que yo no conocía. Le respon-

dí amablemente y con documentos. No acusó recibo, pero constaté que el joven Lyulik había sido restaurado en la genealogía reconstruida. En este sentido, ningún reproche hacia Valery, quien finalmente me daba la razón –aunque fuera de forma meramente implícita–. Pero, ¿qué buscaba quien le «informó» y qué le empujó a escribirme? Ignoro su nombre, pero, de modo consciente o no, fue la voz de Stalin.

Es preciso que Valery Bronstein admita en primer lugar que el hecho de ser de la familia no le da el privilegio de saberlo todo sobre ella, y que se equivocó al tomarla conmigo porque yo supiera la existencia de Lyulik, que él ignoraba. Tomó su pluma para acusarme de haber inventado a Lyulik, pero corrigió su error con discreción y sin darme las gracias, además, por la foto de Lyulik que le había ofrecido de un modo amistoso (cuando nada me obligaba a hacerlo). Lo peor es que, al disimular su error sin explicarlo, disimula y disculpa al hombre Stalin que le expulsó. Silenciando este incidente, protege a un cómplice de Stalin en el asesinato de la memoria, e indirectamente a Stalin. Es rechazable: ¿Acaso no es Stalin, a sus ojos, culpable de un crimen contra la memoria?

Volvamos a leer a Shalamov, quien pone en su sitio lo que cuenta:

«La segunda “tormenta” que sacudió la tierra de Kolyma fueron las interminables ejecuciones en el campo, lo que se llamó la *garaninchtchina*. La masacre de los “enemigos del pueblo”, la masacre de los “trotskistas”. Durante meses, tanto de día como de noche, durante las llamadas de la mañana y de la tarde, se leían innumerables condenas a muerte. Bajo un frío de menos cincuenta grados, los detenidos músicos (presos comunes) hacían sonar la fanfarria antes y después de la lectura de cada orden. Las antorchas de petróleo humeantes no alcanzaban para percibir en la oscuridad y concentraban centenares de miradas en los delgados folios cubiertos de escarcha donde estaban impresos hechos tan horribles [...] Todas las listas se terminaban de la misma forma: “la sentencia fue ejecutada. El jefe de la USVITL, el coronel Garanin”».

¿Cuántos? Shalamov afirma que «millares». En sus antologías del Gulag, Jacques Rossi da la cifra de veintisiete mil --de todos modos, mucho más que todos los KRTD reunidos-. Dejemos la cuestión abierta. Lo que es seguro es que Stalin no dio tregua.

10. LA LUCHA CONTINÚA

Es precisamente la represión lo que suscitó una resistencia seria, impresionante por su determinación, un combate a cara descubierta contra esta represión que golpeaba a los huelguistas, sin duda la primera a semejante escala. No podemos mencionar aquí todas las iniciativas que se tomaron. Iban probablemente a costar la vida a todos los que las tomaban.

Tatiana Ivanovna Miagkova fue ejecutada. Tras años de exilio, de campo y de prisión, reconoció en un traslado, al otro lado de las rejas, a su camarada Veniamin Moiseyevich Poliakov: ella intentó hablarle, un guardia se lo impidió y ella le insultó. Fusilaron a Poliakov como uno de los dirigentes de la huelga el 26 de octubre de 1937 y a Tatiana el 17 de noviembre del año siguiente.

En Magadan ella se había encontrado con Vera Varhavskaya y con Rosa Míjailovna Smirnova, quienes manifestaron que algunos detenidos, entre ellos varias mujeres (Alexandra Vasiliévna Ladojina, Victorina Lemberskaya, Itta Lemelman, Evgeniia Tigranova Zajarian --treinta y cuatro años, *opositsioneri* desde 1929--, la exestalinista Liza Osiminskaya, Glazer, Zelttzer), firmaron una protesta contra la represión en Magadan desde agosto de 1936.

Entre los últimos supervivientes figura Evgeniia Tigranovna Zajarian, antigua JC de Tiflis. Entró en la Oposición en 1929, con Salomon Naumovich Serbsky, de treinta años, *opositsioneri*.

En 1928, alumno y amigo de Vladimir Ivanovich Maliuta, fundador de un grupo de defensa de los derechos de los prisioneros, organizador de un movimiento en diciembre de 1936, posteriormente de acciones de solidaridad con las víctimas de la represión.

Se une a ellos un exIPR y exprofesor de historia, Grigori Vasilievich Ladoja. Los tres desaparecen en 1937, al mismo tiempo que Alexandra Ladojina, M.I Kratsman, A.L. Yaichnikov. Los últimos combatientes, P.Z. Chpitalnik, F. F. Litvinov, Y. S. Neman, I. A. Matiugov, V. G. Goldstein, son ejecutados en 1938.

Estos combatientes por los derechos humanos –es una primicia– se autodenominaban «trotskistas», cuando sólo los estalinistas empleaban hasta el momento esa palabra como una injuria. Era un desafío.

De este movimiento citaremos un solo documento, con fecha de 31 de marzo de 1937, firmado por Ch[aliko] Gochelachvili, P. Sviridov y N. Majlak, dirigido al Comité Ejecutivo central de los Soviets y al Consejo de los Comisarios del Pueblo –no al Partido Comunista–, y del que se destacará su firmeza, puesto que los autores sabían que iban a pagar este texto con sus vidas:

«Habiendo conocido el veredicto pronunciado por la sección del Juzgado del territorio de Extremo Oriente en Magadan concerniente al caso de los camaradas Krol, Baranovsky, Maidenberg, Bessidtsky y Bolotnikov, que, en tanto que presos políticos comunistas, fueron condenados a muerte, así como el caso de otros doce presos condenados a diez años de prisión, nosotros, presos políticos comunistas, sólo podemos protestar contra estas penas infligidas a comunistas. Las acusaciones realizadas contra ellos son chocantes por el hecho de su absurdidad y de su ausencia total de fundamento (preparación para la toma del poder en Kolyma, sabotaje, envenenamiento de trabajadores, etc.).

«Ninguna persona sensata puede creer ninguna de las acusaciones realizadas por los jueces contra los acusados. Estamos por tanto obligados a buscar cuáles son los motivos que han llevado al tribunal a redactar estas sentencias. Sabemos que los camaradas condenados tomaron parte en huelgas de hambre prolongadas, que no fueron al trabajo para protestar contra las duras condiciones del campo a las que se les sometía desde el inicio por los oficiales que dirigen el campo del Nordeste (Sevostlag).

«Los camaradas Krol, Bařanovsky, Maidenberg y otros sólo eran culpables de resistencia a las tentativas de la NKVD de con-

vertir el régimen de esclavitud en el campo en un régimen permanente para los prisioneros políticos comunistas, un régimen de aniquilamiento físico y moral. Reivindicaban el beneficio de un régimen político —es decir, de condiciones de prisión que generaciones de revolucionarios habían procurado tener en las prisiones zaristas y del que ya se habían beneficiado en las prisiones y campos soviéticos—. Estaban prestos a morir en estas huelgas de hambre prolongadas, como fue este el caso de los camaradas G. Ter-Oganessov, M. Korjin, M. Kuritz, E. B. Solntsev, más que a renunciar a su dignidad política y convertirse en esclavos. El NKVD tomó medidas extraordinariamente duras para reprimir las huelgas de hambre y, sin embargo, fue obligado a satisfacer parcialmente las reivindicaciones de los prisioneros en huelga de hambre. Es esto lo que los carceleros no pueden perdonarles y esperaron el momento oportuno para infligirles su castigo de venganza.

«Protestamos contra los procedimientos judiciales ilegales empleados contra los revolucionarios proletarios que no se ponen de rodillas y que un tribunal estalinista tradujo por primera vez ante ellos. Comenzado el 8 de febrero de 1937, el examen del asunto por el tribunal fue detenido bruscamente, evidentemente por el hecho de la ausencia total de base de las acusaciones. Un mes más tarde, se retomó este proceso a puerta cerrada. Esto permite a los jueces disimular a la opinión pública la ausencia de fundamento de las acusaciones y aplicar su sentencia de venganza.

«Pedimos a las instancias supremas del poder soviético tomar nota del hecho que, con relación al proceso de los presos políticos en Magadan, hubo cada vez con mayor frecuencia en Kolyma llamamientos sistemáticos a pogromos y a la persecución de los presos políticos, con la participación directa de numerosos funcionarios, lo que hace que los actos de violencia física contra los presos políticos se volvieran más frecuentes. Como ejemplo, citaremos el ataque de bandidos contra los barracones ocupados por los presos políticos en nuestro campo “plan quinquenal”, que terminó con una grave paliza a tres personas. Además, un guardia que acudió a ayudar a los prisioneros resultó herido de gravedad de una cuchillada. Los delincuentes realizaron su pogromo con la

consigna de "Por diez trotskistas muertos, sólo se añadirá un año a nuestra pena".

«Atribuimos completamente al gobierno la responsabilidad de las muertes de ciudadanos comunistas, de las víctimas por venir de la dominación arbitraria de los órganos represivos y de los pogromos realizados por delincuentes. Exigimos el fin de los pogroms y de las persecuciones.

«Exigimos la creación de condiciones de vida normales para los presos políticos. La primera etapa en esta dirección debe ser la anulación de la sentencia establecida por el tribunal de Magadan relativa a los asuntos de los camaradas Krol, Maidenberg, Baranovsky y otros.

«Firmado: Ch[aliko] Gochelachvili, P. Sviridov, N. Maj[laj], presos políticos».

No sabemos gran cosa de los firmantes, salvo que los dos primeros estaban en Verjneursk en 1930. Chaliko Gochelachvili, hijo de un minero georgiano sin partido, había sido uno de los dirigentes de la Juventud Comunista en su país, y había sido detenido en 1928, cayó parcialmente en gracia a los ojos de Ciliga, quien fue a Verjneursk con él, y era lo bastante especial como para ser mencionado.

11. ¿CUÁNDO LO SUPIERON?

¿Pasaron realmente desapercibidos los seis mil «trotskistas» asesinados en Magadan y otro tanto en Vorkuta? No dudamos ni un instante que los autores del destacado texto que acabamos de citar fueron pasados por las armas. La apertura de los archivos permitió que lo conociéramos.

Un superviviente, cuyo conocimiento de los lugares, de las distancias y de las cifras es de una precisión extraordinaria, David Reutman, de quien nadie dice que debió de trabajar en la administración de los campos para tener una información tan precisa, da la cifra de 1.082 prisioneros de la fábrica de ladrillos ejecutados, donde no quedaron más de un centenar cuando las ejecucio-

nes de masas terminaron —en agosto de 1938, precisan varios testigos, y no en abril como se ha dicho y escrito.

Podríamos sospechar que este hombre fuera el misterioso «R» del que hemos hablado más arriba, ese miembro del comité de huelga protegido y ascendido *tras la huelga* en el aparato del campo. Pero eso sería arbitrario: no solamente ninguno de los acusadores de R lo nombra, sino que tampoco ninguno de ellos dice cuál hubiera sido o hubiera podido ser su actividad al servicio de la GPU.

De hecho, éste último estaba bien informado, a través de Volchok cuando este se decidió a hablar y, con anterioridad, por decenas de detenidos a quienes se les había obligado a tomar una decisión: «El chivatazo o la muerte». Sobre Boris Kniajnitsky, llamado Graf, tenemos el testimonio de Baitalsky quien se había encontrado con él en la mina de oro de Kolyma: le confió que odiaba su trabajo de soplón, que estrangularía voluntariamente a Stalin con sus manos, pero que estaba atrapado como una rata.

Se impone una última observación para concluir estos dos capítulos. Parece que la noticia de la huelga de hambre y de la represión en Vorkuta no fue conocida en el mundo antes de 1945 y la publicación en Roma de un pequeño libro de calidad mediocre sobre *La Justicia Soviética*, en francés, firmado por Sylvestre Mora y Pierre Zweniak, citado y reseñado por Victor Serge en la revista *La Revolution Proletarienne*. Después, tuvieron lugar las investigaciones que se conocen y la colección Nikolayevsky.

Incluso entre las personas desplazadas inmediatamente después de la guerra parece que hayan existido, a través de rumores y habladurías, algunas confusiones entre Vorkuta y Magadan. El artículo de la revista menchevique *Sotsialisticheski Vestnik* sobre Vorkuta apareció en 1962 y el libro de Maria Joffe en 1978.

Roy Medvedev, cuya obra sobre el estalinismo apareció en 1989, indica que, informado de su proyecto de libro y de sus posibilidades de llevarlo a buen puerto, le visitó un antiguo *opositsioner*, superviviente de milagro, Avraham Davidovich Pergament, citado varias veces en ese volumen, para hablarle de los traslados y de las ejecuciones por ametrallamiento de Vorkuta.

Tras ello, fue necesario la caída de la URSS para descubrir las dimensiones de la tragedia de la Kolyma-Magadan. Muchos recuerdos datan la muerte de una misma persona en dos lugares distintos o en varias ocasiones. Todo es, sin duda, inferior a la atroz realidad... Nosotros hemos hecho lo posible; nos gustaría que excusaran nuestros errores.

¿Hemos recalcado que los amables cocodrilos que vierten un mar de lágrimas por las víctimas hipotéticas de lo que se obstinan en llamar «el comunismo» no parecen haber visto los fantasmas de estas represiones? Por la simple razón de que se trataba de «rojos», un color ante el que, al igual que Stalin, son decididamente alérgicos...

12. APÉNDICE

No, todavía los *opositioneri* no fueron totalmente exterminados. Quedaba Lev Davidovich Trotsky. Stalin envió a algunos de sus mejores asesinos especializados a Coyoacán.

Quedaban algunos más: en la prisión de Orel, la hermana de Trotsky, Olga Davidovna Kameneva; la comisaria política de confianza de Lev Davidovich, Varsenika Djavadovka Kasparova; y, sobre todo, su amigo Christian Georgievich Rakovsky.

Todos plantaron cara, todos pelearon. Rakovsky denunció por escrito a los asesinos de la GPU. Carlo Patskachvili y Andrei Andreyevich Konstantinov, evadidos, desaparecieron. No se sabe cuándo, no se sabe dónde.

En 1941, Beria, que sustituye a Ejov junto a Stalin, prepara para éste último una lista de nombres de gentes a suprimir. Rakovsky es fusilado; y con él, Olga Davidovna Kameneva y Varsenika Djavadovka Kasparova.

Nadejda Adolfovna Joffe, la nuera de Mussia, estará todavía en el campo por algunos años. Vachev también —no podía ser de otro modo—. Se vieron de lejos, tras su liberación. Nadejda murió en los Estados Unidos, a donde había seguido a sus hijos y donde

escribió sus *Memorias*; Ivan Yakovlevich Vrachev murió en Moscú.

Mussia pudo salir de la URSS y, como pudo, se fue a vivir sus últimos años a Israel. Su hijo, Volodya Joffe, que le quitaron en 1936, había muerto con diecisiete años en 1937. No lo supo hasta mucho tiempo después. Escribió un muy bello libro. Me envió una carta muy triste para decirme que su memoria había desaparecido. Victor Serge fue a México con su Vlady, convertido después en un gran pintor; dio muchas informaciones interesantes y emitió algunos juicios discutibles. Murió muy pronto.

La nuera de Trotsky, la hermana de Sievra, Alexandra, «Sachenka», justo antes de morir me dijo que pensaba que el hijo de su tía Nina, Lev Nevelson, «Lyulik», no había muerto. «Era tan inteligente como el abuelo. No es posible que esté muerto». Estaba Pergament: se escondía, pero tuvo tiempo de hablar con Roy Medvedev.

Y residía en Moscú una vieja dama que, a lo largo de su vida, había sido del partido revolucionario, después de su Oposición, y una gran amiga de Nadejda Krupskaya. Olga Afanassievna Yarentsova, nacida en 1862, había entrado en el partido en 1893, había sido secretaria de organización en Ivanovo-Voznessensk en 1906, después estuvo en el departamento militar del comité del partido de Moscú entre 1917 y 1918. Después de haber jugado un papel activo en la preparación de Octubre, había trabajado durante la guerra civil en el Comité de los Comisarios Políticos de Guerra, al mando de Rakovsky primero, con V. V. Kasparova. Estaba vinculada a la familia de Trotsky. Al inicio de las persecuciones, debido a su edad, sus camaradas le habían pedido que se mudara de casa y que se consagrara al trabajo científico —lo que hizo, consiguiendo ser útil—. Ella firmaba N. N.

El último signo de vida que había recibido de la Oposición provenía de Wetter (Kocherets), que intentó entrar en contacto con ella en 1939. Pero no fue bien. Se perdió Wetter, como Carlo y Kostia. Murió en 1950, después de todos sus camaradas y con frecuencia de sus hijos y nietos. Pero no todos la olvidaron, ya que me hablaron de ella.

¡Que se mantenga vivo el recuerdo de todos y todas! ¡Y que sea honrado!

CAPÍTULO XXIII

¿SON LOS «TROTSKISTAS» MIGAJAS EN LA HISTORIA?

En el momento de emprender este capítulo de conclusiones, leo en la prensa ataques contra los trotskistas deshonrosos tanto respecto al partido al que pertenece el que habla como respecto a un hombre que la prensa considera bien informado. Ignorancia, odio y bajeza caracterizan estas afirmaciones, tan abyectas que no hablaré de ellas. Me limitaré a señalar que ciertos personajes escupen sobre los cadáveres de personas íntegras.

Pero la cuestión que se plantea es saber si los millares y decenas de millares de hombres y mujeres que perecieron en las condiciones terribles evocadas más arriba, con la bendición de centenares de calumniadores y de una multitud de mentirosos, realmente jugaron un papel histórico —o si hay que incluirlos entre las pérdidas más que entre los beneficios—.

Empecemos por una precisión que va a sorprender a nuestros especialistas, hasta el punto de que nunca osaron leerla: según Chliapnikov, en 1917 había en Jarkov alrededor de ciento treinta miembros del Partido Bolchevique, esto es, la mitad de los que serán, diez años más tarde, en 1927, en la misma ciudad, los efectivos de la Oposición de Izquierda.

1. ¿CUÁNTOS ERAN?

Hay que formularse por tanto la pregunta de quiénes eran y cuántos, incluso si es imposible aportar una respuesta precisa, por el hecho de las dificultades tanto objetivas como subjetivas, desde la ignorancia general hasta el disimulo y las mentiras de los asesinos y de sus jefes.

La Oposición y sus miembros no son los mismos hombres y mujeres a lo largo de toda esta obra. Ni numérica ni intelectualmente. Habíamos visto el gran fraude de los votos en el partido a finales de 1923. En 1927 fue otro asunto. El voto censado era de 4.620 para la Oposición. Podemos redondearlo en 8.000, si añadimos las voces de los miembros ya excluidos y de los miembros del Komsomol.

De éstos, entre los años 1927 y 1928, 4.300 abandonaron la Oposición: 4.034 fueron excluidos del partido. Es evidente que la primera cifra es muy floja; como había gritos en la sala, Stalín, en el XV Congreso, admite que la Oposición ha conseguido los 10.000 votos y añade: «creo que, si 10.000 votaron en contra, entonces 20.000 miembros o simpatizantes del partido no votaron en absoluto».

En el momento de la explosión de la Oposición, tras algunas detenciones masivas, sin duda a partir de un efectivo de 10.000 a 20.000, hubo 6.000 detenciones y Rakovsky evaluó en 1.200 los que quedaban tras la crisis. En 1930 la «declaración de los siete» recibió 800 firmantes de su texto, de los cuales 300 estaban en *isolator*. Pero los 7.000 KRTD asesinados en Kolyma a finales de los años treinta indican que muchos fueron los ganados o vueltos a ganar a principios de este decenio.

Vadim Rogovin escribe:

«En la reunión del Comité Central de febrero-marzo [1936], Stalín desvela sus planes relativos a los trotskistas y a los zinovievistas. Evaluando su número en alrededor de 30.000, declaró que, de este número, 18.000 habían sido detenidos».

Y Stalin, para concluir: «Así, queda quizá una decena de millares de viejos cuadros [...] que fusilaremos pronto». Podemos por una vez confiar en el «jefe genial», puesto que las detenciones masivas fueron compensadas ampliamente mediante un reclutamiento masivo de obreros y de jóvenes y por el crecimiento de la autoridad de los BL en prisión y en el exilio. Millares de hombres y mujeres, cuya efectividad se mantenía, eran los reclutas que reemplazaban a los muertos -y especialmente a toda una juventud obrera.

Nadejda relata la conversión de Liza Osminaskaya, de Leningrado, a quien ella conoció en su célula común en la prisión de la Butyrka y que volvió a encontrar en Magadan, entre los huelguistas de hambre:

«Encontrar a Liza Osminskaya entre los huelguistas de hambre era completamente inesperado. En la Butyrka ella había sido tan ortodoxa que si alguien hubiera expresado la idea de que la sopa del día era mediocre o el guardia grosero, ella se lo hubiera tomado como un ataque a la Unión Soviética».

Comentario lacónico: «Es así como los campos “reeducaban” a la gente». Nadejda pagó caro el derecho de mofarse allí.

Pero al menos un dato es indiscutible hoy: el archivero Biriuzov, a partir de la hipótesis de 200, llegó a la conclusión de que los «trotskistas» liquidados en 1937 sólo en Kolyma eran 6.000. Le escribió personalmente a la hija de una detenida que él admiraba, Tania Miagkova.

Se nos dirá que esta cifra es irrisoria en relación con la población, pero esto no significa nada. El historiador D. Dallin piensa que los estalinistas ganados, o al menos dóciles, no eran mucho más numerosos. A fin de cuentas, habría habido 10.000 KRTD ejecutados en el desierto ártico, por los que 6.000 lo fueron en Kolyma, tantos como en 1928, después de tantos muertos... Esta corriente llevaba una vida dura.

La mejor prueba de que la cuenta no agota la cuestión de la relación de fuerzas y de la vida de una corriente de ideas se encuentra en otro sitio. En el caso que nos interesa, el hecho es

que la corriente de la que nos ocupamos (decistas incluidos) fue la única que luchó, la única que se mostró capaz de organizar a millares de hombres y de mujeres contra el régimen que los reducía a la esclavitud en el desierto ártico.

Por otra parte, toda la historia interior de la Unión Soviética revela el pánico que inspiraba a los burócratas todos aquellos a los que llamaban «trotskistas». El terror estalinista apuntaba contra ellos, pero ellos aterrorizaban por sus iniciativas, sus análisis, sus consignas, incluso su existencia. Maria Joffe cita a Stalin cuando afirmaba en el Pleno de noviembre de 1937: «Cuanto más negligentes nos mostramos respecto a la Oposición, más se desarrolla ésta en el interior del partido».

Los adoradores del hecho consumado —que no faltan porque expresan el conservadurismo inherente al pensamiento— no han comprendido la correlación de fuerzas real que condujo a este baño de sangre.

2. ¿QUIÉNES ERAN?

Los numerosos periodistas, políticos y, por desgracia, incluso historiadores que pretenden hoy hablar de los trotskistas brillan por lo general por su ignorancia. Para ellos, son —con un rasgo de desprecio— intelectuales, «hiladores muy finos» y, si se insiste un poco, judíos. Pero de todas formas no eran muchos. Es algo lacónico, pero cómodo.

Aprovechando mis investigaciones sobre Trotsky y Rakovsky, y sobre todo la amabilidad que tanta gente de la ex URSS ha tenido conmigo, pude estudiar la composición social y profesional de las personas detenidas o excluidas por «trotskismo». Utilicé para ello las listas de los miembros de la Oposición considerados como tales por la policía y el aparato del partido. Cito el informe que hice sobre este tema en el Congreso de Montreal de Ciencias Históricas:

«El 44% de los excluidos por pertenencia a la Oposición eran obreros de los talleres, y el 25% antiguos obreros emplazados en

puestos de responsabilidad [el número de estos últimos aumentaría mucho si se conociera la profesión anterior de los comisarios políticos del Ejército Rojo y de los estudiantes en los *Rabfaki*]. En lo que concierne a la edad, la gente de la Oposición son jóvenes e incluso muy jóvenes; 85% tienen menos de 35 años [...]. En Jarkov, de los 259 miembros excluidos de 1927, entre los que había 196 obreros, el 70% tienen menos de 30 años, el 38% menos de 25 años».

Estamos ante un movimiento de la juventud obrera. Los jóvenes que combaten en las filas de la Oposición son los que eran adolescentes, incluso niños, en la época de la revolución, y cuya marea todavía les propulsaba: la parte más dinámica de la sociedad, su porvenir; el resultado profundo, la huella más duradera de la revolución.

Otro elemento es el papel de las mujeres. En ningún otro país del mundo podemos encontrar en esa época mujeres jugando un papel como el que juegan en la URSS las de la Oposición. No sólo es una ola femenina la que va a reforzar desde 1928 el centro de B. M. Eltsin, sino que también las encontramos en los grupos clandestinos, en las imprentas, como obreras. Son mujeres como Mussia, después Nadejda Joffe, las que consiguen ganar el respeto de temibles bandidos, de los demás detenidos y, a menudo, el de verdugos y torturadores. ¿Acaso hay que recordar que la participación de las mujeres es, y ha sido siempre, el signo infalible de la profundidad de una revolución, del anclaje de una revolución?

3. LOS "TROTSKISTAS" Y LA "OPINIÓN"

El llorado Vadim Rogovin se unió a eso que se ha dado en llamar hacedores de opinión, que no conocieron a «trotskistas», pero que lanzaron sobre ellos un juicio que se tiene en cuenta. Estas son las opiniones que le inspiraron Alexander Soljenitsin y Leopold Trepper. Sigámosle sin ir contra su regla, es decir, citando sólo exteriores.

Alexander Soljenitsin tenía la ambición de escribir una enciclopedia sobre el terror estalinista y, aunque no hubiera conocido a trotskistas en el campo, al que llegó tras su exterminio, quiso concederles un lugar. No obstante, convertido en un anticomunista convencido, era demasiado inteligente para no comprender que no debía dar una imagen muy hermosa de estos comunistas.

Vadim Ragovin subrayó que, aun sin cuestionar de un modo negativo el valor y el espíritu de sacrificio de estos militantes, el gran escritor les opuso un mediocre temor/predicción que es también una acusación básica: «Temo que, si hubieran llegado al poder, nos hubiéramos encontrado una forma de locura que no hubiera sido mejor que la de Stalin».

Se me permitirá confesar, a diferencia de Soljenitsin, quien no frecuentó ni a los trotskistas –ni leyó sus documentos– ni a sus hijos, que me sorprendió en estos combatientes la desaparición de su sectarismo inicial, la aparición de una apertura hacia otras corrientes que ya se notaba en Victor Serge y que también ha revelado hoy Alexei Gussev.

En otro pasaje de su libro sobre el Gulag, evocando la forma en la que llevó el combate político contra sus «carceleros», Soljenitsin se permite, aunque él nunca vio nada, subrayar su «aspecto tragicómico». Apunta por allí algunas acciones simbólicas, cantos revolucionarios, consignas acompasadas, banderas a media asta... Asegura incluso que este tipo de acción presentaba «una mezcla de entusiasmo histérico y de esterilidad que rayaba el ridículo». Afortunadamente para él, esta expresión insostenible de menosprecio viene edulcorada con otra frase: «Eran verdaderos políticos. Eran muchos y se sacrificaron».

Por otro lado, Vadim Rogovin afirmó con toda la razón que en *El Primer Círculo*, escrito antes que el trabajo sobre el Gulag, el escritor describe con consideración y respeto a su personaje trotskista, Abramson, y llega incluso a plantear que, a pesar de sus divergencias políticas, le reconoce «una superioridad moral». Por tanto, este personaje habla con veneración «de los gigantes que, a finales de los años veinte, eligieron el exilio [...] antes que renunciar a lo que habían dicho en las reuniones públicas y conservar

una cierta comodidad». Precisa: «Esta gente no soportaba que se deformase y que se difamase la revolución, y estaban prestos a sacrificarse por defenderla». De este modo, se une a la deportada Nina Gagen-Torn, que evoca a «sus amigos *opositioneri* que se adherían a la creencia sagrada según la cual la idea del comunismo, escarnecida y desacreditada por Stalin, debía ser resucitada mediante nuestra sangre, y que la vertieron sin pesar».

Finalmente, como subraya con acierto Vadim Rogovin, las cualidades de artista de Soljenitsin, su comprensión de los seres humanos y de su vida aportaron a la verdad histórica, a pesar de su toma de partido, un testimonio precioso...

Varlam Shalamov es uno de los que conocieron a los «trotskistas» de cerca. Fue arrestado por primera vez en 1929, cuando era estudiante, en una imprenta de la Oposición de la que sólo era simpatizante. Participaba en la publicación del *Testamento de Lenin*. En su *Biografía Breve*, escribe:

«[Los *opositioneri*] fueron los primeros que intentaron, sin tener en cuenta su vida, detener el torrente de sangre que caía sobre la historia bajo la forma del culto a Stalin. Los *opositioneri* fueron los únicos en Rusia que intentaron organizarse para resistir a este rinoceronte».

Está orgulloso de haber sido, junto a ellos, uno de los que se opusieron a Stalin. Escribió por último sus famosos *Relatos de Kolyma*, obra de arte de la literatura concentracional y testimonio irremplazable. ¿Cuántos de los que le tienen en gran estima no hablan ni de sus vínculos ni de su estima por los «trotskistas»?

En el mismo capítulo, Vadim Rogovin cita a uno de los más célebres combatientes en la sombra, un antiguo estalinista, jefe de la red de la Orquesta Roja, Leopold Trepper:

«El estallido de Octubre se extendió en la oscuridad de los sótanos subterráneos. La revolución había degenerado en un sistema de terror y de horror; los ideales del socialismo estaban ridiculizados por un dogma fosilizado que los verdugos tenían todavía la desfachatez de llamar marxismo. Todos los que no se sublevaron contra la máquina estalinista son responsables de ello,

colectivamente responsables. No hago excepciones y no escapo de este veredicto.

«Pero, ¿quién protestó? ¿Quién elevó su voz contra este ultraje?

«Los trotskistas pueden reivindicar este honor. Como su jefe, que pagó su obstinación con un golpe de piolet. En el tiempo de las grandes purgas, sólo podían clamar su rebelión en los vastos desiertos helados donde les habían arrojado para exterminarlos. En los campos su conducta fue admirable; pero sus voces se perdieron en la tundra.

«Hoy los trotskistas tienen el derecho de acusar a los que entonces aullaban con los lobos. Que no olviden, sin embargo, que tenían, respecto a nosotros, la ventaja de tener un sistema político coherente capaz de derribar el estalinismo. Tenían en su profunda angustia ante la revolución traicionada algo a lo que agarrarse. No confesaron porque sabían que sus confesiones no servirían ni al partido ni al “socialismo”».

Este magnífico testimonio del Jefe de la Orquesta Roja no cierra el debate. Lo abre. A lo largo de estas páginas hemos sentido o presentido que todos los países forman parte de un único y mismo mundo, y que no existe ninguna solución a ningún problema en el marco de un solo país. Es lo esencial de lo que habían comprendido estos hombres y mujeres, y de lo que, en su jerga de época y de partido, llamaban internacionalismo proletario.

4. LA OPOSICIÓN Y EL MUNDO

A finales del año 1923, la juventud soviética saltaba de impaciencia a la espera del Octubre alemán, cuyo fiasco entregó a la Rusia Soviética a la burocracia estalinista. Diez años más tarde, en 1933, la victoria y la toma del poder por los nazis significan la guerra a muerte contra las conquistas de Octubre. En 1936, en Kolyma y en Vorkuta, los «viajeros» lo hicieron todo, incluso lanzaron una botella al mar para informar al resto del mundo.

Pero es la gran tragedia de la Oposición rusa. Lev Sedov, en un informe de 1934 al Secretariado Internacional, evoca algunas «dificultades inauditas» de este aspecto:

«La pérdida de fe en la revolución mundial en el seno del proletariado soviético no puede reforzar a una corriente que reposa sobre ella [...]. Del mismo modo que en un solo país no se puede construir el socialismo, igualmente, en un solo país, en las condiciones de un aislamiento total del mundo de los vivos, no se puede llevar una política internacionalista revolucionaria [...]. Hay que asombrarse de que los bolcheviques rusos se mantengan aún, puesto que, en la URSS, “mantenerse” no significa luchar con una perspectiva revolucionaria, sino sacrificarse pasivamente en el nombre del porvenir y en el nombre de la continuidad histórica del internacionalismo revolucionario».

Y sin embargo lucharon.

Pienso en el joven obrero metalúrgico de Jarkov, el JC Boris Vajnshtok, que quedó aislado después del arresto de decenas de sus camaradas en 1927. Esperó el Congreso del año siguiente y tomó la palabra para exigir su liberación. No dudaba de que ese era su deber. Se encontró a alguno cuando fueron fusilados juntos, diez años más tarde, en Kolyma.

La otra lección es la de la tolerancia que no paró de crecer entre las víctimas y que les abrió a los debates políticos y a los grandes horizontes. De este modo pudieron, en el Gulag, homenajear a todas las víctimas del inhumano sistema estalinista.

Había allí no sólo un progreso, sino también una conquista. La superioridad moral de los *opositsioneri* debe conocerse y reconocerse para poder un día alcanzar sus frutos. Es por ello que los enemigos del género humano se encarnizan en desfigurar las revoluciones y a los revolucionarios, con la esperanza de lanzar al resto de la humanidad al culto del becerro de oro.

Esta es la razón de ser de este libro. Debería ser un arma contra el horror del pasado y contra todo lo que se le parece hoy; una lección de valor y de dignidad, jamás inútil; un balance de una experiencia colectiva sin la cual estaríamos condenados a repetir

indefinidamente los mismos errores y a sufrir las mismas derrotas. Y que después de haberlo leído, cada lector, venga de donde venga, se alinee en el campo de los oprimidos y de los combatientes de Vorkuta y de Magadan.

He insistido en varias ocasiones en el asesinato de la memoria, fue uno de los mayores riesgos de esta tragedia. La humanidad no puede saber adónde puede y quiere ir si ignora los caminos y senderos de otras épocas. Dejo la última palabra a mi amiga Tatiana, la hija de Ivar Smilga, cuyo abuelo fue colgado por los esbirros del zar y su padre fusilado por los de Stalin, quien escribió en los *Cahiers León Trotsky* —y nos enorgullecemos de ello—, tras dieciséis años de campo, prisión y exilio:

«La memoria se conservó. Los hombres, los libros fueron conservados, incluso el ambiente mismo que ellos crearon en Octubre con sus estandartes. La verdad nunca abandona la vida. Pertenece al porvenir».

NOTAS Y REFERENCIAS

OBRAS GENERALES

Me tomo la libertad de citar mi propias obras, resultado, a su vez, de una investigación y de un esfuerzo de síntesis. Son:

- El Partido Bolchevique*. Ayuso, Madrid, 1973.
- Trotsky*, Fayard, París, 1988.
- Staline et la Révolution: le cas espagnol*, Fayard, París, 1993.
- Rakovsky ou la Révolution dans tous les pays*, Fayard, París, 1996.
- Histoire de l'Internationale Communiste, 1919-1943*, Fayard, París, 1997.

Contienen abundantes bibliografías a las que me remito, repitiéndome lo menos posible, es decir, citando las obras más importantes y numerosos artículos, así como algunas obras nuevas importantes o no mencionadas anteriormente.

Recomiendo también las obras de Jean-Jacques Marie, un historiador de la misma orientación que la mía:

- Stalin*, Ediciones Palabra, Madrid, 2003.
- El Trotskismo y los trotskistas*, POSI, Madrid, 2005.

Y la de un historiador de la otra orilla:

—Nicolas Werth, *Histoire de l'Union Soviétique*, PUF, París, 2^o Ed., 1992.

A pesar de los años transcurridos, es bueno referirse al libro de Roy Medvedev y a sus ediciones aumentadas desde *K sudu istorii, Let History judge, Das Urteil des Geschichte*, y, en francés, *Le Stalínisme*, París, 1992 [traducción castellana: *Que juzgue la historia. Origen y consecuencias del estalinismo*, Destino, Barcelona, 1977]. De entre los libros antiguos no podemos olvidar el libro pionero de Boris Souvarine, *Staline, Aperçu historique du bolchevisme*, París, 1935. Utilizaremos los siete volúmenes (1. *El "Trotskismo"*; 2. *El poder y la Oposición*; 3. *La Neo-NEP estaliniana*; 4. *1937*; 5. *El Partido de los fusilados*; 6. *Revolución mundial y Guerra mundial*; 7. *El fin también es el principio*) de Vadim Rogovin, de los que solo uno (1937) ha sido traducido a una lengua occidental.

Tan inclasificables como indiscutibles, las *Memorias de un revolucionario* de Víctor Serge fueron reeditadas el año pasado en la colección "Bouquins" (Ed. Robert Laffont, 2001) con un buen aparato crítico que nos ha resultado muy útil [su última edición en castellano: *Memorias de mundos desaparecidos (1901-1941)*, Siglo XXI, México, 2002] nos ha resultado muy útil.

CAPÍTULO I

Los primeros orígenes de la Oposición

Sobre las iniciativas de Rakovsky a propósito de la cuestión nacional, así como sobre su crítica de la burocracia, encontraremos varios textos importantes, y sobre todo el folleto/manifiesto *Une nouvelle étape du développement soviétique*, en *CLT (Cahiers Léon Trotsky)* n^o. 17, marzo de 1984, y en sus números especiales 17 y 18, de 1984, y 52, de 1994. Hay indicaciones suplementarias útiles en mi libro *Rakovsky...*, cap. X, "La crisis de la Revolución".

Un relato de la discusión de 1923 en *El Interregno 1923-1924*, Cap. X-XI, de E. H. Carr, *Historia de la Rusia soviética*, Alianza Editorial, Madrid, 1977. Carta de los 46 en el anexo; texto de Préobrajensky, *Pravda*, 12 de diciembre de 1923. Un relato de la

batalla política en el Instituto de Profesores Rojos, Cap. III, Michael David-Fox, *Revolution of the Mind*, Londres, 1997. Trotsky, *Noviy Kurs*, 1924 (*Nuevo Curso*). Principales textos y artículos de Trotsky en versión francesa y Carta de los 46 en los *CLT*, n.º. 54, 1994, así como el artículo de Alexei Gusev, "Naissance de l'Opposition de gauche". Sobre los votos en el partido, Darron Minks, "Support for the Opposition in Moscow on the Party discussion of 23/24", *Soviet Studies*, 1, 1992, pp. 137-151.

Sobre los comunistas rusos y la "revolución alemana de 1923", véase el número especial de los *CLT*, "1923. Una Révolution rêvêe?", n.º 55, marzo de 1995, con los textos y discursos de Trotsky y Radek y, para la posición de la dirección, G. Zinoviev, *Los problemas de la Revolución alemana*, traducción francesa, París, 1989.

CAPÍTULO II

Las células durmientes, 1924-1925

Para Moscú, la base de informaciones es un informe secreto de un hombre de la Comisión de Control del partido en la capital, Korostelev (CRCDSHC, Fondo 17, Inventario 85, y Dossier 207, así como el F 17 I. 71 y D 19). Para Leningrado, el testimonio de Víctor Serge en sus *Memorias* y el de N. N. Gavrilov, *Memorias*, colección histórica, 3.º Ed., Moscú, 1978, trad. Francesa, París, 1989.

CAPÍTULO III

Brutal despertar y breve reencuentro, 1925-1926

CRCDSHC, F 17, I 71, D 25 y D 29. El relato por Deutscher del caso Zalutsky en *El profeta desarmado* está plagado de errores. En cambio, tenemos una historia útil de la fracción zinovievista con la tesis de Thomas Nisonger, *The Leningrad Opposition of 25-26 in de CPSU*, Nueva York, 1976. Los principales textos de Trotsky traducidos al francés están en *CLT*, n.º. 34, junio de 1988.

CAPÍTULO IV

Oposición unificada y desgarrada

Los dossiers del CRCDSHC son los mismos, así como los textos de Trotsky. Hemos utilizado también Thomas Nisonger, *The Leningrad Opposition of the CPSU*, Nueva York, 1976. El *Stalin* de Jean-Jacques Marie aporta buen número de elementos nuevos e importantes.

CAPÍTULO V

La primavera china, 1927

El primer estudio sobre los comunistas rusos y la Revolución china basado en los archivos de Moscú es el libro de Alexander Pantsov, *The bolsheviks and the chinese Revolution 1919-1939*. Sobre el papel de la oposición de izquierda, el trabajo de Harold R. Isaacs, *The tragedy of the Chinese Revolution* no ha envejecido excesivamente, pero es renovado por A.V. Pantsov, "La naissance de l'Opposition de gauche en Chine", *CLT*, n.º 57. Véase también Alexander Grigoriev, "Politique du PCUS et de l'IC en Chine", *CMO*, 15-18, 2001-2002.

CAPÍTULO VI

El otoño de la Revolución

Dos dossiers esenciales en el CRCDSHC, F 17, I. 71 y D 29, así como el D 32 para biografías de *opositionneri*. Igualmente F 17, 8 85, D 207.

CAPÍTULO VII

Los nuevos colonos

Los *Trotsky Papers* de la Houghton Library de Harvard albergan miles de cartas de la URSS tras el inicio de las deportaciones y todas mis informaciones provienen de ahí. Están dirigidas a

Trotsky y, sobre todo, a su hijo Sedov. Son la base documental del precioso artículo de Isabel Longuet, "L'Opposition de gauche en URSS, 1928-29", *CLT*, n.º 53, abril de 1994. Véase también A. Gusev, "L'Opposition communiste de gauche en URSS à la fin des années vingt", *CLT*, n.º 59, agosto de 1997. Cartas de Astrakán de Rakovsky a Trotsky, 1928, *CLT*, n.º 18, junio de 1984. Rakovsky, *Carta a Valentinov*, 21 de agosto de 1928 [también conocida como "Los peligros profesionales del poder", en León Trotsky, *La Oposición de Izquierdas en la URSS*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977].

CAPÍTULO VIII

Los del otro lado

Entrevista al obrero *opositionner* Dogard, *CMO*, 4, 1998. Los artículos citados más arriba sobre la oposición de izquierda a partir de 1927 de Alexei Gusev y de Isabelle Longuet son una buena base de partida. Dimitri Lobok, "La grève des ouvriers du textile à Leningrad en 1928", *CMO*, n.º 5, 1999.

CAPÍTULO IX

La crisis de la Oposición

A. Gusev, *cf.* Notas del capítulo VII. Rakovsky a Trotsky, *op. cit.*; declaraciones de los tres (Préobrajensky, Radek, Smilga), de I. N. Smirnov y Boguslavsky, de Rakovsky, Kasparova Kosior, *CLT*, n.º 6, 1980; Tsintadze en M. N. Okudjava, *ibid.*

CAPÍTULO X

Crisis cruzadas

Lev Kopelev, *No Jail for thought*, Londres, 1977, una autobiografía que habla de la época en la que era un joven *opositionner*. Véase la Declaración de los Tres, *cf.* supra, y la de Smirnov y Boguslavsky, *ibid.*, *CLT*, n.º 6, 1980; el texto de rehabilitación y de

comentario sobre el grupo de Smirnov titulado "À propos du groupe de Smirnov", *CLT*, n. 78, diciembre de 2001, da abundantes citas de los diferentes reritos y de los comentarios de Smirnov a Trotsky que acompañan estas informaciones. Stalin no deseaba en absoluto el retorno de Smirnov y eso escribe a Molotov. La declaración de Rakovsky y otros (*cf. supra*) marca el fin de la dirección de la Oposición por Trotsky y el nuevo papel de Rakovsky. Extractos de las cartas en las que Lisa Gorskaya cuenta cómo ella "tuvo" a Blumkin son citados en las pp. 106-108 en Alex Velidov, *Polojdenia terrorista*, Moscú, 1998.

Para este capítulo y los precedentes, me remito a Jean-François Fayet, *Karl Radek (1885-1939). Biographie politique*, tesis doctoral, Ginebra, 1999.

CAPÍTULO XI

El espacio infinito, ¿tumba o prisión?

Nina GagenThorn, *Rencontres au Goulag*, *CMO*, 6, 1999; Nina Savoyeva, *Souvenirs du Goulag*, *ibid.*

CAPÍTULO XII

¿Hay un «centro» después de Rakovsky?

G. Cherniavsky, M. G. Stanchev, *Kh. G. Rakovsky v bor'ba protiv samavlastija*, Jarkov, 1993. El interrogatorio de Rakovsky por la NKVD está en *Fars na krovi*, Jarkov, 1997, de los mismos autores, y es debido a la bondad de su sobrino, el coronel Novikov, que vuelve a llamarse Rakovsky. Extractos de la Carta de los siete en el "dossier Aussem" de Mark Goloviznin, *CMO*, 1998, 3.

CAPÍTULO XIII

En los *isolatori* hablan los jóvenes

Ante Ciliga, *Dix ans au service du mensonge déconcertant*, (reedición), París, 1977, describe la vida y los debates políticos entre *opositionneri* en el *isolator* de Verjneuralsk. Fedor Dingelstedt, "Entre le 15^e et le 16^e congrès du PC", Yakovín, Solntsev y Stopalov, "La crise de la révolution", junio de 1930, *CLT*, n.º. 6, 1980, son dos de los principales textos producidos en Verjneuralsk.

CAPÍTULO XIV

Correspondencia del país, 1930-1932

Hemos utilizado cartas inéditas y éstas, autenticadas, que han sido publicadas en el *BO*. Es a modo de ilustración que mencionamos una carta de Lomadze (*CMO*, 5, 1999) a Ordjonikidze sobre la miseria de los trabajadores, que confirma nuestros documentos, así como las informaciones sobre el grupo de Lominadze-Chatskin que confirman los elementos publicados más arriba en la correspondencia firmada por N.N. al *Biulleten opositsi*. El único artículo serio sobre este asunto, de R. W. Davies, "The Syrtsov Lominadze affair", *Soviet Studies*, 1 de enero de 1981, está totalmente superado, puesto que ignoraba entonces los lazos anudados por Lominadze con el trotskista Volfson, brazo derecho de Rakovsky. A partir de ahora, utilizamos el *Biulleten opositsi*.

CAPÍTULO XV

Iván Nikitich ha vuelto

Pierre Broué, "Iván Nikititch Smirnov, une conscience révolutionnaire", *CLT*, n.º. 60, 1997; idem, "Trotsky et le Bloc des oppositions de 1932", *CLT*, n.º. 5, 1980; "À propos du groupe de Smirnov", texto de rehabilitación del grupo por parte del Buró

Político en 1990, así como “À propos du centre Rakovsky-Volfson”, *CLT*, n.º. 76, diciembre de 2001. Manifiesto de Riutin, junio de 1932. Un extracto de la carta de Sedov al SU anunciando el retorno de “I.N. Smirnov y otros” (mayo de 1934), “La situación de la Oposición de izquierda en la URSS” es citada en Pierre Broué, *Léon Sedov, fils de Trotsky, victime de Staline*, París, 1933. *Cfr.* también Alexei Gusev, “L’opposition de gauche dans les années 30”, *CLT*.

CAPÍTULO XVI

«De entre dos cosas, una» (Stalin)

Los episodios del asesinato del joven ladronzuelo por parte del general estalinista Korneyev, de la evasión de Gaj, héroe de la guerra civil, son relatados en documentos seleccionados, traducidos al francés y tratados en los *CMO*, 5, 1999 y publicados en una antología de Pavel Chinsky: *Staline, archives inédites, 1926-1936*, París, 2001.

CAPÍTULO XVII

De la aurora a la pesadilla, 1934-1938

La llegada de Hitler al poder y su significado para la URSS están muy bien explicados en un artículo de Irma y Piotr Petrov, un antiguo colaborador de Trotsky, “L’Allemagne et la peste brune”, *CLT*, n.º. 62, mayo de 1998.

Sobre la persecución de los historiadores marxistas, véase John Barber, *Soviet historians in Crisis 1928-1932*. Véase también Alla Kirillina, *L’Assassinat de Kirov*, París, 1995. Los nombres de organizaciones de opositores los tomamos prestados del libro de J. Archy Getty y Oleg V. Maumov, *The Road to Terror*, Londres, 1999. La supervisión de la prensa que denuncia a los “trotskistas” y su acción es la obra de Lev Sedov, que llevó a cabo para el *BO*. Nos encontramos con algunos de los militantes denunciados por la prensa estalinista y revelados por Sedov. Sobre Lev Landau,

“La Parti ouvrier antifasciste d’URSS (1938)”, *CMO*, 5, 1999, y el texto de la octavilla, *CMO*, 14, 2001.

El episodio de la convocatoria de Voronsky desde su prisión hasta la residencia de Stalin y su afirmación de que Stalin había “construido el socialismo para sí en el Kremlin” es relatada por Chostakovich en su *Testimony. The Memoirs* (1989).

CAPÍTULO XVIII

El proceso de los Dieciséis y el terror

Se encuentran no pocas informaciones sobre la investigación en el libro ruso oficial que cierra la discusión y da la razón sin decirlo a los trotskistas sobre los procesos de Moscú, *Reabilitatsia, Politicheskíe processy, 30-50 godov*, Moscú, 1991. Robert Conquest, *The Great Terror. A Reassessment*, Londres, 1990 (*El gran terror. Las purgas stalinistas de los años treinta*, Barcelona, Luis de Caralt, 1974). Pierre Broué, “Party Opposition to Stalin 1930-1932 and the First Moscow Trial”, en *Essays on Revolutionary Culture and stalinism*, Slavica, 1985. L. Joukov, “L’enquête et le procès sur le meurtre de Kirov”, *Voprossy Istorii*, 2 de febrero de 2000. V. Jouravlev (dir.), *Vlast i oppositsia*, Moscú, 1995. Citamos aquí la carta de Sedov al SI de mayo de 1924.

CAPÍTULO XIX

Magadan: hacia la huelga de hambre

Memorial, “Grève de la faim à Magadan en 1937”, *CLT*, n.º 53, abril de 1994. Panikov, “Kolyma dans les années trente”, *CMO*, 15, octubre de 2000. Nina Savoieva, *Souvenirs du Goulag*, *ibid.* “Une grève de la fin des trotskystes à Vorkouta”, por una indicador, *CMO*, 2, 1998; notas del juez de instrucción Kozlov, *ibid.*

CAPÍTULO XX

Preparación de la huelga en Vorkuta

Grigory Kostiuk, "Les années maudites", *Ive Internationale*, abril-junio de 1981, trad. fr. M.B., "Les trotskystes à Vourkuta", *Sotsialisticheski Vestnik*, octubre/noviembre de 1961; *CLT*, abril de 1994; *ibid*, diciembre de 1962.

CAPÍTULO XXI

La huelga traicionada en Kolyma

Memorial, *op. cit.*, *CLT*, n.º. 53, abril de 1994; Shalamov, V.T., *Relatos de Kolyma* (Barcelona, Mondadori, 1997).

CAPÍTULO XXII

Vorkuta: de la victoria a la masacre

M.B. Kostiuk, *CLT*, n.º. 53, abril de 1994; M.M. Joffe, *One Long Night*, Londres, 1978.

CAPÍTULO XXIII

¿Son los «trotskistas» migajas en la Historia?

Aquí hemos seguido de cerca el capítulo de 1917, versión inglesa del libro de Vadim G. Rogovin, 1917. cap. 44, "Los trotskistas en los campos". Las cifras concernientes a los efectivos del partido antes de febrero de 1917 se encuentran a lo largo de un libro traducido al inglés. Alexander Shlyapnikov, *On the Eve of 1917*, 1982. El debate sobre las cifras, apenas enmendado, es el de Rogovin. El argumento de Nadejda Joffe es extraído de sus memorias, *Back in Time*, Oak Park, 1995. El debate sobre el nombre de los miembros de la Oposición acepta las cifras de Rogovin y agota sus argumentos; utilizamos también Leopold Trepper, *El gran juego*; Alexander Soljenitsyn, *Pabellón de cáncer*, y los libros de Varlam Shalamov, *Relatos de Kolyma* y *El Guante*, *Kr2*, así como

Nina Ivanovna Gagen-Thorn, *op. cit.* En fin, la cita de Tatiana Smilga como conclusión es extraída del artículo que ha publicado en nuestros *CLT* bajo el título "Ivar Smilga, mon père".

1. Listas y biografías sumarias de las víctimas de la represión:

Rasstrelle'n'ie sliski

I. *Donskoe Kladbichtche 1934-1940*

II. *Vagan'kosvkoie kladbichtche 1926-1936*

Memorial (sitio y CD Rom)

Boutivski poligon, vol. 4.

Leningradskij martirolog 1937-1938, vol. 4.

Rasstrel'b'e sliski: Moskva 1937-1942. "Kommunarska" Boutovo

Stalinskie rasstrel'n'e sliski

Stalinskie slitski, CD Rom (2003), los 44.000 condenados por Stalin.

2. Instituciones

La Police politique en Union soviétique 1918-1945 (Cahiers du monde russe).

Spravotchnik: Kto roukovodil NKVD 1934-1941.

Kolpakidi A., Projorov D., *Imperii GRU*, 2 vol.

Jacques Rossi, *Manuel du Goulag.*

Fundazione Giacomo Feltrinelli, *Reflexions on the Goulag with a documentary appendix on the Italian victims*, Annali, Milán, abril de 2003.



CRONOLOGÍA

1922

4 de abril. Stalin, elegido secretario general del Partido en el XI Congreso, inaugura y organiza el absolutismo burocrático.

25 de diciembre.- Lenin, muy enfermo, dicta la "Carta al congreso" que se dará en llamar "testamento".

1923

4 de enero.- Lenin dicta el *post scriptum* recomendando apartar a Stalin del secretariado.

6 de marzo.- Ruptura personal entre Lenin y Stalin.

23 de marzo.- En *Kommunist* de Jarkov, comentario por Rakovsky sobre los últimos artículos de Lenin (contra Stalin).

17-25 de abril.- Vivo enfrentamiento entre Stalin y Rakovsky en el XII Congreso sobre la cuestión nacional.

8-12 de junio.- Conferencia nacional, reunión del CC y nuevos enfrentamientos Rakovsky-Stalin. Panfleto antiburocrático de Rakovsky, *Nueva etapa*, un manifiesto contra la burocracia.

10 de julio.- El secretariado releva a Rakovsky de sus funciones en Ucrania y le envía como diplomático a Londres.

23 de agosto.- Inicio de los preparativos del Octubre alemán.

8 de octubre.- Carta de Trotsky al CC denunciando las responsabilidades del aparato burocrático y exigiendo un cambio de régimen.

21 de octubre.- Decisión de aplazar la insurrección alemana.

25 de octubre.- Carta de cuarenta y seis viejos bolcheviques, a instancias de Préobrajensky y Saprónov, pidiendo el fin de las prácticas burocráticas y la vuelta a la democracia interna.

7 de noviembre.- Inicio de la discusión sobre el *Nuevo Curso*.

28 de noviembre.- Préobrajensky ataca en *Pravda*.

5 de diciembre.- Publicación de la resolución unánime adoptada sobre el *Nuevo Curso* por el buró político.

10 de diciembre.- Carta de Trotsky a los miembros del partido de Krasnia Presnia.

11 de diciembre.- Asamblea general de los militantes de Moscú.

15 de diciembre.- Violento ataque de Stalin contra Trotsky.

16 de diciembre.- Asamblea general del Instituto de Profesores Rojos.

22 de diciembre.- A.A. Konstantinov, joven responsable de la publicación de los textos de discusión, es revocado.

1924

16-18 de enero.- XIII Conferencia. No hay más que tres delegados de la Oposición tras unos fraudes monumentales. Condena de las ideas defendidas por Trotsky y los 46, la Oposición es caracterizada como pequeño-burguesa.

21 de enero.- Muerte de Lenin.

23-31 de mayo.- XIII Congreso del partido, una reunión restringida decide no hacer público el testamento de Lenin; Trotsky no se movió.

Octubre.- Aparición de *Lecciones de Octubre*, ataques de Trotsky contra Zinoviev y Kamenev. Aparición de los textos de Stalin sobre la "construcción del socialismo en un solo país".

1925

15 de enero.- Dimisión de Trotsky del Comisariado de guerra.

Mayo.- Trotsky en la comisión de las concesiones.

Septiembre.- Zinoviev publica *El Leninismo*.

1 de septiembre.- Trotsky desautoriza, bajo la presión del Buró Político, un texto de Eastman sobre el *Testamento*.

19-20 de septiembre.- Zinoviev publica en *Pravda*, "La filosofía de una época".

Octubre.- Aparición de una nueva oposición con el aparato en Leningrado. La nueva Oposición es hostil al kulak y a la teoría del "socialismo en un solo país".

18-31 de diciembre.- XIV Congreso del partido y aplastamiento del aparato de Leningrado por el de la URSS. Trotsky se mantiene como espectador y sus partidarios están divididos.

1926

12 de febrero.- Los zinovievistas son apartados de la dirección en Leningrado.

6-9 de abril.- Pleno del CC. Trece miembros firman una declaración de la Oposición unificada sobre "la degeneración burocrática del Estado obrero".

6 de junio.- El zinovievista Lachévich es sorprendido en una reunión clandestina de la Oposición en el campo.

14-23 de julio.- El CC condena los métodos "ilegales" y "escisionistas" de la Oposición. Zinoviev es expulsado del Buró Político.

Septiembre/Octubre.- La Oposición busca salidas, éxito en las dos primeras en las fábricas Aviopribor y Riazan-Uralsk, pero los grupos de mamporreros dirigidos por Riutin impiden a continuación cualquier toma de palabra.

Octubre.- Expulsión, acusados de haber trabajado por la "fracción", de L. Ginsburg, responsable nacional de la fracción, N.V. Nechayev, Man Nevelson, Gayevsky, Balachev y Tkachev.

16 de octubre.- La Oposición, su parte zinovievista asustada por las expulsiones, condena su propia actividad fraccional y declara

renunciar a ella; salida de los decistas, de la Oposición obrera, entre otros, y crisis en la fracción de los Urales.

23-26 de octubre.- CC del partido. Zinoviev y Trotsky son expulsados del Buró Político.

26 de noviembre-3 de diciembre.- XV Conferencia: debate sobre "el socialismo en un solo país" ante burócratas designados llamados "delegados".

1927

Enero/abril.- S.A. Dalin en China y Radek en Moscú recogen los rumores sobre un golpe de Estado en preparación de Chiang Kai-Chek. Stalin se burla de ellos. Poco después, golpe de Estado de Chiang Kai-Chek y masacre de comunistas y de militantes obreros.

Mayo.- Declaración de los 83 viejos bolcheviques miembros de la Oposición.

9 de junio.- Manifestación para protestar contra el destierro de Smilga.

29 de junio-2 de julio.- En el CC, Trotsky es muy ofensivo contra una mayoría dividida entre Stalin y Ordjonikidze.

Agosto.- Redacción colectiva de la Plataforma de la Oposición e inicio de su reproducción.

7 de septiembre.- Prohibición de la difusión de la Plataforma.

13 de septiembre.- Provocación llamada "del oficial de Wrangler" montada por la GPU.

21-23 de octubre.- El CC expulsa de sus filas a Trotsky y Zinoviev.

7 de noviembre.- Manifestación de la Oposición con sus propias consignas duramente reprimida en Moscú y aplastada en sus comienzos en Leningrado.

15 de noviembre.- Trotsky y Zinoviev expulsados del partido por "manifestación contrarrevolucionaria".

16 de noviembre.- Suicidio-protesta de A. A. Joffé.

18 de noviembre.- Varias decenas de expulsados en el Congreso, 75 "trotskistas" y 23 "saprónovistas".

19 de noviembre.- Beloborodov revelado de sus funciones de comisario del Interior de la RSFSR.

20 de noviembre.- El ex-izquierdista de los Urales Sergei Kuzovnikov empieza sus "revelaciones", anunciando que ha entregado 20.000 piezas a la Comisión de Control.

27 de noviembre.- Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Préobrajensky, I.N. Smirnov, etc. expulsados de la sociedad de viejos bolcheviques.

10 de diciembre.- Capitulación de Zinoviev, Kamenev y sus camaradas, excepto los "sin jefe", con Safarov, Vuyovic, Tarjanov, etc.

17 de diciembre.- Declaración de Smilga, Rakovsky, Muralov y Radek en nombre de los "trotskistas".

1928

Principios de enero.- Inicio retrospectivo del Primer Plan Quinquenal.

5 de enero.- 45 expulsiones en Kiev a principios de enero. El CC quiere continuar los traslados, Trotsky rechaza prestarse a ello; será pues deportado a un lugar de exilio forzado. Trotsky es conducido a la fuerza el día 17 a Alma-Ata con su mujer y su hijo Liova, pero sin sus secretarías, y llegará el 25 de enero.

7 de enero.- Conferencia clandestina de la Oposición en Kiev.

27 de enero.- Zinoviev y Kamenev denuncian a Trotsky como escisionista.

2 de febrero.- Expulsión de uno de los dirigentes de Krasnaya Presnia, Piotr Alexeyev.

8 de abril.- Capitulación de Antonov-Ovseenko y Krestinsky.

23 de abril.- Deportación del núcleo BL de Tiflis.

31 de mayo.- Capitulación de los "sin jefe" de Safarov.

29 de junio.- Reintegración de Zinoviev y de 37 de sus partidarios.

11 de julio.- Entrevista secreta Kamenev-Bujarin, quien teme a Stalin y busca aliados.

Septiembre.- Inicio del bloqueo postal de los deportados. Arresto de varios centenares de *oposicioneri* de izquierda.

18 de septiembre.- Reintegración de Piatakov.

30 de noviembre.- Kostrov, próximo a Lominadze, redactor en jefe de *Komsomolskaya Pravda*, es destituido.

1929

18 de enero.- Octavilla de la Oposición de izquierda que reproduce las notas de Kamenev sobre su conversación con Bujarin en julio de 1928.

20 de enero.- La GPU informa a Trotsky de su expulsión de la URSS por "preparación" de la lucha armada contra el poder soviético.

22 de enero.- Partida de Trotsky de Alma-Ata.

23 de enero.- Arresto de varios centenares de *oposicioneri*.

27 de enero.- Zinoviev y Kamenev denuncian a Trotsky por su actividad en el extranjero.

9 de febrero.- Bujarin amenaza con dimitir del Buró Político.

12 de febrero.- Llegada de los Trotsky a Turquía.

16-23 abril.- El CC condena "la desviación de derecha".

Finales de mayo.- Arresto de M.M. Joffe.

13 de julio.- Radek, Préobrajensky y Smilga, satisfechos con la condena de los derechistas, capitulan.

17 de julio.- La publicación del texto provoca la desbandada de las filas de la Oposición, que habían creído que los tres negociaban.

22 de agosto.- Declaración de Rakovsky que frena el pánico moderando el tono.

7 de octubre.- Sosnovsky en el duro *isolator* de Tomsk.

27 de octubre.- Smirnov y Boguslavsky capitulan a su vez tras una larga lucha en retirada y arrastran a varios centenares de deportados, entre ellos a buen número de militantes obreros.

20-27 de noviembre.- Autocrítica de Bujarin, Rikov y Tomsky en el CC. Bujarin es expulsado del Buró Político.

26 de noviembre.- Zinoviev aprueba la lucha contra la derecha.

27 de diciembre.- Stalin se pronuncia por la colectivización integral y "la eliminación de los kulaks en tanto que clase".

Diciembre.- Capitulación de N. Zavian y de F.I. Pilipenko.

1930

Invierno.- El grupo de Smirnov, exteriormente disciplinado, es de hecho un grupo de opositores organizado en red que atrae a no pocos capituladores, empezando por Smilga y Préobrajensky y numerosos obreros *ex-oposicioneri*.

Marzo.- Stalin denuncia el vértigo del éxito.

6 de abril.- Conferencia internacional de la Oposición de Izquierda en París.

12 de abril.- Declaración de Rakovsky redactada con Olga Smirnova.

Junio.- Creación de una dirección especial de los campos o Gulag.

Noviembre.- Descubrimiento de la "conspiración" del grupo de izquierda de los antiguos del Komsomol, Sten, Lominadze, Chatskin, los hermanos Chaplin y su aliado, el grupo de Syrtsov, presidente del consejo de comisarios del pueblo de la RSFSR.

1931

5 de febrero.- Liova Sedov se instala en Berlín.

Abril.- Huelga de hambre en Verhneuralsk bajo la dirección de F.N. Dingelstedt.

Mayo.- Encuentros en Berlín entre Liova Sedov e I.N. Smirnov; intercambio de informaciones.

Junio.- Carta de Stalin sobre historia a la revista *Proletarskaya Revoliutsia*.

22 de diciembre.- Detención de deportados; Okudjava y M.M. Joffe son los más conocidos.

1932

Junio.- Formación en la URSS del Bloque de las oposiciones por iniciativa de I.N. Smirnov. Los negociadores han sido Mrachkovsky y Ter-Vaganian. Las negociaciones han sido dirigidas por Mrachkovsky, Ter-Vaganian y Lipa Volfson, hombre de confianza de Rakovsky y director de los trabajos de construcción en Magnitogorsk, en contacto cotidiano y directo con Lominadze y su adjunto Luysia Charomskaya. Rakovsky escribe *El compendio del bolchevique-leninista*.

Septiembre.- Holzman conoce por boca de Sedov lo que Gaven va a confirmarle sobre el Bloque; arresto de Riutin y de los miembros de su Unión de los marxistas-leninistas.

Octubre.- Zinoviev y Kamenev son excluidos de nuevo: ¿por no haber denunciado la existencia del texto de Riutin que han leído!

Diciembre.- Restablecimiento del "pasaporte interior" suprimido por la revolución.

Invierno del 1932-33.- Millones de muertos de hambre en Ucrania.

1933

Enero-marzo.- Detención de Iván Nikititch Smirnov y de un centenar de miembros de su grupo, recibiendo penas que iban desde varios años de destierro hasta algunos años de *isolator*.

30 de enero.- Hitler canciller del Reich.

5 de abril.- La Internacional Comunista aprueba la política que ha permitido la victoria de Hitler en Alemania.

8 de marzo.- Detención y exilio de Víctor Serge.

Diciembre.- Huelga de hambre en el *isolator* de Verjneursk bajo la dirección de F.N. Dingelstedt.

1934

4 de enero.- Trotsky pide a sus camaradas alemanes que expulsen a su dirigente Roman Well, un agente estalinista infiltrado.

26 de enero-10 de febrero.- “Congreso de los vencedores”; Préobrajensky se mofa de Stalin.

9 de febrero.- Capitulación de L. S. Sosnovsky.

18 de febrero.- Rakovsky depone las armas.

19 de abril.- Ejecución del antiguo dirigente de la fracción en las JC, A.P. Kravtchuk y del obrero A.I. Melnikov.

1 de diciembre.- Asesinato de Kirov en Leningrado y medidas de excepción.

4 de diciembre.- 66 ejecuciones por el asesinato de Kirov.

16 de diciembre.- Detención de Zinoviev, Kamenev y otros por la muerte de Kirov.

29 de diciembre.- Ejecución de Nikolayev y de otros 18 acusados del asesinato de Kirov, entre ellos los dirigentes locales de las JC.

1935

15-18 de enero.- Zinoviev condenado por su “responsabilidad moral en el asesinato de Kirov”.

1 de febrero.- N.I. Ejov se convierte en secretario del CC y miembro de la comisión de control. Oleada de arrestos.

Abril.- Se extiende la pena de muerte a los niños de hasta 12 años.

25 de mayo.- Disolución de la sociedad de los Viejos bolcheviques.

25 de junio.- Disolución de la sociedad de los antiguos presos políticos.

25 de julio-20 de agosto.- La IC se compromete en la línea de frente popular.

27 de julio.- Kamenev es condenado de nuevo, pero en una vista cerrada.

1936

Enero-abril.- Preparación de las medidas de aniquilamiento de los trotskistas. Se preveía arrestar a todos los antiguos trotskistas en liber-

tad o deportados y agruparlos en campos donde, según Vichinsky, podrán liquidarlos. Detención de centenares de trotskistas exiliados, condenados a penas de prisión o de campo.

Mayo-junio.- Viajes muy difíciles.

9 de junio.- Responsabilidad familiar en materia penal.

21 de junio.- I.N. Smirnov rechaza confesar actos terroristas.

30 de junio.- Convoy de Krasnoyarsk a Vladivostok desde donde los desterrados van a Kolyma.

12 de julio.- Principio de la huelga en Magadan.

17 de julio.- Empieza la guerra civil española.

19-24 de agosto.- Proceso de los dieciséis en Moscú. Entre los dieciséis fusilados están Zinoviev, Kamenev y I.N. Smirnov. Desde Vladivostok se embarca a los prisioneros hacia Kolyma.

2 de septiembre.- Ejecución de A.G. Chliapnikov.

Septiembre.- N.I. Ejoy reemplaza a Yagoda en la GPU.

2 de octubre.- Ejecución de I.S. Gorchenin, Y. A. Furtychev, V.D. Vuyovic, P.I. Volkov, N.M. Lentsner, G.P. Chtykgold, Y.A. Kievlenko, Z.I. Fridman.

4 de octubre.- I.P. Gaven e I.S. Esterman son ejecutados.

27 de octubre.- Inicio de la huelga de hambre en Vorkuta.

4 de noviembre.- Ejecución de O.I. Smirnova, Z.G. Archavsky y L. Ginzburg.

1937

10 de enero.- Ejecución de L.A. Chatskin, I.T. Smilga y M.N. Riutin.

23-30 de enero.- Segundo proceso de Moscú. Piatakov, Muralov y Serebriakov, son ejecutados. Radek salva el cuello.

17 de febrero.- Suicidio de Ordjonikidze.

2-13 marzo.- Tercer proceso de Moscú: ejecución de Bujarin, Rikov y Yagoda. Rakovsky es condenado a prisión.

7 de marzo.- Ejecución de Y. O. Ojotnikov.

8 de marzo.- Ejecución de N.N. Vanag, A.G. Prigojin y G.S. Fridlyand.

13 de abril.- Victoria de los huelguistas de Vorkuta; reivindicaciones aceptadas.

26 de mayo.- Ejecución de V.M. Smirnov.

12 de junio.- Detención de los dirigentes del POUM. Andreu Nin es asesinado por sicarios venidos de Moscú.

5 de julio.- Ejecución de L.S. Sosnovsky.

7 de julio.- El agente de la GRU Ludwig denuncia los procesos e ingresa en la IV Internacional.

10 de julio.- Ejecución de B.G. Mdivani y M.S. Okudjava, condenados tras vistas cerradas.

13 de julio.- Ejecución de Préobrajensky.

Verano.- La huelga de Magadan se divide y es derrotada en el curso del año.

Septiembre.- Se descubre el cadáver de Ludwig, que es identificado como Ignacy Reiss.

7 de septiembre.- Proceso y ejecución de los principales mandos del Ejército Rojo.

13 de septiembre.- Secuestro en Barcelona del trotskista Erwin Wolf.

23 de septiembre.- Ejecución de T.V. Sapronov.

25 de septiembre-4 de octubre.- Juicio y ejecución de los dirigentes de la huelga de Kolyma, entre otros, S.I. Krol, B.M. Eltin y M.A. Bodrov.

29 de octubre.- Ejecución de L.L. Sedov.

16 de diciembre.- Comunicado anunciando el juicio y la ejecución de L.S. Karajane.

Diciembre de 1937.- Empieza el agrupamiento de los antiguos huelguistas de hambre de Vorkuta en el viejo edificio de una fábrica de ladrillos. Las ejecuciones de grupos (100 por vez) se sucederán hasta mayo tras una breve interrupción.

1938

Febrero.- Ejecución de A. G. Beloborodov.

16 de febrero.- Muerte de L.L. Sedov, probablemente asesinado, en París.

27 de finales de marzo.- Un grupo de 25 presos de la fábrica de ladrillos, con Yakovin y Gevorkian, son fusilados.

Principios de mayo.- Fin de las ejecuciones en Vorkuta.

14 de julio.- Desaparición, y posterior asesinato, de Rudolf Klement, secretario de la IV Internacional.

11-31 de octubre.- Proceso contra los dirigentes del POUM.

Diciembre.- Beria ocupa el lugar de Ejov a la cabeza de la NKVD.

28 de diciembre.- Severas medidas contra el absentismo laboral.

1939

9-10 y 23-26 de febrero.- Ejecución en Moscú de viejos bolcheviques, miembros del partido en 1918 y acusados de "terrorismo", entre ellos, L.I. Kogan, A.V. Nikolayev e I.P. Novikov.

1941

11 de septiembre.- Ejecución, decidida por Stalin, de 170 detenidos de la cárcel de Orel, entre ellos Rakovsky, Olga Kameneva, hermana de Trotsky, y V.D. Kasparova.

